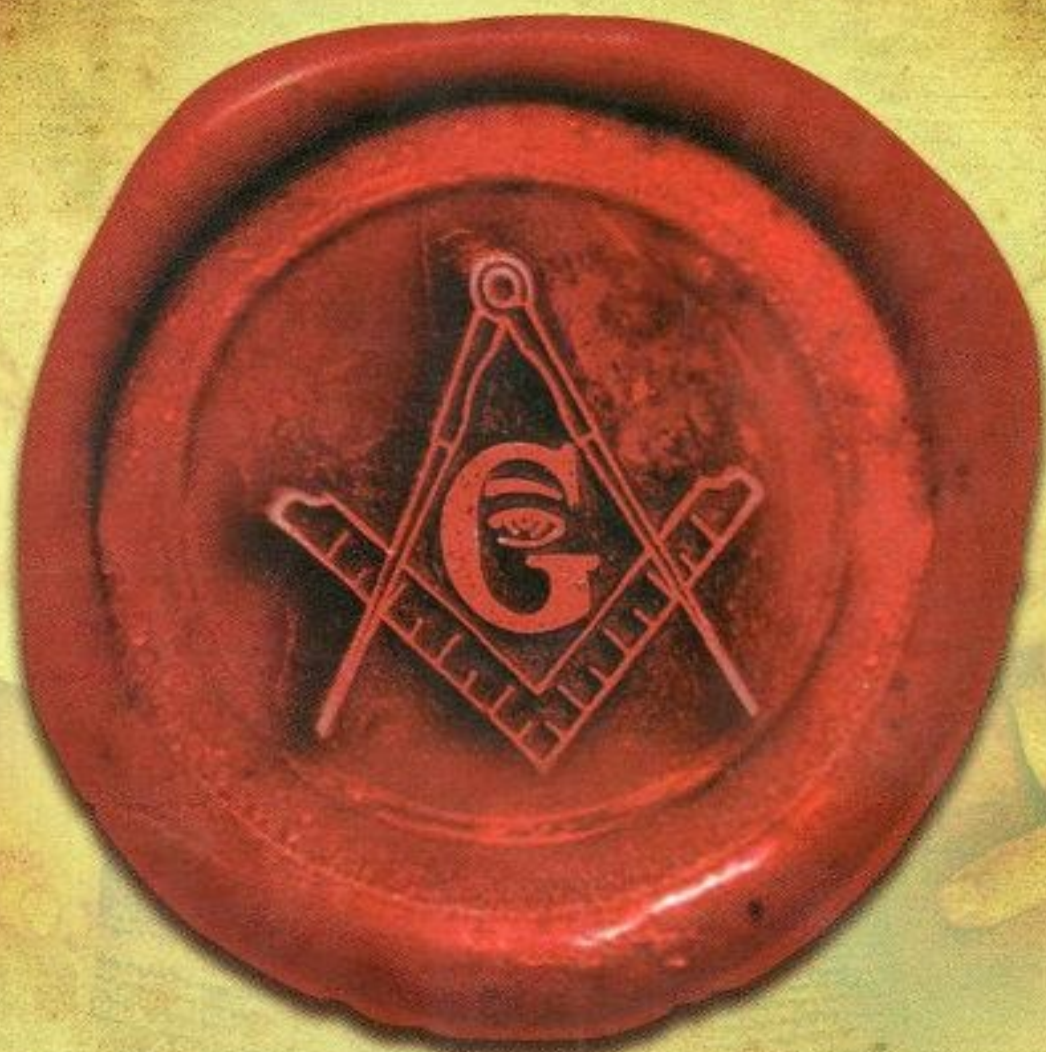



PATRICK ERICSON



# LA ESCALA MÁSÓNICA

¿Qué esconde el diario de Iacobus de Cartago, para que hayan sido sacrificados dos inocentes? ¿Qué relación existe entre las catedrales europeas y la Gran Pirámide?

 VíaMagna / Misterio

Lectulandia



¿Qué esconde el diario de Iacobus de Cartago, para que hayan sido sacrificados dos inocentes? ¿Qué relación existe entre las catedrales europeas y la Gran Pirámide? ¿Se puede hablar, realmente, con Dios?

Todos esos enigmas están a punto de ser revelados... Leo Cárdenas es un anticuario de libros. Sus días tranquilos llegan a su fin cuando una llamada telefónica le informa que su amigo el paleógrafo Jorge Balboa ha sido hallado sin vida con los ojos taladrados y la lengua cortada. Su último trabajo, la traducción de un manuscrito del siglo XVI parece ser el motivo del crimen. Un email cifrado enviado por Jorge pone a los asesinos tras los pasos del librero. Para salvar su vida, Leo deberá averiguar cuál es el secreto descubierto por su amigo. El crimen de un paleógrafo, el diario de un cantero, y un extraño versículo de las Centurias de Nostradamus, forman parte de una confabulación masónica que llevará a los protagonistas de ésta trepidante aventura a tener que enfrentarse al Juicio de Dios: «La Escala». Todo aquel que intente adentrarse en su oscuro y hermético mundo, habrá de descifrar primero el enigma de la Sabiduría y ascender la Escala de Jacob.

Lectulandia

Patrick Ericson

# La Escala masónica

El manuscrito de Toledo

ePub r1.0

pcastrod 14.10.14

Título original: *La Escala masónica*

Patrick Ericson, 2008

Editor digital: pcastrod

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

Iacobus miró hacia atrás ante la necesidad de escapar de sus perseguidores, quienes aceleraban el paso con la intención de rodear las obras y cercarle antes de que alcanzara la puerta principal de entrada y se acogiera a la inmunidad que otorgaba la religiosidad del santuario. Sabía muy bien cuál era el castigo reservado a quien incumplía los preceptos de la logia. Solo de pensarlo se le heló la sangre de las venas. Tanto fue así que al percibir la luz de las antorchas, a derecha e izquierda de los muros de la catedral, no tuvo más remedio que buscar el amparo del pórtico llamado de los Apóstoles. Allí se acurrucó con la esperanza de desaparecer, de fundirse con los iconos ocultos tras las sombras de la noche. Alzó la mirada al cielo. El fulgor de las estrellas le habló de esa magia imperecedera que encumbraba su oficio por encima de la ignorancia general de las personas, y de pronto comprendió que había sido un estúpido al querer memorizar el misterio de los templos para un posterior legado dirigido a la humanidad. De nada le sirvió lamentarse. La suerte estaba echada, y él tendría que pagar caro su error.

No había tiempo que perder. Se aferró al punzón y al pequeño martillo que guardaba en la talega, y grabó sus iniciales con rapidez en la parte baja del chapado de la puerta, esperando que las generaciones venideras pudieran comprender el mensaje de angustia que intentaba transmitir. Luego, al entrever que su escondite no habría de privarle del castigo, y que le sería imposible llegar hasta la capilla de la Virgen templarí, trató de huir hacia el río; su última expectativa.

Varios de sus compañeros le salieron al paso, rodeándole como a un animal herido al que desearan rematar con el fin de evitarle un mayor sufrimiento. Permanecieron en silencio, observando con aplomo al hombre que les había defraudado al anotar a escondidas el conocimiento de Los Hijos de la Viuda. Iacobus percibió en sus rostros la condena. Se sentían engañados. Les había fallado a todos ellos.

Se adelantó el más anciano, el cual iba vestido con una túnica púrpura y una capa de terciopelo azul; los colores del cobre y el hierro con que está forjado el compás del masón.

Era el Maestro de Obras.

—Dinos... ¿Dónde lo has escondido? —preguntó con voz grave el llamado Justo Bravo.

Iacobus de Cartago se asombró de su propia valentía al negar con la cabeza, respirando apresuradamente a la vez que trataba de tomar aliento, de adquirir fuerzas ante la letal amenaza que se cernía sobre él.

—No necesito decirte cuál es la decisión de la hermandad con respecto a los traidores —le recordó—. Si sigues con esa actitud, me veré obligado a consumir el castigo que les aguarda a quienes quebrantan el juramento.

Maese Justo hablaba en serio. Cumpliría lo prometido a pesar de la amistad que existía entre ambos canteros desde hacía varios años.

—He tomado una decisión y no pienso retractarme —se aventuró a decir De Cartago, aun sabiendo que, al hacerlo, firmaba su propia sentencia de muerte—. Creo que nos arrogamos un derecho que pertenece a todos, y ya es hora de que el hombre comprenda la importancia que tiene descifrar el secreto de la Sabiduría, el poder de los templos perdidos y el misterio que envuelve la obra de los antiguos maestros. El Trono de Dios no es solo un símbolo celestial prioritario del obispo, también lo es del pueblo. No podemos seguir ocultándoles la verdad.

—Así ha sido durante miles de años, y así debe seguir hasta que la humanidad esté preparada para escuchar la voz del Gran Arquitecto. Ninguno de nosotros debe romper la cadena que nos une a la tradición.

Sin poder evitarlo, Iacobus se echó a reír. Le hizo gracia que le hablara de cadenas, sobre todo después de haber cincelado, durante meses, los enormes eslabones de piedra que colgaban de la parte alta de la capilla octogonal a medio concluir; logro que fue elogiado por el propio Pedro Fajardo, marqués de los Vélez.

—¿Sabías que uno de los eslabones de la cadena está agrietado de parte a parte? —le preguntó a su antiguo maestro—. Yo mismo lo hice partir porque la tradición debe cesar.

Justo Bravo se giró para ver la respuesta de los demás miembros de la logia. Y en la expresión rigurosa de sus compañeros reconoció la necesidad de poner fin al desenfrenado empeño de Iacobus. Los canteros, al unísono, gritaron la máxima de la hermandad:

—¡Los secretos de la cámara no los digas a nadie, ni nada de lo que hagan en la logia! ¡Los secretos de la cámara no los digas a nadie, ni nada

de lo que hagan en la logia! —vociferaban al tiempo que el círculo se iba estrechando en torno al traidor.

Antes de que todos cayeran sobre el artista y le asesinaran con sus propias manos, pues los ánimos enardecidos de los congregados se perfilaba como una amenaza de muerte, el maestro Justo ordenó que el rebelde fuera conducido a la parte de atrás de la catedral, donde se levantaban las guildas<sup>[1]</sup> que servían de reunión y descanso a los compañeros masones.

Poco después, tras ser maniatado a un poste del andamiaje que rodeaba la capilla en construcción, fue azotado por el propio Justo ante la mirada complaciente de los demás canteros. A pesar del rigor del suplicio, Iacobus se resistía a darles un motivo de placer, ahogando en silencio los gritos de dolor. Sus dientes castañeteaban ante las caricias del vergajo sin dejar escapar un solo gemido. El cuerpo se arqueaba hacia delante a cada envite, flexionando la cabeza y la espalda en el momento que sentía cómo su piel se desgarraba en jirones sanguinolentos. Y, sin embargo, tal castigo no consiguió doblegar su espíritu ni logró que les dijera dónde escondía el manuscrito de la discordia. La firme convicción de sus ideas era mayor que el propósito de salvar su vida.

Finalizada la flagelación, y viendo que su viejo amigo era incapaz de reconocer lo absurdo de su empeño, Justo Bravo ordenó que le trajeran una barrena para taladrar y también una daga bien afilada. Iacobus reaccionó a la petición del maestro tensando los músculos del cuerpo, ahora lacerado por las bolas punzantes del vergajo.

—No me dejas otra alternativa —afirmó con voz glacial el responsable de las obras—. Ya que has decidido ocultarnos el paradero de tus escritos, me veo obligado a cumplir con fidelidad el castigo que conlleva el juramento de la logia. Aunque para estar seguro de que no puedas recuperarlos sin ayuda de nadie, si es que logras sobrevivir, he de llevar más allá el castigo.

Antes de que el maestro justo cumpliera su promesa, Iacobus alzó la mirada hacia la oscura y eterna noche. Los tenantes que protegían el escudo de armas de los Chacón y Fajardo, que habían nacido de su imaginación de artista, lo observaban con significativa tristeza. La grúa metálica, las castañuelas de cantera, y el armazón de centrado, que serviría

para construir la cúpula estrellada, le dieron su último adiós en total silencio. A pesar de todo, se sentía satisfecho, jamás encontrarían su testimonio.

Sin demorar más la cruel sentencia, Justo Bravo le taladró sin piedad los ojos y, tras hacerle un corte profundo junto a la barbilla, le arrancó la lengua por debajo del mentón. Los gritos del desdichado pudieron escucharse más allá de la barriada de calles angostas que había al otro lado del río.



# Capítulo 1

Su espíritu viajó desde los dominios de la habitación hasta las lejanas tierras del norte. Se vio a sí mismo sobrevolando un mar inmenso y oscuro, salpicado por distintas porciones de hielo que iban de un lado a otro mecidas por el empuje de las olas. Intentó recordar qué estaba haciendo en una región tan distante, un lugar donde era imposible que un hombre pudiera sobrevivir debido a las duras inclemencias de los elementos, y fue entonces cuando se dio cuenta de que ni siquiera se acordaba de su nombre, aunque ello no le causó ningún conflicto interior descubrir que carecía de personalidad. Lo único que importaba era ser testigo de lo que iba a suceder.

El viento gemía a su alrededor. El mar, embravecido, se alzaba al igual que un dios desmesurado de espuma blanca, amenazando con anegar el planeta. En la tenue oscuridad de la noche, el pálido color de los carámbanos aparecía ahora de una tonalidad azulada debido a la luminosidad que prodigaba la luna llena. Era un contraste de extraordinaria belleza, donde se fundían coherencia y desorden. Nada era real, mas todo parecía tan auténtico, tan vivo, que hasta su espíritu sintió cómo se le erizaba el vello de la piel, etérea y aparente, que aprisionaba su cuerpo.

No tardó en darse cuenta de que estaba allí por una razón especial: aguardar la llegada del coloso de hielo.

Este no se hizo de esperar. La profecía de los antiguos se había cumplido, tal y como esperaba. A lo lejos, ocultando la línea variable del horizonte, golpeada con furia por las olas de un mar gélido y sombrío, se elevaba el iceberg más voluminoso y dilatado que nadie hubiera podido imaginar jamás. Fluctuaba sobre las aguas con sus enormes picachos apuntando hacia el cielo, al igual que la torre de una enorme catedral gótica de sillares blancos. Iba a la deriva, sin rumbo fijo, a merced de la corriente marina.

Era inútil tratar de describir sus proporciones. Solo en la imaginación calenturienta de un loco podía encontrarse semejante pesadilla.

Fue entonces cuando, desde las alturas, distinguió abajo la umbría que formaba el cerco afianzado alrededor del iceberg. Era la parte oculta del macizo glaciar, diez veces mayor que la zona en descubierto. Su espíritu se vio jalonado hacia abajo de forma súbita, atravesando la fría masa de agua que ahora, tras sufrir una transformación, aparecía plácida y amarillenta como un desierto de arena. Sintió de improviso un vacío profundo en su estómago. La grandiosidad del bloque de hielo, sumergido bajo la inmensidad del mar, era un espectáculo inimaginable; algo así como estar en presencia de Dios Todopoderoso.

Y he aquí que la imagen de aquel coloso consiguió devolverle a la realidad, despertando entre gritos de puro terror. Cuando abrió los ojos, y descubrió aliviado que todo había sido un mal sueño, respiró profundamente antes de encender la luz de

su cuarto. Luego, miró el despertador. Eran todavía las cuatro y media de la madrugada.

Decidió levantarse para ir al baño, al tiempo que pensaba: «La próstata protesta», refiriéndose a esa maldición que arrastraba desde hacía meses y que le obligaba a desbeber los varios *gin-tonic* que solía saborear cada noche tras concluir el trabajo. A su vuelta al dormitorio, pudo ver sobre la mesilla de noche un libro cuyo título parecía tener cierta relación con su sueño. Se trataba de *En las montañas de la locura*.

—Nadie más que tú es capaz de leer a Lovecraft antes de dormir —dijo en voz alta, a pesar de encontrarse solo en el apartamento.

En ese preciso instante sonó el teléfono. No intuyó nada bueno, pues era la primera vez, desde que se trasladara a Madrid, que era molestado a tan altas horas de la noche. Fue un mal presagio de lo que habría de ocurrir.

Cogió el auricular, no sin cierta aprensión.

—¿Quién es? —preguntó con desgana mientras trataba de poner en orden su mente.

—Leo, soy yo... Claudia —respondió una conocida voz de mujer.

—¿Claudia...? —repitió inconscientemente—. ¿Ocurre algo?

—Tranquilízate, estoy bien. Lamento haberte despertado a estas horas, pero lo que he de decirte no puede esperar más.

Leonardo tomó asiento en el borde de la cama, preparándose para lo peor. La voz de Claudia dejaba entrever cierta desgracia que debía afectarlo personalmente, ya que parecía estar al borde del llanto. Lo primero que pensó es que, quizá, hubieran robado algunos de los libros que se iban a subastar pasados unos días, entre los que se encontraba un incunable de gran valor económico y artístico.

—Dispara... —pidió en tono apremiante—. Te escucho.

—Balboa ha muerto —dijo ella con pronunciación entrecortada—. La policía ha encontrado el cadáver en su casa hace unas horas. Lo han asesinado.

—¿Qué dices?

—Has oído bien; no me hagas repetirlo. —Claudia rompió a llorar, derrumbándose presa del nerviosismo que sentía.

Leonardo se quedó helado. Sintió un nudo en el estómago. Jamás hubiera pensado que un individuo como Jorge Balboa, alguien al que solo le importaban los libros, pudiera haber sido víctima de la violencia desaprensiva de unos atracadores.

No; claro que no, aquello no se ajustaba a su modo de vivir.

## Capítulo 2

Nadie podía creer que fuera cierto, y no obstante, allí estaba el ataúd, cubierto de flores para desconsuelo de los congregados. Una vez finalizada la discreta y solemne oración del sacerdote, la caja oblonga de color castaño fue introducida en el nicho del mausoleo gracias a la fuerza conjunta de los sepultureros. Todo parecía haber concluido según los ritos del sepelio. Y, sin embargo, no había hecho más que empezar.

Leonardo Cárdenas parecía ausente. La muerte de Jorge le había afectado más de lo que pensaba, al igual que al resto de sus compañeros. No hacía ni una semana que habían comido juntos en el restaurante del Hotel Wellington, donde estuvieron charlando sobre las ventajas de veranear en España y no en los tradicionales destinos extranjeros; estos eran propios de gente adocenada y en busca de aventuras insustanciales, que valoraba más la diversión que el conocimiento.

Recordó entonces el interés que demostró el paleógrafo al confesarle su gran hallazgo, en Toledo. Por lo visto, aprovechando que la sala de subastas cerraba todo el mes de agosto y parte de septiembre, se había desplazado hasta la legendaria ciudad de las tres culturas con el fin de ayudar a la familia Fajardo —antiguos socios de su padre— a valorar, liquidar y repartir una testamentaría basada en unos cien textos y manuscritos que databan de los siglos XV y XVI. Jorge amaba intensamente su trabajo, por lo que su vida giraba en torno a los libros, máxime si estaban escritos en caligrafía medieval. A pesar de que aún le quedaban unos cuantos días de vacaciones, decidió echarles una mano sin pensarlo dos veces. Su viaje fue de lo más fructífero, no solo consiguió que le pagaran sus honorarios con una edición del *Quijote* del año 1697, impresa en Amberes y con dieciséis grabados al cobre de Fred Bouttons, sino que, además, trajo consigo un legajo escrito en lenguaje codificado —que abonó de su propio bolsillo—, para estudiarlo detenidamente y ampliar de este modo la colección privada de textos únicos que abarrotaban las superficies de su redundante biblioteca.

Jamás llegó a imaginarse que aquella sería su última adquisición.

—¿Te encuentras bien?

La voz de Mercedes Dussac, directora general de la casa de subastas Hiperión, vino a recordarle los inconvenientes de la vida. Le miraba con ojos enrojecidos, causa del supuesto dolor que sentía por la pérdida. De no ser porque las lágrimas de aquella estirada fémina habían echado a perder su particular manera de pintarse los ojos, y eso la hacía más humana, le hubiese contestado algo de lo que después tendría que arrepentirse. Melele, como solían llamarla sus amigos más íntimos, era una hipócrita sin alma a la que solo le importaba el volumen de ventas de las obras subastadas.

—Necesito un *whisky*. —Leonardo fue sucinto en su fría respuesta.

—Eso está hecho. Te invito a un trago a cambio de que me acompañes a la oficina. —Ella, en un inusual gesto de solidaridad, se aferró al brazo de su empleado—. He de hablar contigo de un asunto que me preocupa.

Claudia —la compañera sentimental de Leonardo—, que charlaba en voz baja con la secretaria de dirección, le dirigió una mirada fulminante al ver que se disponía a marcharse con Mercedes sin despedirse siquiera de los demás compañeros de trabajo que habían acudido al funeral. Pero lo que más le dolió, fue ver cómo la cita que tenían para cenar aquella noche podía irse al traste si la directora decidía presionarle para que adelantara la catalogación de los libros que habrían de subastar el lunes próximo.

Leonardo, intuyendo el reproche de su amiga íntima, se volvió disimuladamente para encogerse de hombros, esperando que fuera capaz de entender que acompañar a la señorita Dussac no era un privilegio, sino un castigo de Dios.

Ya fuera del cementerio de la Almudena, el chófer de Mercedes se adelantó para abrirles la puerta trasera del Jaguar. Leonardo pensó que presumir de alto nivel, en una ceremonia religiosa de esas características, resultaba del todo impropio, y que lo mejor hubiera sido acudir en taxi, como la mayoría. A pesar de todo, se dejó caer en el mullido asiento del lujoso vehículo sin ningún tipo de escrúpulos.

El tiempo que tardaron en llegar a la sede de Hiperión, situada en el barrio de Salamanca, se mantuvieron distantes la una del otro, cada cual inmerso en la insondable profundidad de sus pensamientos. Leonardo agradeció el silencio de la directora, la cual jamás gozó de su simpatía. Es más, al pensarlo fríamente, se preguntó qué diablos estaba haciendo en aquel coche de importación si apenas habían hablado un par de veces fuera del trabajo. Pero antes de que pudiera contestar su propia interrogante, el automóvil descendió la rampa de entrada al subterráneo donde se alineaban las diversas plazas de garaje. La de Mercedes estaba junto a los ascensores, quizá para evitarle molestias a la hora de subir a las oficinas.

Minutos después, tras prolongar el prurito del silencio, llegaron al amplio despacho de la directora. Leonardo seguía preguntándose por qué lo había elegido a él, y no a uno de sus adjuntos —como bien podía ser el caso de Nicolás Colmenares, abogado de la firma—, para acompañarla de regreso a la casa de subastas.

—Por favor, siéntate —le pidió, con el rigor que la caracterizaba, mientras se dirigía al mueble-bar con el fin de cumplir su promesa.

Leonardo trató de imaginarse cuál sería el motivo de su presencia en las oficinas, cuando todos habían sido excusados de sus obligaciones profesionales para ir al funeral. Y lo único, más o menos coherente, que le vino a la cabeza es que quisiera flirtear con él, actitud impropia de un ser tan frío como era la señorita Dussac; incapaz de sentir cariño por nadie si no había un espejo de por medio. Ella, en realidad, solo se amaba a sí misma. Además, hubiera sido un gesto desacertado

debido a las dolorosas circunstancias. No en vano, venían de un entierro.

—Voy a confiarte un secreto, que espero sepas guardar con discreción. —Le tendió el vaso de *whisky* a la vez que tomaba asiento tras su mesa de despacho.

—No estoy seguro de ser la persona que buscas. Odio los compromisos —contestó con voz queda.

Bebió un trago largo, intentando abreviar en lo posible la entrevista. Necesitaba recuperar su vida personal; volver con Claudia.

—Jorge te apreciaba más que a ninguno —le dijo—. Esa es una de las razones por la que estás aquí.

—Si me has hecho venir solo para decirme eso, podías habértelo ahorrado.

Le extrañó su conducta. Mercedes era bastante más inteligente.

—Hay algo más, pero antes debes prometerme que no desvelarás a nadie lo que voy a decirte.

Leonardo afirmó con un gesto de cabeza, alzando levemente su vaso. Le dio a entender que podía seguir hablando en confianza.

—Esta mañana ha venido a verme la policía... —le confesó. Después arrugó la frente—. Me han estado haciendo una serie de preguntas referentes a la conducta de Jorge durante los últimos días. Ya sabes, si le encontraba distinto a lo habitual... Cuáles eran sus amistades... Si había estado en el extranjero últimamente... —Resopló un poco—. En fin, ya sabes, un interrogatorio en toda regla.

—¿Piensas que tal vez estuviera involucrado en algo sucio, quizá en la venta ilícita de libros antiguos con destinos extranjeros?

—No creo que sigan esa línea de investigación. Su muerte parece, más bien, estar relacionada con algún tipo de ceremonia tribal o rito satánico.

—¿Bromeas? —inquirió con marcado escepticismo—. Te recuerdo que estamos hablando de Balboa, alguien cuyos únicos demonios son el *Lepisma Sacharina* y la *carcoma*.

—No hablarías así si conocieras los detalles de su muerte —reprochó ella su actitud jocosa, mirándole a los ojos con visible frialdad; gesto que ya era todo un clásico en la personalidad de Mercedes, máxime cuando alguien se esforzaba en ser gracioso con los asuntos de importancia—. He de reconocer que el testimonio de la policía ha sido realmente estremecedor.

Fue en aquel instante cuando se dio cuenta de lo poco que sabía al respecto. Tanto él como Claudia, al igual que el resto de sus compañeros, estaban convencidos de que Jorge había sido víctima de la violencia urbana.

Por lo visto se equivocaban.

—Deberías contarme lo que sabes. Me será más fácil tener una idea de lo ocurrido si conozco los detalles... ¿No crees? —Dejó el vaso sobre la mesa y continuó—: Corrígeme si me equivoco, pero creo que ese es el motivo por el que



estoy aquí.

La directora torció el gesto y se vio obligada a continuar. No tenía sentido prolongar por más tiempo su silencio. Pero antes le retó con una nueva pregunta.

—¿Conoces alguna secta, u organización esotérica, llamada Los Hijos de la Viuda?

—No... Creo que no —respondió tras unos segundos de reflexión y parpadear perplejo—. Lo cierto es que jamás me he preocupado por ese tipo de personas, ni me interesan sus credos y religiones. Soy un escéptico —objetó, pero entonces sintió curiosidad y preguntó—: ¿Balboa se relacionaba con esa gente?

—No te lo sabría decir con seguridad —admitió Melele—, pero sí que fueron ellos quienes le arrancaron la lengua por debajo del mentón tras hacerle una incisión profunda junto o la garganta. Murió desangrado... —Se detuvo unos segundos antes de continuar—: Lo más espeluznante del caso fue la atroz sentencia que escribieron en la pared del salón con la sangre de Jorge: «Los secretos de la cámara no los digas a nadie, ni nada de lo que hagan en la logia».

Leonardo tardó en asimilar las palabras de la directora. Un vacío especulativo se adueñó de sus pensamientos, y por eso fue incapaz de reaccionar hasta pasados unos segundos. Todo aquello le resultaba disparatado y ridículo. Y sin embargo, la señorita Dussac no bromeaba. Jorge había muerto a manos de unos fanáticos cuyo fin desconocían. No se trataba de una suposición, sino de la realidad más absoluta.

—Es horrible... —susurró impresionado—. Jamás pensé que algo así pudiera sucederle a Balboa. Ese hombre no representaba ningún peligro para nadie.

—Eso no lo podemos asegurar. —Los ojos de Mercedes sondearon al bibliotecario, expectantes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inquieto.

Le sorprendió la naturaleza enigmática del comentario.

—Jorge y yo éramos muy amigos —matizó ella, como en un susurro apenas audible—. Éramos íntimos amigos... ¿Comprendes?

Leonardo tuvo que admitir que la insolente franqueza de *mademoiselle* Dussac acabó por confundirle, aunque luego reconoció que varios detalles comenzaban a tener ahora sentido. Las lágrimas derramadas en el funeral, y su traje de chaqueta y falda de color negro, no eran una pose sino el reflejo del auténtico dolor que sentía por la pérdida de un ser querido. A pesar de todo, permaneció impasible debido a la estricta situación de confidencialidad. Reírse en sus narices hubiera sido una descortesía. Aunque no dejaba de ser ocurrente imaginarse al desgredado y olvidadizo paleógrafo haciéndole el amor a una pija elitista como Mercedes.

—Sé que estuvo unos días en Toledo, trabajando para unos amigos de su padre —continuó diciendo la directora—. Me contó que había traído consigo un antiguo legajo que databa de principios del siglo XVI. Su sorpresa, al intentar traducirlo, fue

que las frases estaban compuestas por letras griegas, latinas y números. Era un mensaje codificado. De ahí que últimamente llegara tarde al trabajo. Se pasaba las noches enteras intentando descifrar el significado oculto de aquel texto.

Leonardo hubo de reconocer que era cierto. De unos días para acá, el difunto parecía vivir aislado del resto del mundo. Apenas se comunicaba con nadie desde que se reincorporara al trabajo, tras las vacaciones. Su última comida juntos en el Wellington resultó bastante más soporífera que otras veces. Lo único que parecía importarle a Balboa era el hallazgo en Toledo de un escrito, el que despertó su máximo interés y por el cual llegó a desembolsar seiscientos euros.

—Algo me contó —admitió Leonardo, sincerándose del mismo modo—. Sin embargo, no le di tanta importancia al documento. No creí que tuviese un interés serio desde el punto de vista comercial.

—Hay algo que no le he dicho a la policía, y es que Jorge me llamó la tarde de su muerte diciéndome que había completado la traducción y descifrado el mensaje. —Ni siquiera parpadeó al admitir lo que podía ser considerado por la justicia como un delito de omisión—. Me adelantó que se trataba de una carta escrita por un maestro cantero, y en la que explicaba cómo llegar hasta un diario que escondía entre sus páginas los mayores misterios de la humanidad. Le dije que quería ir a su casa, pues necesitaba ver aquello que le había apartado de su trabajo y que estaba a punto de romper nuestra relación. Me respondió que no hacía falta, pues acababa de enviarme una copia del texto a través del correo electrónico.

—¿Tienes una copia del manuscrito? —Leonardo se revolvió inquieto en su asiento, cogiendo de nuevo el vaso de *whisky* para terminar de beberse el contenido de un solo trago.

—Así es, en mi ordenador. Creí prudente no imprimirlo ni hacer copias. Aunque da lo mismo. Me lo envió sin descifrar. De nada nos sirve el texto si no poseemos la clave.

—Estás hablando en plural, si no me equivoco... —Aquello presagiaba su implicación en el asunto.

—Cierto —dijo glacial—. Por eso te he pedido que me acompañes. También a ti te envió un *e-mail*... —Al ver el gesto de sorpresa de Leonardo, decidió continuar—: Pero eso no es todo, sus agresores se deshicieron del manuscrito original antes de abandonar el apartamento, lo que viene a complicar aún más el misterio que rodea al asesinato de Jorge.

Leonardo torció el gesto.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que hicieron eso? —inquirió después—. Quiero decir... ¿Cómo es posible que sepas algo así?

—Porque la policía me preguntó si tenía por costumbre quemar sus papeles. Cuando les dije que no, se limitaron a asentir sin darme más explicaciones. Y eso que

insistí... ¿Sabes una cosa, Leo? —Su cuerpo comenzó a temblar inesperadamente—, estoy tan asustada que no sé qué pensar.

El bibliotecario sintió algo parecido. Su desazón resultaba incomprensible. Pero ahí estaba. Latente.

—Si lo que te inquieta es el legajo, solo tienes que borrarlo del archivo.

—¿Así de fácil...? ¡No, no creo que esos fanáticos hayan olvidado investigar la vida privada de Jorge! —alzó la entonación, dejándose llevar por la angustia—. Ellos deben saber que existo, y que posiblemente compartíamos algo más que buenos momentos de alcoba... —Entornó los ojos, imaginando tórridas escenas—. No les sobran razones para pensar que puedo tener una copia. Si ese manuscrito es la causa de su muerte, entonces esos mal nacidos vendrán a por mí.

Leonardo Cárdenas tuvo que reconocer que existían motivos por los que preocuparse, de ser cierto el relato de Mercedes. Si el asesino, o asesinos de Jorge, fueron capaces de arrancarle la lengua para evitar que hablara, tanto él como la directora corrían ciertamente un peligro no deseado; y todo por un texto medieval que ni siquiera había tenido ocasión de leer.

—¿Puedo echarle un vistazo? —Giró la cabeza hacia el monitor que había sobre la mesa del despacho, a su izquierda.

Ella, perpleja, arqueó sus finas y bien proporcionadas cejas.

—¿Ahora? —preguntó.

El consultó su reloj. Eran las seis y cuarto de la tarde, y había quedado con Claudia a las ocho y media. Tenía tiempo más que suficiente.

—Sí, ahora.

—Puede que tengas razón —afirmó Mercedes, y acto seguido pulsó el interruptor del PC—. Como decís en España, al «toro hay que cogerlo por los cuernos».

De pronto escucharon un sonido metálico en recepción, que no solo les puso en alerta sino también el corazón en un puño. Leonardo fue raudo hacia la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Se asomó al exterior para comprobar fehacientemente si había alguien en las oficinas, pero no vio nada extraño y así se lo hizo saber a Mercedes. Ambos rieron al mismo tiempo, un tanto excitados. En aquellas circunstancias, hasta los estantes repletos de libros antiguos parecían tener vida propia. Era una sensación de como si los estuviesen vigilando un millar de ojos.

Nada más entrar en su correo electrónico, la directora buscó entre los últimos *e-mail* recibidos. Lo encontró en los del día anterior. A continuación, abrió el documento anexo.

—Aquí lo tienes... —Se levantó para dejarle el puesto al bibliotecario—. Aunque de nada nos va a servir si no podemos comprender su significado.

Tras intercambiar posiciones, Leonardo se enfrentó al enigma aun sabiendo que las probabilidades de interpretar el texto, sin ayuda de un programa descodificador,

serían tan ínfimas como tropezar con un ejemplar de la *Vulgata* en una subasta benéfica de barrio. Y aun así, se desvivió por encontrar un sentido coherente entre aquel maldito galimatías. Para mayor dificultad, se trataba de escritura gótica; propia de la época:

98NL6 HSL6X49 89X8 89PζQX4 ε8L6 HS8 Q4  
TLP45S9 φ8 PLζXLδ4 8 φ8PTφQφ4 N4ζ εL DTL  
Nζ4NTL 54εS6XLφ 8ε ζ8ψ8εLζ Sζ5T 8X 4ζ58 8ε LζPL64  
φ8 ε49 X8DNe49 4PSeX4 L εL9 δ86X89 8 LHS8εεL εL  
M4ζDL φ8 DLζP3LζL πTL εL 9LeL 89P46φQX8 φ8 εL  
58ζφLφ8ζL MLπ φ8 φT49 6S89Xζ4 98664ζ  
LHS8ε HS8 ζ8PT5L P464PTDT86X4 φ89XL ε8XζL  
3L φ8 Nζ4PSζLζ N4φ8ζ 5ψ86LD86X8 L5εLζ L 4Xζ49  
φ89X4 HS8 Q4 φTδ4 L6X89 HS89XL 9LψTφSζTL  
NT8ζφL98 86 8ε 4εψQφ4 86 8εε4 φ8N47TX4 X4φL DT  
89N8ζL6πL  
9T 9S5P8φt8ζ8 S8ψ49 94Q9 φ898494 φ8 P464P8ζ  
P4DD4 DSP349 εL ψ8ζφLφ L5ζ8Q9 φ8 5L2Lζ L ε49  
L58ζ649 HS8 Nζ8PTNTXL698 XζL9 ψ6L DSQ δζL6  
PLφ86L P3LPLε89 8 5Lζ5ψφL9 P4εS66L9 2LHST6 8 54Lπ  
Lψ8T9 L L5L24 φ8 ψ8ζ HSL6φ4 49 86P46Xζ8T9 L6X8 ε49  
9TεεLζ89 HS8 86 8ε DT4 6465ζ8 5T8686 9Tδ6Lφ49 86  
φTP34 L58ζ64 X8 98ζ8 ζ8ψ8εLφ4 89X4Q 8 94T 86 DT  
Q6X8ζT4ζ  
X4φ4 4D5ζ8 X4φL DSδ8ζ NS8φ86 86P4D86φ  
Lζ98 L φT49 6S89Xζ4 98664ζ 98ζψQ86φ498 φ8  
94ψ8ζψTL 459PSζTφLφ φ8 S6 X86N4 N898 L εL  
89XSNTφ8π φ8ε49 4D5ζ89 HS8 P4ζζ46N8 L εL ζL746  
8 4PSeXL εL DLδTL X8εSζ QPL φ8εL NT8XζL φ8εε4  
4ζδSεε494 89X4Q φ8 φ89P86φ8ζ φ8ε49 L6P89XζLe89  
T249 φ8εL ψTψφL 9L58φ4ζ89 φ8ε LζX8 8 εL  
X8P36TTPL φ8εL9 PLX38φζLe89 QL HS8 εL9 DTL9  
DL649 πT6P8εL6 NLeL5ζL9 φ8 NT8XζL HS8ε NS85ε4  
ε88 8 86XT86φ8 ε4 HS8 ε89 Nζ4PSζL 98ζ εT5ζ89 LD4  
IY XζL5L24 N8ζ4 DSP349 φTζL6 N49Xζ8ζLD86X8 98ζ

XZLTΠT46L6 €49 HS8 86δL66L6 8 64 φTπ86 €L 58ζφLφ  
€49 HS8 64 φTπ86 HS8 7L58D49 P4DD4 L5€Lζ P46 φT49  
6ψ89Xζ4 98664ζ

L5ζL9 φ8 ψS9PLζ DT 9PζTNXSD 8 5QLILζ L9XL  
€L ζ8δT46 φ8 XS5LePLT6 φ46φ8 N8ζDDL68P86 €L9  
P4€S66L9 HS8 5T8ζ46 9S5P8φ8ζ8€ φT€SψQ48 HS8 Lδ4ζL  
946 86X8ζζLφL9 N4ζ€L9 Lζ86L9 φ8 LHS8€€L9 5T82L9  
LδSL9 L5L24 φ8€L NLζX8 φ46φ8 L5QXL6 €L9 XT6T85€L9 8€  
PL49 ψ8ζL9 €4 HS8 DT9 4249 64

86 €L DSQ 64ψ€8 8 DSQ €8Le PTψφLφ φ8  
DSζPTL φT8π φ8 L5ζT€ φ8€ L664 φ8€ 6L9PTDT86X4  
φ8 6ψ89Xζ4 98664ζ T89SPζT9X4 φ8 DTE HST6T86X49  
8 ψ8T6XTXζ89

TLP45S9 φ8 PLζXLδ4

Tras examinar el texto unos minutos, Leonardo tuvo que darle la razón, pues era imposible descifrarlo si no le dedicaba varias semanas de estudio. Jorge era el experto en paleografía, y algo debía saber del lenguaje criptográfico cuando había sido capaz de resolver aquel galimatías en tan poco tiempo. Pero ahora estaba muerto.

—Es inútil —reconoció al cabo de un rato con voz hueca, tras darse por vencido—. No tiene sentido interpretar un texto que resulta incoherente se mire como se mire.

La directora ladeó la cabeza.

—A menos que encontremos el modo de traducirlo —añadió, segura de sí misma—. Si Jorge lo hizo, nosotros también podremos.

—Tú, mejor que nadie, deberías saber que lo único que no me sobra es tiempo. Aún he de catalogar los libros que han de subastarse dentro de unos días. —Le recordó con cierto hastío el trabajo que le quedaba por hacer.

—Lo sé. Por eso mismo he pensado que debía contratar a alguien que te sustituya por una temporada... —Hizo una breve pausa—. Mientras tanto, seguirás en nómina y tu salario se mantendrá según lo estipulado en el contrato... —Le miró con gesto de súplica—. Por favor, debes hacerlo. Piensa que nuestras vidas dependen de lo escrito en ese legajo.

Leonardo, dubitativo, resopló.

—¿No has contemplado la posibilidad de contarle todo esto a la policía?

Era lo más sensato.

—*Mais non...*! —exclamó ella, repentinamente alterada y dejándose llevar por su vena francesa—. No puedo decirles ahora que he ocultado información, por lo menos hasta que tengamos algo que ofrecerles. Tampoco estoy dispuesta a consentir que la



memoria de Jorge quede por los suelos. No me gustaría verlo crucificado sin motivos, ahora que no puede defenderse; de ahí que necesite saber en qué estaba metido realmente, y si solo ha sido la casualidad la causa de su muerte... —Su rostro se ensombreció—. Yo, antes que nadie, he de conocer la verdad —concluyó.

A Leonardo no le hizo ninguna gracia verse inmiscuido en un asesinato, y mucho menos que le consideraran cómplice de aquella mujer, ya no tan fría como pensaba, que podía complicarle la vida a causa de unos escrúpulos que rozaban el sentimentalismo. Si Balboa era culpable de algún delito, era asunto de la policía llevar a cabo las investigaciones; y no de ellos, quienes se estaban jugando su carrera y libertad.

—Si decido aceptar tu oferta tendrás que prometerme dos cosas... —Una mueca furtiva le cruzó el semblante—. Primero, que asumirás la responsabilidad y cubrirás mis espaldas, en caso de que trascienda a más y tengamos problemas con la ley... ¿Entendido? —Ella afirmó con la cabeza—. Segundo, que sufragarás todos los gastos de esta aventura... —Se encogió de hombros, esbozando una sonrisa cáustica—. Con mi sueldo no me llega.

—Tendrás toda la ayuda que sea necesaria. No escatimaré en gastos... Pero has de comenzar esta misma noche. Quiero que investigues a fondo ese manuscrito y trates de descifrarlo. Necesito saber qué dice.

Se puso en pie, dando por finalizada la conversación. Leonardo se dio cuenta de que estaba ocupando el sillón de la directora, por lo que se levantó sin pérdida de tiempo para ofrecerle el que era su lugar de trabajo. Era algo demasiado íntimo y personal, sobre todo teniendo en cuenta que sobre el despacho había un par de fotografías de familia enmarcadas y varias cartas sin abrir de diversas entidades bancarias.

—Será mejor que me vaya —dijo en voz baja—. Te tendré informada.

Mercedes asintió en silencio, apretando sus labios en un reprimido gesto de aflicción. Pero se sobrepuso al instante, diciendo con suavidad:

—Gracias por todo, Leo... —Le tendió la mano—. Gracias por escucharme y por tu discreción con respecto a la especial amistad que me unía a Jorge.

El bibliotecario se la estrechó convencido de que sus últimas palabras eran toda una advertencia. Hablar más de la cuenta significaba dejarle al margen de todo, incluida su labor en la casa de subastas. A Mercedes le sobraba el dinero. Podía costearse un despido impropio en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Podrías pedirme un taxi? —preguntó Leonardo antes de marcharse.

—No hace falta. Javier te espera abajo, en el aparcamiento. —Javier era su chófer personal—. Dale la dirección y él te dejará en casa. Es lo menos que puedo hacer después de robar tu tiempo.

Tras darle las gracias a su directora, se dirigió hacia la puerta del despacho con el

fin de marcharse. La mujer necesitaba ceder al ímpetu del dolor y llorar en paz su pérdida.

Y eso fue lo que hizo, una vez que se quedó a solas con sus recuerdos.

Una sombra se deslizó con rapidez hasta el gabinete contiguo maldiciendo su torpeza, error que casi le delata al tropezar en la oscuridad con un armario archivero que había junto a la puerta. Luego, tras esperar a que se marchase el bibliotecario, alcanzó el pasillo del vestíbulo antes de que pudieran descubrir su presencia en las oficinas, con una mezcla de febril entusiasmo y excitación.

Una vez que estuvo fuera de la casa de subastas, bajó por las escaleras de emergencia hasta la salida principal del edificio. No encontró a nadie en recepción, ni siquiera al conserje. Sin perder más tiempo, salió a la calle, y se fue hacia donde tenía aparcado el coche. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y buscó ansioso en la agenda el nombre de Sholomo. Unos instantes después hablaba con la persona que respondía a dicho apodo.

—¿Sholomo? —preguntó al oír una voz al otro lado—. Soy Azogue. Escucha lo que voy a decirte...

«¿Por qué a mí...? ¿Por qué enviarme una copia del escrito, cuando Jorge era tan reservado? El hecho de que trabajáramos juntos no es suficiente razón para creer que entre ambos existiera una total confianza. De ser así, me hubiera contado su *affaire* con Mercedes. —Leonardo hacía un ligero repaso mental de lo ocurrido, reflexionando con la mayor sinceridad posible mientras las luces de las farolas iluminaban fugazmente el interior del lujoso automóvil a su paso por la calle de Alcalá—. Reconozco que, de sus compañeros, yo era el que más tiempo pasaba con él. Y es cierto que admiraba su labor como paleógrafo, que era fantástica, y también sus libros, publicados en todo el mundo... Algunos de ellos realmente interesantes. Pero de compartir el trabajo rutinario a conocer su vida privada, hay una gran diferencia. Balboa podía parecer estúpido por su forma de vestir y comportarse, pero la materia gris le funcionaba mejor que a todos nosotros juntos... ¡Tiene que existir un motivo por el que quisiera inmiscuirme!».

Los neumáticos del Jaguar rechinaron al girar en Cibeles. No tuvo más remedio que aferrarse al asidero de la puerta para no dejarse llevar por el incómodo efecto de la gravedad. Javier miró por el espejo retrovisor. Sonreír fue el mejor modo de pedir disculpas.

—Lo siento, señor —le dijo en calculado tono neutro—. Pero a veces me es imposible negarme al encanto de la máquina. Por un momento olvidé que iba ahí detrás.

Leonardo admitió sus excusas con el gesto conciliador de una mano, aunque sí le recordó verbalmente que no tenía ninguna prisa por llegar a casa.

—Ha sido un día duro, ¿no es cierto? —El chófer, agradecido por la tolerancia

que había demostrado el bibliotecario, quiso darle conversación para que se sintiera más cómodo.

—Perder a un amigo siempre lo es.

—¡Y que lo diga! —afirmó rotundo—. En mi profesión, son ya demasiados los amigos que han muerto en la carretera. La mayor parte de las veces es por culpa de sus jefes, que les obligan a pisar el acelerador porque siempre llegan tarde a sus citas. Y si hablamos de los transportistas, no le digo nada... El índice de mortalidad es cada vez mayor. El otro día, sin ir más lejos, un compañero de trabajo me estuvo contando que...

Leonardo cerró los ojos, olvidando por un instante al joven del volante que parecía divertirse recordando los sucesos más escabrosos de su carrera.

«Hay algo que no me cuadra en la historia de Mercedes —pensó de nuevo, intentando recordar las palabras de la estirada directora—. Su versión del interrogatorio es de lo más rebuscada. Parece el guión de una mala película. Por un lado, y me parece increíble que así fuera, la policía le cuenta así, sin más, los detalles de cómo asesinaron a Balboa, incluido lo de la máxima escrita en la pared. Sin embargo, se niegan a seguir hablando con ella tras preguntarle si la víctima tenía por costumbre quemar sus papeles. Hacer algo así va en contra de las directrices de una investigación criminal que se precie. Ese modo de actuar es absurdo... ¿Quién iba a creerse algo tan disparatado? Aunque, si no fueron ellos... ¿Cómo es posible que Mercedes sepa con total exactitud lo sucedido en el apartamento de Jorge?». Leonardo abrió los ojos, dejando a un lado sus oscuros pensamientos. Si Mercedes le ocultaba algo, antes o después acabaría enterándose. Sabía por experiencia que la mentira tiene las piernas muy cortas.

Javier seguía hablando solo cuando el automóvil giró en la Puerta del Sol y enfiló hacia la calle Carretas. Para entonces, Leonardo decidió retomar el hilo de la conversación por deferencia al individuo que se había tomado la molestia de acercarle a su apartamento. Ya tendría tiempo de reflexionar tras una buena ducha y un *gin-tonic* al uso habitual.

Aún le quedaba una hora y media antes de que Claudia acudiera a su cita.

## Capítulo 3

Aquella misma tarde, muy lejos de Madrid, el seleccionado para mantener oculto el secreto de la logia subió las escaleras del *parking* de la Glorieta de España llevando bajo el brazo un ordenador portátil. Hacía viento en el exterior. El aire traía cierto olor a cieno que provenía del río, oleada pestilente que parecía incitar a las palomas para que defecaran sin consideración sobre el bronceo solideo de la estatua del cardenal Belluga. La gente, a su alrededor, se afanaba en llegar cuanto antes a su destino, ajenos a su presencia. Aprovechó su invisibilidad social para mezclarse con ellos. Nadie reparó en un individuo de cabello gris, y con aires de letrado, que con paso lento se encaminaba hacia el callejón del Arenal; el cual conducía, precisamente, a la plaza del Cardenal Belluga.

Tomó asiento en una de las mesas dispuestas en la terraza de un café cercano a la catedral. Desde donde estaba, podía ver con detalle el imafrente barroco que conjugaba la exaltación de la Virgen María y la glorificación de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana. La iconografía de la fachada principal resultó bastante laica para su gusto. No en vano, se trataba de un estilo posterior al gótico, cuando los constructores de catedrales dejaron de serlo para convertirse en simples artesanos de la piedra, en obreros del descuido al servicio de unos reyes que valoraban más la estética que la sabiduría arcana de los sillares. De ahí que la magia que antaño irradiaran los templos acabara transformándose en una burda imitación del primitivo ingenio de los grandes maestros.

—Perdone, señor... ¿Va a tomar algo?

La voz inexpresiva del camarero llamó su atención.

—Un café con leche y un agua con gas, por favor —contestó amablemente.

El muchacho apuntó en su libreta el pedido, y se marchó tras limpiar la mesa.

De nuevo a solas, meditó sobre lo ocurrido últimamente en Madrid. Reconoció que su trabajo no era precisamente agradable, pero formaba parte de la cruz que le había impuesto el Consejo; y como previsor del secreto, le estaba permitido actuar sin ningún tipo de restricción moral o escrúpulo de conciencia. Era una de las reglas de oro de la logia: evitar que se propagase lo oculto durante tantos años, aunque para ello fuera necesario arrancarle la lengua a todos los que osaran infringir el juramento de fidelidad absoluta y conducta rígida.

Habían quedado para las siete y media y ya pasaban cinco minutos de la hora señalada, por lo que su contacto debía estar a punto de llegar. Miró distraídamente a su alrededor con la esperanza de descubrir entre la multitud a la persona con quien debía encontrarse. Deambulando por la plaza pudo ver a un grupo de turistas rezagados que fotografiaban, con un fervor casi religioso, la hornacina central de la coronación de la Virgen, las figuras de los cuatro santos de Cartagena y la estatua de

Fernando III.

En la parte inferior, junto a una de las puertas de entrada, una joven tocaba el violonchelo mientras su acompañante, un muchacho con barba y cabellos largos, se esmeraba por arrancar las notas más delicadas y melodiosas de su espléndido contrabajo. Alguien se les acercó para dejar unas monedas en el cestillo de mimbre que había en el suelo. Era una joven de cabello corto, nariz aguileña y constitución atlética, cuyo chaquetón de cuero cubría su cuerpo hasta las rodillas. Tras su público gesto solidario, se giró lentamente. Sus ojos buscaron entre la multitud a alguien en especial al tiempo que se enfundaba las manos en unos guantes de color negro.

El hombre la reconoció de inmediato. Su imagen se ajustaba al perfil que le habían proporcionado los de la Agencia: mujer caucásica de unos veinticuatro años de edad, rubia, de apariencia fría, lúgubre y hostil; parecía sacada de un manual de la Guerra Fría.

Para llamar su atención, y aun a riesgo de que le tomaran por loco quienes estaban sentados a su alrededor, dibujó una espiral en el aire con su dedo índice para finalizar trazando una línea vertical. Era el signo del *abacus*, emblema de los maestros constructores.

La joven se le acercó sin dejar de mirarle directamente a los ojos.

—¿Herr Sholomo? —preguntó, cuando estuvo de pie frente a él.

El caballero de chaqueta gris afirmó con un silencioso gesto que daba fe de su cargo e identidad, sin llegar a sorprenderse por el acento alemán que escondía el tono de su voz. Entonces, señaló la silla metálica que había al otro extremo de la mesa. La muchacha tomó asiento tras aceptar la invitación.

—Le creía con algunos años menos —confesó ella sin ningún reparo—. En la Agencia me dijeron que se dedica a la espeleología en su tiempo libre.

—Y es cierto —afirmó Sholomo, jactancioso—, pues el interior de la Tierra no deja de ser fascinante... Pero, déjame que te diga una cosa. Confidencia por confidencia, ya sabes... También yo tenía la esperanza de que fueras algo mayor, y sobre todo, esperaba que le encargaran el trabajo a un hombre, y no a una niña.

La joven apenas se molestó. Se limitó a hacer un gesto indeterminado.

—¿Cree que un hombre lo habría hecho mejor?

—No estoy poniendo en duda tu efectividad, la cual ha demostrado ser impecable. Solo era un comentario, señorita...

—Llámeme Lilith.

—Lilith... —repitió el anciano, mascando cada sílaba—. Muy apropiado, a mi parecer.

Había algo en aquella joven que rezumaba hostilidad, quizá sus rasgos disciplinados e inmovibles que evidenciaban un tortuoso pasado. Los asesinos a sueldo solían tener, casi todos, semejante apariencia: la impronta de un monstruo sin



sentimientos.

—¡Bien! —exclamó glacial—. Ahora que nos conocemos me resultará más fácil preguntarle si ya ha transferido el resto del dinero. —Se refería a sus honorarios por el asesinato de Jorge Balboa.

Sholomo abrió el portátil que había sobre la mesa, esbozando luego una sonrisa tolerante que daba paso a la segunda parte de la negociación. Tecleó con habilidad durante unos segundos. A continuación, le dio la vuelta al ordenador y lo empujó levemente hacia Lilith.

—Solo tienes que introducir la clave secreta de tu cuenta en Suiza, y pulsar el «Enter». Automáticamente te serán transferidos tus 180.000 euros. Como ves, el dinero no es precisamente nuestro Talón de Aquiles.

—¿Tan poco valor le dan a lo material que piensan pagarme el doble de lo pactado? —preguntó perpleja. Sabía a ciencia cierta que no se trataba de un error, y de pronto intuyó que habrían de encargarle un nuevo trabajo.

—Hay otra persona a la que debes eliminar... —Sus palabras confirmaron la sospecha de Lilith—. Bueno, en realidad deberían ser dos. Pero he pensado que necesito a uno con vida.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—No.

La sequedad con que lo dijo no daba lugar a réplica.

—¿He de seguir la misma pauta que con el otro?

—En efecto —contestó al instante—. Deberás arrancarle la lengua por debajo del mentón, escribir en lugar visible la máxima de advertencia, y firmar como Los Hijos de la Viuda... —Se aclaró la voz—. A menos que prefieras seguir el antiguo modelo de castigo.

—Que es... —La joven esperó a que Sholomo se lo dijera.

—Arrancarle el corazón en vida, cortarle la cabeza y arrojar su cuerpo al mar... Tú decides.

Lilith pensó que había subestimado a su cliente. Aquel maldito picapedrero podía llegar a ser tan fanático como cualquier mercenario del Escuadrón de la Muerte en Brasil.

—Supongo que habrá traído consigo información de la nueva víctima —se limitó a decir.

Sholomo sacó un sobre del interior de su chaqueta, extendiendo su mano zurda para ofrecérselo.

—Ahí dentro está todo: fotografías... La dirección de su domicilio y trabajo... Modelo, color y matrícula de su coche... Lugares que frecuenta. En fin, su vida personal.

—¿Y cómo sabe que no me marcharé después de transferir el dinero?

—Porque te creemos lo bastante inteligente como para no incurrir en semejante equivocación.

Lilith decidió no poner a prueba la paciencia del cliente. En la Agencia podrían tomar su sentido del humor como una falta de profesionalidad.

Sin perder más tiempo introdujo la clave. Luego pulsó el «Enter».

—¡Ya está! —Cerró el ordenador, guardándose el sobre en uno de los bolsillos del chaquetón—. Solo me falta decirle que no volveremos a vernos. Saldré del país finalizado el trabajo... Y otra cosa, no suelo regresar a la misma ciudad dos veces.

El sonrió, displicente.

—En esta ocasión tendrás que hacerlo, querida. Tu labor está en Madrid —afirmó fríamente.

La joven lo meditó unos segundos.

—Como siempre he dicho: nunca muerdas la mano que te da de comer... —Le guiñó un ojo, dedicándole una agradable sonrisa de despedida—. Será todo un detalle incumplir mis principios en beneficio suyo.

Dicho esto, se puso en pie, justo cuando se acercaba el camarero con el propósito de hacer su trabajo; tras lo cual, colisionaron estrepitosamente sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo. El muchacho se excusó con educación, pidiéndole disculpas, a lo que Lilith le espetó con un juramento en su idioma que el aludido no supo apreciar al no comprender la jerga teutónica. El muchacho miró a Sholomo buscando una respuesta cómplice. Este le animó con un aforismo bastante característico a la vez que se encogía de hombros:

—¡Mujeres...! —exclamó, alzando las cejas.

## Capítulo 4

Claudia era una persona sobria, cabal e inteligente, incapaz de perder su tiempo con asuntos que no le proporcionaran ningún beneficio; de ahí que a sus treinta y tres años de edad estuviese en posesión de dos títulos universitarios que honraban su *curriculum*: licenciada en Historia y diplomada en Filología Románica. Solía vestir con sobriedad en el trabajo, aunque una vez terminada su labor en la casa de subastas retomaba la costumbre de colocarse cualquier prenda —algo más femenina— con el fin de atraer la mirada de los hombres. Tenía el rostro ovalado y una gran sonrisa que despertaba inquietudes en los más puritanos. Su cabello era lacio y oscuro, al igual que sus ojos, y el color de sus labios hacía juego con la tonalidad rosada de sus mejillas. Se sentía orgullosa de poseer —sin pasar por quirófano alguno— unas medidas acordes con el arquetipo de mujer del siglo XXI: líneas perfectas que sus vaqueros ajustados y su jersey de lana, este ceñido hasta la cintura, realzaban notablemente. Sus aficiones eran los libros y la arquitectura medieval, entretenimientos que ocupaban el poco tiempo que le quedaba libre y que, en cierto modo, enriquecían aún más su notable intelecto. Otra de sus diversiones favoritas era la de cenar a solas con Leonardo y acabar, a los postres, haciendo el amor en los lugares más insospechados de la casa.

Ahora estaba con él y, sin embargo, algo parecía haber cambiado aquella noche. Lo encontró taciturno y reservado, talante que no iba con su personalidad dicharachera.

Habían estado hablando de Jorge, aunque sería más justo decir que fue ella quien trató de mantener viva la conversación, pues Leonardo parecía estar al otro lado del universo absorto en sus insondables pensamientos. Viendo que no le prestaba atención a sus palabras, y que lo único que le importaba era darle vueltas a la copa de vino y clavar su mirada en los dibujos del cristal, decidió rescatarle de su desistimiento antes de incurrir en la reiteración de un monólogo obstinado.

—Me gustaría saber qué te ocurre... —Dejó los cubiertos sobre el plato—. No has dicho una sola palabra durante la cena.

El trató de recuperar la sonrisa por consideración a su invitada.

—Perdona —le dijo con voz queda—. Tú no tienes la culpa.

—Eso espero. Lamentaría descubrir que te aburres conmigo. —Apoyó su mano en el brazo de Leonardo y comenzó a acariciarlo, dándole a entender, con este tierno gesto, cuánto lo necesitaba aquella noche.

—Es por lo de Jorge... La policía ha estado hablando con Mercedes, y lo que le ha contado es escalofriante.

—Deberíamos olvidarlo todo e irnos a la cama, ¿no crees?

—Sería estupendo, pero hoy no puedo... —Suspiró unos instantes—. Tengo

trabajo pendiente.

Claudia trató de encajar el golpe comportándose con naturalidad, aceptando con una sonrisa forzada el desaire de aquel insulso que despertaba su libido de forma inusual, y que en cualquier otro momento de su vida lo hubiese mandado al infierno por desconsiderado e insensible.

—Entonces será mejor que me vaya.

Se puso en pie, sintiéndose de más en el apartamento. Leonardo reaccionó al instante. Había cometido un desliz imperdonable al rechazar su compañía.

—¡Espera! —le rogó—. No te marches aún.

—Dame una razón para que no lo haga.

No parecía enfadada, pero sí aburrida de aquel juego sin sentido.

—Necesito que me ayudes.

—¿Puedo saber en qué? —inquirió con enfado.

—Es difícil de explicar... —respondió él con lentitud—. Antes tendría que contarte una serie de detalles para que pudieras comprender lo que trato de decirte; hecho que por otro lado puede poner en peligro tu vida... ¡Sé que parece increíble y ridículo...! Pero es cierto. Y te aseguro que no es ninguna broma cuando digo que puedes sufrir un desagradable incidente si te cuento la verdad... —Se limpió la comisura de los labios con la servilleta. Luego se puso en pie—. Me gustaría que reflexionaras al respecto. Tú decides si merece la pena arriesgarse.

Estaba confundida. Era la primera vez que le veía comportarse de forma tan extraña. De inmediato relacionó su actitud con el hecho de haber acompañado a la directora a la casa de subastas. Antes había dicho algo respecto a Mercedes y la policía. Y eso era bastante significativo.

—No sé de qué estás hablando, pero creo que me debes una explicación. —Se mantuvo firme, sin perder la calma—. Quiero saber en qué diablos andas metido, y cuál ha sido el tema de tu conversación con la directora.

—Está bien, comenzaré por el principio. Pero antes, siéntate... He de hacerte una pregunta.

La acompañó hasta el sofá del salón, donde la obligó a tomar asiento. Más tarde fue hacia la cocina y preparó algo de beber. Regresó con dos *gin-tonic* en sendas manos. Tras ofrecerle uno a su compañera sentimental, se quedó de pie, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Y...? —le interrogó ella, impaciente.

—Dime... —Carraspeó un poco—. ¿Has oído hablar alguna vez de Los Hijos de la Viuda?

## Capítulo 5

Tras su breve encuentro con Lilith, Sholomo pagó la cuenta al joven camarero y se marchó con el portátil bajo el brazo. Se dirigió a la plaza de los Apóstoles mientras su mente navegaba por un mar de incertidumbre, pues no dejaba de darle vueltas en su cabeza.

«Deberíamos haberlo pensado bien antes de actuar de forma precipitada. Fue tal la inquietud que sentimos al saber que la familia Fajardo había vendido un cifrario medieval a un desconocido, que no fuimos capaces de reprimir nuestro afán de protección al intuir que dicho manuscrito podía tratarse del diario de Iacobus, o el modo de llegar hasta él, tal y como aseguran las crónicas de entonces. Quizá la solución al problema no era asesinar a un inocente, sino recuperar el escrito. Así de sencillo. Pero las emociones todo lo complican. De nada ha servido la muerte del paleógrafo. Y lo peor de todo es que ordené quemar el criptograma, cuando debería haberlo estudiado antes para estar seguro de que realmente era una amenaza. Ahora, son dos quienes tienen una copia del texto. Gracias a Azogue, uno trabajará para nosotros sin que llegue a sospecharlo. La otra tiene que desaparecer, por seguridad. Solo espero que el indultado consiga traducir el manuscrito. Así sabremos a qué atenernos antes de que otros lleguen a conocer el secreto que con tanto afán hemos custodiado durante siglos. No soportaría tener que autorizar nuevos crímenes. No somos asesinos». Compró una revista de arte en un quiosco que estaba a punto de cerrar. Más tarde, se detuvo a contemplar la obra maestra que ornaba la parte alta de la capilla de los Vélez. La cadena se abrazaba al octágono de piedra —erigido antaño por los maestros canteros—, protegiendo celosamente las maravillas gótico-flamencas que se guardaban en su interior. Los gruesos eslabones representaban la continuidad de la tradición, algo que Iacobus no supo comprender jamás; de ahí que fuera castigado. Meditó de nuevo, yendo hacia los contrafuertes de atrás de la capilla.

«Resulta inaudito que la familia Fajardo haya sido la depositaria del secreto durante tantos años. Jamás hubiésemos pensado algo parecido, aunque siempre tuvimos nuestras dudas. Quizá Iacobus, antes de morir, tuvo tiempo de introducir su escrito entre los papeles de Ludovico Fajardo, quien fuera el segundo marqués de los Vélez. Sabemos que De Cartago sobrevivió unas pocas semanas al suplicio, y que el hijo de don Pedro se molestó enormemente por el castigo infringido al cantero por sus propios compañeros; de ahí que fuera a verle todos los días como si se tratara de un oficial herido en combate. En las cartas del entonces maestro de obras, Justo Bravo, se dice que fueron espiados los movimientos del aristócrata así como los del traidor, no encontrándose nada sospechoso que les hiciese pensar que entre ambos existiera algún tipo de complicidad o alianza, ya que le era imposible comunicarse con él. Pero hubo un detalle que se les escapó a los antiguos maestros, y fue requisar

los papeles y documentos del escribano de Iacobus, quien, según parece, era hermano o sobrino suyo. Nosotros no cometeremos el mismo error; no ahora que contamos con la información que nos proporciona Azogue, quien milagrosamente se enteró del hallazgo en Toledo del manuscrito de la discordia y de que fue enviado por correo electrónico, hace tan solo unas horas, a la amante del paleógrafo y a uno de sus compañeros de trabajo. Dios nos acompaña. Está de nuestra parte. Nos mantendremos fieles a Su deseo protegiendo el *Kisé* del Testimonio».

Se detuvo bajo los andamios metálicos de la obras de restauración de un edificio en ruinas que había en la parte posterior de la catedral, frente a los escudos de los Chacón y Fajardo. Al igual que el resto de los transeúntes, se aventuró en el pasadizo acerado construido por la empresa de reformas para comunicar las distintas plazas que circundaban el templo. A mitad de camino se detuvo para observar unos extraños signos grabados en la piedra a golpe de cincel. Reconoció las distintas marcas de cantería: un triángulo con una cruz en la cúspide... Un cuadrado con una cruz en el centro... Un reloj de arena recostado... Y finalmente, las siglas IDC.

—Iacobus de Cartago... —susurró fríamente, sin importarle quienes le miraban al pasar a su lado—. Incluso muerto, tu herencia invita a la confusión. Daría diez años de mi vida por saber dónde escondiste el diario.

Le pareció sentir que alguien se reía de él desde lo más profundo del infierno.

Horas después, tras su conversación mantenida con Leonardo Cárdenas, Mercedes se reunió en su despacho con Nicolás Colmenares, el abogado de la empresa.

Le comunicó la reciente contratación de un nuevo empleado que vendría a sustituir a Leonardo durante algún tiempo, ya que el bibliotecario estaba haciendo un trabajo para la casa de subastas en su propio domicilio y necesitaban un sustituto para la catalogación de los libros a subastar. El letrado aceptó sin más el cambio, aunque, como era responsabilidad suya redactar los contratos, hubiese preferido echarle antes un vistazo a las condiciones laborales y a la fecha de extinción. Se dejó convencer cuando Melele le aseguró que el suplente venía recomendado por un gran amigo suyo: Alfredo Hijarrubia, quien trabajaba en el Ministerio del Interior.

Después de aquello, abordaron otros temas pendientes. Le dedicaron un par de horas a los asuntos relacionados con la casa de subastas, no sin ciertos ambages por parte de Mercedes cuando el abogado trató de ahondar en el desgraciado incidente de Balboa. Nicolás, que tras ejercer más de treinta años en su profesión presumía de conocer la naturaleza humana mejor que muchos psicólogos, presintió que la directora trataba de decirle algo que a la vez deseaba ocultar. Melele solía ser una persona bastante franca, quizá de más. Por eso le extrañó verla tan distanciada en algunos momentos y exaltada en otros. La conocía desde hacía seis años, cuando se instaló en la calle Velázquez con un gran sueño en la cabeza después de abandonar la

firma Drouot, en París, debido a las exigencias del empresario. Pero hoy no era la Mercedes de siempre, esa dama de hierro capaz de ganarle la batalla a la adversidad. Estaba seguro de que algo le preocupaba mucho.

—Te invito a cenar —le sugirió, procurando así retomar viejos hábitos—. Hace varios meses que no compartimos mesa, y eso me hace pensar que ya no me incluyes entre tus amigos más selectos.

Mercedes se echó a reír. Siempre le agradó el tono cortés de aquel maduro don Juan de piel bronceada, cabello gris y ojos verdes, que años atrás la agasajara con distinguidos y acertados piropos con el propósito de seducirla. No podía negar que Nicolás era aún un hombre atractivo, y que lo fue mucho más en su juventud. Pero nunca hubo *feeling* entre ellos, aunque sí un gran respeto que dio paso a una sólida amistad.

—Acepto la invitación —le respondió al tiempo que cogía su abrigo—. De esta forma seguiremos hablando mientras comemos. Hay algo que necesito saber, y tú puedes ayudarme.

—¿Puedo preguntar el qué?

—Creo que será mejor que te lo explique mientras cenamos.

El licenciado en leyes se adelantó para abrir la puerta y cederle el paso. Mercedes le dio las gracias. A continuación, se dirigieron juntos al vestíbulo.

—He de confesar que te noto distinta desde el funeral... —Se tocó la nariz—. Sé que todos estamos aún un poco descentrados por lo de Jorge, y me gustaría pensar que es ese el motivo, y no otro... —Entonces se detuvo frente a los ascensores y añadió grave—: Dime que Hiperión no me oculta nuevas sorpresas.

—Todo depende de tu respuesta a mis preguntas.

—¡Vaya...! —exclamó mordaz—. Esta mañana te has levantado enigmática.

—Descuida, que para cuando acabe la noche seré la misma borde de siempre —aseguró con cierta sequedad.

Nicolás acusó de nuevo su repentino cambio de humor. Era evidente que estaba a la defensiva. Debía ser grave su preocupación cuando la inestabilidad de su carácter la llevaba a dar una respuesta tan fuera de tono. Lo cierto es que conocía la causa de sus altibajos, aunque esperaba que fuera ella misma quien se lo dijera.

Tras un corto paseo entraron en un restaurante de cocina vasca. Pidieron merluza al estilo tradicional, y una buena botella de vino blanco de Navarra. Mientras les traían unos entremeses, Mercedes aprovechó para encenderse un cigarrillo rubio. Nicolás, que no soportaba el humo del tabaco, se consoló pensando que el próximo año entraría en vigor la nueva ley de fumadores.

—Supongo que la policía se habrá puesto en contacto contigo tras el asesinato de Jorge —comenzó diciendo la directora, juntando las palmas de sus manos—. Yo misma les facilité tu número de teléfono porque creí que sería lo mejor. Cualquiera

asunto que tenga relación con la vida personal de nuestros empleados es un problema ajeno a la empresa. Pero esta vez era distinto; no pude hacerle frente yo sola y les dije que hablaran contigo. Siento haber abusado de tu confianza.

—Hiciste lo correcto. En caso contrario, te podías haber visto implicada en una serie de preguntas impertinentes destinadas a confundirte.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh, vamos...! —Alzó las cejas significativamente—. ¿Piensas que la policía es idiota? —le reprochó en tono amable—. ¿Por qué crees que eres la única de la firma a la que han interrogado, aparte de a un servidor?

—Pues porque Jorge no tenía familia en Madrid, y yo soy la única persona a quien podían dirigirse en este caso. Al fin y al cabo, trabajaba para mí.

Una breve sonrisa irónica cruzó el rostro del letrado.

—No te esfuerces. Saben lo que había entre vosotros dos.

Melele sintió cómo se le enrojecían los pómulos del rostro: la habían descubierto. No es que se sintiera avergonzada de su relación, pero le gustaba mantener en secreto todo lo concerniente a su vida privada, y mucho más si esta entraba en el terreno de lo sexual. En todo caso, lo único que se le ocurrió fue negar lo que era incuestionable.

—No sé de qué me hablas —musitó. Después lo miró con desafío.

—Encontraron pruebas de vuestra relación en el apartamento. Ya sabes, fotografías en las que se os ve felices y juntos, prendas íntimas de mujer en los cajones de su dormitorio, perfume en el baño... Y un sinfín de cosas más que les hizo pensar que allí vivía una mujer de forma esporádica. Tú, en este caso.

—¿Qué más te han contado?

—Que fue una matanza —respondió quedamente—. Me parece increíble que algo así le haya sucedido a Jorge.

—¿Solo eso? —inquirió ella de nuevo—. ¿Ningún detalle escabroso de su muerte?

—Creo que le cortaron la lengua... No sé nada más. La policía no se extiende mucho a la hora de aclarar lo sucedido. Sus explicaciones son mínimas, profesionales; ya lo sabes.

Mercedes asintió con la cabeza, tratando de reprimir su inquietud.

El camarero les trajo los entremeses y el vino, y al poco les sirvió la comida. Hablaron de negocios, del fuerte incremento de los coleccionistas del papel durante el último año, gracias a la calidad de la oferta, del aumento visible de la competencia en el sector, y también de los amplios conocimientos que demostraban tener los inversores que acudían a las salas de subastas. Lo cierto es que se esforzaron en malgastar su tiempo en una conversación de carácter profesional que apostaba por convertirse en cortina de humo del auténtico motivo que les había llevado hasta allí.

Pero a la hora del café, ya relajados y distendidos, Mercedes decidió que era el



momento de contarle ciertas cosas. Necesitaba a alguien con credibilidad jurídica que pudiera echarle una mano.

—Nicolás... —le dijo en voz muy baja—. Sé por qué asesinaron a Jorge. —Se mordió el labio inferior.

El abogado frunció el ceño. No se esperaba un comentario de ese calibre.

—¿Estás segura? —preguntó atónito—. Y no me vale que me digas que se trata de intuición femenina.

Apenas le prestó atención al comentario. Su glacial mirada seguía fija en él, sin parpadear.

—Lo ejecutaron por traducir un criptograma medieval... —añadió finalmente, y luego aclaró—: Es un manuscrito que guarda celosamente el secreto de una hermandad esotérica llamada Los Hijos de la Viuda. Debes pensar que estoy loca, pero te estoy diciendo la verdad tal como es, desnuda.

Nicolás torció el gesto y se reservó el derecho a opinar. Reflexionó unos segundos antes de pronunciarse. Conocía a Mercedes, y sabía que no era mujer dada a las bromas. Su historia debía ser cierta, aunque le costaba trabajo aceptar que existiese una confabulación sectaria en contra de Balboa. Aquello parecía el argumento de una novela de misterio al uso.

—¿Tiene la policía esa información? —le preguntó interesado.

—Solo en lo que respecta al nombre de sus asesinos. El resto lo sé porque nos veíamos en su casa y sabía de la existencia del manuscrito.

—¿Y qué explicación le das al hecho de que conozcas la existencia de esos Hijos de... como se llamen?

—Escucha, Nicolás. Esos bastardos le cortaron la lengua a Jorge y escribieron con sangre unas frases en la pared. —Su rostro se endureció—. Firmaron como Los Hijos de la Viuda... —Se detuvo un instante antes de continuar—: Yo misma estuve allí y pude verlo con mis propios ojos.

—¿Qué...? —espetó, histriónico, el abogado, sin importarle las miradas de curiosidad de quienes cenaban en las mesas más cercanas—. Buenoo... —arrastró las vocales con tolerancia y preguntó asombrado—: ¿Has estado en el lugar del crimen y no se lo has dicho a la policía?

Mercedes hizo un rápido gesto con su mano, dándole a entender que bajara el tono de su voz. Luego, se acercó para susurrarle en tono confidencial:

—Reconozco que ha sido un error —se lamentó—. Por eso te lo estoy diciendo ahora. Necesito tu consejo. —En un acto reflejo, ajustó un tirante del sujetador.

Nicolás Colmenares resopló abrumado. Tras un incómodo silencio, su voz sonó con cierta aspereza:

—Entonces será mejor que me cuentes lo que sabes, y desde el principio.

—Lo haré, pero recuerda que te debes al secreto de confidencialidad que existe

entre abogado y cliente...

Tras puntualizar dicho compromiso, Mercedes le fue contando todo lo que sabía y lo que trataba de hacer; buscar a los criminales, y entregarlos a la policía, se había convertido en su particular y genuina venganza. También era un modo de garantizar su propia seguridad.

El consejo profesional de Nicolás no fue en esta ocasión el acertado para los intereses de su amiga. Como abogado, seguía pensando que decírselo a la policía le evitaría graves disgustos, aunque eso le costase un enfrentamiento con el juez por obstaculizar las investigaciones. Le recordó, incluso, que podían creerla cómplice de asesinato si no les contaba la verdad. Finalmente, desistió al descubrir lo tozuda que era cuando se lo proponía. Su último recurso fue pedirle que no siguiera investigando, que se marchara de vacaciones fuera de España, a un destino más allá del Atlántico, que lo olvidase todo. Y lo único que obtuvo de ella, fue la promesa de pensarlo a fondo antes de tomar una decisión que la incriminara aún más en el horrible crimen.

Con un rictus de disgusto en la cara, el letrado pagó la cuenta y regresaron nuevamente a las oficinas, ya que Melele se había dejado arriba ciertos documentos que debía guardar en casa. Nada más llegar al vestíbulo del edificio, Nicolás le instó a que subiera sin él, diciéndole que esperaría a que bajara para irse a tomar una copa juntos a uno de los *pubs* del centro de la capital.

A continuación, y tras comprobar que Mercedes cogía el ascensor, el abogado sacó su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta. Se echó mano a la cartera para extraer de su interior una tarjeta de visita. Luego, marcó los números impresos en el borde inferior derecho de la cartulina de color azul.

—¿Oiga...? Soy Nicolás Colmenares. Quiero que preste atención a mis palabras...

## Capítulo 6

—¿Los Hijos de la Viuda? —Claudia repitió la pregunta, ladeando después la cabeza hacia la izquierda en un amago por recordar—. Lo cierto es que me resultan conocidos. Me parece haber escuchado hablar de ellos en mis años de universitaria... ¿O eran Los Hijos de la Luz? —Tuvo sus dudas—. La verdad, no estoy segura... Quizá solo fuera algo parecido... —Entonces le observó con inquisitivo interés—. Pero... ¿qué tiene eso que ver con Mercedes, o con la muerte de Jorge?

Leonardo reflexionó unos segundos antes de responder. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Claudia, escúchame con mucha atención... —Dejó el vaso sobre la mesa, luego de sentarse a su lado—. Esos tipos asesinaron a Balboa, y la causa del crimen está íntimamente relacionada con el manuscrito que traje consigo de Toledo.

—Me contaste algo sobre un legajo —recordó ella vagamente—, aunque no logro comprender el nexo de unión entre un texto medieval y el crimen de un inocente y pacífico paleógrafo.

—El código estaba encriptado... —le confesó—. Acabaron con él porque encontró la clave del criptograma y descifró el secreto que escondían las palabras. Le cortaron la lengua, o mejor dicho, se la arrancaron por debajo del mentón, por traducir el manuscrito.

—¡Eso es terrible! —exclamó horrorizada—. Pero... ¿qué tiene que ver su muerte contigo? —quiso saber, cada vez más inquieta.

—El mismo Jorge, antes de morir, nos envió a Mercedes y a mí una copia por correo electrónico... —Notó que tenía la frente perlada de sudor—. ¿Entiendes ahora por qué no he querido decirte nada?

Claudia palideció al escuchar sus palabras. Seguía sin comprender lo ocurrido, pero se iba haciendo una idea aproximada. Habían asesinado a Balboa por investigar un texto cuyo contenido debía permanecer en secreto, y volverían a actuar en caso de que alguien lo intentara de nuevo. Lo terrible del caso no era el escalofriante detalle de la lengua cercenada, algo ya de por sí bastante desagradable, sino el hecho de que Leonardo tenía una copia del manuscrito y eso suponía estar amenazado de muerte.

Por un momento, le vino a la memoria la espada de Damocles colgando de una crin de caballo sobre su cabeza; en este caso, la de su pareja.

—Será mejor que me lo cuentes todo desde el principio. Alicia acaba de atravesar el espejo y ha caído de bruces en el mundo de Oz. En dos palabras, estoy perdida.

La miró perplejo y estalló al no poder dominar la nueva situación.

—¡Sarcasmos no, por favor! ¡Te repito que no es ninguna burla! —bramó colérico.

—¡Por supuesto que no lo es! —chilló Claudia a su vez, dejándose llevar por el

nerviosismo que sentía—. ¿Te imaginas cómo me siento después de oírte decir todas esas atrocidades...? ¿Crees que una historia de criminales misteriosos y códigos secretos es lo más acertado para una cita? ¡Joder! Que aún me tiemblan las rodillas... —Tras respirar profundamente unos segundos, para calmar el ánimo, se atrevió con una nueva pregunta—: ¿Qué pinta Mercedes en todo este asunto?

—Ella y Balboa eran amantes.

—¿Qué...? —Claudia no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¡Pero eso es absurdo!

—Nada te parecerá igual después de que hayas escuchado lo que voy a decirte.

Sin perder más tiempo, Leonardo le contó lo sucedido en la casa de subastas. Narró su historia sin omitir detalles, tal y como se la contara Mercedes, advirtiéndole que su futuro en la casa de subastas dependía de la discreción de ambos; y quizá también sus vidas.

Finalizado el relato, Claudia bajó su mirada hasta el suelo. Parecía celebrar un cónclave de pensamientos. Trataba de recordar dónde había escuchado antes semejante historia. La maquinaria del subconsciente se puso en funcionamiento, obligando al cerebro a recuperar las imágenes perdidas del ayer. El macabro detalle de la máxima de advertencia que hablaba de salvaguardar un secreto, así como el ritual de cortarle la lengua a quienes quebrantaban un juramento, formaban parte de una serie de detalles que le resultaron vagamente familiares.

«¡Eso es, el juramento de iniciación de los masones de Escocia!», descubrió mentalmente. Se felicitó a sí misma, creyendo haber encontrado cierto paralelismo entre el suplicio de Balboa y una antigua ley de la logia masónica de Edimburgo. Sin embargo, era demasiado pronto para decirle nada a Leonardo. Antes debía comprobar si estaba en lo cierto.

—Conecta el ordenador —le dijo misteriosa—. Me gustaría echarle un vistazo al manuscrito.

—¿Estás segura de querer compartir esto conmigo?

Leonardo trató de advertirle una vez más del peligro que corría al ayudarlo. La joven, que había alzado una mano enérgica, dejó bien clara su decisión con voz suave pero intensa:

—No te será tan fácil deshacerte de mí... —Le besó en los labios, tirando de él para ponerlo en pie—. Ahora, pon en marcha el ordenador y veamos ese texto tan misterioso... Tengo una corazonada.

Minutos después, observaban juntos el galimatías que Jorge le enviara antes de morir. Era idéntico al de Mercedes.

Pero en este mensaje el paleógrafo había añadido un par de frases al final:

«Nostradamus: Centuria I, Estrofa XXVII. ¿Quién es capaz de vislumbrar desde abajo la grieta del eslabón?». —Ahí lo tienes— dijo Leonardo, sentado frente a la

mesa de su escritorio, —un código cifrado compuesto por letras griegas, latinas y números árabes. Un maldito criptograma imposible de interpretar.

—¿Y qué significa eso de ahí? —Claudia señaló con un índice las últimas líneas del documento.

—No tengo ni idea. Pero debe ser importante cuando se molestó en añadirlo al texto. Debe tratarse de un aviso, o tal vez algo que yo debía entender o buscar. Lo estudiaré más tarde; ahora, lo que más me preocupa es desentrañar esta sopa de letras.

—Es un cifrado medieval —afirmó convencida—: Un nomenclátor —concluyó arisca.

—¿Un qué...?

—Un sistema de normas de transcripción, gracias al cual un mensaje que contiene información secreta se transforma en un mensaje cifrado... —Claudia, que acababa de reprimir un bostezo, echó mano de las lecciones de paleografía aprendidas en la Universidad—. Durante los siglos XVI y XVII, uno de los procedimientos más utilizados por el correo diplomático fue el sistema mixto de sustitución. En él se utilizaban números árabes, letras corrientes y de fantasía, que eran reemplazadas por los caracteres del abecedario. Emisor y receptor poseían un código de transcripción. Uno lo utilizaba para escribir el criptograma, el otro para traducir el texto.

—Balboa pudo hacerlo sin código —le recordó—. Pero él era un genio en su campo, capaz de leer con los ojos vendados las grafías de los antiguos escritos escandinavos. En cambio yo me veo incapaz de sacar nada en claro. Este fárrago de letras es como para volverse loco.

—Cariño, te falta perspectiva... —Lo miró con ternura—. Tienes la solución al problema en tu propia casa; lo que ocurre es que te ciegas tanto que no eres capaz de ver lo que hay frente a tus ojos... —No pudo evitar el mostrarse ingeniosa. Establecer sus aptitudes en público saciaba enormemente su vanidad—. Pero eso te lo diré más tarde. Ahora necesito comprobar un pequeño detalle.

Se arrogó el derecho de echarle a un lado para ocupar su sitio. Estaba segura de hallar en la red de redes las armas que necesitaba para luchar en aquella singular *cruzada*. No había nada que no pudiera encontrarse en Internet.

Salió del correo electrónico para introducir las palabras «Juramento» y «Archivo de Edimburgo» en el buscador Google. Segundos más tarde pudieron ver en la pantalla varias páginas *webs* que contenían dichos términos. Sin pensarlo dos veces, Claudia pinchó en una página que hablaba de la masonería operativa. Leonardo recordó, entonces, la máxima escrita por el asesino en el apartamento de Jorge. En ella se mencionaba la palabra «logia». Y ese era precisamente el nombre que recibía la hermandad que lideraban los masones.

Claudia comenzó a leer el texto muy por encima. Con la ruedecilla del ratón hacía bajar las páginas a gran velocidad. A veces, se detenía a echar un vistazo, para luego

volver a subir hasta el principio.

—¡Sí, aquí está! —exclamó. No pudo reprimir su alegría al encontrarlo—. Sabía que lo había leído en algún sitio.

Leonardo se acercó al monitor de su ordenador. Escrito en la pantalla pudo leer:

«Es significativo el Juramento que aparece en un manuscrito conservado en el Archivo de Edimburgo, fechado en el año 1646: “Juro por Dios y por San Juan, por la Escuadra y el Compás, someterme a juicio de todos, trabajar al servicio de mi Maestro en esta venerable logia, del lunes por la mañana al sábado, y guardar las llaves bajo pena de que me sea arrancada la lengua a través del mentón y ser enterrado bajo las olas, allá donde ningún hombre lo sepa...”.

—Eso fue lo que hicieron con Jorge... —Los labios de Claudia temblaron levemente al hablar. Apretó los dientes y añadió en un susurro—: Esos desgraciados cumplen al pie de la letra sus promesas, de forma implacable.

—Sí... ¿Pero quiénes? —preguntó su amigo con los ojos muy abiertos.

—Es evidente que fueron los masones.

Tras dos horas de viaje, Lilith decidió descansar en un pequeño hotel que había al otro lado de la autovía. Efectuó el giro en la primera salida para luego coger el camino de servicio. Dejó atrás la gasolinera hasta alcanzar el aparcamiento. Con suavidad, el Corvette vino a ocupar la plaza más cercana a la puerta de entrada.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero. A continuación metió en el sobre las fotografías que había estado repasando poco después de su entrevista con Sholomo, las cuales estaban esparcidas por encima del asiento contiguo junto al resto de los documentos que hacían referencia a su nueva víctima. Tras sacar las llaves del contacto, abrió la puerta. Fuera, el aire de la noche vino a suavizar sus pensamientos más desesperados. Aspiró profundamente, alzando el cuello de su chaquetón hasta cubrirse parte de las mejillas. Luego, y con paso firme, se dirigió hacia la puerta de entrada al hotel que había elegido.

La muchacha que la atendió en recepción fue discreta, y no la miró a la cara más de lo necesario. Nada más verla aparecer por la puerta le pareció un ser impredecible, alguien cuyo carácter podría acarrearle cierto perjuicio al negocio en caso de tener algún enfrentamiento con los empleados. Quizá por ello la trató con bastante delicadeza y educación antes de entregarle la llave de su cuarto. El adolescente apostado junto al mostrador hizo un ademán de agacharse para coger el equipaje, pero Lilith se negó a que le subieran el pequeño maletín que llevaba consigo, aunque gratificó al solícito botones con una succulenta propina.

Ya a solas en la habitación, dejó sobre la cama el equipaje para quitarse con comodidad el chaquetón de cuero. Después sacó su teléfono móvil del bolsillo

interior. Tenía que llamar a la Agencia.

La Agencia era un sindicato criminal que se desplegaba por todo el planeta como un virus pandémico en expansión. Tenía su sede en uno de los edificios más modernos de Sao Paulo, siendo su perfecta tapadera una firma dedicada al Servicio de Seguridad de Empresas y guardaespaldas llamada Corpsson. Nadie sabía quién había detrás del Comité de Dirección, ni el modo en que reclutaban a sus empleados y clientes. El personal contactaba con la oficina central por teléfono y a través de la red, y del mismo modo recibían información de las víctimas seleccionadas y de quiénes requerían sus servicios. Fue así como se enteró de que cierta hermandad de picapedreros, liderada por un arquitecto aficionado a la espeleología, necesitaba con urgencia cerrarle la boca al individuo que había descubierto uno de sus mayores secretos.

Lilith no era, precisamente, una de esas personas que incumplen las normas a la ligera, o de las que toman una decisión sin haberla meditado en profundidad; todo lo contrario, era metódica, imperturbable y precavida con los *encargos* de sus clientes, respetando en todo momento los motivos que pudieran haberlos llevado a desear la muerte de sus enemigos. No obstante, hubo algo que llamó irremediablemente su atención, y fue concederle tanta importancia al hecho de quemar un simple manuscrito. Según el informe que le entregaran los de Corpsson, la destrucción del texto era prioritaria. Aquello despertó su curiosidad, por lo que, al igual que Pandora, decidió abrir la caja de los truenos y aguardar el resultado.

Pero debía actuar con precaución. Dentro de la Agencia existía otra empresa paralela, ésta dedicada a lavar los trapos sucios del personal y a enmendar sus errores. De no andar con cuidado, podía acabar sus días con una bolsa de plástico en la cabeza o con un tiro en la nuca.

Se quitó los guantes antes marcar los dígitos del móvil. De inmediato escuchó la señal de contacto. Poco después, la voz femenina de una secretaria —con claro acento anglosajón— le daba la bienvenida en tono neutro.

—Corpsson al habla. ¿En qué puedo ayudarla?

Lilith le dio una clave compuesta por seis letras y cuatro números, alternados entre sí. Tras unos segundos de espera, la llamada fue desviada al despacho del director. Cuando lo tuvo a la escucha, habló con voz firme:

—Ningún contratiempo. En los Alpes suizos brilla el sol. Seguiré en España unas semanas. Han decidido renovar mi contrato. Para ampliar información, habla con Sholomo.

Pulsó el botón rojo y arrojó el móvil sobre la cama. Luego fue hacia el balcón, desde donde pudo ver las luces de los automóviles corriendo veloces por la autopista. Encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza. Entonces se echó a reír. Se imaginó la cara que pondría Sholomo si supiera que solo había cumplido en parte su primer trabajo.

## Capítulo 7

Habían descubierto el verdadero rostro del enemigo. Ahora tratarían de conocerlo a fondo para estar en igualdad de condiciones. Lo único que podían hacer para ampliar sus conocimientos era escarbar en los libros de esoterismo que había en la casa, o tal vez profundizar en las páginas que los *internautas* con credibilidad colgaban en la red: Leonardo se dedicó a investigar por su cuenta en la biblioteca del despacho mientras Claudia optaba por quedarse frente al monitor.

Por lo que pudieron saber, el origen de la masonería seguía siendo bastante incierto. Había quienes afirmaban que se trataba de una hermandad de albañiles y ladrilleros nacida en los albores de la Edad Media, que se reunían en guildas, o *loggias*, y que guardaban celosamente el secreto del arte de la construcción. Otros aseguraban que la masonería se creó tras la disolución de la Orden del Temple. Y los más osados creían que su procedencia se remontaba a los dorados años del rey Salomón, o incluso antes. Pero lo cierto es que nadie sabía con certeza cuándo y para qué propósito había nacido la logia masónica.

Como ya era tarde, decidieron postergar la investigación para otro momento. Claudia tenía que levantarse temprano, y a Leonardo aún le quedaban varias horas más de estudio antes de irse a dormir, si es que quería tener contenta a Mercedes.

Con la mente viciada a causa de la lectura, los cigarrillos, y las copas que se fueron sucediendo a lo largo de toda la noche, se allegaron al vestíbulo cogidos de la cintura, procurando estar lo más juntos posible. Tras abrir la puerta, Leonardo recordó las palabras de Claudia con respecto a la transcripción del cifrario y su promesa de ayudarle.

—¿Vas a decirme cómo descifrar el manuscrito, o he de pedírtelo por favor?

—Basta con que me beses —contestó dulcemente, rodeando su cuello con los brazos.

El bibliotecario no se hizo de rogar. Sus manos sostuvieron la barbilla de su amante al tiempo que la besaba con lentitud, como si se tratara de su primer día de relación. A destiempo lamentó no haber aprovechado la ocasión de disfrutar con ella una noche de amor desesperado.

—Hummm..., creo que no está nada mal... —Claudia sonrió de forma picara—. Por lo tanto, te lo diré... —Antes hizo un gracioso mohín—. La solución al criptograma la tienes en Poe... —Al ver que no reaccionaba, exclamó molesta—: ¡Por Dios, Leo! No seas tan corto... ¿Acaso no has leído *El escarabajo de oro*?

—Mmm... Sí, fue hace muchos años; de pequeño... Pero la verdad es que no me acuerdo muy bien —reconoció a pesar de tener la obra completa del escritor estadounidense en la biblioteca del salón.

—Ya... Pues te recomiendo que lo vuelvas a leer; te será de gran ayuda. Dentro



de una hora consulta el correo electrónico. Pienso enviarte desde casa un cálculo de frecuencias de las letras más utilizadas en castellano. Lo necesitarás.

—¿Eso es todo? —inquirió Leonardo con media sonrisa. Seguía sin comprender nada.

—Mañana, por la tarde, vendré a verte... Mientras, tanto no salgas de aquí. Ya te contaré lo que suceda en el trabajo.

—Pórtate bien. No quiero que Mercedes sospeche que te he ido con el cuento.

—Descuida —le dijo seria—. Seré la primera en preguntar el motivo de tu ausencia.

—Tampoco te pases... —objetó. Claudia no era muy buena actriz, y bien podían descubrirla si hablaba demasiado—. Compórtate como el resto de los compañeros, y olvídate de mí pasados unos días.

—De acuerdo, me mantendré al margen... —Se acercó para besarle de nuevo con sus labios afrutados—. Pero no lograrás que me olvide de ti.

Fue hacia el ascensor. Pulsó el botón de forma automática, casi inconsciente. Mientras esperaba se volvió para mirar a Leonardo. Estaba en la puerta, reteniendo las últimas palabras. Finalmente afloraron por su boca.

—Ten cuidado —le previno—. A partir de este momento eres una pieza más del juego.

—Lo sé —respondió a la vez que se abrían las puertas del ascensor—, pero ahora me toca mover ficha.

Le dijo adiós con la mano antes de marcharse, a lo cual Leonardo le devolvió el saludo. A continuación entró de nuevo en el apartamento, y fue directamente hacia el salón.

Después de buscar un buen rato entre los volúmenes de literatura fantástica y de terror, encontró el que andaba buscando. Lo abrió sin pérdida de tiempo, tratando de buscar entre sus páginas una frase o pasaje que le sirviera de referente. Finalmente lo encontró en las últimas hojas del relato. El criptograma del capitán Kidd le resultó familiar. Se parecía bastante al de Balboa, solo que el de este era bastante más extenso y complicado, y estaba escrito en caligrafía gótica textual; y a él se le daba bien la catalogación de libros, pero no tanto los documentos medievales.

Comenzó desde el principio. La narrativa de Poe le subyugó hasta el punto de sentirse, él mismo, el anónimo protagonista de la historia. Claudia, en este caso, podría haber pasado por William Legrand, el experto en criptografía. Hubo un texto, en *El escarabajo de oro*, que le hizo reflexionar:

«... considero muy dudoso que una inteligencia humana sea capaz de crear un enigma de este tipo, que otra inteligencia humana no llegue a resolver si se aplica adecuadamente».

Se trataba de un pensamiento bastante lógico, desde el punto de vista de Poe.

Aunque de eso a compartir su criterio, mediaba un abismo.

Para cuando finalizó de leer el cuento, había aprendido todo cuanto necesitaba para comenzar a transcribir el manuscrito de Toledo. En teoría resultaba fácil, aunque llevarlo a la práctica requería bastante tiempo. Se trataba de intercambiar los distintos signos por las letras del abecedario con un mayor índice de frecuencia; eso, y un poco de imaginación. Claudia le había prometido enviarle un cálculo de porcentajes. Mientras esperaba el *e-mail*, decidió echarle un vistazo a la frase que Jorge había añadido a su mensaje.

Se colocó de nuevo frente al ordenador. Entró en el correo electrónico para estudiar a fondo el texto. Tras unos segundos de espera, leyó una vez más el enigmático comunicado:

«Nostradamus: Centuria I, Estrofa XXVII. ¿Quién es capaz de vislumbrar desde abajo la grieta del eslabón?».

Conocía de pasada la vida y obra de Michel de Nostredame, célebre médico del siglo XVI cuyas profecías le valieron el reconocimiento de Catalina de Médicis y del rey Carlos IX. Sus *Centurias* seguían asombrando al mundo a pesar de haber transcurrido cuatro siglos, sobre todo después de que quisieran relacionar ciertas estrofas de su obra con el atentado del 11-S. Eran varios los escritores que habían estudiado el galimatías verbal de sus poemas, y ninguno se ponía de acuerdo a la hora de concretar la fecha de sus predicciones sobre el futuro próximo de la humanidad.

No tenía un ejemplar de las *Centurias* en casa, aunque sí disponía de la ayuda que le prestaba la red. Al igual que había hecho Claudia poco antes, Leonardo introdujo las palabras «Nostradamus» y «Centurias» en la ventanilla del buscador. En unos minutos, tuvo ante sus ojos la obra completa. Solo tenía que encontrar la estrofa XXVII.

Bajó lentamente las páginas, hasta dar con lo que andaba buscando:

«Bajo las cadenas Guien del cielo herido,  
no lejos de all í est á el tesoro escondido,  
que tras largos siglos de haber estado atado,  
morir á si encuentra el resorte del ojo saltado».

Leyó varias veces la *cuarteta*, y por más que lo intentó le fue imposible adivinar qué sentido tenía aquel conjunto de palabras. Probó entonces con la otra frase:

«¿Quié n es capaz de vislumbrar desde abajo la grieta del eslab ó n?».

Había algo en el texto que disparó sus sensores de advertencia, haciéndole revivir un momento ya visto; un *déjà vu*. Estaba seguro de haberlo escuchado antes, aunque no recordaba cuándo ni por qué.

Estuvo dándole vueltas en su cabeza hasta que le echó un vistazo al reloj del ordenador. Era la una y veinte de la madrugada. Había transcurrido más de una hora desde que Claudia decidiera marcharse. Esperando tener más suerte con el manuscrito, buscó nuevamente en el correo electrónico. Y allí estaba, el *e-mail* prometido por Claudia. Abrió el *Word* anexo para echarle un vistazo. Aparte de un cariñoso saludo, y de una frase de advertencia recordándole que tuviese mucho cuidado, se encontró con la tabla de frecuencias:

ALTAS	MEDIAS	BAJAS	BAJAS
E - 16,78%	R - 4,94%	Y - 1,54%	J - 0,30%
A - 11,96%	U - 4,80%	Q - 1,53%	N - 0,29%
O - 8,69%	I - 4,15%	B - 0,92%	Z - 0,15%
L - 8,37%	T - 3,31%	H - 0,89%	X - 0,06%
S - 7,88%	C - 2,92%	G - 0,73%	K - 0,02%
N - 7,01%	P - 2,77%	F - 0,52%	W - 0,01%
D - 6,87%	M - 2,12%	V - 0,39%	

Con tales referencias ya podía comenzar su labor. No iba a ser fácil, pero tampoco imposible. Esperaba traducirlo aquella misma noche.

Fue a beber el último trago de su tercer *gin-tonic*, pero antes de hacerlo levantó en alto su vaso.

—¡Por ti, que no dejas de sorprenderme!

Tras brindar en honor de Claudia, se puso en pie y fue hacia la cocina.

Necesitaba con urgencia una taza de café. Iba a ser una noche muy larga, pues aún tenía que enviarle a Mercedes un correo electrónico con el informe detallado de sus investigaciones, lo primero, y luego comenzar *la* traducción del manuscrito; un trabajo que prometía ser tan complicado como interesante.

No podía dormir. La oscuridad envolvía la habitación, aprisionando el aire hasta reducirlo a la nada más absoluta. Le costaba trabajo respirar.

Envuelta en sudor, se retorció bajo la sábana víctima de su imaginación obsesiva. El preludio del sueño se convirtió en pesadilla cuando le pareció ver, entre las sombras de su cuarto, la silueta de un hombre acercándose lentamente a la cama. Su primera reacción fue la de quedarse quieta, sin moverse. Ni siquiera se atrevió a respirar de lo aterrorizada que estaba. De sus labios afloró una oración. Entonces dejó de verle, o de sentirlo más bien. Pero en su cerebro aún lo oía respirar. Estaba ahí. En algún rincón de su cuarto. Esperando la oportunidad de abrirle la garganta.

En un desesperado gesto de supervivencia, Mercedes se incorporó con el fin de encender la luz. No había nadie en el dormitorio, tan solo una blusa y unos pantalones que colgaban del perchero. Se sintió una estúpida al pensar que pudiera haber alguien en su habitación, aunque lo cierto es que todavía le embargaba la impresión de estar siendo vigilada. Tenía miedo, para qué negarlo. Existían motivos más que suficientes.

Como vio que no iba a poder dormir, se levantó de la cama y fue directa hacia el cuarto de baño. Estuvo hurgando en el mueble que había sobre el lavabo hasta que al fin encontró lo que había ido a buscar: sus pastillas para dormir. Llenó un vaso con agua y se introdujo un par de cápsulas en la boca. Luego se miró en el espejo. Unas ojeras grotescas circundaban sus párpados, ya ajados por la edad. Se sentía hundida y cansada, pero sobre todo se sentía sola. Perder a Jorge, que le aportaba la estabilidad y compañía necesaria para establecer una relación con sentido, fue un duro golpe del que aún no se había recuperado. A sus cuarenta y seis años de edad, no exentos de buenos instantes y esporádicos amores, lo único que echaba en falta era pasar el resto de su vida junto a un hombre tranquilo e inteligente, capaz de llenar ese vacío espiritual que fue creciendo con el paso de los años.

Dejó a un lado sus inquietudes y regresó a la cama. Antes de acostarse recordó la conversación mantenida con Leonardo esa misma tarde. Reconoció haber cometido algún que otro error al extenderse en los detalles. Sabía que Leonardo era una persona bastante perspicaz, y que, antes o después, se daría cuenta de que algo fallaba en su relato. No se arriesgó a contarle toda la verdad por desconfianza, o simplemente por miedo a resultar demasiado fría. No le interesaba decirle que había ido a casa de Jorge poco después de recibir su llamada, y que tras abrir el apartamento lo encontró muerto en mitad de un charco de sangre; la misma sangre que habían utilizado los asesinos para escribir en la pared una frase de advertencia de lo más expresiva. No, no le interesaba divulgar su presencia en el lugar del crimen. Podría convertirse en un blanco fácil para la policía, e incluso para quienes acabaron con la vida de Jorge y quemaron el manuscrito. Bastante había hecho al decirle la verdad a Colmenares; la única persona en quien podía confiar ciegamente.

¿Como decirle a Leonardo que tuvo miedo? Miedo de las cosas horribles que vio

dentro de la casa... Miedo a no comprender que algo así le hubiera sucedido a un hombre tan bueno y honesto como Jorge... Miedo a ser la siguiente...

Volvió a acostarse, pero antes guardó las prendas colgadas en la percha y cerró la puerta del armario. Apagó la luz. Las pastillas no tardarían en hacer su efecto.

Letras góticas de sangre bailaron en su cabeza antes de sucumbir, irremediabilmente, en los brazos de Morfeo.

## Capítulo 8

Tras varias horas de intenso trabajo, en las que tuvo que aislar las distintas frecuencias de cada una de las letras y números, e intercambiar, además, los signos por algunas de las vocales y consonantes más utilizadas en el idioma castellano, consiguió dejar a un lado el manuscrito para descansar un poco y poner en orden sus tensos pensamientos; lo hizo antes de que le consumiera el esfuerzo. Y aunque se había propuesto descifrar el criptograma aquella misma noche, a pesar del inconveniente de tener que mantenerse despierto todo el tiempo que hiciera falta, necesitaba cerrar los ojos y fingir que nada de aquello estaba ocurriendo realmente, que era otra de sus pesadillas.

Tomó asiento, frotándose la zona más alta de la nariz. Tras cerrar sus párpados y descansar la cabeza en el sofá, recobró la lucidez que andaba buscando; no solo era importante la traducción del legajo, también descubrir el significado de las frases que acompañaban al texto y que Balboa quiso que descifrara. De hecho, su subconsciente no cesaba de advertirle de la importancia de recordar dónde había escuchado antes hablar de la grieta de un eslabón.

Entonces, impelido por el entusiasmo de haber recobrado, inesperadamente, la memoria, abrió los ojos echando hacia delante su cuerpo.

—¡Cómo es posible que olvidara algo así! —exclamó, lamentando su estupidez—. Jorge no hizo otra cosa que recordarme mis propias palabras.

Lo cierto era que, la última vez que ambos comieron juntos, otra vez en el Wellington, hablando de las referencias artísticas de las distintas catedrales de España, Leonardo le contó cierta anécdota referente a la enorme cadena de piedra que circunda la base superior de la capilla de los Vélez, situada tras la catedral de Murcia. Dicha leyenda, que tuvo la oportunidad de escuchar por boca de su profesor de Historia, allá en la adolescencia, decía que el artista, tras finalizar su magnífica obra, decidió romper uno de los eslabones a propósito, sin que nadie supiese realmente el motivo. A continuación, el profesor retó a los alumnos a ver si eran capaces de distinguir la grieta del eslabón dañado. La verdad es que ninguno de los presentes llegó a ver nada. Para él, que les estaba tomando el pelo.

Sin embargo, Balboa lo creyó lo suficientemente importante como para apostillar la frase al final del texto. Y eso era algo que no debía pasar por alto. Además, le pareció extraño que la *cuarteta* de Nostradamus mencionara igualmente unas cadenas, como si existiese una relación entre la descrita en las *Centurias* y los enormes eslabones de piedra que rodeaban la capilla de los Vélez.

Miró su reloj de pulsera. Eran las tres y media de la madrugada. A pesar de todo, y arriesgándose a que le tacharan de inoportuno —o peor aún, de estar borracho—, se levantó del sofá y fue derecho hacia el teléfono con el propósito de llamar a Raúl, uno

de los pocos amigos que tenía en Murcia y con el que seguía manteniendo contacto; el cual, además de trabajar en la archidiócesis diocleciana de Cartagena, conocía de memoria todas las historias y leyendas de la región autónoma. Si había alguien capaz de ayudarle, ese era él.

Marcó su número de teléfono con cierta obstinación desesperada. Poco después, escuchaba la soñolienta voz de su viejo amigo.

—¿Puedo saber quién es el gracioso que quiere joderme la noche? —preguntó ásperamente, aún adormilado, con ánimo de ofender al mequetrefe que había conseguido arrancarle de uno de los sueños más maravillosos de su monótona existencia: completar su colección de sellos antiguos.

—Raúl, soy yo... Leo... —le dijo con suavidad—. Lamento llamarte a estas horas tan intempestivas, pero necesito que me ayudes. No lo hubiese hecho si no fuera realmente importante.

—¿Leonardo...? ¿De verdad eres tú...? —preguntó de nuevo, como si le costase trabajo comprender que todo aquello estuviera ocurriendo de verdad—. ¿Acaso no sabes llamar a los amigos como Dios manda?

—Te he dicho que lo siento —insistió—, pero necesito con urgencia cierta información que tú puedes facilitarme... —Entonces se detuvo un instante, para añadir—: Es cuestión de vida o muerte... Créeme, por favor.

Aun pensando que su amigo exageraba, Raúl le concedió el beneficio de la duda.

—Está bien, pesado... Te escucho.

—Me gustaría que me contaras todo lo que sepas respecto a las cadenas de piedra que circundan la capilla de los Vélez.

Raúl pensó al instante que su amigo de la infancia había aumentado su dosis habitual de ginebra con tónica. No obstante, decidió complacerlo. Quizá porque era uno de los pocos amigos que compartía su afición por las antigüedades, o tal vez porque era el único que se dignaba a llamarle con asiduidad.

—¡Vaya, hombre! —exclamó mordaz—. ¿Desde cuándo te interesan las viejas anécdotas de nuestra catedral?

—Desde que asesinaron a un compañero de trabajo —respondió Leonardo. Lo hizo sin vacilar y en tono grave.

Si había un resquicio de soñolencia en el aturdido cerebro de Raúl, acabó esfumándose al escuchar sus palabras. El asunto parecía ser verdaderamente serio. El hecho de que hubiese un crimen de por medio le impulsaba a ser cauto. Aun así, decidió contarle todo lo que sabía.

—De acuerdo, te diré lo que sé —se ofreció a ayudarlo—. Hubo una vez un maestro escultor, llamado Iacobus de Cartago, que cinceló una enorme cadena de piedra por orden del Adelantado de Murcia, don Pedro Chacón y Fajardo. El material de esta obra artística, única en su género, fue extraído de una cantera situada a las

afueras de la ciudad, en dirección a Cartagena. Por eso, como debes saber, el puerto de montaña que une la ciudad portuaria con Murcia tiene el nombre de «El Puerto de la Cadena». Pues bien, al susodicho escultor le sacaron los ojos y le cortaron la lengua finalizado el trabajo. Según cuenta la leyenda, fue porque se atrevió a romper adrede uno de los eslabones de piedra, agrietándolo de arriba abajo.

—Esto no me gusta nada —siseó Leonardo al descubrir cierta semejanza entre el asesinato de Balboa y el castigo del escultor.

—Es todo lo que sé.

Con esto, Raúl pretendía dar por finalizada la conversación y conciliar de nuevo el sueño.

—Espera... —le rogó Leonardo, quien necesitaba algo más de información—. Voy a leerte una cuarteta. Quiero que me digas si te suena de algo.

—¿Un verso a estas horas de la noche? —se quejó su amigo. Dejó escapar un revelador gruñido.

—Por favor, presta atención y escucha... —Cogió el folio impreso de encima de la mesa, y comenzó a leer con calma, precisando cada sílaba—: «Bajo las cadenas Guien del cielo herido, no lejos de allí está el tesoro escondido, que tras largos siglos de haber estado atado, morirá si encuentra el resorte del ojo saltado».

Raúl no supo si contestar o guardar silencio. Finalmente, tras una breve pausa, se decidió a hablar por consideración a su amigo.

—Eres la segunda persona que conozco que intenta relacionar la capilla de los Vélez con una de las *cuartetas* de Nostradamus —le dijo con voz queda—. Y la verdad, voy a acabar creyendo que tenéis razón.

Leonardo no sabía de lo que estaba hablando, pero le llamó la atención saber que otra persona, antes que él, hubiese investigado el sentido de aquellos versos.

—Explícate, que me tienes en ascuas —le alentó para que siguiera hablando.

—Hace años recibí la visita de un investigador italiano, un tal Mucelli, quien quedó sorprendido al contemplar los elementos artísticos que adornan la parte exterior de la capilla de los Vélez, donde se exhibe la hornacina que da cobijo a los tenantes de piedra, cuyas manos tocan el perro y la flor de lis que conforman el escudo de los Chacón y Fajardo... —Raúl se aclaró la voz y continuó—: Pues bien, el citado Mucelli creyó ver cierto paralelismo entre la estrofa xxvii de la primera Centuria de Nostradamus y la iconografía de la capilla. Según su teoría, la palabra «Guien» puede referirse a «Chien»; es decir, «perro» en un francés desusado... Has de saber, también, que la flor de lis es la flor de la Virgen María, llamada a veces «la flor del cielo». Por lo que la primera frase de la *cuarteta*: «Bajo la cadena Guien del cielo herido», se puede interpretar como «Bajo la cadena del perro y la flor de lis». Pero aún hay más... —añadió en plan didáctico—. Nostradamus escribe literalmente en su última estrofa: *Trouve mourra, l'oeil crevé de ressort*. Y *ressort*, en francés, no



solo significa resorte, sino también «medio oculto» y «secreto».

—¿Y eso qué significa?

—Que, según Mucelli, cerca de la catedral de Murcia se esconde un tesoro, o quizá un gran secreto que estaría directamente relacionado con el hecho de que a Iacobus le sacaran los ojos. No olvides el final de la *cuarteta*: «Morirá si encuentra el resorte del ojo saltado». Es obvio que se refiere al escultor.

Leonardo Cárdenas se sintió satisfecho. Era todo cuanto necesitaba saber.

Tras la conversación telefónica que mantuvo con Raúl, volvió a centrarse en la transcripción del manuscrito.

Después de intercambiar las vocales «e», «a» y «o», por los signos «8», «L» y «4», respectivamente, descubrió que el criptograma «HS8», que se repetía con frecuencia, debía referirse al pronombre relativo «que». Por lo tanto, contaba con dos nuevos signos —la «q» y la «u»— que podría sustituir en las diversas frases del texto.

La siguiente letra de la tabla de frecuencias, la «L», no le cuadró cuando trató de intercambiarla por el número «9», que venía a representar el cuarto signo con un mayor índice de probabilidades. Lo aceptó con cierta resignación, pues ya había contemplado la posibilidad de un fallo en el porcentaje de contingencia. La próxima en la lista era la «S». Estaba seguro de que iba a encajar perfectamente en las frases inacabadas del texto.

Y así fue. El rompecabezas iba tomando forma según añadía nuevas letras.

Contempló con interés la pantalla del ordenador. Le escocían los ojos de tanto forzar la vista. A pesar de todo tuvo fuerzas para sonreír. Lo que tenía ante sí era como uno de esos dibujos invisibles para niños que van surgiendo poco a poco según coloreas los espacios marcados en blanco. No podía terminar de leerlo, pero ya intuía el contenido.

Lo que hizo a continuación fue seleccionar los sustantivos, artículos y proposiciones, que estuvieran casi completos, y transcribirlos en un bloc de notas. Tras arriesgarse a complementarlos, encontró expresiones como: que... leal... los... aquella... de... ello... deseoso... os... aquel. Pero le sorprendió encontrar dos que no se acogían al vocabulario del castellano actual, y fueron: delos y dela. Aquello *lo* desconcertó en un principio, pero luego recordó que el texto tenía quinientos años de antigüedad, y que por aquel entonces se hablaba y escribía de distinta forma. Ya no solo habría de descodificar el mensaje e interpretar la escritura gótica, un trabajo de lo más laborioso, sino que, además, tendría que hacerlo con el vocabulario obsoleto de un español del siglo XVI.

Al examinar nuevamente el manuscrito, descubrió que algunas palabras estaban casi completas y que era fácil intuir los caracteres que debían intercambiarse. Entre ellas, estaban: «lea.», que vendría a ser «lean»; «.olu.ad», o «voluntad»; «des.o», o

«desto»; «qua.do», o «quando»; «.uede», o «puede»; «e.», o «en»; «d.os», o «dios»; etc. Y otras muchas que no estuvo tan seguro de acertar.

Hubo un detalle que le llamó la atención: detrás de la palabra Dios —en caso de no equivocarse— siempre se repetían las mismas incógnitas: «...es...o» y «se...o». Las reconoció al instante, pues cada vez que se mencionaba a Dios en un escrito de aquellos años iba acompañada de la fórmula: Nvestro Sennor.

Decidió probar suerte. Se arriesgaría a intercambiar las letras que supuestamente completaban los términos escogidos. Ahora contaba con la N, la V, la T, la I, la P, y la R. De coincidir correctamente con los signos 6,X, T, N y se cerrarían varias palabras más que, a su vez, le proporcionarían las suficientes vocales y consonantes para completar el código.

En efecto; de la nada fue surgiendo de forma milagrosa el perfil de una historia que, aun estando incompleta, se presentía fascinante. Las palabras surgían una a una, pues trabajar con números, letras góticas y griegas a la vez, y compaginarlas con las ya transcritas, podía llegar a convertirse en un auténtico quebradero de cabeza, por lo que en más de una ocasión tuvo que dejar su asiento frente al ordenador y tomar aire fresco en el balcón con el fin de fumarse un cigarrillo y despejar algo su mente. Pero al poco tiempo regresaba a su puesto de trabajo llevado por la curiosidad.

Conocer la historia de aquel personaje, que tuvo que recurrir a la criptografía para ocultar lo que creía un terrible secreto, había pasado de ser un encargo de Mercedes a un asunto estrictamente personal. Podía decirse que estaba comenzando a obsesionarse con ello.

A eso del mediodía, tras doce horas de intenso trabajo, Leonardo se sintió el hombre más afortunado del mundo.

Tenía ante sí el escrito de un picapedrero —que no era otro que el mismísimo Iacobus de Cartago—, en el cual decía conocer el modo de comunicarse con Dios. Sus palabras, aun siendo incomprensibles, le indicaban claramente dónde encontrar un libro que era el camino que les conduciría al tesoro que debían buscar. El único inconveniente es que no decía el lugar exacto en que hacerlo. Solo que el interesado en descubrir su secreto habría de viajar a una región que de pronto no supo situar en ningún país del mundo. Pero hubo algo que le impactó, y fue descubrir que en el escrito se mencionaba a Los Hijos de la Viuda, así como unas cadenas; posiblemente las mismas de la *cuarteta xxvii* de Nostradamus, y quizá también las de la capilla de los Vélez.

Se imponía llamar a Claudia.

## Capítulo 9

El sustituto de Leonardo Cárdenas sorprendió a todos los que esperaban a un hombre, ya que resultó ser una mujer de unos treinta y tantos años, discreta en el vestir y con aires de intelectual.

Se llamaba Cristina Hiepes, y sus credenciales eran todo un elenco de virtudes intachables. Estudió Arqueología para complacer a su padre, pero su amor por las letras la llevó a licenciarse en Biblioteconomía y Documentación. Durante un tiempo estuvo trabajando en la Biblioteca Nacional, aunque más tarde tuvo que renunciar a tan envidiable labor para viajar a Egipto en calidad de paleógrafa, acompañando una expedición que pensaba asentarse durante un año en el Valle de los Reyes. Luego se instaló en Estados Unidos, donde dio varias conferencias sobre el significado oculto de los glifos prehistóricos y los símbolos hieráticos del Antiguo Egipto. De regreso a España, colaboró durante algún tiempo en la revista *Incunables*, además de pasar sus dos últimos años en Barcelona trabajando para una afamada casa de subastas de objetos arqueológicos. Pero un imprevisto la obligó a regresar a Madrid hacía tan solo unas semanas, contratiempo que Mercedes aprovechó para ofrecerle un contrato de prueba; aunque tales condiciones no estuvieran de ningún modo a su altura profesional. De todas formas, la directora de Hiperión fue sincera al decirle que venía a sustituir a Cárdenas durante un corto espacio de tiempo. A Cristina no le importó. Y con eso se dio por zanjada la cuestión laboral en un abrir y cerrar de ojos.

Nicolás Colmenares fue el encargado de presentarla al resto de sus compañeros. Más tarde, dejó que Verónica, la secretaria de dirección, la invitase a un café de la máquina del vestíbulo para que, entretanto, le fuera explicando el sistema de catalogación utilizado por Leonardo. Ambas mujeres congeniaron enseguida.

Claudia volvió a su despacho después de conocer a la tal Cristina. Su primera impresión es que se trataba de una mujer con recursos, tanto económicos como culturales. Saltaba a la vista que era atractiva —solo tuvo que ver el modo en que la miraban los hombres—, pero no parecía ser una de esas mujeres frívolas que gustan de tontear con cualquiera. Ella era bastante más reservada. Si tuviera que conquistar a un hombre, lo haría de forma sutil e inteligente.

Se olvidó de la sustituta para retomar de nuevo el trabajo. Estuvo consultando un ejemplar del *Vita Christi*, de fray Iñigo de Mendoza. Se trataba del primer libro poético publicado en castellano, y eso, para Claudia, era algo muy importante. Cada libro tenía su historia, cada texto era especial. Tocar la lomera envejecida de un incunable, y saber que otros buscadores del conocimiento, durante siglos, se habían asomado, igual que ella, al inefable mundo de sus páginas, le producía un placer desinhibido que satisfacía de algún modo tantos años dedicados al estudio de los libros. Su cotización en el mercado era de las más interesantes de los últimos años.

Saldría a subasta con una valoración inicial de 69.000 euros. Ya en el año 2000 se adjudicó, el mismo ejemplar, en once millones de las antiguas pesetas. Tenía entre sus manos una pequeña fortuna. Pero sobre todo, sostenía un fragmento de la historia literaria de España. Y eso era lo que valoraba por encima de todo.

Sonó el teléfono de su despacho. Reconoció el número de Leonardo en la pequeña pantalla del visor. Antes de cogerlo, introdujo con cuidado el incunable en una caja de cedro forrada de terciopelo y la guardó con llave en el cajón de su escritorio. Acto seguido cogió el auricular.

—Dime... ¿Va todo bien? —fue lo primero que le soltó, presintiendo nuevas noticias.

—He descifrado el texto —le dijo él, nervioso—. Necesito que vengas cuanto antes.

Claudia hizo un gesto de satisfacción cerrando el puño al tiempo que cimbreaba su brazo. Entonces, al levantar la cabeza, vio a través de los cristales de su despacho que Colmenares tenía sus ojos puestos en ella. Estaba en la sala de enfrente, hablando a través del móvil. Sus miradas se cruzaron unos segundos. El abogado no tuvo más remedio que fijar su atención en los papeles que tenía sobre la mesa. Comprobó *de facto* que su atrevimiento rozaba el descaro.

—¿Estás ahí? —preguntó de nuevo Leonardo desde el otro lado del teléfono.

Ella reaccionó girando el sillón, dándole la espalda al letrado.

—Escucha... —le dijo en tono confidencial—. No podré escaparme hasta la hora de comer. Tú espérame ahí... Iré lo antes que pueda.

—Claudia, ya sé por qué Jorge quiso que leyera el manuscrito. Yo era el único que podía ayudarle.

—He cambiado de opinión. Voy para allá.

Colgó el teléfono sin despedirse siquiera. Luego se puso en pie cogiendo su chaqueta y su bolso, tras lo cual salió al pasillo para ir en busca de Mercedes. Su mente, mientras tanto, urdía una excusa que le permitiera abandonar el trabajo hasta la tarde.

Encontró a la directora sentada en su despacho, leyendo un memorándum a la vez que giraba distraídamente la cucharilla en su taza de café. Dejó lo que estaba haciendo al verla llegar.

—¡Ah...! Eres tú —le comentó tras apartar a un lado el folio—. ¿Qué te parece Cristina?

—Creo que está lo suficientemente preparada para ocupar el puesto, y eso es algo que no le beneficia en nada a Leo...

—Aspiró aire y matizó incisiva: —Por cierto, los compañeros y yo nos preguntábamos si va a volver pronto al trabajó.

—Si todo marcha correctamente, dentro de una semana. —Se quedaron un

instante en silencio, sosteniéndose la mirada, sin saber qué decir. La jefa carraspeó y habló de nuevo—: Y bien... ¿En qué puedo ayudarte? —concluyó grave, al ver que la situación podía prolongarse.

—He de volver a mi apartamento... Acaba de llamarme por teléfono mi vecino de abajo. Dice que le está entrando agua por el techo de su baño, que está justo debajo del mío. Por lo visto, hay un escape en las tuberías.

Esbozó un gesto de preocupación que le salió muy convincente.

—¡Vaya, qué contrariedad! —respondió Mercedes, al comprender que iba a prescindir de su empleada durante unas horas—. Espero que puedas arreglarlo para estar aquí a las cuatro y media.

—Descuida. Lo pondré todo en manos de mi seguro. Ellos se encargarán de enviar un fontanero. Pero he de ir a dejar la llave de mi apartamento al portero del edificio y hacer unas cuantas llamadas.

Mercedes le dio permiso para marcharse, recordándole que la subasta se iba a celebrar en cuestión de días, y que necesitaba la colaboración de todos sus empleados.

Claudia abandonó el despacho de la directora con la satisfacción de haber sido capaz de mentir sin que le temblaran las piernas. Era la primera vez que hacía algo parecido en su trabajo. Culpó de su proceder al hecho de que Leonardo hubiera descifrado el manuscrito. La misma directora iría corriendo en su busca, de saberlo.

Fue hacia el vestíbulo, pero antes de abrir la puerta para marcharse miró hacia atrás. Colmenares seguía pegado al móvil, mirándola de forma impertinente. Se diría que la estaba espiando. Ante semejante desfachatez, le dio la espalda ceñuda y salió de las oficinas pensando que quizá aquel baboso la estaba desnudando con los ojos.

Se olvidó del abogado mientras bajaba en el ascensor y tenía una calentura en la entrepierna.

## Capítulo 10

Reunidos alrededor de una antigua mesa medieval de roble, en uno de los gélidos salones del castillo de los Vélez, los siete miembros del Consejo, y la Viuda — encargada de custodiar el secreto de la logia—, hacían un balance de lo ocurrido la última semana. La asamblea, que se inició cuando tuvieron conocimiento del manuscrito, finalizaba ahora que las dos únicas personas que sabían de su existencia estaban bajo la mirada crítica de la hermandad. Y si bien es cierto que habían decidido dejar que Leonardo Cárdenas siguiera con su investigación, todos lamentaban el terrible castigo que habría de sufrir Mercedes Dussac en pro de un secreto que protegían desde hacía varios siglos, pero que, a la vez, se hacía tan necesario.

Sholomo era de los que pensaban que las muertes debían cesar cuanto antes. Reconocer a tiempo que habían actuado precipitadamente, le permitía enmendar una situación que comenzaba a escapársele de las manos. Gracus, otro de los Maestros Custodios congregados en la fortaleza de Vélez-Blanco, de natural prevenido y hombre que defendía a capa y espada las viejas costumbres masónicas, opinó que lo mejor sería acabar también con Cárdenas y hacerse con una copia del manuscrito, ya que no era tan difícil descifrarlo. Nemrod salió en defensa del bibliotecario, apoyando el modo de pensar del Magíster. Su relevante personalidad y el cargo público que ostentaba en el Ministerio de Justicia justificaban de algún modo su imparcialidad, por lo que el resto tuvo la deferencia de guardar silencio y escuchar lo que tenía que decirles.

—No habrá más muertes. Así lo decidimos por mayoría en la última reunión — les recordó con marcada gravedad—. No podemos infringir nuestros propios preceptos, y menos cuando ese hombre puede llevarnos al lugar donde está escondido el diario de Iacobus.

—¿Tan seguro estás de que Azogue nos dice la verdad? —preguntó de nuevo el apodado Gracus, dirigiéndose a Sholomo.

—Te recuerdo que todos estamos bajo juramento, incluso los *frater* de primer y segundo orden... —contestó glacial, refrescándole la memoria—. Como también te recuerdo que gracias a su información tenemos la posibilidad de saber lo que dice el manuscrito.

—La fidelidad de Azogue no debería ponerse en tela de juicio —alegó Hiram con voz tranquila, dejando entrever su acento árabe—. Ni deberíamos permitir que el secreto de los templos nos ciegue hasta el punto de asesinar a personas cuyo único crimen ha sido leer un viejo pergamino.

—No se trata de vetar un conocimiento, sino de impedir que se divulgue de forma indiscriminada —opinó Hermes desde el otro extremo de la mesa teñida de negro—.

Al igual que el hermano Gracus, no entiendo por qué hemos de permitir que ese hombre fisgonee el diario del cantero. Según se cuenta en las *Memorias* de Justo Bravo, el mismo De Cartago le confesó, poco antes de morir, que en sus escritos revelaba el modo de adquirir el conocimiento de las Artes y el camino que se debía seguir hasta el Salón del Trono.

—¿Qué decís vosotros? —preguntó Sholomo a los dos únicos miembros de la logia que no habían participado de la conversación.

Shimon, al que, tras haber volado urgentemente desde Escocia para llegar a tiempo al cónclave, le faltó tiempo para formarse una opinión ecuaníme del problema, optó por pronunciarse a favor de Leonardo Cárdenas; al menos de momento. Su consejo fue que deberían seguirle de cerca mientras les fuese útil, y olvidarse de él una vez que tuvieran el diario.

Balkis, la única mujer del grupo, que venía a representar la sabiduría de la Viuda, y que estaba por encima del Consejo, suspiró en silencio. Los hombres aguardaban expectantes su opinión, y ella los miraba a su vez con redimida tolerancia. Había llegado su turno de hablar.

—Creo que se merece una oportunidad —comenzó diciendo con voz serena—. Si consigue llevarnos hasta el diario, hemos de arrebatárselo antes de que pueda leerlo. Pero ha de vivir... —Tras unos segundos de reflexión, añadió—: Incluso he pensado que podríamos exponerle el acertijo de iniciación.

—¿Qué...? —exclamó Sholomo, dando por sentado que Balkis había perdido la cabeza—. ¿Piensas reclutar a un desconocido, solo porque va a llevarnos hasta el diario de Iacobus?

El resto del grupo se unió a la protesta. Las voces de disconformidad se entremezclaban unas con otras, pero la mujer vestida con una túnica púrpura y un manto azul, que nada tenía que envidiarle a la auténtica reina de Saba, salió en defensa de su propósito.

—Os recuerdo que quienes se adentran en los misterios de la masonería tienen derecho a una enseñanza a través del acertijo de la llave —les dijo solemne—. Debemos lanzar la semilla y esperar que fructifique en el campo del saber. Si es de Dios que sea uno de sus hijos, sacará provecho de su propio trabajo interior. En caso contrario, seguirá su camino.

—Me parece justo —Shimon inclinó la cabeza y aceptó la propuesta—, pero tendremos que vigilarle más de cerca.

—Lo haremos con la ayuda de Azogue —le prometió Sholomo.

En aquel instante entró un funcionario para recordarles que, finalizado el tiempo para la reunión, debían marcharse según lo pactado con la Comunidad Autónoma de Andalucía, que había accedido a alquilarles unas horas el castillo de los Vélez —a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero—, después de afirmar que eran una

corporación de artistas interesados en los valores arquitectónicos que se desprendían de las líneas y figuras de la soberbia fortaleza. La promesa de que sus gárgolas iban a ser portada de una revista de arte de tirada nacional, animó al delegado autonómico de Cultura a permitirles la entrada a un lugar que permanecía cerrado al público tras la reciente adquisición del palacio por el Gobierno andalucista.

Finalizada la reunión, los miembros de la hermandad abandonaron el castillo para bajar la pendiente que conducía a los aparcamientos, situados frente a un pequeño mesón. Se fueron despidiendo unos de otros, yendo cada cual hacia su automóvil una vez que culminaron sus obligaciones de cortesía.

Balkis se acercó para besar en la mejilla al Magíster Sholomo, quien fuera el amor platónico de su juventud. Después profundizó en sus ojos. Se diría que aún le provocaba la mirada de aquel hombre.

—Hay algo que me preocupa —le confesó con cierta inquietud.

—No hay mayor problema que no tener un problema... ¿No es cierto? Nunca cambiarás —le recriminó Sholomo, acusándola de ser una adicta a la ansiedad.

—Piensa lo que quieras, pero deberías vigilar a esa tal Lilith. Los asesinos a sueldo son gente sin escrúpulos, y muy curiosos a veces. Si llegara a enterarse de...

No terminó la frase.

—Tranquilízate... —Él rodeó sus hombros de forma cariñosa—. Esa mujer se irá de España una vez que finalice su trabajo. No representa ningún peligro.

—Eso espero, por el bien de todos —susurró enigmática.

Dicho esto, Balkis se marchó en pos de Hiram. Ambos regresarían juntos al país donde custodiaban celosamente el Testimonio de Dios. Allí esperarían a que el iniciado pudiera ser capaz de resolver el acertijo. De conseguirlo, Leonardo Cárdenas tendría la oportunidad de enfrentarse a los peligros que le acechaban en los peldaños del neófito: la Escala.



## Capítulo 11

Claudia entró en el apartamento de Leonardo en el mismo instante en que este salía de la ducha. Colgó su chaqueta en la percha del vestíbulo, yendo a continuación hacia él para darle, con mucho tacto, un beso en los labios.

—Me alegro de verte —dijo él, devolviendo el cálido beso—. Ahora que estás aquí podré contarte lo que he averiguado. Pero ante todo, gracias por la tabla de frecuencias. No sé qué hubiese hecho sin ella.

Entonces, sin más dilación, la invitó a sentarse en el sofá. En cuestión de minutos, Leonardo la puso al corriente de sus investigaciones. Le contó la historia del escultor al que le habían sacado los ojos y cortado la lengua, lo del italiano que relacionaba los versos de Nostradamus con la capilla de los Vélez, y también el hecho de que quizá existiera un tesoro por los alrededores de Murcia.

—Y tú... ¿Cómo sabes eso? —a Claudia le resultó extraño que poseyera toda aquella información, cuando la noche anterior apenas sabían por dónde empezar.

—Anoche, después de marcharte, recordé dónde había escuchado antes la pregunta planteada por Balboa: «¿Quién es capaz de vislumbrar desde abajo la grieta del eslabón?». —¿La habías oído antes?—. La mujer desconocía ese detalle.

—Sí, bueno... Pues resulta que estuve comiendo con Jorge en el Wellington, días antes de su muerte. Ya sabes, cuando me contó lo del manuscrito de Toledo... —Trató de refrescarle la memoria—. Antes de eso habíamos hablado de las catedrales españolas como atractivo turístico. Yo, que soy de Murcia...

—Eso no me lo habías dicho —le interrumpió—. ¿De verdad eres murciano?

—Así es —afirmó orgulloso—; pero dejemos eso para otro momento. Ahora será mejor que te enseñe la traducción... —Dicho esto, fue hacia su escritorio y cogió un par de folios impresos—. Quiero que lo leas atentamente y que me des tu opinión —argumentó, entregándoselos.

Claudia comenzó a leer el manuscrito de Toledo, sabiendo de antemano que al hacerlo incumplía un antiguo precepto que se castigaba con la muerte. No obstante, decidió arriesgarse.

**Sean quantos este escripto lean que yo, Iacobus de Cartago, e decidydo por la mía propia boluntad el revelar 'urbi et orbe' el arcano delos templos oculto a las gentes e aquella la forma de marchar azia la sala, escondyte de la berdadera faz de Dios, Nvestro Sennor.**

**Aquel que reciba conocimiento desta letra ha de procurar poder bbenamente ablar a otros desto que yo digo antes questa sabiduria pierdase en el olvydo, en ello depoçito toda mí esperanza.**

Si subcediere que vos soys deseoso de conocer commo muchos la verdad, abreys de baxar a los abernos que precipitanse tras vna muy gran cadena, chacales e barbudas columnas, Xaquin e Boaz. Aveis a abaxo de ver, quando os encontrays ante los sillares que en el mio nombre bienen signados. En dicho aberno te seré revelado. Estoy e soi en mi ynterior.

Todo ombre, toda muger, pueden encomendarse a Dios, Nvestro Sennor, seruyéndose de soberbia obscuridad de un templo pese a la estupidez délos ombres que corronpe a la raçon e oculta la magia telúryca dela pietra. Dello orgulloso estoy de descender delos ancestrales Ixos de la Divda, sabedores del arte e la technica delas cathedrales, ya que las mias manos zincelan palabras de pietra quel pueblo lee e entiende, lo que les procura ser libres. Amo mi trabaxo, pero muchos dirán postreiramente ser traizionados por mi hazer, ellos son los que traizionan, los que engannan e no dizen la berdad, los que no dizen que çabemos commo ablar con Dios, Nvestro Sennor.

Abras de buscar mi 'scriptum' e byajar asta la regyon de Tubalcain, donde permmanecen las columnas que bieron subceder el Dilubio e que agora son enterradas por las arenas de aquellas biexas aguas. Abaxo dela parte donde abytan las tinieblas e caos veras lo que mis oxos no.

En la muy noble e muy leal ciudad de Murcia, diez de abril del anno del nascimiento de Nvestro Sennor Jesucristo de mil quinientos e veintitrés.

Jacobus de Cartago

Claudia respiró profundamente, una vez que terminó de leer. El texto resultó de lo más interesante, a pesar de no comprender muy bien dónde tenían que buscar el supuesto escrito que decía haber escondido en los infiernos que se precipitaban bajo la gran cadena. Aquella frase parecía tener relación con la estrofa de Nostradamus, y así se lo hizo saber a su compañero.

—¿No te parece extraño que se mencionen nuevamente unas cadenas? —Alzó su mirada y se encontró con el gesto de aprobación de su pareja—. Parece ser que son el centro de la búsqueda.

—Y lo son, puedes jurarlo. Ese es el motivo por el cual Balboa me envió el e-

*mail*. Iacobus de Cartago, según me confirmó anoche mi amigo Raúl, fue el cantero que cinceló la cadena de la capilla de los Vélez. Espera, aún hay más... —Cogió el ratón para subir hasta el párrafo donde se mencionaba la obra de cantería—. También habla de chacales y barbudas columnas. Y tal como te he dicho, en la catedral de Murcia hay una hornacina, situada en la parte exterior de la capilla de los Vélez, que acoge el escudo de los Chacón y Fajardo. En el blasón pueden verse la flor de lis y un perro, ambos tocados por las manos de dos tenantes barbudos; uno de frente y otro de lado. Parecen ¡guales, pero no lo son... —Se pasó la lengua por el paladar—. Por lo visto, el escultor les puso nombre: Xaquín y Boaz.

—¡Un momento! —Claudia recordó un detalle de importancia—. ¿No son esos los nombres que recibían las columnas que había a la entrada del Templo de Salomón?

—No lo sé —reconoció Leonardo con voz queda—. Como deformación profesional, la única Biblia que me interesa es la impresa por Gutenberg.

—¡Vamos, no seas tonto! —le increpó ella, golpeando cariñosamente su espalda—. Ve y tráete esa Biblia que tienes en la biblioteca del salón.

Accedió a la petición mientras Claudia volvía a leer el texto. Según el manuscrito, Iacobus había decidido revelar a todo el mundo un secreto que tenía que ver con el hecho de hablar con Dios. Decía estar orgulloso de ser un heredero de Los Hijos de la Viuda, por lo que le supuso vinculado a las gildas de compañeros de los primeros masones.

Claudia pensó que tenía que hablar seriamente con Leonardo, convencerle de que les iba a ser imposible desentrañar aquel misterio si no era con la ayuda de un experto. Debía hablarle de Salvador Riera, pero no sabía cómo empezar.

—Aquí lo tienes... —Leonardo regresó con un ejemplar de la Biblia de Jerusalén del año 75—. ¿Dónde se supone que hemos de buscar?

—Si no me equivoco, en el Libro I de los Reyes —contestó, arrebatándosele enseguida de las manos.

Fue de un lado a otro del despacho, buscando entre las páginas el versículo donde se mencionaba el nombre de las columnas. Finalmente se detuvo. Sin apartar su mirada del libro, le hizo un gesto a Leonardo para que se acercara. Este se colocó a su lado, echando hacia delante su cuerpo con la intención de ver mejor el texto que ella le indicaba con un índice.

—Lee.

—«Erigió las columnas ante el Ulam del Hekal —comenzó a leer en voz alta—; erigió la columna de la derecha y la llamó Yakín; erigió la columna de la izquierda y la llamó Boaz. Y quedó acabado el trabajo de las columnas». —Miró de nuevo a su compañera—. ¿Crees que existe algún vínculo entre el Templo de Salomón y los tenantes de Murcia?

Claudia se encogió de hombros, intentando en todo momento encajar las piezas del maldito rompecabezas. Aunque, en realidad, el manuscrito de Iacobus y la sangrienta muerte de Jorge no eran precisamente un juego.

—Quizá las esculturas tengan un valor simbólico —se atrevió a conjeturar, como si hablara consigo misma—. El mismo De Cartago nos dice que sus manos cincelan palabras de piedra que el pueblo lee y entiende.

—El lenguaje de los pájaros —meditó Leonardo en voz alta.

—Cierto, y así lo llamaba el enigmático Fulcanelli en su obra *El misterio de las catedrales*. Y en cierta manera tenía razón, ya que el único modo que tenían los artistas de entonces de llegar al pueblo era por medio de las imágenes.

—¿Y qué son para ti las dos columnas?

Claudia tardó en responder.

—No estoy segura —contestó finalmente—. El cantero las sitúa de nuevo en un lugar del que no he oído hablar en mi vida... —Desalentada, arqueó las cejas—. Y eso es bastante significativo, sobre todo cuando nos induce a viajar hasta una región que fue testigo del Diluvio con el propósito de encontrarlas.

—También dice descender de Los Hijos de la Viuda.

—Eso significa que vamos por buen camino. Pero pienso que vamos a necesitar ayuda.

A Leonardo le hizo gracia la idea. Si Mercedes llegara a saber que Claudia estaba metida en esto, sería capaz de descuartizarlo. Lo único que faltaba era inmiscuir a alguien más en el asunto. Calculó que, de seguir hablando, iban a ser varios los que iban a perder la lengua y algo más...

—Sabes que me estoy jugando el puesto —argumentó sombrío—. No puedo ir contándole a la gente una historia que no nos pertenece.

—Estás tan involucrado como yo, quiera o no la directora. —Claudia le echó en cara su aprensión—. Hemos de seguir adelante si queremos saber quiénes son los que pueden poner en peligro nuestras vidas. A mí, personalmente, me interesa.

Leonardo Cárdenas, dubitativo, ladeó la cabeza antes de preguntar sin circunloquios:

—¿Cuál es tu proposición?

—Que le cuentes a Mercedes todo lo que hemos descubierto —le dijo ella con un brillo especial en los ojos—. Has de conseguir que te facilite los medios precisos para desplazarte hasta Murcia. Convéncela de que es necesario encontrar el *scriptum* que se menciona en el manuscrito. El nos conducirá sin duda a los asesinos de Balboa.

—Ya lo había pensado. ¿O acaso piensas que me iba a quedar de brazos cruzados, en Madrid, sabiendo que hay un tesoro oculto por los alrededores de la catedral de Murcia?

—Iré contigo... —No pensaba dejarle solo—. Allí conozco a una persona que nos

podrá ser de gran ayuda. Es un estudioso del tema. Conoce a la perfección el esotérico mundo de los masones y sus rituales.

—Psché... No sé qué decirte... —Pensativo, se acarició la barbilla y meditó la proposición—. Te he dicho que no podemos involucrar a nadie más. Algo así podría poner en peligro nuestras vidas, y la suya.

—Respondo por él —insistió adusta—. Es el hermanastro de mi madre. Se llama Salvador Riera, y está retirado desde hace años. Vive en un pueblecito de Murcia llamado Santomera. Según mi tío, solo él conoce la historia que dio origen al nombre del municipio. Te interesará conocerlo; estoy segura.

Tuvo que decirle que no descartaba la posibilidad de visitarlo. Según caviló Leonardo, oponerse solo serviría para iniciar una discusión que no deseaba.

—De acuerdo, consultaremos con él. Pero antes me gustaría saber qué le vas a decir a Mercedes. La subasta es el lunes que viene —le recordó—, y necesita a todo el personal en la sala.

—No pensaba marcharme ahora. Ya buscaré una excusa para ausentarme unos días tras la subasta —le dijo—. Lo mejor será que vayas tú primero y me esperes allí, instalado en algún hotel. Mientras tanto, podrías recopilar información con respecto a las cadenas de la capilla de los Vélez. Puede que tus contactos nos ayuden con algún que otro detalle de importancia.

—Eso espero —contestó él de forma abstraída mientras se sentaba de nuevo frente al ordenador—. Aunque es posible que tengamos algo nuevo en el manifiesto de Iacobus.

Claudia se acercó para echarle un vistazo a la pantalla del ordenador, donde Leonardo señalaba con su dedo índice diestro.

—¿Te suena el nombre de Tubalcaín? —le preguntó—. ¿Acaso no te suena a personaje bíblico?

—Quizá algún descendiente de Caín, por la similitud apelativa —apuntó Claudia, abriendo de nuevo la Biblia.

Durante unos segundos estuvo buscando en el Génesis. Le sorprendió haber dado en el blanco de esa forma, pues había unos versículos dedicados, precisamente, a la descendencia del primer fratricida.

Leyó en voz alta:

«Conoció Caín a su mujer, la cual concibió y dio a luz a Henoc. Estaba construyendo una ciudad, y la llamó Henoc, como el nombre de su hijo. A Henoc le nació Irad, e Irad engendró a Mejuyael, Mejuyael engendró a Metusael, y Metusael engendró a Lámek. Lámek tomó dos mujeres: la primera llamada Adá, y la segunda Sillá. Adá dio a luz a Yabal, el cual vino a ser padre de los que habitan en tiendas y crían ganado. El nombre de su hermano era Yubal, padre de cuantos tocan la cítara y la flauta. Sillá por su parte engendró a Tubal Caín, padre de todos los forjadores del

cobre y el hierro. Hermana de Tubal Caín fue Naamá».

—¡Es asombroso! —exclamó Leo—. Si nos guiamos por el manuscrito de Iacobus, debemos buscar las columnas de Salomón en la región de Tubalcaín. Es decir, en Henoc; una ciudad antediluviana... —Parpadeó concentrado—. ¿Tú entiendes algo?

Claudia se encogió de hombros. También ella estaba confusa.

—Ahora, más que nunca, pienso que deberíamos hacerle una visita a mi tío. Estoy segura de que debe haber alguna relación entre los masones y los personajes de la Biblia.

—Escucha lo que he pensado... —le dijo Leonardo—. Mañana es viernes. Hablaré con Mercedes para decirle que pienso trasladarme a Murcia. Tú pasarás conmigo el fin de semana, para que puedas presentarme a ese familiar del que hablas. Luego, el domingo por la tarde coges el avión para Madrid, acudes el lunes a la subasta, y tras buscar una excusa regresas el martes por la mañana. A partir de entonces tendremos una semana para buscar el diario de Iacobus.

—Que según el cantero está en los infiernos —apuntó Claudia, que añadió irónica—: Solo espero que no esté custodiado por el mismísimo Lucifer.

Rio de su propia ocurrencia, pero a Leonardo no le hizo gracia porque toda su atención estaba puesta en la pantalla del ordenador. El bibliotecario seguía absorto en la profundidad de sus pensamientos, susurrando:

—Los Hijos de la Viuda... Los Hijos de la Viuda.

## Capítulo 12

En vez de ir nuevamente al Santo Mauro, donde el servicio ya la conocía de días atrás, y podrían encontrar extraño que se registrara con distinto nombre, a su vuelta a Madrid decidió instalarse en un pequeño hotel situado en la carretera de Valdemoro.

Lo primero que hizo al llegar, fue darse una ducha y escoger un atuendo que llamara algo menos la atención. Luego, ya vestida con unos vaqueros desgastados y una blusa de color granate, se maquilló ligeramente frente al espejo para darle color a sus mejillas. A continuación, guardó su automática en la pistolera que llevaba en la parte de atrás de su cintura, además de un cuchillo de monte que ocultó en un cinto que rodeaba el gemelo del pie. Tras colocarse adecuadamente en la cabeza una peluca de cabello rizado y color castaño, abandonó la habitación sintiéndose otra persona.

Conocía de memoria la dirección que le había proporcionado Sholomo, aunque para no correr el riesgo de equivocarse anotó las señas en el dorso de la fotografía, la cual guardó en el interior de su bolso. Tenía pensado controlar los movimientos de Mercedes durante un par de días, sobre todo para conocer sus hábitos y modo de conducta. Una de las cuestiones primordiales era averiguar si vivía sola; otra, merodear por los alrededores de la casa para saber qué dispositivo de alarma había instalado en el piso y buscar la forma de neutralizarlo, llegado el momento.

Poco después, el Corvette de Lilith recorría las amplias avenidas de la capital hasta llegar a la calle Velázquez. Tras mostrarle al guardia de seguridad un carné de identificación, falsificado por los hombres de Sholomo, bajó la rampa que conducía a los aparcamientos del edificio donde tenía su sede la casa de subastas.

Fue haciendo el recorrido lentamente con el propósito de encontrar el vehículo que buscaba. Lo encontró al final del sótano, junto a los ascensores. Cotejó los números y letras de la matrícula con los que llevaba apuntados en el informe que le proporcionaran la noche anterior, y coincidían. Aparcó varias plazas más atrás. Las luces se apagaron y el lugar quedó de nuevo sumido en la oscuridad.

En el interior del automóvil, paciente y relajada, la depredadora aguardó la llegada de su presa.

Mercedes le entregó un juego de llaves al guardia de seguridad junto a la contraseña de ese día. Más tarde, guardó en su maletín una carpeta con documentación de la empresa —que debía llevar a la gestoría a primera hora de la mañana— y salió de las oficinas después de cerrar la puerta de su despacho. Agotada de compaginar el trabajo con sus problemas personales, fue hacia el vestíbulo con andar acompasado y silencioso mientras encendía un cigarrillo; todo ello sin prisa alguna por abandonar el edificio y regresar a la soledad de su apartamento. Javier iba dos pasos por detrás, reprimiendo un bostezo de cansancio con la palma de su mano.

Eran los últimos en salir. Para entonces, el reloj marcaba las 9:10 de la noche.

El ascensor los llevó directamente al aparcamiento, situado en el sótano. Una vez abajo, el chófer se adelantó para abrirle la puerta de atrás del automóvil, tal y como figuraba en su contrato. Mercedes le dio las gracias acomodándose en su interior. Javier cerró con suavidad. Luego, tomó asiento en el lugar del conductor e introdujo la llave en la cerradura del contacto. Segundos después arrancó el coche, al tiempo que salía del reservado con una lentitud y elegancia encomiables quedaban fe de su buena conducción. Cuando finalmente alcanzaron la calle Velázquez, ahora ensalzada de vida, luz y color, giraron hacia el sur con la intención de incorporarse a la calle de Alcalá. En ningún momento se dieron cuenta de que les iban a la zaga.

Lilith dejó que un par de vehículos se interpusieran en su camino, por cuestión de seguridad. El suyo era un coche demasiado llamativo, por lo que le interesaba mantenerse fuera del alcance del espejo retrovisor de quienes iban por delante. Se colocó un cigarrillo en los labios. Buscó a tientas el encendedor y lo encontró en el asiento de al lado, en uno de los compartimentos de su bolso. Encendió la radio. Sintió una emisora regional de FM donde se hablaba de temas esotéricos. Un conocido investigador de fenómenos paranormales, que presentaba un programa del mismo corte en televisión, explicaba a los contertulios la repercusión que tuvo para Napoleón el hecho de haber pasado una noche en el interior de la Gran Pirámide. Les estuvo escuchando cómo divagaban con la posibilidad de que el general francés se hubiese sometido a un antiguo ritual egipcio con la intención de alcanzar la vida eterna, algo que le pareció absurdo. A pesar de todo, siguió prestando atención al debate, sin dejar por ello de vigilar el coche de Mercedes.

Desconectó la radio cuando vio que el automóvil que seguía con determinación encendía el intermitente. Aparcó al otro lado de la calle, en doble fila, y apagó las luces. Desde allí pudo ver cómo Mercedes se bajaba del coche y se acercaba a la ventanilla del conductor, tal vez para recordarle al chófer que habría de recogerla en el mismo lugar a la mañana siguiente. Luego, se ajustó el traje de chaqueta y yéndose hacia la entrada del edificio, desapareció tras las tupidas puertas de cristal. El jaguar se incorporó de nuevo a la vía en medio de un sinfín de vehículos que circulaban por el centro de la ciudad a esas horas de la noche.

Lilith arrancó de nuevo con la intención de buscar un *parking* por los alrededores. Encontró uno en la calle Silva, donde aún quedaban plazas libres. Tras dejarlo bien aparcado en la zona menos transitada, salió al exterior llevando consigo un pequeño maletín donde llevaba sus útiles de trabajo.

Regresó andando al edificio donde vivía Mercedes. Se apoyó en la puerta, como si estuviera tocando en uno de los timbres. En realidad, lo que hizo fue contrastar el piso y la letra para ver si coincidían. Y en efecto, el 3º C pertenecía a Mercedes Dussac. Sin pensarlo dos veces, apretó el botón del 6º H, donde podían leerse los



nombres: Manuel Tomelloso Soler-Concepción Navarro Ayora.

Fue una elección al azar.

Al cabo de unos segundos, se oyó la voz de una mujer por el telefonillo.

—¿Quién es?

—Servicio nocturno de Correos —contestó Lilith de forma profesional, intentando disimular su acento—. Traigo una carta certificada para don Manuel Tomelloso... Es de Tráfico.

—¿Una multa?

—No lo sé, señora. Pero necesito que me la firme.

No quiso extenderse. Cuanto menos hablara, mejor. Bastante suerte había tenido con aquella idiota, capaz de creerse algo tan disparatado como el aviso de una sanción a esas horas de la noche. La mayoría de la gente, según su criterio, suele ser confiada por naturaleza, y es extraño que pongan en entredicho las palabras de un funcionario cuando van a buscarlos a su domicilio.

En efecto, la puerta se abrió segundos después.

Sin perder tiempo, ascendió las escaleras del vestíbulo hasta llegar al ascensor. Una vez dentro pulsó el número 3. Buscó en su bolso un descodificador del tamaño de un móvil, el cual habría de ayudarla en la difícil tarea de extraer la clave de seguridad y, de este modo, poder falsificar una tarjeta de acceso.

Llegó a la tercera planta. No encontró a nadie en el pasillo de entrada, y eso favorecía su tarea. Sus pisadas fueron amortiguadas por la desvaída alfombra de color plomizo que cubría parcialmente el parquet del suelo. Se acercó en silencio a la puerta con la letra C. Actuó con rapidez, ya que de un momento a otro alguien podía entrar o salir de su domicilio y encontrársela en medio del pasillo en actitud sospechosa. Se agachó para echarle un vistazo a la cerradura. En un principio creyó que podía tratarse de un dispositivo de apertura por medio de tarjeta digital, como en las habitaciones de algunos hoteles; pero se equivocó. Era igual que las demás puertas del edificio. Cualquier profesional, con una pistola electromecánica para cerraduras simples, podría abrirla en cuestión de segundos. Precisamente, en el bolso de trabajo guardaba una herramienta similar, además de un boroscopio, un duplicador de llaves y varias ganzúas simples y tubulares de seis y siete pines.

Guardó de nuevo el descodificador. Entonces escuchó murmullo de voces por el hueco de las escaleras, varios pisos por encima. Era la señora del sexto y su marido, que ya comenzaban a pensar que les habían tomado el pelo y se preguntaban quién podría haber entrado en el edificio con la excusa de entregarles un aviso de Tráfico. Miró a su alrededor, tratando de retener en su memoria los detalles del lugar antes de marcharse, pues aquel escenario habría de servirle de referencia el día que decidiera actuar.

Sin perder la calma, Lilith bajó a pie los tres pisos tras declinar la idea de coger el

ascensor.

## Capítulo 13

Al día siguiente, Leonardo acudió a la cita que previamente había concertado con Mercedes.

Habían quedado para comer en un restaurante situado en la calle Serrano, frente al Museo Arqueológico. Ambos fueron puntuales. Aunque, en realidad, Cárdenas llevaba esperando unos minutos cuando apareció la directora.

—Lo lamento. Ya sabes cómo está el tráfico en Madrid —se excusó nada más llegar. Forzó una sonrisa de circunstancias.

Leonardo sabía muy bien las deficiencias que arrastraba el Ayuntamiento debido a las numerosas obras en curso, que incluso eran tema de conversación recurrente cuando se agotaban los tópicos del tiempo atmosférico. Además, el retraso no era para tomárselo en cuenta.

—No te preocupes, acabo de sentarme —le dijo con suavidad—. ¿Te parece bien que pidamos primero?

—Sí, será lo mejor.

Melele tomó asiento tras colgar su bolso en la silla de al lado. El camarero se acercó para dejar discretamente la carta sobre la mesa. Luego se llevó el resto de las copas y los cubiertos que no habrían de utilizar. Poco después vino otro joven para apuntar en el bloc de notas los platos que habían elegido previamente.

Cuando estuvieron a solas, Mercedes le instó con un gesto a que comenzara a hablar. Necesitaba conocer sus últimas averiguaciones.

—He conseguido traducir el manuscrito... —Fue su exposición de entrada—. Y puedo decirte que se trata de la historia más sorprendente que he leído en mi vida.

—Sabía que lo conseguirías... —Sus labios dibujaron una tenue sonrisa de satisfacción—. Jorge no se equivocó contigo. Solo tú podías hacerlo.

Tanto elogio consiguió abrumar a Leonardo, quien lo único que pretendía era darle un toque de misterio a la conversación.

—Toma, te he traído una copia... —Le extendió un folio, que extrajo del cartapacio que ocupaba una esquina de la mesa—. Léelo tú misma y dime qué te parece. Estoy seguro de que lo encontrarás fascinante.

La directora comenzó a leer en silencio. Ciertamente el contenido llamó su interés, aunque no terminó de comprender el significado global de la narración. Además, se encontró con la dificultad de transcribir mentalmente las frases del castellano antiguo al actual.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó perpleja, devolviéndole a su subordinado la hoja de papel—. Apenas entiendo nada. Pero me sorprende ver escrito de nuevo el apelativo de Los Hijos de la Viuda... —Se mordió un poco el labio superior antes de preguntar—: ¿Sabes ya quiénes son?

—Puede ser... Y también puede ser que me equivoque... —Fue su respuesta—. Como te dije por teléfono la otra noche, el ritual de cortarle la lengua a los delatores del secreto de iniciación forma parte de las leyes masónicas.

—¿Un masón es un Hijo de la Viuda?

—Te vuelvo a repetir que no lo sé... —Se dejó caer hacia atrás en su asiento, alzando los brazos en un elocuente gesto de insuficiencia—. Tal vez se trate de una hermandad paralela. En este caso me atrevería a decir que forman parte de la masonería operativa, lo que equivale a una logia [orinada por constructores de catedrales.

—Ya... —Melele, extrañada, arrugó mucho la frente—. Lo que no comprendo todavía es qué tienen que ver los masones con Jorge.

—Balboa sabía dónde encontrar el escrito de Iacobus, por eso le asesinaron... —Se detuvo unos segundos antes de continuar—: Me envió un mensaje por correo electrónico junto con el manuscrito, un texto que me ha puesto sobre la pista. Tengo el convencimiento de que en los alrededores de la catedral de Murcia se halla escondido el diario del cantero, algo que los masones pretenden ocultar al resto de la gente aunque para ello tengan que asesinar a todo aquel que meta sus narices en el asunto... —Hizo una extraña mueca—. Por lo visto, existen conocimientos que no desean ver en manos de cualquiera.

—Eso fue lo que me dijo Jorge la tarde que lo asesinaron; que dicho manuscrito revelaba portentosos misterios.

—Así se deduce del criptograma —apuntó Leonardo—. Por lo que he creído entender, Los Hijos de la Viuda nos esconden el modo de comunicarnos directamente con Dios.

Su jefa abrió los ojos como platos. Aquello le parecía absurdo.

—¿Lo crees posible?

—No lo sabré hasta que no vaya a Murcia y encuentre el diario.

Mercedes lo miró con gesto de asombro. No se esperaba una temeridad así por parte de Cárdenas, quien en un principio desechó la idea de elaborar un programa de investigación a espaldas de la policía, y ahora lo deseaba encarecidamente. Su cambio de parecer le iba a resultar provechoso.

—Si lo que esperas es mi aprobación, la tienes siempre y cuando me informes de todo lo que ocurra y actúes con prudencia. No me gustaría que te ocurriera lo mismo que a Jorge... —Entonces, añadió en tono más confidencial—: Espero que en Murcia te desenvuelvas con la misma discreción que aquí. En caso de que necesites ayuda, te enviaré a Cristina Hiepes, tu sustitua. Colmenares ha insistido en que debería echarle una mano. Es criptógrafa, y muy buena, según tengo entendido.

Leonardo se quedó atónito.

—Un momento... ¿Nicolás sabe que estoy investigando el asesinato de Jorge?

Se había delatado ella misma al hablar más de la cuenta. Tanto exigirle moderación para luego predicar con el mal ejemplo.

—Es mi abogado —fue su único y elemental pretexto—, y necesitaba consultarle jurídicamente. Pero no debes preocuparte, pues Colmenares es un hombre discreto y honesto; te lo puedo asegurar. Sus consejos profesionales avalan la mayor parte de mis decisiones.

—¿Le has dicho que Jorge te llamó por teléfono la tarde que le asesinaron, y que nos envió a ambos un correo electrónico?

—Sí, ya que lo creí necesario.

—¿Y qué te sugirió que hicieras? —preguntó molesto.

—Que se lo contara a la policía.

—Ya veo cómo aceptas sus consejos.

—Eso no es asunto tuyo —le increpó con algo de aspereza—. Cuando se trata de mi vida personal, me gusta tomar mis propias decisiones.

Hubo un incómodo cruce de miradas. Por suerte, en aquel momento les trajeron el vino y la comida. El camarero descorchó la botella y escanció en la copa de Leonardo, quien degustó el caldo con cierta solemnidad antes de darle su aprobación con una fría inclinación de cabeza.

Decidieron postergar la conversación para los postres. Aunque a Cárdenas ya le bastaba. Tenía el consentimiento de Mercedes para regresar a Murcia, a su hogar; a la tierra que le vio nacer, y lo del abogado era algo que había que asimilar cuanto antes.

Una oleada de recuerdos, de su niñez y juventud, ocupó su pensamiento mientras disfrutaba de los placeres culinarios que le ofrecía aquel restaurante de tres tenedores.

## Capítulo 14

La casa de Salvador Riera podía calificarse de extravagante, pero únicamente si se la juzgaba desde el punto de vista tradicional. No tenía cimientos, ni siquiera una terraza o tejado. La suya era una vivienda basada en el sentido práctico: el hogar del individuo que busca las raíces ancestrales de la habitabilidad primitiva, sin renunciar por ello a la calidad de vida que ofrece la tecnología moderna.

El tío de Claudia, tras abandonar la arquitectura —años después de finalizar su carrera—, decidió retirarse del mundanal ruido y comprar unos terrenos, a las afueras de Santomera, tras saber que en la finca existía una cueva distribuida en enormes salas que se comunicaban entre sí. Fue a verla personalmente, y el efecto que le produjo fue impactante. Era como un palacio de piedra de amplias alcobas y laberínticos corredores que subían y bajaban de un nivel a otro, como en los dúplex modernos. Sobre la colina erosionada había una cavidad de unos dos metros de ancho, que comunicaba con el techo de la cueva. A través de ella entraba la luz, e iluminaba un espacio central que hacía las veces de patio y jardín.

Salvador solo tuvo que hacer el proyecto y encargarle las obras a un constructor de confianza. Levantaron una fachada ciclópea de veintisiete metros de longitud por diez de altura, con una docena de ventanas y balcones que daban al exterior, donde se había nivelado el terreno para emplazar uno de los vergeles más exuberantes de la huerta murciana. Una vez que finalizaron las obras de su nueva casa, construida en la gruta siguiendo la tradición de algunos pueblos levantinos, constaba de once habitaciones de entre veinte y treinta metros cuadrados, un salón enorme, una cocina de ensueño, tres cuartos de baño, y un patio octogonal interior adornado con un pequeño surtidor en el centro. Para evitar que la lluvia entrase a través de la abertura del techo, fue cubierta por una cúpula transparente de metacrilato. En total, era una finca registrada con más de seiscientos metros cuadrados de vivienda habitable y un jardín de una hectárea.

Leonardo tuvo que reconocer que el tío de Claudia era un hombre práctico. Aprovechar la orografía del terreno para construir una casa resultó ser una idea brillante. La temperatura interior no variaba de los veinte grados a pesar del cambio de las estaciones, lo que le permitía ahorrar mucho en consumo eléctrico. También se encontraba insonorizada, y podía decirse que sus paredes estarían en pie los próximos diez mil años, salvo seísmos; ventajas que solo un gran arquitecto era capaz de ver.

Por ello, cuando los presentaron, sintió que estrechaba la mano del genio que había convertido la cueva de Alí Baba en el palacio de Scherezade, pues en verdad era como vivir en un cuento de *Las mil y una noches*.

—Es un placer conocerte —dijo Salvador Riera sin soltar la mano de su invitado—. Claudia me llamó esta tarde para decirme que venía a pasar unos días con un

compañero de trabajo, por lo que debes perdonarme si encuentras la casa patas arriba. He de arreglármelas yo solo hasta que venga la asistenta la semana que viene.

—No te preocupes. Reconozco que en mi apartamento se viven situaciones igual de caóticas.

Al arquitecto le cayó bien el acompañante de su sobrina. Tenía sentido del humor.

—Supongo que a pesar de todo nos dejarás pasar, ¿verdad que sí? —añadió Claudia, dándole dos besos a su tío en ambas mejillas—. Espero que no estés enfadado conmigo por haberme olvidado de ti durante los últimos tres años.

Salvador soltó un gruñido perspicaz.

—Eso es lo malo que tiene hacerse viejo, que le olvidan a uno enseguida —dijo con cierto reproche, aunque contento de tenerla de nuevo en Santomera—. Pero, vamos... Pasad dentro de una vez.

El arquitecto se apartó para que pudieran entrar, y lo hicieron directamente a un dilatado vestíbulo donde las líneas rocosas de la paredes se perfilaban al antojo del proyectista. Tanto era así, que en un lado de la sala la altura hasta el techo era de casi cinco metros y en el otro apenas llegaba al metro sesenta. Allí, aprovechando ese rincón para algunos inservible, había empotrado una librería con cajones y cristaleras. Enfrente, una mesa y dos sillones de mimbre, sobre una alfombra persa, daban un particular toque de distinción al lugar.

Más adelante, tras cruzar un arco natural labrado en la roca, entraron en el salón; un espacio bastante amplio con un ventanal que comunicaba con el jardín de fuera. El suelo era de cerámica rústica. Las rocas que constituían las paredes habían sido pintadas de color blanco con el fin de mantener la temperatura y la estética mediterránea. Y para que los muebles encajaran en las rugosidades de la cueva, se habían levantado —en ciertas partes de la sorprendente casa— paredes de ladrillo que sirvieran de apoyo.

Tomaron asiento en el sofá mientras Salvador iba a la cocina a preparar café. Regresó al cabo de unos minutos, y lo hizo con la cafetera, el azucarero y las tazas, un conjunto dispuesto cuidadosamente sobre una bandeja. Lo dejó todo encima de la mesa para que cada cual pudiera servirse a su gusto.

—Bueno, ahora me dirás eso tan importante que tenías que contarme.

Salvador Riera miró a su sobrina de forma complaciente, esperando que le contara el motivo por el cual había dejado Madrid para ir a verle. Lo único que sabía era que ella y un amigo del trabajo tenían que hacerle ciertas preguntas. La naturaleza de la entrevista seguía siendo un misterio.

—Siento tener que inmiscuirte en este asunto, pero solo tú puedes ayudarnos... —Claudia echó hacia delante su cuerpo—. No solo eres un gran arquitecto, también conoces mejor que nadie la historia de la masonería. Lo cierto es que estamos metidos en un buen lío.

—Necesitamos información —atajó Leo, sin rodeos.

—¿Qué clase de información? —quiso saber Riera, tan extrañado por la solicitud como de la expresión de los rostros que contemplaba con el ceño fruncido.

Claudia le entregó una copia del manuscrito. El arquitecto se puso las gafas para leer. Al cabo de unos segundos se quitó de nuevo los lentes para mirarlos fijamente a los ojos.

—¿De dónde habéis sacado esto?

El tono de su voz era bastante grave.

—Será mejor que te lo cuente todo, y lo haré desde el principio —le anunció Claudia.

—Creo que estáis locos por seguir investigando, cuando sabéis de lo que es capaz esa gente —fue la opinión de Salvador, quien había escuchado atentamente el relato de su sobrina—. Aunque, por otro lado, he de agradecer tu confianza. Eso quiere decir que todavía valoras los conocimientos de este pobre viejo.

Claudia se le acercó para abrazarle. Sabía que era injusto aparecer después de tres años para pedirle un favor que podía involucrarle en aquel desagradable asunto. Ella quería a su tío. Y si en un momento de su vida se había olvidado de él, era porque formaba parte del ciclo generacional. Había crecido. Tenía sus propios problemas, los cuales vinieron a desligarla de los asuntos de quienes vivían a su alrededor. Era como si la familia se hubiese fragmentado en pequeñas partículas de recuerdos. Y ahora acudía a ellos; cuando más los necesitaba.

—Si he venido es porque te echaba de menos, y porque sé que eres el único que conoces como nadie el enigmático mundo de la masonería —le dio un beso en la mejilla—. Me acuerdo cuando venías por Navidad... ¿Recuerdas? Siempre nos deleitabas con una de esas viejas historias que hablaban de cátaros y templarios, y de las reliquias que fueron ocultando en fortalezas inaccesibles por temor al poder de la Iglesia de Roma.

El anciano le revolvió el cabello, besándola a su vez con cariño. Luego se separaron.

—En cierto modo, ese manuscrito vuestro viene a confirmar una de mis teorías... —manifestó con voz queda. Claudia y Leo se miraron sorprendidos. No tenían ni idea de lo que estaba hablando—. No os esforcéis —les dijo—. Se trata de otro misterio, el mío... —Aspiró aire por la nariz—. Estoy un poco resfriado... Pero ahora será mejor que nos centremos en el vuestro. Para empezar os diré una cosa: tenéis razón, los masones tratan de impedir que se propale uno de sus mayores secretos. Pero no sé de qué os asombráis si así ha sido desde hace siglos... —Meneó la cabeza—. Esa máxima que decís, que escribieron con sangre en la pared, se menciona en el *Manuscrito Regius* y es uno de los deberes prioritarios del obrero masón.

—¿La conocías?



Claudia mostró interés por saber su procedencia.

—Por supuesto que sí —afirmó categóricamente—. El *Manuscrito Regius* data de finales del siglo XIII, pero fue publicado en 1840 por James O. Halliwell... —Desvió su mirada hacia un rincón que había al final de la gruta—. Debo de tener un ejemplar por algún rincón de la biblioteca, aunque no necesito consultarlo para saber lo que dice. Lo tengo memorizado desde hace años... —Señaló su cabeza con el dedo índice derecho—. Es la *Biblia* de los masones. En ella se recoge la fundación de la hermandad en Egipto por Euclides, y una leve introducción de las obras atribuidas al rey Adelstonus. Luego están los quince artículos y los quince puntos del estatuto, que es donde va incluida la sentencia que dices. A continuación, le sigue el relato de los *Sancti Quattro Coronatti*, la historia de la torre de Babel, la necesidad de las siete Artes Liberales, una exhortación sobre cómo portarse correctamente dentro de la iglesia, además de una introducción a las buenas costumbres.

—¿Qué sentido tiene el anatema de esos criminales? —preguntó Leonardo, cuya curiosidad se iba dilatando según avanzaba la conversación.

—El de proteger los misterios que conforman el arte de la construcción y la ciencia de los números —contestó el veterano arquitecto de forma tajante—. Los primeros masones eran algo más que simples artesanos de la piedra. Sus métodos de trabajo debían permanecer en secreto dentro de la hermandad porque sus conocimientos provenían directamente del Gran Arquitecto del Universo.

—¿Te refieres a Dios? —inquirió de nuevo Cárdenas.

—Así es —contestó el anciano—. El arte de la construcción está íntimamente relacionado con el arte de la geometría, madre de las siete Ciencias Liberales. El número áureo, y otras proporciones divinas que regulan el Universo, forman parte de un conocimiento que fue utilizado por la masonería para construir las catedrales. Pitágoras decía que todo está hecho conforme al número de oro, y que Dios geometriza al crear. Y cuando a San Bernardo de Claraval, valedor de los templarios, le preguntaron «¿Qué es Dios?», este les respondió según la epístola de San Pablo a los Efesios: «Él es longitud, anchura, altura y profundidad». Lo que quiere decir que quien conozca los misterios de la geometría se coloca a la altura de Dios y puede entablar una comunicación directa con Él.

—¿En qué contexto del *Manuscrito Regius* va incluida la máxima de advertencia? —quiso saber Claudia, esta vez, retomando el hilo de la apasionante conversación—. Quizá pueda ayudarnos en algo... No sé...

—Dentro del tercer punto del estatuto, que dice más o menos así: «Con el aprendiz, sabedlo bien, el consejo de su maestro debe guardar y ocultar, y el de sus compañeros de buen talante. De los secretos de la cámara a nadie hablarás, ni de la logia, se haga lo que se haga; aunque creas que debes hacerlo, a nadie digas dónde vas; las palabras de la sala, y también las del bosque, guárdalas bien, por tu honor, de

lo contrario sobre ti el castigo caerá, y al oficio grande vergüenza traerás». Así lo recuerdo... —Se detuvo un instante para ver el efecto que habían producido sus palabras. Seguidamente continuó con su alocución—: La masonería es la hermandad más hermética que se conoce. Sus secretos pueden costarle la vida a quien quebrante el juramento recogido en el Código de Edimburgo, como ya bien sabéis. Porque los Misterios, tal y como llaman los masones a las Artes Liberales, deben mantenerse en un estado de inviolable silencio. Muchos santos fueron mártires masones que prefirieron la muerte a incumplir el reglamento de la logia. Entre ellos los *Sancti Quattro Coronatti*, que como he dicho antes se mencionan en el *Manuscrito Regius*. Dichos escultores fueron condenados por Diocleciano al negarse a revelar el secreto de la perfección de sus obras. Se les torturó con crueldad antes de ser introducidos, aún vivos, en unos sarcófagos de plomo. A continuación, arrojaron los ataúdes al mar.

—Eso es horrible. —Claudia se estremeció solo de pensarlo.

—Con su muerte y sacrificio, estos hombres vinieron a reafirmar la postura de la logia con respecto a la tutela de sus conocimientos. Antes darían la vida que traicionar la confianza de sus compañeros.

Leonardo tuvo que admitir que la idea de visitar al tío de Claudia prometía ser bastante instructiva.

—Veo que es cierto que conoces en profundidad la historia de la masonería —afirmó complacido—. Yo me preguntaba, si no te importaría hacernos un breve resumen de sus costumbres y ritos a través de los años... —Chasqueó la lengua—. En realidad, lo que tratamos de averiguar es si existe alguna relación entre la masonería y los pasajes bíblicos referentes al Templo de Salomón y la descendencia de Caín.

—No sé si te habrás dado cuenta de que el manuscrito menciona los nombres que recibieron las columnas de entrada al Templo de Jerusalén, y también el de Tubalcaín, padre de los forjadores del hierro y el cobre —añadió Claudia, apoyando así el comentario de su compañero.

El experimentado arquitecto afirmó en silencio.

—Pues sí, todo ello forma parte de las crónicas de la masonería —dijo finalmente, tras una pausa—. Pero es muy largo de explicar —concluyó.

—No hay prisa, tío... —Claudia se puso en pie—. Tenemos todo el fin de semana. Ahora será mejor que nos enseñes la casa y nos digas dónde podemos instalarnos. Es muy tarde y estamos cansados. Necesitamos descansar unas horas.

—Estoy seguro de que os encantará... —Salvador imitó a su sobrina, levantándose del sillón—. Cada sala expresa un sentimiento nuevo, distinto... Incluso ambiguo.

Leonardo accedió a formar parte del grupo que habría de recorrer las diversas habitaciones, de caprichosa geometría, que integraban el asombroso hogar de un

hombre que se reconocía feliz viviendo en el interior de la tierra. Estaba seguro de que iba a ser algo único, toda una experiencia.

La programación televisiva apenas le interesaba, pero la voz del locutor llenaba la sensación de vacío que sentía a aquellas horas de la noche, cuando la ciudad dormía su sueño más profundo.

Era en esos momentos de serenidad y silencio, cuando su espíritu atormentado conseguía apaciguarse y se entregaba a la reflexión diaria. Lilith, cuyo verdadero nombre era Elke Zeiss —así constaba en el censo berlinés— fue abandonada nada más nacer y recluida en una casa de expósitos, donde jamás conoció el amor de unos padres. A los dieciséis años se fugó del internado donde estudiaba, gracias a las ayudas que recibía del gobierno alemán, y se fue a vivir con un argentino que había conocido en la fiesta de una amiga, quien resultó ser un malogrado traficante de armas que operaba por los suburbios de Berlín. Al cabo de un año de tortuosa relación, en la cual se vieron obligados a cambiar varias veces de domicilio para despistar a la policía, y a las mafias rivales que marcaban su territorio, su amante le propuso participar en el atraco a un banco, en Potsdam. Ella aceptó sin rechistar, quizá porque no tenía otra opción, o tal vez porque tuvo miedo de llevarle la contraria. Por desgracia, murieron dos personas: el agente de seguridad que custodiaba la puerta y un empleado que quiso pasarse de listo al dar la voz de alarma. Después de aquello, no tuvieron más remedio que abandonar el país; huir a Sudamérica. En Argentina tuvieron la oportunidad de comenzar de nuevo, pero a Óscar —que era el nombre de su compañero— le aguardaban viejas deudas que pusieron fin a su vida tras un cruento ajuste de cuentas. A partir de entonces, Lilith tuvo que subsistir gracias a la única herencia que le había dejado su pareja: un corazón frío, dispuesto a hacer cualquier cosa a cambio de dinero, y un cerebro exento de conciencia.

Dos años después, con apenas cuatro lustros de vida, ingresaría en Corpsson gracias a la influencia de un tipo con el que pasó una noche, y que resultó ser un miembro de la organización. Tras una breve estancia en Brasil, que aprovechó para ejercitarse en el lucrativo mundo del crimen, decidió regresar a Alemania con un nombre falso: Lilith.

Eran las 03:17 horas del sábado, y seguía frente al televisor engullendo programas basura. Encendió un cigarrillo antes de cambiar de canal. Un antiguo combatiente de la Guerra de Irak, al que le habían amputado ambas piernas tras haber pisado una mina direccional de fragmentación, criticaba públicamente la conducta del presidente norteamericano con respecto a las víctimas. Aquello terminó por aburrirla, por lo que apagó la televisión y cerró los ojos con el burdo propósito de dormir un poco. Entonces se acordó de Frida, y del mensaje que le enviara aquella misma mañana. Lo mejor sería que la llamase de nuevo. Al margen de echar de menos su conversación,

necesitaba saber si había logrado traducir el criptograma.

Se fue hacia el balcón abierto que se asomaba al paisaje montañoso de la sierra, ahora sumergido en las sombras de la noche. Llamó a Frida sin más dilación. A la tercera señal escuchó la voz alegre de su compañera al otro lado del teléfono. Parecía despejada, despierta, aunque reconoció que arrastraba las palabras debido al cansancio provocado, posiblemente, por la transcripción del manuscrito.

—Me alegro de que hayas llamado. Oí tu mensaje en el contestador e intenté comunicarme contigo, pero fue imposible. Lo tenías apagado.

—Lo siento, se me olvidó cargar la batería antes de salir esta mañana... —lamentó su error con una mueca furtiva—. Pero, dime... ¿Qué has averiguado?

—Es, como afirmas, un código medieval encriptado según las normas de seguridad de la época. Está basado en el intercambio de letras y números que forman las palabras por las del alfabeto usado en aquellos años. He de reconocer que fue más difícil reconocer los signos góticos del abecedario castellano que descifrar el criptograma.

—¿Utilizaste el descodificador?

—Así es —contestó al instante—, pero surgió un problema. El mensaje no coincidía con el español que conocemos. Eso me ha llevado cinco horas más frente al ordenador, indagando en páginas de literatura castellana para identificar las expresiones de la época. Lo cierto es que acabo de terminar.

—¿Tienes el texto? —preguntó impaciente.

—Frente a mis cansados ojos... ¿Quieres que lo lea?

—Espera un momento... —Buscó en el menú de su móvil hasta dar con la grabadora. A continuación la puso en marcha—. Adelante, cuando quieras —la instó a que leyera el manuscrito.

Frida cumplió los deseos de su amiga, recitando lentamente las palabras escritas, un tanto incongruentes, de un cantero español del siglo XVI que decía conocer el secreto arte de la construcción y el modo de comunicarse con Dios.

Lilith no supo qué pensar en un principio. Aquella historia parecía haber sido forjada por la mente palúdica de algún trastornado. Sin embargo, le resultó familiar el relato. Según le había escuchado decir a uno de los profesores del internado, los antiguos judíos decían conocer el modo de hablar directamente con Yahveh. Y aunque era uno de los secretos mejor guardados por los rabinos, se sospecha que llegó a oídos de Hitler, quien organizó la búsqueda de aquel prodigio enviando a los agentes de la Gestapo a diversos lugares de Oriente Próximo, y norte de África, con el propósito de dar con lo que pensó podía garantizarle la victoria ante sus enemigos. Aunque jamás encontraron lo que fueron a buscar.

Al margen de que fuese cierto el relato, hubo un detalle que llamó su atención. El escrito estaba fechado en Murcia.

Extraña coincidencia.

La misma ciudad donde conoció a Sholomo.

## Capítulo 15

Durante toda la mañana del sábado, estuvieron dándole vueltas a la catedral con la esperanza de establecer una relación entre la iconografía de las hornacinas y el diario del cantero. Mientras Claudia tomaba fotografías del lugar, Leonardo le contó a Salvador los pormenores de la leyenda que corría en torno a las cadenas de la capilla de los Vélez y el suplicio al que tuvo que afrontar el escultor. El jubilado arquitecto dijo conocer la historia de pasada, aunque jamás pensó que existiera una relación entre el tesoro mencionado en las *Centurias* de Nostradamus y la obra escultórica del obrero masón. Pero Leonardo insistió en que la *cuarteta* xxvii señalaba el lugar exacto de un tesoro, y que coincidía con las indicaciones dadas por De Cartago en su manuscrito.

—Fíjate bien... —Señaló los tenantes que sostenían el blasón dentro de la arcada—. «Bajo la cadena Guien del cielo herido, no lejos de allí el tesoro está escondido». Así comienza la *cuarteta*.

—No entiendo... ¿A dónde quieres ir a parar?

—Verás, creemos que «Guien» puede traducirse por «*Chien*»... Es decir, «perro» en francés. Y en el escudo se aprecian dos perros y la flor de lis.

—La flor del Cielo —apuntó Salvador, comprendiendo ya a dónde quería ir a parar.

—Eso es —afirmó Cárdenas, satisfecho—. Por lo que la frase quedaría más o menos así: «Bajo la cadena del perro y la flor de lis, no lejos de allí el tesoro está escondido». En cuanto al manuscrito de Toledo, Iacobus dice que quien desee conocer la verdad deberá bajar a los infiernos que se precipitan bajo una gran cadena, chacales y barbudas columnas... Y los tenantes llevan barba. Mi intuición me dice que el diario debe de estar escondido por los alrededores de la catedral.

Observó detenidamente los edificios y plazas colindantes, como buscando un lugar que llamara su atención.

—¿Cuál era la siguiente frase del manuscrito? —Claudia guardó su máquina de fotografiar en el bolso para acercarse a los dos hombres—. ¿No decía algo de unos sillares?

Leonardo sacó la copia del escrito del bolsillo de su pantalón, desdoblándola con cuidado.

—«Aveis a abaxo de ver quando os encontrays ante los sillares que en el mío nombre bienen signados. En dicho aberno te seré revelado. Estoy e soi en mi ynterior» —leyó en voz alta—. ¿Te sugiere algo?

—Que tal vez debemos acercarnos a los muros y ver qué nos dicen.

Salvador frunció el ceño al escuchar la recomendación de su sobrina, cayendo en la cuenta de que el picapedrero les estaba diciendo claramente que debían buscar su

nombre en los sillares. También Leonardo se reprochó el no haberse dado cuenta antes, sonriendo como un niño al que han pillado robando un caramelo.

—¡Vaya por Dios, tienes razón! —exclamó, sorprendido—. De Cartago debió dejar inscrita alguna señal de aviso.

—Será mejor que nos acerquemos a comprobarlo.

La decisión del arquitecto hizo que se pusieran en marcha. Fueron hacia la estructura metálica que componía el andamiaje de las obras de reformas del edificio de enfrente. Pasaron, con cuidado de no lastimarse, bajo los puntales de hierro, observando detenidamente los sillares que formaban la pared exterior de la capilla de los Vélez. Claudia fue la primera en descubrir una larga serie de glifos, o marcas de cantería, que adornaban la parte trasera de los muros de la catedral. Pudieron ver un reloj de arena acostado, que en el idioma alquímico simboliza las horas, una cruz dentro de un cuadrado —otro de los signos templarios—, un triángulo con un crucifijo en lo alto y, por supuesto, las iniciales I.D.C. labradas en la piedra. Tal y como afirmaba el picapedrero, su nombre, Iacobus de Cartago, estaba inscrito en los sillares de la capilla.

Encontraron, después de una búsqueda algo más exhaustiva, otras marcas entre las que se encontraban las iniciales J.B. No les dijeron nada, aunque era evidente que se trataba del sello del compañero Justo Bravo, el maestro de obras.

—¡Es asombroso! —Claudia fue la más sorprendida—. ¡Está aquí! —Tragó saliva dos veces—. ¡Su nombre está signado en los sillares, como prometió! ¿No os parece increíble?

—Debo reconocer que vuestra historia resulta cierta —convino su tío—. Y lo más sorprendente de todo es que, por alguna extraña coincidencia, el secreto de Iacobus está íntimamente relacionado con la investigación que llevo realizando desde hace años. Creo que andamos buscando lo mismo. —Riera palideció al descubrir cierto paralelismo entre ambos misterios.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

El arquitecto miró a su sobrina, sin saber qué decir. Pero los ojos de la joven fueron más convincentes que cualquier palabra. Le estaba suplicando una explicación.

—¡Está bien! —Aceptó el compromiso de confiarles su secreto—. Pero antes, os invito a un café en la plaza. La historia puede llevarme un tiempo, por lo que estaremos mucho mejor sentados.

Aferrándose al brazo de Claudia, Salvador inició su andadura yendo hacia el Pórtico de los Apóstoles. Leonardo fue tras ellos, alzando de vez en cuando su cabeza para observar el claristorio que se elevaba por encima de las cadenas y escudos.

Tomaron asiento una vez que llegaron a la terraza de una cafetería situada en la plaza del Cardenal Belluga. Hacía un día espléndido, con una temperatura excelente.

La gente iba y venía de un lado a otro, arrastrando irremediabilmente una explosión de murmullos. El cielo acogía el vuelo de un centenar de palomas en derredor del imafrente de entrada a la catedral. En las mesas de la marisquería de al lado, varios clientes daban cuenta con deleite de una ambrosiana fuente de mejillones; la especialidad de la casa.

Un sábado como otro en Murcia capital.

—Bueno, tú dirás... —Claudia animó a su tío para que comenzara a hablar.

El veterano arquitecto bebió de la taza antes de iniciar su historia.

—Como sabes, siempre he sentido cierta debilidad por las antiguas leyendas que giran en torno a los templarios... —comenzó diciendo. Se rascó la calva de la cabeza—. Hace veinte años dejé mi trabajo en Barcelona para instalarme en Santomera. Me habrás oído decir en diversas ocasiones que soy el único que conoce el origen que dio nombre al pueblo, aunque dicha hipótesis jamás haya sido expuesta en público. Pues bien, estoy en condiciones de asegurar que tanto Nostradamus como De Cartago están en lo cierto: en la región de Murcia está escondido un objeto venerado por la Cristiandad, y tiene que ver con el pueblo de Santomera.

—¿Te refieres al Santo Grial? —preguntó Leonardo, aun estando seguro de equivocarse.

Riera negó con un gesto decisivo de su cabeza.

—No, se trata de algo diferente —contestó pausado—. Pero será mejor que comience desde el principio...

»Entre los años 1104 y 1115, Hugo de Champaña realizó varios viajes a Tierra Santa. Durante ese tiempo fue recopilando diversos escritos en arameo, que trajo consigo desde Jerusalén para su estudio. Tiempo después entra en contacto con Esteban Harding, abad de la Orden del Císter, a quien dona unas tierras para que un pariente lejano suyo, Bernardo de Claraual, funde la abadía que habrá de llevar su nombre. De este modo, y con la ayuda de rabinos judíos, los cistercienses trataron de desvelar los secretos que escondían los manuscritos traídos por Hugo desde Tierra Santa.

»A partir de entonces, se van sucediendo una serie de acontecimientos, todos a espaldas del papa Honorio II, que bien podría catalogarse de conspiración religiosa. San Bernardo, hombre que sentía cierta obsesión por la arquitectura y la geometría, reclutó a nueve caballeros de su más entera confianza con el propósito de cumplir una de las misiones más descabelladas de la historia medieval... —Se aclaró la voz—. Estos hombres fueron Hugo de Payns, Godofredo de Saint-Omer, Godofredo Bisol, André de Montbard, Payen de Montdidier, Archambaud de Saint-Amand, Gondemar, Rossal y Hugo de Campaña. Juntos viajaron hasta Jerusalén, donde se entrevistaron con el rey de la santa ciudad, Balduino II. El llamado “rey de la Cristiandad” les concedió como residencia la antigua mezquita de Al-Aqsa, llamada literalmente «la



mezquita lejana», donde antiguamente estuvo emplazado el Templo de Salomón y también sus caballerizas. Aun hoy en día, los historiadores se preguntan por qué Balduino les confió a nueve caballeros un alojamiento donde podía instalarse un ejército de varios miles de soldados, y por qué durante nueve años los llamados Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón no admitieron a ningún miembro ni participaron en los enfrentamientos armados realizados contra los sarracenos. La respuesta a la actitud del Rey la encontramos en la información que recibe de los enviados del Císter.

»Desde aquel momento, Balduino se convierte en aliado de los Caballeros del Temple. Por eso, nueve años después lo vemos nuevamente participando del complot. Recurre a la ayuda del Papa con la excusa de encontrarse en dificultades por falta de combatientes. Para ello, envía a Hugo de Payns como embajador a Roma, y a otros cinco templarios que habrán de acompañarlo en su viaje. Era algo realmente insólito, ya que, para semejante encargo, Balduino solía emplear a sus propios delegados o a uno de los tantos peregrinos que regresaban a sus hogares después de cumplir la penitencia que se habían impuesto. Aquella fue la excusa perfecta que encontraron el Rey y los templarios para sacar de Tierra Santa el mayor de sus tesoros.

»Pero ahí es donde Hugo de Payns y su lugarteniente burlan a la historia haciéndonos creer que la reliquia que transportaban rumbo a Francia, según cuenta la leyenda templaria, era la auténtica; cuando en realidad, los otros tres caballeros embarcaban en el puerto de San Juan de Acre con la auténtica reliquia, con el fin de viajar por mar hasta Chipre, donde tomaron un nuevo barco que los llevó hasta las costas españolas. Buscando un lugar seguro donde guardar su tesoro, se adentraron en el Reino de Murcia, entonces tierra de moros, haciéndose pasar por sarracenos de Trípoli. Les fue fácil, ya que dominaban el árabe a la perfección y tenían la piel curtida después de vivir varios años en la tórrida región de la antigua Palestina. Llegaron a una aldea apenas habitada por una docena de campesinos. Allí se instalaron durante un tiempo, buscando el modo de esconder la reliquia; tras lo cual se marcharon. Pero fue tal la huella dejada por el caudillo de aquel grupo de templarios, encargados de preservar el secreto, que años después de su muerte, tras la conquista del Reino de Murcia por Alfonso X, El Sabio, que se adaptó el apellido del noble caballero para darle nombre a la villa. El caballero fue Godofredo de Saint-Omer. Y el pueblo, como ya os habréis imaginado, es la actual Santomera».

—¡Esto es demasiado! —exclamó Claudia, que no podía dar crédito a la revelación—. ¿Has oído?

La nerviosa pregunta iba dirigida a Leo, pero su amigo tenía sus propias interrogantes.

—Sí, es realmente increíble... —reconoció con voz apenas audible, pero luego elevó el tono—: Pero nos falta saber el nombre de la reliquia que ocultaron los

templarios.

Lo miraron de forma inquisitiva. La historia estaba incompleta. El arquitecto se vio obligado a contestar.

—Saint-Omer trajo consigo el Arca de la Alianza, y con ella los números sagrados y las proporciones divinas grabadas en las Tablas de la Ley.

Leonardo pensó que el anciano les tomaba el pelo; eso, o no estaba bien de la cabeza. Se esforzó por reprimir cualquier comentario mordaz que pudiera ofenderlo, pero obviamente era lo que pensaba. A veces ocurre que una idea se convierte en obsesión, y Salvador era de esas personas que se dejan llevar por las emociones redundantes.

Pero Claudia no lo veía así. Esa era la diferencia entre ambos. La mente de la paleógrafa ostentaba un mayor dominio de sensatez, y pudo ver con claridad que entre ambos relatos existían ciertas diferencias. Su tío se había equivocado; solo eso.

—Nosotros buscamos un libro, quizá un diario. Nada más lejos que el Arca de Moisés —le corrigió mientras se ajustaba disimuladamente el pecho izquierdo en el sostén—. Tu historia es digna de ser estudiada, aunque no creo que los templarios tengan nada que ver con Iacobus de Cartago... —Sonrió débilmente—. Entre ambos median varios siglos —concluyó.

—Quizá el Arca ya no siga en Murcia, pero estuvo aquí —insistió el arquitecto—. Posiblemente la devolvieron a su lugar de origen; no estoy seguro... Sin embargo, De Cartago sabía dónde encontrarla y escribió en su diario el modo de llegar hasta la ciudad perdida de Henoc, que es donde la deben de tener escondida. La masonería nació tras la disolución de la Orden del Temple, y sus caballeros han sido desde siempre sus custodios.

—En ningún momento nombra la palabra Arca en su escrito. —Fue Leonardo quien insistió en hacerle ver el error.

—Pero sí dice conocer el modo de hablar con Dios.

Cárdenas arrugó la nariz.

—No te comprendo...

—Y será mejor que sigas así, por ahora. Puede que tengáis razón y mi historia solo sirva para desviaros del camino correcto, y eso sería catastrófico. Debemos centrarnos en el manuscrito y en los asesinos de vuestro amigo. A ver... ¿Qué deseáis saber de los masones?

—¡Todo! Desde el principio. —Claudia fue explícita en su respuesta.

—Está bien, comencemos con la decadencia del Imperio Romano... —Se prestó a narrarles el origen de la masonería—. Con la llegada del Cristianismo, los colegios de arquitectura fundados en Roma, conocidos como los Misterios de Baco, se vieron seriamente amenazados por el poder de la pujante Iglesia, la cual, gracias a su influencia político-espiritual tras la invasión de los bárbaros, se convirtió en el único

sistema organizado de Europa. Tales enseñanzas pasaron finalmente a las Uniones Comacinas, fundada por unos cuantos maestros que se trasladaron a la isla de Comacina, al norte de Italia. Llevados por la necesidad de preservar los secretos de la construcción, los masones no tuvieron más salida que ingresar en las distintas órdenes religiosas que fueron surgiendo a lo largo de todo el continente. En ningún momento levantaron las sospechas de la Iglesia; quien, sin saberlo, los protegió y dio cobijo durante siglos. Fue tal la superioridad de estos hombres en el arte de la construcción, que acudieron, de forma masiva, canteros y aprendices de casi todas las regiones de Europa para formarse bajo la dirección del *Magistri* Comacini. Se les menciona por primera vez en el *Memoratorio* del rey Luitprand, que data del siglo octavo, cuando recibieron el privilegio de hombres libres del Estado lombardo. A sus lugares de trabajo se les denominaba *loggias*... Tenían apretones de manos, palabras de pase y juramentos de fidelidad que solo ellos conocían... —Hizo un inciso en la conversación para puntualizar un detalle de suma importancia—. Su ciencia les llevó a erigir las primeras iglesias románicas, pero dicho conocimiento no les pertenecía, pues lo heredaron de otros constructores siglos antes. Durante esos años de oscuridad espiritual se fue perdiendo parte del saber, pues las enseñanzas se llevaban a cabo de forma oral, de maestro a alumno. La lástima es que las palabras fueron interpretadas dependiendo de la personalidad de cada uno. Sin embargo, algo ocurrió en la historia de la arquitectura medieval que aún hoy, en nuestros días, sigue siendo un enigma para los eruditos, y es el cambio brutal del arte románico al gótico en el tiempo de los constructores de catedrales. La única referencia que existe en la historia de la arquitectura de un salto de esta magnitud se encuentra en la discontinuidad temporal que surge tras la construcción de las pirámides.

—Es cierto —afirmó Claudia, convencida, ya que conocía a fondo los entresijos del arte antiguo—. Los expertos no se ponen de acuerdo, ya que no existe un período de transición entre ambos estilos. El gótico nace de improviso... —Cruzó las esbeltas piernas bajo la mesa—. Así, sin más.

—En eso discrepo, querida —le dijo Salvador con tono cariñoso—. El gótico nace con el regreso de los templarios a Europa, quienes recuperaron el verdadero significado de la arquitectura. Con las proporciones divinas en sus manos, fueron capaces de erigir templos en un acto alegórico de representar a Dios en la tierra. Una catedral gótica es, en sí misma, una enseñanza que instruye a la plebe, una fórmula alquímica que transforma la ignorancia en espiritualidad y exalta la devoción de los creyentes. La catedral simboliza el cuerpo de Cristo en la cruz. El ábside representa la cabeza de Jesús y el mundo sin fin. La nave central es el cuerpo y la tierra donde vivimos, el mundo físico. El pórtico son los pies del Mesías, donde el coro encarna la morada del penitente, conocida como purgatorio, otros la llaman el alma. Y las naves laterales son los brazos; es decir, el espíritu que sustenta al hombre.

—¿Todo eso es una catedral? —Leonardo, que se sentía abrumado, miró a su compañera esperando una respuesta.

—También a mí me ha sorprendido —reconoció ella.

—¡Escuchad! ¿Qué os parece si entramos dentro a echar un vistazo? —preguntó Salvador, señalando la catedral de Santa María—. Hay algo que quiero enseñaros.

Se pusieron en pie tras pagar la cuenta al camarero. Cruzaron la plaza hasta alcanzar el pórtico de entrada. Una vez dentro, el arquitecto les hizo un gesto para que fuesen tras él, donde unas cuantas mujeres rezaban de rodillas frente a una imagen de la Virgen. Se acercaron sin hacer ruido, pues resultaba violento perturbar la paz y el silencio que se respiraba en el interior. Riera se arrodilló en el suelo junto al grupo de mujeres, orando igualmente en voz baja.

—¿Y qué se supone que hemos de hacer nosotros? —susurró Leonardo al oído de su compañera sentimental y profesional.

Claudia le instó con un codazo a que guardara silencio.

Poco después, Salvador Riera se puso en pie para limpiarse los pantalones a la altura de las rodillas. Luego se les acercó, señalando la imagen de la Virgen María.

—La catedral está erigida en su nombre —les dijo—. La devoción que los templarios tenían por la Virgen y la arquitectura, fue la causa de que fueran apareciendo construcciones en su honor a lo largo y ancho del continente... Venid, observad esto... —Señaló unas letras góticas enormes de color negro que formaban una frase en latín en la bóveda semicircular que había sobre la estatua—. ¿Podéis leer lo que pone ahí?

## **Non nobis, Domine, non Nobis, Sed Nomini tuo Da Gloriam.**

Leonardo intentó descifrar las palabras, pero Claudia se le adelantó.

—«Non nobis, Domine, non Nobis, Sed Nomini tuo Da Gloriam...». No a nosotros, Señor, no a nosotros sino a tu Nombre sea dada toda la gloria —leyó primero en latín y luego su traducción—. Es la divisa de la Orden del Temple.

—¡Vaya! Por lo que veo también tú conoces la vida y costumbre de los antiguos templarios.

Sorprendido, Salvador tuvo que admitir no ser el único que poseía ciertos conocimientos de historia medieval.

—Algo he leído, aunque no tanto como tú. —No quiso quitarle protagonismo a su tío.

—¿Y qué significado tiene para nosotros la imagen de la Virgen? —preguntó

Leonardo, quien seguía sin saber a dónde quería ir a parar el anciano arquitecto.

—Tan solo es una referencia para que comprendáis que el Temple estaba íntimamente relacionado con la masonería operativa... O lo que es igual, los constructores de catedrales.

—¿Qué diferencia existe entre esta rama de la logia, de quienes son simplemente masones? —porfió de nuevo.

—Para que lo entiendas, la masonería siempre fue operativa. Es decir, que no solo se limitaba a transmitir un conocimiento sino que participaba de él... —Tosió un poco y continuó—: Cuando los constructores de catedrales finalizaron su obra por toda Europa, nació la masonería especulativa. A partir de entonces, la sabiduría de antaño fue perdiendo consistencia según la tradición pasaba de unos a otros. Ahora solo quedan rescoldos del auténtico arte de la construcción.

—Tengo la impresión de que ejercer de picapedrero en el medievo debía de ser una profesión con futuro.

Al arquitecto le hizo gracia el comentario del acompañante de su sobrina.

—Es cierto que muchos trataban de ingresar en las logias, aunque fuese de aprendiz —le dijo en voz más baja—. Sin embargo, el obrero debía tener ciertos conocimientos técnicos de geometría, matemáticas, arquitectura y escultura. Pero no todos sabían valorar el arte de la construcción. Solo unos pocos elegidos tenían el privilegio de ser aceptados como custodios del secreto tras pasar la prueba de ingreso, una especie de test de conciencia.

—Es la primera vez que oigo algo parecido —fue el comentario de Claudia, antes de marcharse hacia una verja de hierro que cerraba la capilla situada a la derecha.

—¿Qué es eso del test de conciencia? —Leo quiso que le explicara sus últimas palabras, al tiempo que comenzaban a andar por la amplia nave en pos de la joven.

—Al aspirante al cargo se le imponían ciertas pruebas... La mayoría de las veces consistían en preguntas de doble significado, cuya respuesta debía ser siempre la correcta. También utilizaban acertijos metafóricos con el propósito de captar nuevos aprendices —respondió pensativo—. Para ilustrar el caso primero, los masones hicieron correr la anécdota de los tres canteros... ¿Quieres oírla?

—Adelante —repuso sucintamente.

—Pues resulta que una vez había tres canteros trabajando en sus pesados bancos dentro de una gilda masónica. En un momento dado pasó por allí el maestro de obras, quien quiso ver cuál de los tres comprendía el auténtico significado de su trabajo. Para ello le preguntó al primer obrero: «¿Qué haces?», a lo que este contestó: «¡Me gano la vida!». Volvió a insistir con el segundo, y su respuesta fue: «¡Labro la piedra!». El último miró muy seriamente al maestro de obras, antes de susurrar con algo menos de orgullo: «Maestro, construyo una catedral». Esa es la filosofía del auténtico masón, establecer un vínculo con el trabajo emprendido y aceptar con

modestia el significado final de la obra.

—¡Eh, venid a ver esto! —Claudia llamó la atención de los hombres ante las diversas miradas de reproche de quienes visitaban en silencio el templo catedralicio y algún que otro «¡Chiss!». Cuando llegaron, la joven observaba detenidamente una lápida en el suelo del recinto cuadrangular de la capilla; frente al altar donde se alzaba un relieve con las imágenes del Nacimiento y Adoración de los Pastores, y las figuras de las Sibilas.

—Es una de las frases más frías que he leído en mi vida. —La señaló con la cabeza.

En ella podía leerse:

### **Aquí viene a parar la vida**

—Simple, pero impactante —reconoció Leonardo, admirando a la vez el cimborrio y la linterna con huecos circulares que coronaba el presbiterio del mausoleo.

—Y sin embargo cierto —les recordó el arquitecto—. Don Gil Rodríguez de Junterón tenía una idea acertada de lo que era el descanso eterno; por eso ordenó construir su última morada en la casa de Dios. Pero ¡vamos! Démonos prisa... —apremió tras mirar su reloj—. Tenemos que hacer una visita a la más hermosa de las capillas de esta catedral antes de que cierren, y apenas faltan diez minutos.

Salvador aceleró su paso por la nave, haciéndoles un gesto para que fuesen más ligeros. Pasaron junto al altar mayor, donde se guardaban en un arca el corazón y las entrañas del rey Alfonso X, hasta que finalmente llegaron a la capilla de los Vélez. La puerta de entrada estaba abierta al público porque un grupo de turistas japoneses había abonado previamente la visita al recinto en las oficinas del templo. Iban acompañados de un cicerone que les iba traduciendo en nipón las explicaciones que, a su vez, recibía de su homólogo español.

Aprovechando que todos miraban hacia la bóveda estrellada, Riera y sus invitados se colaron dentro de la capilla. Sin llamar la atención, fueron de un lado a otro admirando la belleza de los adornos de piedra calada en el interior de los arcos, las repisas, los blasones dentro de las coronas y doseletes que, de forma precisa, se presentaban como un mosaico arquitectónico de elementos góticos; una ecuación divina solo comprensible para quien es capaz de dominar el idioma de los signos.

Finalizada la visita, se vieron en la obligación de marcharse junto al grupo de turistas japoneses. Les dijeron que tenían que salir por el Pórtico de los Apóstoles al estar cerrada la puerta principal, pues ya era algo más de la una.

Una vez fuera, Claudia decidió fotografiar las esculturas de los cuatro discípulos

de Cristo apostados en las jambas. Mientras, los hombres intercambiaban opiniones con respecto a la semejanza entre la capilla de los Vélez y la de don Álvaro de Luna, en Toledo, y la del Condestable, en Burgos.

Leonardo escuchaba la explicación del arquitecto; pero, por otro lado, observaba a su compañera, quien se había puesto en cuclillas para acariciar el borde inferior de la puerta revestida de hierro. Salvador dejó de hablar al ver que no le prestaba demasiada atención, mirando igualmente a su sobrina.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó, extrañado de su comportamiento.

—Venid a ver esto... —Les hizo un gesto a los dos para que se acercaran al Pórtico—. Parece ser que Iacobus fue dejando su nombre inscrito por toda la catedral.

Tras agacharse, pudieron ver las iniciales I.D.C. grabadas en la parte inferior de la puerta, sobre el revestimiento metálico. Estaban a escasos centímetros del suelo.

—Es lo más parecido a una firma —aseguró Leonardo—. Y sin embargo, es imperceptible. ¿Cómo has podido verla si apenas llama la atención?

—Ha sido pura coincidencia —respondió ella, poniéndose en pie—. Estaba fotografiando las imágenes de San Pedro y Santiago, cuando he advertido unos puntitos grabados en la chapa de metal. Lo cierto es que he sido la primera en sorprenderme.

—¿Os dais cuenta? —preguntó Riera—. Sus iniciales están inscritas en la zona más baja de la puerta. Y en el manuscrito, según creo recordar, dice algo de mirar hacia abajo cuando estemos frente a los sillares que llevan su nombre.

—Espera, le echaré un vistazo. —Leonardo sacó de nuevo la fotocopia de su bolsillo. La estuvo ojeando durante unos segundos y añadió concentrado—: Parece ser que tienes razón... Mmm, y no solo eso, sino que asegura que en dicho infierno nos será revelado. Luego, añade: «... estoy e soy en mi interior». La verdad, parece algo así como un acertijo.

—Ya te he dicho antes que los masones son muy dados a este tipo de juegos —le recordó el arquitecto en tono neutro.

—¡Un momento! —exclamó Claudia—. Creo que no hemos llevado al pie de la letra sus indicaciones... —Había recordado un detalle, bastante significativo, al que en su momento no prestaron atención—. ¿Alguno de vosotros ha mirado hacia abajo, al suelo, cuando hemos descubierto sus iniciales en los muros exteriores de la capilla?

—No te entiendo —susurró Leonardo.

Hubo un cruce de miradas interrogantes. Claudia movió de un lado a otro la cabeza, admitiendo que habían cometido un error imperdonable.

—¡Pero qué estúpidos hemos sido! —insistió malhumorada—. Daos cuenta...

Balkis se asomó al balcón de su casa, situada en el barrio de Ataba; junto al museo islámico. Desde allí pudo ver al fondo, en todo su esplendor, la mezquita-universidad de Al-Azhar y las diversas techumbres de las casas circundantes en cuyos

jardines primaban sicomoros y palmeras. El aire traía consigo olor a especias y aromas de refinada fragancia, como el pachulí, el incienso y la ambarina que derrochaban los pebeteros de las distintas viviendas circundantes. El tiempo que estuvo fuera, en el mirador, sintió que la vida en Egipto seguía igual que cuarenta años atrás.

Ella era una judía en tierras árabes, y eso suponía tener que vivir siempre con el espíritu embriagado de miedo y nostalgia. La paradoja del destino quiso que en plena crisis de Oriente Medio, a finales de los años sesenta —tras la demoledora victoria israelí en la Guerra de los Seis Días—, tuviera que cambiar de vida y nacionalidad con el propósito de acudir al simposio de los *frater* de primer orden y acogerse a la tradición universal de la logia. Ser la elegida para acudir al Congreso, representando a Israel, supuso algunos cambios importantes en su vida; el peor de todos fue dejar atrás a su familia y amigos, pero supo encajar el golpe con el paso de los años. Para ello, contó con la ayuda de Hiram, quien en todo momento estuvo a su lado hablándole de las costumbres y enseñanzas de su pueblo; y también con el apoyo del joven Sholomo, *frater* de primer orden, como ella, el cual solía visitarlos varios meses al año con el fin de ir enseñando los misterios de Dios a los iniciados que acudían a Egipto, y prepararlos para la ascensión de los siete peldaños de la Escala. Él supo administrarle ese aliento de optimismo que hizo posible su adaptación en tierra extraña, y al mismo tiempo robarle el sentido con la sencillez de sus palabras. Lo cierto es que estuvo enamorada de él, pero eso fue antes de que heredara el título de Reina de Saba. Ahora solo le afectaban las renunciaciones del ser humano; aunque, para ser sincera consigo misma, comenzaba a sentirse harta de guardar el secreto. Quizá Iacobus de Cartago tuviera razón, y todos los hombres debieran sentarse en el Trono de Dios. ¿Acaso no tenía el mismo derecho un pobre ignorante que un miembro de la logia?

Por ello, a veces sentía la necesidad de transmitirle a otro sus conocimientos y obligaciones.

Tras los crímenes acaecidos en España, encontró la oportunidad que andaba buscando. Tanto ella como Hiram eran demasiado mayores para seguir protegiendo la Cámara del Trono. Mantener una comunicación ininterrumpida con el Gran Arquitecto del Universo los condicionaba a vivir pendientes de su labor, loable y altruista por otro lado. Y aunque era el trabajo más edificante que pudiera realizar el ser humano, al cabo de los años el cuerpo echaba en falta un equitativo y adicional retiro; formar parte del mundo y sus defectos. Pensó en el bibliotecario como el sustituto idóneo para Hiram, siempre y cuando demostrase honradez e inteligencia. Solo quedaba buscar una suplente para ella, una mujer que heredara su nombre y aceptar todas sus responsabilidades.

Regresó de nuevo al espacioso salón, cerrando tras de sí las ventanas. Las paredes



estaban cubiertas de tapices con motivos arabescos, y el suelo salpicado de almohadones y cojines con borlas doradas sobre amplísimas alfombras. Hafid, un joven árabe que hacía las veces de lacayo, le acercó una silla para que pudiera sentarse frente a la mesa de su escritorio. La anciana le dio las gracias, pidiéndole que aguardase un instante a que escribiera una carta, pues habría de llevarla más tarde a la oficina de correos. El muchacho se retiró en silencio hasta colocarse junto a la puerta.

Con pulso firme, la mano de Balkis comenzó a escribir sobre el papel:

*Si deseas conocer la verdad, tendrás que encontrar primero la llave donde se guarda el secreto de nuestra logia, la cual se halla escondida celosamente en el interior de una caja de hueso recubierta de pelo. Élla será tu mejor arma.*

*Si deseas hablar con Dios, deberás acudir allá donde los Pilares del Mundo dividen en dos la ciudad de Henoc. En el templo de las tres cámaras se halla escondido el Kisé del Testimonio.*

*Si consigues encontrarlo, utiliza la llave antes de subir los peldaños de la Escala que conducen al saber, o no podrás leer las enseñanzas que hay inscritas en las piedras ni escuchar la melodía del universo. Tu ingenio será el mejor pasaporte hacia el conocimiento y la Sabiduría.*

*Entonces, todo lo que has aprendido hasta hoy dejará de tener sentido. Tu vida comenzará el día que concibas el mundo como un hecho irremediable donde la existencia del ser humano está sujeta a la ciencia del Gran Arquitecto del Universo.*

*Balkis*

Dobló cuidadosamente la carta, introduciéndola a continuación en un sobre. Después se la entregó a Hafid, quien salió del salón tras inclinar en silencio su cabeza.

Ahora, lo más difícil sería cómo explicarles a Hiram, a Sholomo, y al resto de los Grandes Maestros, su decisión de implicar al bibliotecario y convertirlo en el Custodio del secreto.

Aunque, en realidad, la opinión de los demás le traía sin cuidado.

Ella representaba el poder de la Viuda.

## Capítulo 16

Regresaron a la parte posterior de la capilla de los Vélez, y de nuevo se aventuraron por el pasillo de andamios metálicos que la empresa constructora había colocado entre la catedral y el inmueble en restauración. Sortearon las distintas barras de aluminio que se cruzaban en diagonal, con cuidado de no lastimarse. Al otro lado encontraron las marcas de cantería que habían estado observando poco antes, y entre ellas pudieron ver las iniciales del picapedrero. Miraron al unísono hacia abajo. Pero allí no había nada, tan solo los adoquines que formaban el suelo. Sin embargo, un poco más hacia la izquierda descubrieron un enrejado de hierro; tal vez por donde bajaba el agua en tiempos de lluvia.

Se acercaron con cuidado de no tropezar con los puntales que soportaban la plataforma del andamio. Claudia decidió agacharse para echarle un vistazo, pero no pudo ver más allá de unos pocos centímetros. La luz exterior, junto a la tenue oscuridad del aquel pozo, dificultaba la tarea de vislumbrar qué era lo que se precipitaba bajo el suelo.

—Espera... —dijo Leonardo—. Tengo una idea.

Le pidió prestada la máquina de fotografiar a su compañera. Tras recibir explicaciones de cómo funcionaba el *zoom* y el flash, se arrodilló delante de todos; incluso de quienes pasaban por allí y observaban atónitos tan extravagante comportamiento.

A continuación, comenzó a disparar varias veces con el objetivo metido entre los barrotes.

—¿Tienes idea de a dónde conduce? —preguntó Riera, inclinándose también para observar de cerca a través de las rejillas.

—Quizá se trate de un foso —contestó Claudia—. Si es así, tal vez existan catacumbas bajo la capilla.

—Es posible... —Salvador se puso en pie para ponerse a la altura de su sobrina—. La gran mayoría de las catedrales están dotadas de galerías subterráneas, criptas mortuorias donde antaño se excavaban las distintas sepulturas de los clérigos más destacados.

Leonardo hizo lo mismo después de cumplir su trabajo, devolviéndole a Claudia la máquina de fotografiar.

—Deberíamos revelar el carrete antes de volver a Santomera —propuso—. Es lo único que tenemos.

—¿De verdad crees que ahí abajo está el diario que buscáis?

La pregunta de Salvador, a pesar de todo, estaba avalada por el sentido común. Porque, en caso de ser cierto, el papel se habría desintegrado debido a la humedad y los parásitos después de casi quinientos años de estar oculto bajo tierra. Encontrar el

texto en condiciones favorables de lectura resultaba científicamente imposible.

—No estoy seguro... —Dubitativo, se encogió de hombros—. Pero según las anotaciones de Iacobus, el averno al que hemos de descender está por aquí, bajo las cadenas y los sillares que llevan su nombre.

Claudia apoyó enseguida la teoría de su compañero.

—Leo tiene razón. Sus escritos deben de andar muy cerca. Y qué mejor escondite que en la soberbia oscuridad de un templo, como él mismo dice.

Riera tuvo que admitir que las palabras del cantero eran explícitas. Y que, de ser así, bajar a los infiernos no iba a ser tarea fácil.

—¿Habéis pensado cómo vais a introducirnos en las catacumbas de la catedral? ¿Quizá pidiéndole permiso al diácono?

La joven aprovechó la ironía de su tío para seguirle la corriente.

—Ahora que lo dices...

—Lo primero que deberíamos hacer es informarnos si existe un modo de llegar hasta ahí abajo... —Leo señaló los barrotes y añadió—: Y es posible que en las oficinas de la catedral puedan ayudarnos.

—No creo que nadie vaya a facilitarnos esa información sin un buen motivo —insistió el arquitecto.

—A vosotros no; pero... ¿qué hombre se puede resistir a la curiosidad de una mujer interesada por la arquitectura? —Claudia enarcó sus cejas, adoptando una pose ciertamente provocativa.

Leonardo sintió una punzada de celos. A pesar de tratarse de una estrategia femenina con ánimos de sonsacar, le repugnaba la idea. Se imaginó al cicerone baboseando en derredor de Claudia, y eso le irritó bastante.

—No creo que funcione —dijo finalmente, a pesar de estar de acuerdo en un principio.

—Nunca se sabe —apuntó Riera—. La historia nos dice que hasta el hombre más sabio y casto ha caído en algún momento en las redes confabulatorias de una mujer. Es una cuestión de debilidad masculina hablar de más cuando quien le escucha posee un bonito rostro, como el de mi sobrina.

—¡Oh, vamos! —exclamó Claudia—. ¿Hemos llegado tan lejos para detenernos ahora por algo tan elemental?

Sintiéndose vencido, Cárdenas no tuvo más remedio que claudicar. Aunque seguía sin estar conforme con la idea de que su chica aireara sus indudables encantos frente a otro hombre que no fuera él.

—Haremos una cosa —propuso serio—. Volveremos mañana domingo, cuando abran de nuevo la catedral... —Miró fijamente a su pareja—. Primero hablarás con el sacristán, o con cualquier otro que esté a cargo de la capilla de los Vélez; él nos dirá lo que necesitamos saber. A continuación, trataremos de encontrar el modo de

violentar los barrotes del alcantarillado para poder bajar a las catacumbas.

—Eso va a ser arriesgado. Si nos cogen, pensarán que somos ladrones de arte.

El negativo parecer de Riera no interfirió en la decisión tomada por su sobrina, ni en la descabellada estrategia de su compañero. Ambos necesitaban encontrar respuestas a sus preguntas.

—Ahí abajo hay un misterio que lleva oculto varios siglos, un secreto defendido por un juramento de sangre que, por desgracia, también nos atañe a nosotros... —Leo expresó sin ambages sus temores—. Si nos olvidamos de él, quizá en un futuro recibamos la inesperada visita de un hermano masón dispuesto a abrirnos la garganta. Pero si encontramos antes el diario, y conseguimos descifrar el enigma que esconden sus páginas, tal vez tengamos una posibilidad de adelantarnos a ellos y descubrir dónde se ocultan. La policía puede hacer el resto.

—Por lo menos, deberíamos intentarlo —añadió Claudia, en contraposición a los temores de su tío.

—Está bien, contaréis con mi ayuda —les prometió el arquitecto—. Pero antes quiero ver las fotografías de Leo y asegurarme de que existe un modo seguro de bajar.

Estuvieron de acuerdo, por lo que fueron directamente a un establecimiento fotográfico de revelado instantáneo que había al otro lado de la Gran Vía, en la calle de San Pedro. Tras unos veinte minutos de espera, la dependienta les entregó las copias junto a un carrito de regalo. Leonardo pagó el importe, cogiendo inmediatamente el sobre con las fotografías. Luego se marcharon con la primitiva curiosidad de saber qué iban a encontrarse.

Se allegaron a la Glorieta de España para tomar asiento en uno de los bancos de piedra, alrededor del cual se concentraban las palomas y también había huellas de sus cagaditas. Sin más dilación, Leonardo Cárdenas metió las manos en el sobre y sacó las instantáneas. Después de apartar unas cuantas en las que podían verse los contrafuertes de la capilla de los Vélez, cadenas y tenantes incluidos, dio con las que andaba buscando.

La imagen no se veía muy bien, pues a pesar de introducir el objetivo se intercalaba de forma nebulosa la sombra de los barrotes. Pero hubo algo que distinguieron de inmediato: varios contrafuertes, enclavados en el muro de bajada, que se precipitaban hacia la oscuridad de un infierno impenetrable. No obstante, lo que más llamó su atención fue ver las iniciales del cantero grabadas en la piedra; a un metro por debajo de la base.

Una vez más, Iacobus de Cartago les guiaba hacia el lugar donde se escondía el secreto mejor guardado de la tierra.

—Buenas tardes, señorita... ¿Podría hablar con el señor notario?

La joven de detrás del mostrador observó al recién llegado. Era un hombre de

unos sesenta años de edad, atractivo, aseado y muy bien vestido. A pesar de su impecable aspecto ella se debía al protocolo, por lo que tuvo que hacerle la pregunta de rigor en estos casos:

—¿Tiene usted cita con don Severo, o quizá ha llamado previamente por teléfono a alguno de los oficiales?

Sholomo negó con la cabeza, casi sintiéndose culpable de no poder ofrecerle otra respuesta.

—El motivo de mi visita es personal. Somos viejos amigos, y hace años que no lo veo.

Esperó a que la muchacha se hiciese cargo de su situación, pero el rostro de la secretaria seguía igual de inexpresivo. Lo cierto es que la joven estaba de mal humor por tener que trabajar un sábado por la tarde.

—Por favor, sería usted tan amable de decirle que está aquí Sholomo —insistió con una dulzura de voz a la que ella no pudo negarse.

—Está bien... Espere un momento.

Cogió el teléfono y, en susurros, habló unas palabras con su jefe. Al cabo de unos segundos, donde antes había recelo ahora florecían las atenciones. Le pidió disculpas antes de levantarse de su asiento con el fin de acompañarlo personalmente al despacho del notario, el cual tuvo que aplazar la firma de la compraventa de unos terrenos urbanísticos solo para atenderle.

Tras despedirse con una cordialidad empalagosa, la joven regresó a su puesto de trabajo. Sholomo entró en el despacho, estrechándole la mano a su viejo amigo de una forma bastante inusual, donde los apretones se sucedían como en un código telegráfico.

—Presiento que tienes algo importante que decirme. De lo contrario, no me habrías hecho venir tan pronto.

Dicho esto, Sholomo tomó asiento frente al despacho de quien se hacía llamar Fidias; hermano francmasón de primer nivel, aunque no pertenecía al Consejo de los Siete.

—Así es, y no creo que te vaya a hacer gracia... —El notario parecía tenso—. Nuestra asesina a sueldo nos la ha jugado.

Desde su encuentro en la plaza del Cardenal Belluga, días atrás, el Magíster había dispuesto que varios de sus hombres fueran tras los pasos de Lilith con el propósito de averiguar si cumplía correctamente las exigencias del contrato. Lo cierto es que, después de conocerla en persona, hubo algo en su carácter que no terminó de convencerle. Tras lo cual, pensó que lo mejor sería tenerla vigilada hasta que finalizara el trabajo.

—Explícate. —Sholomo demostró cierto interés por lo que acababa de escuchar.

—La otra mañana estuvo en una copistería madrileña situada a las afueras del

complejo universitario —le dijo en voz baja—. Quienes la siguieron, hermanos de toda confianza, aseguran que llevaba consigo un pergamino con varios siglos de antigüedad. Hizo una copia, y luego la envió por fax. Al marcharse, nuestros hombres interrogaron a la dependienta haciéndose pasar por agentes de policía. Esta, sin dudar, se prestó a ayudarlos, diciéndoles que lo había enviado a un número de Berlín... —Sholomo sintió que el mundo había dejado de girar bajo sus pies. Si era lo que se imaginaba, podía llegar a ser catastrófico. Notó un extraño cosquilleo en los apretados labios—. Sé cómo te sientes —añadió Fidias ante el silencio del Magíster—. También yo he pensado en las consecuencias que puede arrastrar el oportunismo de esa niña... —Arrugó peligrosamente la nariz—. Ahora, lo importante es recuperar el manuscrito antes de que caiga en manos de otros, y averiguar a quién se lo ha enviado para enmendar el problema con rapidez.

—¡Dios! ¿Cómo hemos sido tan estúpidos? —se reprochó Sholomo, acordándose de las palabras de Balkis tras la reunión llevada a cabo en la fortaleza de Vélez Blanco—. Nosotros mismos promovimos su curiosidad al convertir el escrito de Iacobus en un arma de poder.

—Cualquiera se hubiera dado cuenta de lo importante que era aquello por lo que debía morir un hombre... —Fidias torció el gesto—. Aunque, como todos, supuse que a los profesionales de esa calaña solo les importaba hacer bien el trabajo y cobrar sus honorarios.

El Magíster asintió dos veces.

—Ese ha sido nuestro error. Hemos bajado la guardia —convino apesadumbrado, con el rostro contraído por la cólera que lo embargaba.

—No hay nada que no podamos enmendar.

—Tienes razón, y es lo que haremos una vez que finalice su labor en Madrid... —Reconoció en su interior que estaban suficientemente capacitados para solucionar cualquier tipo de incidencia—. Sin embargo, como bien has dicho antes, necesitamos saber el nombre de su cómplice. Será mejor que te encargues personalmente de averiguarlo. Haz una llamada a nuestros hermanos de allí para que nos amplíen la información.

—¿Y qué hacemos con esa Lilith?

—Déjalo de mi cuenta. Pienso poner en un aprieto a esa bastarda.

El notario se limitó a asentir. No quiso ser indiscreto haciéndole más preguntas.

Después de aquello se despidieron con un nuevo apretón de manos. Sholomo salió del despacho y fue hacia recepción. Le dio las gracias a la joven secretaria por las molestias, a lo cual ella le respondió con una de esas frases de cortesía que te invitan a volver cuando quieras. Cabizbajo y meditabundo, buscó el anonimato saliendo al exterior para mezclarse con quienes deambulaban de arriba abajo por la avenida.

Tras un corto paseo llegó al lugar donde tenía estacionado el coche. Una vez dentro, sacó su ordenador portátil del interior de la guantera. Lo abrió con cuidado, sin dejar de pensar en las palabras del hermano Fidas. Segundos más tarde se conectaba a la red.

Introdujo la web de Corpsson en la ventana de «Abrir», tras lo cual pinchó en «Aceptar». De pronto apareció en pantalla la página donde se anunciaba una empresa dedicada a la seguridad y a la contrata de escoltas, con sede en Sao Paulo, llamada «La ciudad que no puede parar». Seguidamente pinchó en el icono de «Correo». Tenía que remitirle sus quejas a la Agencia.

Ya se encargarían ellos de resolver tan desagradable incidente.

## Capítulo 17

Mercedes entró en su apartamento tras accionar las luces del recibidor. Con gesto perezoso se quitó el abrigo, colgándolo después en la percha que había junto a la puerta. Más tarde fue hacia el salón, abriendo la cremallera del bolso para sacar un cigarrillo de su interior. Lo encendió una vez que tomó asiento en el sofá, y sus finas manos se hicieron después con un cenicero de diseño que encontró sobre la mesa. Sus manos buscaron, de forma instintiva, el mando a distancia por entre los cojines que adornaban la *chaise longue*. Pulsó el interruptor, y el espíritu de la televisión entró en su hogar como en el de millones de espectadores a aquellas horas de la noche; adueñándose de su voluntad de pensamiento.

A pesar del influjo televisivo, que pugnaba por apartarla de sus problemas, Melele no pudo evitar acordarse de Colmenares y los pragmáticos consejos recibidos, nuevamente, aquella misma tarde. El abogado, que estuvo repasando con ella los últimos detalles para la celebración de la subasta del lunes próximo, no cesó en su obligación de advertirle que estaba violando la ley y que podía tener problemas en caso de que alguien más muriese en la investigación que llevaba a cabo de forma clandestina, como podía ser el caso de Leonardo Cárdenas. No prestó atención a sus palabras porque tenía plena confianza en su cómplice, y también en cómo estaba llevando el asunto. Es más, se apostó quinientos euros a que antes de una semana tendría sobre la mesa los nombres de los asesinos de Jorge. Era una corazonada.

Trató de olvidarlo todo viendo un reportaje sobre la prostitución y las bandas de proxenetas que pululaban por la geografía española gracias a la pobreza y la inmigración. Luego, aprovechando la publicidad, fue al cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente de la ducha. Se quitó los pantalones y la blusa, y sin más preámbulos la ropa interior. Con una timidez propia de colegiala, abrió la mampara de cristal para colocarse bajo la lluvia de agua que corría plácida sobre su piel; susceptible al primer contacto.

Frotó su cuerpo, cubierto de espuma, hasta que poco a poco liberó el cansancio y el estrés que, como siempre, le provocaban los preliminares de una subasta. Necesitaba olvidarlo todo, dejar aparcada su vida y entregarse a la rutina de unos días de ocio con la mente perezosa. Estuvo pensando en tomarse unas vacaciones, tal y como le sugiriera Nicolás la tarde del entierro. Iría a París, a visitar a sus hermanos y amigos. Pasaría una semana inolvidable alejada de los problemas que arrastraba últimamente. Era su única salida, y quizá también el modo de escapar a la presencia anónima que en todo momento parecía ir tras ella; como una sombra implacable.

Empapada de agua, salió de la ducha buscando a tientas una toalla con qué secarse. Luego, la enrolló alrededor de la cabeza sujetando con fuerza sus cabellos. Se embutió en el albornoz y, tras colocarse las zapatillas, regresó nuevamente al sofá.



Empezaba a sentirse cómoda.

El programa de la *caja tonta* había finalizado y ahora retransmitían un partido de fútbol desde Budapest. Cambió de canal. Un atractivo presentador entrevistaba a la ex mujer de un conocido torero, ambos relacionados con el mundo del *famoseo* y la prensa rosa. Aquello prometía ser tan aburrido que tal vez, con un poco de suerte, podría ahorrarse esa noche los somníferos. Todo era escucharles cómo vendían su vida por dinero y quedarse dormida. Sucedió siempre.

Para evitar que esto ocurriera, se preparó un *whisky* con hielo, y encendió otro de sus cigarrillos. A continuación se colocó las gafas para ver de cerca y estuvo hojeando una revista de contenido estrictamente femenino. Recetas culinarias, moda, horóscopo, consejos sentimentales, y un sinfín de inútiles apartados, pasaron ante sus ojos sin prestarles demasiada atención. Lo cierto es que estaba cansada y necesitaba dormir.

Apagó el televisor y dejó a un lado la revista. De un solo trago vació el contenido del vaso, llevándolo consigo hasta la cocina para dejarlo en el fregadero. Acto seguido regresó al cuarto de baño en busca de sus pastillas. Se colocó frente al espejo, abriendo la puerta del mueble donde solía guardar los somníferos. Después de echar a un lado la pasta de dientes y la loción desmaquilladora, sacó dos enormes grageas de un tarro de cristal y se las echó a la boca. Sin más dilación, llenó un vaso con agua y bebió un poco, echando la cabeza hacia atrás con ímpetu para tragárselas. Finalizado el ritual de todas las noches, cerró de nuevo el mueble del baño. Entonces descubrió a su espalda, reflejada en el espejo, la figura de una joven vestida toda de negro que la miraba fijamente a los ojos.

—*Guten abend, liebe!*<sup>[2]</sup> —dijo la intrusa con cierta ironía.

No tuvo tiempo de gritar. Unas manos férreas la sujetaron por la boca y el cuello a la vez que sentía el olor penetrante del cloroformo quemándole el paladar y la garganta. Lo último que pensó, antes de desvanecerse, fue que iba a despertar en el infierno.

Su vuelta a la consciencia resultó tan desagradable que casi prefirió estar muerta.

Lo primero que sintió fueron náuseas y vértigo debido a los efectos secundarios del cloroformo, malestar al que hubo de sumarle un incipiente dolor de cabeza que se hacía más pertinaz en las sienas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la realidad descubrió que la habían maniatado a una silla, con las manos por detrás y las piernas muy juntas. Tenía un pañuelo en la boca, ceñido por una banda de tela adhesiva que le ocupaba gran parte del rostro. Apenas podía respirar. Es más, estaba al borde del vómito y temió por su vida en caso de que le sobrevinieran las arcadas, ya que no había sitio por donde expeler el contenido de su estómago y posiblemente acabaría ahogándose al regurgitar.

Trató de dominarse, de poner en orden sus, todavía, erráticos pensamientos y

valorar la situación. Estaba en el dormitorio de invitados de su lujoso apartamento, de cara al ventanal abierto que daba a la Gran Vía madrileña. Hizo un tremendo esfuerzo por mirar a ambos lados con el fin de saber quién era aquella joven que casi la mata de un susto, pero no encontró a nadie en la habitación. Desde donde estaba podía ver las luces de los edificios de enfrente y parte de la amplia avenida. Escuchó el murmullo de la gente y el claxon de los coches que se afanaban por desaparecer de los frecuentes atascos que se iban sucediendo en el centro de la ciudad. Entonces sintió un escalofrío de muerte recorriéndole la espalda: en caso de tortura, nadie escucharía sus desgarradores gritos de socorro.

Se imaginó lo peor, dando por hecho que su asaltante era de uno de los sicarios de Los Hijos de la Viuda. Y si era así, cualquier súplica resultaría inútil. Nada de lo que dijera la salvaría de acabar con la lengua en el retrete. La imaginó *navegando* por las tuberías de desagüe.

Comenzó a forcejear con las cuerdas a fin de liberarse —cualquier cosa antes que permanecer sentada esperando a que vinieran a sacrificarla—, pero lo único que consiguió fue levantarse la piel alrededor de las muñecas. Dejó lo que estaba haciendo cuando, de soslayo, vio entrar a la joven en la habitación. Reprimió su deseo de escapar por miedo a las represalias.

La desconocida se colocó frente a ella, observándola en silencio. Entonces dio un paso hacia delante para quitarle de un violento tirón la cinta adhesiva. Mercedes ahogó un grito de dolor tras el atadizo de pañuelos que obstaculizaba su boca, aunque se sintió mejor cuando su agresora se dignó a tirar de él para que pudiese respirar sin tanta aprensión.

Lilith apoyó el pie izquierdo sobre los finos muslos de la rehén, sacando un cuchillo de monte de debajo de la pernera de sus vaqueros. Lo colocó en el cuello de la directora de Hiperión, la cual jadeaba víctima del nerviosismo.

—Si se te ocurre gritar, o tratas de jugármela, te atravieso la garganta. —No dudó de que hablaba en serio—. Lo único que quiero de ti es información. Después me marcharé y dejaré que sigas con vida... ¿Me has entendido?

Mercedes asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra debido al terror que sentía en ese instante.

—¿Cuántas personas conocen la existencia del manuscrito? —inquirió de nuevo la joven.

Melele lo pensó muy bien antes de contestar. Si le mentía, y luego estaba al tanto de la verdad, la degollaría sin dudarle dos veces. Debía tratarse de una pregunta con trampa. Estaba segura de que sabía lo de los *e-mail*, y que un compañero de trabajo había recibido una copia del criptograma. En caso contrario no estaría allí, en su casa. Sin embargo, era bastante improbable que supiera lo de su conversación con Nicolás.

Decidió arriesgarse en beneficio de este último.

—Solo dos... —contestó, sin miedo a las consecuencias—. Somos yo y uno de mis empleados, amigo de la persona que asesinaste.

Tuvo un acceso de rabia al recordar la trágica muerte de su amante. Lilith apenas le prestó atención al tono soberbio de la respuesta.

—Necesito su nombre, y por supuesto saber dónde vive.

Lilith acercó su rostro al de la directora, hasta que los labios rozaron el lóbulo de su oreja. Aquella situación la excitó tanto que, sin darse cuenta, la mano se le fue hundiendo cada vez más en el cuello de su víctima. Mercedes tuvo que contestar ante la exigencia de su agresora. Demorar la respuesta podía causarle serios problemas.

—Se llama Leonardo Cárdenas... Y vive en un apartamento situado en la calle Conde Romanones... —Tembló al hablar—. No sé concretamente el número del edificio... Ni el del piso. De todas formas, ahora no se encuentra en Madrid.

—¿Dónde está? —preguntó la agresora, tirando hacia atrás con fuerza de sus cabellos con el fin de alzar el mentón. El cuchillo comenzó a rasgar la carne y un hilillo de sangre corrió por la garganta de Mercedes.

La directora sintió que la angustia le oprimía la voz, haciendo que las palabras surgieran de forma aleatoria y oprimida. Estaba tan asustada que apenas podía hablar, pero se esforzó en la virtud de mantener satisfecha a aquella loca. Necesitaba tiempo para pensar, para seguir viva.

—Está en Murcia... —susurró—. Pasará unos días de vacaciones con su familia.

—¡Mientes! —bramó la asesina—. ¡Quiero que me digas la verdad! —exigió furiosa.

Melele no pudo evitar la presión y sintió cómo se le aflojaba el esfínter: empapó de orina la bata y los muslos. Era la primera vez, desde que dejara atrás la niñez, que le ocurría algo parecido.

La confusión de un principio dio paso al terror. Fue entonces cuando comprendió que tenía que ser sincera y contarle lo que sabía referente al manuscrito. De lo contrario, acabaría degollada a manos de una histérica cuyo interés parecía centrarse en su empleado. A lo mejor, pensó, si le inculpaba más de la cuenta se olvidaría de ella, e iría tras los pasos del bibliotecario. De ser así, aún tenía una posibilidad de salir con vida de aquel infierno.

—¡Escucha! Yo no sé nada de lo que esos dos se llevaban entre manos —mintió deliberadamente, impulsada por el miedo—. Jorge y él estudiaban un códice medieval encriptado que compraron en Toledo, pero nunca me dijeron de qué se trataba. Leo está en Murcia, buscando no sé qué libro por los alrededores de la catedral. ¡Es lo único que sé, lo juro!

Entonces comenzó a llorar, presa de la tensión a la que estaba siendo sometida.

—¿Y qué tiene de especial ese libro?

Lilith dejó de presionarla. Cambió de táctica al ver que estaba dispuesta a

colaborar. Necesitaba transmitirle confianza si quería obtener de ella algo más de información.

—Según me contaron, explicaba cómo viajar hasta un país remoto donde tendrían que buscar unas columnas... —Una vez que Lilith apartó el cuchillo que rasgaba su garganta, pudo respirar con tranquilidad y decirle lo que quería oír—. Allí, en algún tipo de gruta o subterráneo, Los Hijos de la Viuda ocultan un gran secreto... Debe de ser el modo de establecer contacto directo con Dios... —Parpadeó nerviosa—. Les dije que estaban locos, pero no me hicieron caso.

—Y ese tal Leonardo... —Pronunció el nombre con marcado desdén, pero no acabó la frase—. Dime... ¿Cuenta con la ayuda de alguna otra persona?

—En absoluto —se apresuró a desmentir la propietaria del apartamento—. Solo nosotros tres estábamos enterados de lo que se decía en el manuscrito. Y Jorge está muerto. —¿Sabes dónde se hospeda en Murcia?

—No me lo dijo, pero tengo un número de teléfono. Me lo dio por si tenía que ponerme en contacto con él. Creo que es de un amigo suyo, alguien que vive en un pueblo de los alrededores.

—Dime dónde lo tienes.

—En mi bolso —contestó sin vacilar.

Lilith fue en su busca. Una vez que lo tuvo en sus manos, vació el contenido sobre la cama. Aparte de algunas monedas, y varios recibos del cajero automático, encontró una tarjeta de Hiperión en cuyo dorso había escrito un número telefónico, y el nombre de Leonardo Cárdenas debajo. Era todo cuanto necesitaba saber.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Mercedes, ansiosa, esperando así que se fuera de una vez y la dejara en paz.

—Sí, aquí está.

Se lo mostró para que pudiera confirmar que se trataba del mismo.

—Eso es... ¡Ahora puedes marcharte! —la alentó a que abandonara el piso—. Ya tienes lo que has venido a buscar.

Pero la asesina volvió a ponerle el cuchillo bajo la barbilla. Su sonrisa era todo un canto a la crueldad. Se estaba divirtiendo como pocas veces lo había hecho a lo largo de su letal carrera. Aquella estúpida no sabía aún con quién estaba hablando. Pensó que era hora de darle las gracias por la información y, de paso, hacer su trabajo. Era el momento de acallar las voces.

Sin darle tiempo a reaccionar, tiró hacia arriba del mango hasta que la hoja del cuchillo penetró en el interior de la boca de su víctima por debajo de la barbilla. Mercedes, con los ojos desorbitados por la sorpresa, convulsionó violentamente su cuerpo en un acto reflejo que se prolongó durante varios segundos. La sangre fluyó a borbotones por su cuello y su boca, corriéndole libre por la garganta. Trató de respirar, pero lo único que salió por sus labios fue un agonizante gorjeo que indicaba

claramente la falta de aire. Entonces, y para aliviar su angustia, Lilith rasgó la base inferior de la boca con el fin de poder sacarle la lengua. Las pupilas de la horrorizada víctima se dilataron en un denodado gesto de dolor al tiempo que sus músculos cedían irremediabilmente a la flaccidez de la muerte.

## Capítulo 18

Esperaron a que terminara el oficio del mediodía para entrar en la catedral.

Claudia, vestida de forma discreta pero elegante, se separó de los hombres para dirigirse a la oficina de la diócesis, situada en el transepto izquierdo de la catedral, junto a la puerta llamada del Obispo. Tras un mostrador de madera, de pie, vio a un individuo que revisaba con cierto interés un atadajo de papeles. A su espalda, su compañero de trabajo se entretenía ordenando varias fichas frente a un vetusto archivador de color verde.

Aprovechó su presencia allí para acercarse.

—Buenos días... —Sonrió con timidez—. Desearía echarle un vistazo a los precios de las visitas concertadas.

El hombre, sin prestarle atención, le extendió un folleto informativo para que lo fuera leyendo. Luego, arrepentido por lo que acababa de hacer, levantó la cabeza para mirar el rostro de la joven. Era atractiva, bastante más que su trabajo.

Decidió hacer un inciso y dejar para otro momento el soporífero inventario.

—¿De cuántas personas estaríamos hablando, y para qué día? —preguntó. Trataba de ayudarla, implicándose personalmente.

—En realidad, sería yo sola —contestó Claudia—. En cuanto a la fecha... Si pudiera ser ahora mismo... —Volvió a sonreír—. Verá, es que necesito hacer un reportaje sobre las catacumbas de las catedrales españolas. Vengo desde Madrid con la intención de ampliar conocimientos. Espero que puedan ayudarme... —Se mordió el labio inferior de forma desesperada, pero sensual—. Lo cierto es que estaría dispuesta a pagar lo que fuese.

—No se preocupe, yo mismo me encargaré de todo. Dispongo de media hora antes de que cerremos las puertas. Y ahora, si me disculpa, estoy con usted en un momento.

El empleado adoptó la pose de hombre importante, diciéndole a su compañero con voz autoritaria lo que debía hacer con el inventario antes de salir del despacho. Luego, fue al encuentro de la joven llevando consigo un cartapacio de color negro bajo el brazo. Claudia desvió su mirada buscando a Leonardo. Lo encontró junto a su tío, paseando alrededor del altar mayor, para ver si allí distinguía alguna puerta de acceso directo a las catacumbas.

—¿Es la primera vez que viene a Murcia?

La pregunta del funcionario la pilló desprevenida.

—¿Qué...? —contestó distraída, pero se rehízo pronto—. ¡Oh, sí! No he tenido el placer de visitar la región hasta ahora. Y la verdad, es una lástima. Murcia es una ciudad preciosa.

—Me llamo Andrés Orengo, y soy el canónigo archivero de la Santa Iglesia

Catedral de Murcia.

Se presentó, esperando haberla impresionado con su cargo.

—Yo soy Laura —mintió con naturalidad—, y trabajo como documentalista para Tele Madrid.

Le extendió la mano.

—Encantado —dijo él tras estrechársela.

A continuación le hizo un gesto, indicándole un banco de madera que había adosado a la pared de las oficinas. Fueron hacia él, tomando asiento uno al lado del otro.

—Vamos a ver... —comenzó diciendo el canónigo—. ¿Cuál es, concretamente, el concepto que desea transmitir?

—La catacumbas como alegoría del infierno —respondió Claudia, improvisando—. Se trata de ahondar en el pensamiento pagano de que tanto la vida como la muerte están supeditadas al pecado, representado en este caso por la fría oscuridad de la tumba.

El hombre trató de hacerse una idea, aunque lo cierto era que su atención seguía fija en los encantos de Claudia. Lo único que le importaba, con aquellas miradas furtivas, eran las líneas que se marcaban bajo su blusa y sus pantalones ajustados.

—Muy interesante... —dijo al fin—. Estoy seguro de que resultará instructivo. Personalmente, creo que todo lo que sea en beneficio de la cultura alimenta en cierto modo nuestro nivel intelectual. Lástima que no se patrocinen más ese tipo de documentales, a los que soy tan aficionado.

Le sonrió con exagerada amabilidad. A Claudia ya comenzaba a darle asco la pedantería de aquel tipo.

—Entonces... ¿Le importaría enseñarme las catacumbas?

Fue directa, sin preámbulos. Había que forzar la situación al límite.

—Aquí no hay catacumbas, señorita —le confesó después de todo, con desilusión—. Pero sí un osario cuyas puertas fueron clausuradas hace un par de siglos. Si quiere, puedo buscar información en los archivos.

—¿No existe ningún subterráneo bajo la catedral? —insistió de nuevo.

—Ninguno, que yo sepa.

—Entonces... ¿Qué hay bajo los barrotes de hierro, en el suelo que rodea la capilla de los Vélez?

Andrés trató de situarse, pensando un instante la pregunta.

—Sinceramente, no lo sé... —respondió abrumado—. Tal vez forme parte de las alcantarillas de la ciudad. Tendré que averiguarlo, aunque solo sea para poder contestar la próxima vez que me pregunten.

—¿En los archivos no se menciona nada al respecto?

—Lo único que sabemos es que se derribaron dos de las antiguas capillas para

levantar la de los Vélez. Si alguna vez hubo catacumbas allá abajo, debieron quedar condenadas tras las obras de construcción. De ser así, se trataría del mausoleo de algún noble de la época.

—Comprendo... Supongo que conocerá todos los rincones de la catedral, y que si existe alguna puerta que no sepa dónde conduce lo diría... —Utilizó su último cartucho—. Lamento haberle hecho perder su tiempo. Creo que esta es toda la información que voy a obtener de mi viaje.

Claudia se puso en pie. El funcionario no tuvo más remedio que imitarla.

—Lo siento de veras. Sin embargo, ha sido un placer ayudar en lo posible. ¡Ah! En cuanto a los honorarios, olvídelo. Al fin y al cabo no me ha supuesto ningún esfuerzo.

—Muchísimas gracias por todo —le estrechó la mano, y la sintió ahora sudorosa al tacto. Reprimió su asco con una mueca que él no supo cómo interpretar.

—Vuelva cuando quiera... Tal vez la próxima vez esté mejor informado.

Algo menos orgulloso que antes, el canónigo archivero regresó a su monótono trabajo, sumergiéndose en un mar de papeles sin clasificar.

Claudia tuvo que reconocer su fracaso.

Había que comenzar de nuevo.

—¿Qué has averiguado?

El primero en acercarse fue su tío Salvador, llevado por la curiosidad. Leonardo seguía admirando el retablo neogótico y la espléndida reja ejecutada por Antón de Viveros, ajeno a la llegada de su compañera.

—No hay catacumbas ni subterráneos, tan solo un osario cerrado desde hace siglos —contestó ella con signos de derrota—. Sin embargo, me ha dicho que dos capillas fueron derribadas antes de iniciar las obras del Adelantado. Es posible que la capilla de los Vélez esté construida sobre la cripta de algún noble contribuyente, quizá condenada por los propios canteros.

Leonardo dejó lo que estaba haciendo y se unió a ellos, justo a tiempo de escuchar sus últimas palabras.

—Eso quiere decir que existe la posibilidad de encontrar el diario en la cripta —puntualizó en cuanto llegó a su altura—. Puesto que Iacobus fue uno de los obreros contratados, pudo esconderlo al inicio de las obras.

—Pero... ¿por qué ahí, precisamente? —quiso saber el arquitecto.

—Tal vez para preservarlo durante años —apuntó Claudia. Arqueó una ceja.

Riera volvió a considerar sus sospechas, preguntándose qué habrían de encontrarse después de cinco siglos de espera.

—¿Habéis pensado, solo por un instante, en el estado en que estará el papel tras pasar unos quinientos años en una cripta? —Los miró a ambos fijamente, con la esperanza de que comprendieran lo que quería decir.



—Depende de la temperatura a la que haya sido expuesto, y a la humedad del ambiente... —Leonardo Cárdenas, como experto bibliófilo que era, conocía bien los entresijos de la conservación de los libros antiguos—. Si lo guardaron en un lugar precintado, digamos una caja de madera o metal, tal vez se hayan retrasado los efectos de los agentes corrosivos que actúan sobre el papel.

—No lo sabremos hasta que no hayamos bajado a comprobarlo.

Las palabras de Salvador no dejaban de ser una incitación a la aventura.

—¿Podemos hacerlo? —La pregunta de Claudia iba dirigida a su compañero. Quería estar segura de que seguirían hasta el final, sin valorar las consecuencias de sus actos.

—En teoría, sí —contestó Leonardo con voz queda—. Solo hay que llevarlo a la práctica.

—¿Tienes un plan?

—Deberíamos salir fuera —les propuso Claudia—. Lo primero que hay que hacer es estudiar nuevamente el acceso al alcantarillado, si es que se trata de eso, y ver el modo de introducirnos sin que nos descubran.

Su tío estuvo de acuerdo, aun a sabiendas de que iban a cometer una locura.

Minutos después, se enfrentaban de nuevo a los sillares firmados con las iniciales del cantero. A su izquierda, a un par de metros de distancia, distinguieron el abismo que se precipitaba en su propio misterio velado por los barrotes. Se agacharon para observar a través del enrejado.

—¿Tienes ahí las fotografías? —preguntó Claudia.

Leonardo extrajo del bolsillo de su chaqueta un sobre de color amarillo donde guardaba las instantáneas. Se las entregó a su compañera, quien las sacó para echarles un vistazo. En ellas podían verse claramente los contrafuertes que se fundían con las tinieblas del abismo, y también las iniciales del picapedrero esculpidas en los sillares más elevados.

—Está claro que Iacobus nos indica el camino. Sus iniciales están en la piedra. — Claudia señaló las marcas que podían verse en la fotografía.

Leonardo miró a su alrededor. Eran el foco de atención de quienes paseaban por la plaza de los Apóstoles. A todos les extrañaba ver a tres individuos agachados mirando a través de las rejas de una alcantarilla adosada a la catedral.

—Será mejor que nos retiremos —Leonardo se puso en pie—, o pensarán que estamos locos.

Claudia asintió, dándole la razón. Ella y su tío recobraron su posición, procurando disimular el afán que los dominaba.

—¿Habéis pensado cómo vamos a bajar? —quiso saber la joven.

—El único obstáculo que presenta dificultad es el enrejado —respondió Riera—. Superado el inconveniente, nos será fácil descender con cuerdas y mosquetones. No

dispondremos de mucho tiempo, pues siempre hay quien podría descubrir nuestra presencia y alertar a la policía. Daos cuenta de que estamos en el centro de la ciudad.

—Será mejor que regresemos a tu casa. Hay que elaborar una estrategia que nos permita entrar y salir con rapidez... ¡Y hay que hacerlo ya! —propuso Claudia. Después se colocó las gafas de sol, ensanchando sus labios en un rictus afable y cordial. Miró a su compañero y le indicó—: Esta tarde tienes que llevarme al aeropuerto, Leo, y quisiera estar al tanto de lo que vamos a hacer antes de regresar a Madrid.

—Estoy de acuerdo —reafirmó el aludido—. Después de comer confeccionaremos una lista con los materiales que vamos a necesitar. Mañana, mientras tú acudes a la subasta, nosotros nos encargaremos de aprovisionarnos. Si regresas el martes, estaremos listos para actuar esa misma noche.

Salvador Riera fue de la misma opinión, por lo que volvieron a sortear los diversos andamios que sostenían los trabajos de obra, hasta dejar atrás aquel laberinto de tubos metálicos.

Cuando finalmente alcanzaron la plaza del Cardenal Belluga, el móvil de Leonardo comenzó a vibrar en la funda sujeta a su cinturón. Le extrañó bastante que lo llamaran, pues eran muy pocos quienes conocían su número de teléfono. En el visor pudo reconocer los dígitos y la extensión. Pertenecían al despacho de Mercedes. Lo llamaban desde la casa de subastas Hiperión.

Sin perder más tiempo, pulsó el botón de color verde. Entonces oyó la voz de Nicolás Colmenares, y eso le sorprendió aún más. Escuchó lo que tenía que decirle sin proferir palabra alguna que no fueran monosílabos. Segundos después, cortaba la comunicación. Su rostro palideció, y su mirada llegó a perderse entre la muchedumbre que caminaba bajo el vuelo de las palomas.

—¿Quién es? ¿Qué te ha dicho? —preguntó Claudia, con la sospecha de una tragedia en ciernes.

—Era Colmenares —contestó con voz hueca, tras unos segundos de vacilación—. Mercedes ha muerto.

—¡Dios mío, eso es horrible! —exclamó la joven, refugiándose en los brazos de su tío.

—La han asesinado del mismo modo que a Jorge —continuó diciendo Leonardo, anonadado aún por la noticia—. Han sido Los Hijos de la Viuda. Y según creo, ahora es mi turno...

## Capítulo 19

Sentado en uno de los bancos del Retiro, frente al Palacio de Cristal, el abogado ocupaba su tiempo observando a los patos que nadaban en el estanque. Su único propósito era mantener la mente ocupada y olvidar por unos segundos la trágica muerte de Mercedes. Encontrar una respuesta válida entre tantas interrogantes sin sentido, no iba a ser tarea fácil. Resultaba violento concebir un desastre de esas dimensiones. Dos asesinatos en una semana. Dos personas, que compaginaban trabajo y placer, a quienes les habían privado del derecho a la vida por culpa de un maldito criptograma cuyo mensaje seguía siendo un misterio. Y hasta donde él sabía, un tercer personaje podía estar en el punto de mira de los criminales.

Se trataba de Leonardo Cárdenas.

Cuando habló con él por teléfono, minutos antes, advirtió cierto temor escondido tras las indeterminadas afirmaciones que le ofrecía como respuesta, mientras él le iba explicando los pormenores del horrendo crimen. Lo sabía en Murcia, donde se había trasladado con el fin de buscar el diario del cantero. Su intención, según Mercedes, era descubrir nuevas pistas que los condujeran a Los Hijos de la Viuda. Después de lo ocurrido era prioritario seguir con la investigación, también buscar un escondite seguro para Leonardo; un piso franco alejado de Madrid. Iba a necesitar ayuda si quería llegar al fondo del asunto antes de que lo encontraran los asesinos de Mercedes. A ella le hubiese gustado echarle una mano. Ahora que no estaba, él se encargaría de protegerlo.

Ese era el motivo por el cual aguardaba la llegada de la persona que trataría de solucionar todos sus problemas.

Miró el reloj. Eran las cinco de la tarde. Un hombre con chándal gris cruzó el parque haciendo *footing*. Al otro lado del lago artificial, medio oculta por el follaje de unos árboles, distinguió a una joven hablando a través de un móvil. También vio a unos niños jugando con barcos de papel haciéndolos navegar sobre las turbias aguas del estanque.

Entonces, cuando ya comenzaba a impacientarse, apareció inesperadamente.

Cristina Hiepes llegaba tarde a su cita. A pesar de todo, tuvo que admitir que valía la pena esperar; pues, aunque austera y solemne, sus otros atributos prevalecían por encima del rigor de su carácter. Según su criterio, ávido de calificativos costumbristas, era una mujer de bandera.

—Buenas tardes, Nicolás —le dio dos besos en las mejillas, sin dignarse siquiera a pedir disculpas por el retraso—. Espero que no te haya supuesto un inconveniente haber venido hasta aquí, pero como ya sabes tengo un trabajo que realizar. Y tu ayuda va a ser necesaria.

—Me hago cargo, querida... —Le hizo un gesto para que se sentara a su lado—.

Supongo que después de lo ocurrido tomaréis medidas para evitar que esto vuelva a suceder.

—Descuida —le dijo con gravedad—, a partir de ahora seré yo quien tome las decisiones. Lo primero, será contactar con Leo y convencerlo para que me incluya en su investigación... ¿Podrás hacerlo?

—Creo que sí —respondió—. Su labor está financiada con el dinero de la interfecta, el cual administro hasta la lectura del testamento. No tiene más remedio que cooperar.

—Aunque hemos de ser prudentes —sentenció Cristina—. Bajo ningún concepto debe saber para quién trabajo.

El abogado estuvo de acuerdo. Lo mejor sería seguir igual que hasta ahora.

—Hace poco le he telefoneado para decirle lo de Mercedes. No sé cómo se lo habrá tomado. Ha sido muy inexpresivo, a mi parecer.

—¿Cómo estarías tú si supieras que dos de tus compañeros han muerto cuando los tres compartáis un mismo secreto?

La pregunta de Cristina le hizo reflexionar.

—Estaría acojonado —respondió con una sinceridad de lo más campechana—. Así debe sentirse Leo en este momento.

—¿Cómo le vamos a convencer para que te deje participar en la investigación, al margen de la presión económica? —quiso saber Colmenares.

—Mis conocimientos le serán de gran ayuda. Estoy segura de que sabrá valorar mi presencia.

Nicolás tuvo que admitir la importancia de aquella espléndida mujer, altamente cualificada, para desempeñar la labor que le habían impuesto sus superiores.

Se apostó la vida a que Leo estaría en buenas manos.

En aquel mismo instante, a varios miles de kilómetros de distancia, Altar se bajó del taxi que le había dejado en el aeropuerto tras abonar el importe exacto del viaje. Luego se dirigió hacia la terminal con el fin de presentar el billete de embarque a tiempo, ya que apenas quedaban un par de minutos para que cerrasen las ventanillas. Una azafata lo atendió en el despacho de la Montreal Air Line, momentos después de darle sus billetes a una joven pareja que había decidido pasar su luna de miel en Europa.

Fueron los últimos en subir al avión.

Minutos más tarde, mientras sobrevolaban la costa este de Canadá y se adentraban en el Atlántico, Altar le pidió a su compañero de viaje que hiciese el favor de prestarle el periódico, si ya lo había leído. En un acto de amabilidad se lo cedió, no sin antes iniciar una cívica conversación para romper el hielo y evitar la embarazosa postura de seguir en silencio durante todo el trayecto.

—¿Viaja a España con frecuencia? —le preguntó en un francés bastante perfecto,

a pesar de su acento latinoamericano.

—Es la primera vez —reconoció con franqueza.

—Yo hace años estuve en Barcelona, cuando las Olimpiadas del 92... —rememoró con añoranza el pasado—. Entonces trabajaba para una empresa de mi país, la Iztlán Iron Company... Por aquel tiempo nos encargábamos de solucionar las deficiencias técnicas que se le podía presentar al equipo olímpico oficial de México. Ya sabe, solía arreglar las pifias de los demás empleados de mantenimiento.

Altar asintió en silencio, sonriendo por cortesía. No tenía intención de darle pie para seguir hablando frases estúpidas. Pero su compañero de viaje no era de la misma opinión.

—¿Y usted? ¿Cuál es su trabajo en España? —inquirió el hispano, ante la manifiesta timidez de su acompañante.

Se coló un embarazoso silencio.

—Mi labor es idéntica a la que usted realizó en Barcelona hace años —contestó al fin—. Podemos decir que soy el hombre de confianza de la empresa, el especialista que soluciona los problemas que crean los demás. Un trabajo de lo más satisfactorio, ¿no cree?

El sujeto le dio la razón sin plantearse en ningún momento llevarle la contraria, pues el tono de voz del canadiense hizo que la curiosidad de un principio se viese menoscabada a causa de una incipiente sospecha: se estaba burlando de él.

Pero lo que no llegó a saber nunca es que tras el cinismo de aquel hombre de sonrisa torva y mirada inexorable, se escondía la verdad más terrible.

## Capítulo 20

Nada más llegar a casa de Riera, decidieron hablar de lo ocurrido reuniéndose en el salón. Claudia se quitó los zapatos para estar más cómoda; mientras, los hombres fueron a preparar café y a buscar entre los estantes de la cocina una botella de brandy.

Una vez que la cafetera estuvo lista, Salvador fue hacia el sofá con la bandeja y las tazas para sentarse al lado de su sobrina. Leonardo lo hizo en un amplio sillón tapizado con motivos florales, propio del siglo XVIII. Los tres se miraron en silencio, sin saber qué decir.

—Creo que anularé mi vuelo. Está claro que no va a haber subasta.

Claudia se levantó para ir en busca de su bolso, donde guardaba el teléfono móvil. Instantes después la escucharon hablar desde el otro lado de la sala.

—He de reconocer que jamás llegué a sopesar la gravedad de vuestro problema.

—Salvador adquirió conciencia del peligro que corrían.

Leonardo quiso decirle que no estaban en Murcia por capricho, que aquello no era una excursión ni una aventura pasajera, pero las palabras estaban sujetas al pensamiento y le fue imposible activar la maquinaria de la voz. Estaba tan asustado, que lo único sensato que podía hacer era buscar el modo de seguir vivo.

—¿Qué ocurrirá ahora? —interrogó el arquitecto ante el silencio de su invitado.

—No lo sé, pero hemos de continuar con nuestro plan —contestó, y acto seguido se bebió el brandy de un solo trago.

—Antes quiero saber quiénes conocen tu paradero. A partir de ahora no podemos confiar en nadie, y menos todavía en tus compañeros de trabajo.

En un principio Leonardo se sintió molesto por el tono autoritario de sus palabras, algo que no soportaba en las personas fuera de su ámbito laboral. Sin embargo, reconoció que tan importante era conseguir el diario de Iacobus como mantenerse apartado de la vida social que llevaba hasta ahora. Cualquier amigo, o gente de su entorno, podía ser el vehículo que utilizasen los asesinos con el fin de llegar hasta él. Era mejor permanecer en el anonimato hasta que todo finalizara.

—Mercedes sabía que estaba en Murcia —respondió antes de que le repitiera la pregunta—. También lo sabe Colmenares, el abogado de la firma. El fue quien llamó este mediodía para darme la noticia.

—¿Qué saben de Claudia? —Salvador buscó con la mirada a su sobrina.

La joven seguía hablando por teléfono, observando el jardín a través de los ventanales; ajena a la conversación.

—Nada —contestó rápido Leonardo—. Nuestros amigos deben suponerla en Madrid, como el resto de los empleados.

—¡Bien! Eso quiere decir que nadie sabe que estáis en mi casa.

—Depende...

Aquella contestación no era la que esperaba Salvador. Es más, no le gustó en absoluto el modo en que su interlocutor lo dijo.

—Explícate —apremió con ceño.

—Le di tu número de teléfono a Mercedes después de que Claudia me lo facilitara, por si teníamos algún problema con los móviles. Vi cómo lo apuntaba en el dorso de una de sus tarjetas.

—¿Es posible que la hayan localizado?

—Tal vez la policía, en caso de que registraran su bolso.

Riera chasqueó la lengua en un gesto de frustración. Parecía preocupado. Leonardo intentó restarle importancia.

—Le comenté que eras un amigo de la infancia —le dijo para que se sintiera más tranquilo.

En aquel instante regresó Claudia, cerrando el teléfono móvil para guardarlo en el bolsillo de su pantalón.

—He hablado con Verónica, la secretaria de dirección... —Se dirigió a Leo—. Han cerrado la casa de subastas hasta nueva orden. La policía ha hablado con todos los empleados. Pero lo más extraño es que no han preguntado por nosotros.

—Hasta que no accedan a los archivos de la empresa no sabrán que trabajábamos para Mercedes —le recordó—. Tarde o temprano reclamarán nuestra presencia. Y será entonces cuando tendremos que contarles la verdad.

—Antes habréis de entregarles pruebas que avalen vuestra inocencia —añadió el arquitecto—. Nadie va a creeros si le vais con la historia de una secta criminal dirigida por masones.

—Eso es cierto —afirmó Claudia—. Nuestro único objetivo, ahora mismo, es encontrar el diario de Iacobus. Y para ello, hemos de organizarnos de tal modo que podamos descender por el alcantarillado y regresar con el manuscrito.

A partir de entonces, se centraron en la difícil tarea de buscar el modo de introducirse en la cámara condenada que debía haber bajo la capilla de los Vélez. Confeccionaron una lista con los materiales que iban a necesitar, entre los que se encontraban cuerdas, mosquetones y linternas. Claudia propuso que uno de los tres se quedase arriba, vigilando; más que nada por si tenían algún accidente, o quedaban atrapados y no había modo de contactar con nadie. Pensó que su tío les sería de más ayuda en el exterior debido a su edad, inconveniente que podía ponerlos en un aprieto en el descenso. Y aunque el arquitecto se negó en un principio por orgullo, más tarde comprendió que arriesgarse no los beneficiaba en nada. Aceptó el plan de su sobrina refunfuñando entre dientes.

Finalmente, tras examinar a fondo las consecuencias de su aventura, fijaron el día y la hora en que habrían de comenzar la búsqueda. Sería la madrugada del martes, a eso de las cuatro; la hora crítica entre lo más rezagados de la noche y quienes

gustaban de levantarse temprano.

Tras reafirmarse en su decisión de participar de aquella locura, el grupo de tres se vio inmerso en una catarsis colectiva de silencio; hasta que el arquitecto rompió el hechizo.

—¿Queréis saber de dónde proviene el nombre de Los Hijos de la Viuda?

La pregunta de Salvador hizo que sus invitados se revolvieran en sus asientos. Lo último que esperaban oír del arquitecto, era una interrogante de esas características.

—Nos estás vacilando, ¿verdad?

Claudia dio por sentado que su tío tenía ganas de gastarles una broma.

—Creo que habla en serio —apostó Leonardo, observando el gesto de Riera mientras trataba de averiguar a qué venía tanta reticencia si lo sabía desde un principio.

—¡Jakím y Boaz! Las columnas que flanqueaban la entrada al Templo de Salomón. Es lo único que tenéis hasta ahora —comenzó diciendo Salvador, con mirada circunspecta—. Es cierto que sus nombres se mencionan en el *Libro de los Reyes*, pero olvidasteis leer el resto de los versículos, que en cierto modo es lo más importante: la historia de Hiram de Tiro, el arquitecto que proyectó y ejecutó las obras del templo. Él fue quien forjó las columnas y les dio nombre.

—¿Y qué tiene que ver con Los Hijos de la Viuda? —preguntó Cárdenas.

—Existe cierto vínculo entre Hiram Abif y los masones. Es más, para estos últimos el arquitecto es el paradigma del conocimiento geométrico —contestó—. Hiram Abif nació en Tiro. Era un hombre oscuro y misterioso, un misántropo que dominaba la ciencia de los metales y la construcción gracias a los secretos aprendidos por sus antepasados, quienes participaron de la construcción de las pirámides de los antiguos reyes de Egipto. Salomón, tras conseguir que acudiera a Jerusalén, le encargó la edificación del Templo y la tarea de fundir las enormes columnas del atrio de entrada, así como los demás objetos de decoración, el Mar de Bronce, los candelabros y las basas. Hiram llevó a cabo las obras con la ayuda del gremio de constructores que él mismo se encargó de instruir. Llegó a contar con más de 3300 maestros de obras, 30.000 obreros especializados, 70.000 cargadores y 80.000 canteros, los cuales extraían las piedras y las transportaban desde las montañas.

»Por aquel entonces, Salomón recibió la inesperada visita de Balkis, la reina de Saba, quien atraída por la creciente fama y sabiduría del Monarca judío se allegó hasta Israel con el fin de conocerlo. Salomón, nada más verla, se enamoró perdidamente de aquella mujer, y no solo por su exquisita belleza sino también por su ilimitado conocimiento. Balkis pudo haberle correspondido, pero su condición de reina le impedía verse relegada a simple concubina. Debido a su rango, tan solo podía ser la esposa de un igual: un rey, o un príncipe. Pero Salomón estaba desposado con la hija del faraón. Repudiarla significaba entrar en guerra con Egipto, por lo que el



deseo del israelita se vio reducido a un sueño imposible de realizar.

»Así estaban las cosas cuando Hiram conoció a la reina de Saba. Entre ambos nació el amor de forma espontánea, y comenzaron a verse a espaldas de Salomón. Al poco tiempo, Balkis quedó embarazada del arquitecto. Mientras tanto los levitas, atemorizados ante la influencia extranjera de los gremios de constructores al servicio de Hiram, y de su progresivo desarrollo dentro del país, comenzaron a predisponer al Rey en contra de su protegido.

»Llevado por los celos, Salomón consintió que los levitas contrataran los servicios de tres obreros que estaban descontentos con Hiram por no haberlos elevado a la categoría de maestros constructores. Dichos individuos forjaron un plan para acabar con la vida del tirio. Y una noche, en la que Hiram hacía guardia por los alrededores de las obras, cayeron sobre él golpeándole hasta matarlo. Pero antes de morir, Hiram pudo arrancar de su cuello la cadena con el triángulo de oro donde llevaba inscrito el auténtico nombre de Dios, arrojándolo a un foso para que no cayera en manos de sus agresores. Las armas que utilizaron para asesinarlo fueron un compás, una escuadra y un martillo, lo que ahora es el símbolo de la orden masónica. En cuanto al triángulo de oro, se dice que está enterrado junto a los planos del Templo en los cimientos de la bóveda subterránea, construida sobre unos puentes tan elevados que no les afectarían las aguas en caso de un nuevo Diluvio.

—¿Y qué fue de la reina de Saba y su hijo? —quiso saber Claudia, aún hechizada por la historia.

—Regresaron a su reino, y nunca más se volvió a saber de ellos... Hasta ahora.

—¿Hasta ahora? —repitió Leonardo, que seguía sin comprender.

—Sí —contestó el narrador—, hasta que vosotros vinisteis preguntando por Los Hijos de la Viuda. Para que lo entendáis: al hijo de Hiram y su descendencia, se los llamó Los Hijos de la Viuda. Con este apelativo se conoce en el mundo esotérico a los constructores de catedrales y a los miembros de la logia masónica.

—¿Y por qué esa denominación? —insistió de nuevo Leonardo.

—Te será más fácil comprenderlo si lees los versículos 13 y 14 del capítulo 7 del primer *Libro de los Reyes*.

Claudia y Leonardo intercambiaron sus miradas. No hacía ni dos días que habían estado consultando la *Biblia*, precisamente el capítulo 7 del primer *Libro de los Reyes*. Sin embargo, no recordaban haber leído nada respecto a Hiram de Tiro. Y así se lo hicieron saber a Riera.

—Os faltó leer los dos versículos previos a la fundición de las columnas de bronce —afirmó el arquitecto. Le hizo gracia la falta de atención de aquellos dos—. ¡Anda! Acércame la *Biblia* y os lo enseñaré.

Sus palabras iban dirigidas a Claudia, la cual se levantó del sofá y fue hacia los estantes de obra que formaban un solo cuerpo con las paredes de roca.

—La encontrarás en la repisa de al lado, junto a los volúmenes de la historia de España. —Riera trató de orientar a su sobrina.

Claudia asintió después de desviar su mirada hacia la izquierda. Dio con él al instante. Era un libro grueso, con las tapas de color granate. Tiró del texto hasta tenerlo en sus manos. Luego regresó a su asiento y comenzó a buscar entre sus páginas. Leonardo se le acercó llevado por la curiosidad.

—¡Vamos, léelo para que lo oigamos todos! —la animó Salvador—. Quiero ver la cara que ponéis cuando os deis cuenta de lo cerca que habéis estado de la verdad.

La joven consiguió encontrar los versículos a los que hacía referencia su tío. Y entonces, reprochándose el no haber leído la historia al completo, dijo en voz alta:

—«El rey Salomón envió a buscar a Hiram de Tiro, quien era hijo de una viuda de la tribu de Neftalí...».

Regresar de nuevo a Murcia le produjo un efecto de continuidad que alteró su metódico sentido del trabajo. Lo mismo le ocurrió cuando tuvo que volver a Madrid. Era la primera vez que incumplía el precepto de abandonar cuanto antes el país donde llevaba a cabo una misión, tras haberla ejecutado; algo que no dejaba de ser un acto de imprudencia. Pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Aunque, por precaución, decidió alejarse del centro y buscar alojamiento en Espinardo, una pedanía cercana a la capital que era sede de la Universidad de Murcia. Debido a su edad, pasaría desapercibida entre tanto estudiante.

En un bar del pueblo, donde se detuvo un instante a desayunar, encontró un anuncio pegado al cristal de la puerta de entrada en el que se buscaba tercera estudiante para compartir piso. En la octavilla vio un número de teléfono y debajo un nombre: «Mónica». Lo guardó mientras se dirigía a la barra para pedir un café y un zumo de naranja. Más tarde tomó asiento en una de las mesas.

Lilith era una joven de una agilidad mental increíble, capaz de improvisar en las situaciones más críticas. Su cerebro ideó en cuestión de segundos una historia creíble que le permitiría mimetizarse con el conjunto. Decidió hacerse pasar por una joven estudiante que acababa de aterrizar en Murcia, después de que le validaran los tres primeros años de carrera cursados en la Complutense de Madrid, por aquello de que ya conocía la ciudad. Una cosa era matricularse y asistir a las clases, algo que no tenía pensado hacer, y otra compartir piso con unas jóvenes a las que sería fácil ocultarles su identidad.

Finalizado el desayuno sacó el móvil de su bolso. Marcó el número con decisión, y al poco tiempo oyó una voz femenina a través del auricular.

—¿Quién es?

—Hola, me llamo Lilith... Llamaba por lo del anuncio del piso —respondió, tratando de dulcificar la entonación de su voz para crear un clima distendido que inspirase confianza—. ¡Por favor, dime que he tenido suerte y la oferta sigue en pie!

—Si puedes pagar doscientos cuarenta euros por mes, la habitación es tuya —le dijo aquella voz—. En realidad, eres la primera en llamar. Pero antes, a mi amiga y a mí nos gustaría conocerte... ¿Hay algún inconveniente?

—En absoluto. Cuando digáis, quedamos.

—¿Te parece bien esta tarde a la cuatro?

—Perfecto. ¿Dónde nos vemos?

—En la puerta del Zig-Zag. Supongo que sabrás encontrarlo, lo digo porque me parece distinguir cierto acento extranjero en el tono de tu voz.

—Sí, la verdad es que he pasado gran parte de mi vida en Alemania, aunque mis padres son españoles —mintió.

—Bueno, déjalo. Ya nos contarás luego tu historia —atajó la joven—. ¿Conoces o no el Zig-Zag?

—No, pero allí estaré a la cuatro en punto. Descuida.

—Estupendo. ¡Ah, se me olvidaba! Me llamo Mónica, y me reconocerás por los *piercing's*.

—Y tú a mí porque iré vestida de negro.

—¡Estupendo! —La oyó reírse—. Una siniestra en el grupo, lo que nos faltaba.

—Si tú lo dices.

—Venga, allí nos vemos. *Chao, baby*.

Aquella despedida, tan familiar y cariñosa, le resultó deprimente. Lilith supo, antes de conocerlas, que la mentalidad de aquellas niñas estaba por debajo de su experiencia. Sería fácil eliminarlas una vez finalizado el trabajo.

## Capítulo 21

La alusión no dejaba lugar a dudas: los asesinos de Jorge se habían autoproclamado los descendientes del arquitecto de Tiro y la reina de Saba, quizá los últimos custodios de un conocimiento íntimamente relacionado con la masonería y los antiguos constructores de catedrales.

Así se lo recordó Riera a sus invitados.

—No debéis olvidar que Hiram poseía un conocimiento transmitido de generación en generación desde la época de los faraones —les dijo—. ¿Dónde había adquirido dicha ciencia? Ese era un secreto que solía guardar para los más aventajados, y jamás permitió que otros le preguntaran al respecto.

—Por más que intento comprender, cada vez me parece todo más confuso... —Fue la sincera opinión de Leo—. Por un lado, tenemos el criptograma, la *cuarteta* de Nostradamus y la cadena de la capilla de los Vélez. Por otro, unas columnas, el Templo de Salomón, el arquitecto de Tiro y Los Hijos de la Viuda. Resulta un tanto anacrónico comparar ambos grupos... —Resopló—. ¿No os parece que debe de existir una relación que los una en el tiempo?

Claudia fue a decir algo pero se adelantó su tío, facilitándole nuevamente la respuesta.

—Así es, entre ambos están Gracus, las Uniones Comacinas, los templarios y los constructores de catedrales.

—¿Gracus? —inquirió su sobrina, extrañada.

—Lo siento... Creo que debería comenzar por el principio... —El arquitecto reconoció quedamente su falta de perspectiva—. Vamos a ver, ¿cómo os lo explicaría? Según el *Polycronicón* y las *Etimologías* de san Isidoro, Tubalcaín fue el padre de todas las artes de los metales. Conocía como nadie los misterios de la tierra y comulgaba con las ciencias más oscuras. Su hermana fue Naamáh, quien más tarde se convirtió en esposa de Noé. Tenía también dos hermanastros: Yabal y Yubal, fundadores de la Geometría y la Música, respectivamente. Como sabían que Dios iba a acabar con los hombres, gracias a los comentarios que Noé hiciera a Naamáh, idearon inscribir sus conocimientos en la piedra con el fin de que jamás fueran olvidados por los futuros pobladores de la Tierra... —Carraspeó un poco—. Intuyendo que el castigo les vendría a través del fuego o el agua, optaron por escribir su ciencia en dos enormes columnas de piedra para que sobrevivieran a la anunciada catástrofe. Una estaba recubierta de mármol, que es incapaz de arder. La otra fue protegida por *laterus*, un tipo de piedra que flota en el agua. Y ambas fueron erigidas en el centro de la ciudad perdida de Henoc, que...

—¿Podría ser Henoc la región de Tubalcaín, la que Iacobus señala en su escrito como la ciudad a donde debemos dirigirnos? —preguntó Leonardo, interrumpiendo

su relato.

—Me apostaría lo que quieras —fue la rotunda respuesta de Riera.

Claudia le hizo un gesto impaciente a su compañero para que se mantuviera callado.

—¡Déjale que siga! —exclamó después. Le dio un amistoso codazo.

—Como os iba diciendo... —Salvador continuó con su antiquísima historia—. Tras el Diluvio, las columnas quedaron enterradas a causa del lodo que arrastraron las aguas. Aunque, según se dice en la leyenda masónica, la cúspide de ambas es visible a los ojos de los hombres, pero permanecen ocultas a su inteligencia.

—No entiendo cómo hemos de encontrar nada en una ciudad que ya no existe. —Leonardo volvió a opinar sin tener en cuenta la paciencia de Salvador.

—Si me dejas terminar, podrás comprenderlo —le recriminó el anfitrión cordialmente—. Verás, años después de que Noé y su descendencia volvieran a repoblar el mundo, hubo un rey que supo reconocer parte de las inscripciones dibujadas en la zona más alta de las columnas. Este monarca postdiluviano fue Nemrod, el hombre que dirigió las obras de la torre de Babel. Después de aquello, el arte de la construcción vuelve a surgir con fuerza en el Antiguo Egipto y en Mesopotamia. Abraham recibe de Dios este maravilloso conocimiento, el cual se lo transmite a su discípulo, un egipcio de origen griego llamado Euclides. En el *Polycronicón* se dice que Pitágoras encontró una de las columnas y que Hermes Trismegisto encontró la otra, y que los dos enseñaron a sus alumnos los misterios que hallaron escritos en la roca. Hiram fue el último custodio del secreto de las piedras, aunque confió parte de su saber a los maestros de obras que participaron de la construcción del Templo de Jerusalén. Uno de ellos fue Gracus, quien viajó a Roma llevando consigo la ciencia de su maestro. Siglos más tarde, los herederos de su técnica erigirían el Coliseo y otras obras de gran envergadura. De ahí nacieron los misterios de Baco; luego, las Uniones Comacinas... El resto ya lo sabéis.

—¿Y qué hay de los templarios? —preguntó Leonardo.

—Bueno, ellos encontraron el Arca de la Alianza en la bóveda subterránea del Templo, donde Hiram arrojó el triángulo de oro con el nombre de Dios. Dentro del Arca estaban las Tablas de la Ley, o lo que es lo mismo, parte de los conocimientos escritos por Tubalcaín y sus hermanos. Gracias a esta ciencia, los masones pudieron erigir las catedrales góticas; o lo que es igual, la casa de Dios.

—Dudo mucho que aprender historia nos ayude a encontrar a esos criminales —opinó Cárdenas—. Necesitamos pruebas más tangibles que nos ayuden a encontrar a los asesinos de Mercedes y Balboa.

—Sé como debes sentirte, pero no puedo hacer otra cosa por vosotros.

—Todavía es pronto para arrojar la toalla —dijo Claudia, que arqueó las cejas—. Deberíamos ceñirnos al escrito de Iacobus y seguir sus indicaciones. Tal vez

encontremos el modo de hallar lo que buscamos.

—Lo que hay que tener en cuenta, es que el secreto de la construcción está ligado a la ciencia del Gran Arquitecto —insistió Riera, que cruzó sus manos—. Los masones están sujetos a unas leyes ancestrales sumamente estrictas, que los protegen de la curiosidad devastadora de los profanos. Así se ha mantenido, siempre a salvo, el enigmático secreto que existe en torno a la magia de las piedras.

—Demasiado misterio para un hombre que está amenazado de muerte.

Tras esa fúnebre réplica, Leonardo echó hacia adelante su cuerpo con el fin de llenar de nuevo su copa de brandy.

—Es obvio que no vas a morir —le recriminó Claudia—. Les será imposible localizarnos mientras estemos en casa de mi tío. Y entrar aquí no es tan fácil... ¿No es cierto?

Sus ojos buscaron los de Riera.

—Nada más el sistema de alarmas me salió por un pico... —El arquitecto trató de tranquilizar a su invitado—. Es lo último en seguridad.

—Más nos vale.

La respuesta plural de Leo llevaba implícita que no solo él corría el riesgo de amanecer degollado. Los tres sabían demasiado con respecto a Los Hijos de la Viuda.

Claudia se puso en pie con esa aura de buen humor que un día enamoró a Leonardo.

—¡Bueno, es hora de comer! —exclamó jovial—. Pienso haceros una paella que os vais a chupar los dedos. Para ello es necesario que salgáis fuera, al jardín. Allí podéis seguir hablando de templarios y catedrales. ¡Vamos, fuera!

Aquella nota discordante de energía positiva les arrancó una sonrisa a los hombres, quienes llevados por su consejo decidieron dar un paseo aprovechando que hacía una temperatura envidiable en el exterior. Sus pies les llevaron hasta la senda cercada de piedras volcánicas. Y de allí, a la fuente de mármol rosa con la imagen del dios Mercurio en el centro.

—Quizá parezca estúpido, pero sigo sin entender a qué viene tanto misterio por un conocimiento que hoy en día deberíamos valorar como manido e insustancial —dijo Leonardo, cuyo cerebro funcionaba a vertiginosa velocidad—. Estamos en el siglo XXI. Todo es factible gracias a la ciencia moderna y al avance tecnológico del hombre. Incluso dominamos el idioma de Dios al ser capaces de modificar la especie gracias al ADN.

—La ingeniería espacial, la genética, la energía nuclear, y el resto de los últimos descubrimientos de la ciencia, son el resultado de utilizar las Artes Liberales. —Riera estaba dispuesto a defender a capa y espada los valores de antaño—. Todavía no conoces la importancia del conocimiento que defienden los masones.

—Eso es porque nadie me lo ha explicado... —Torció el gesto—. Pero estoy

seguro de que piensas hacerlo ahora mismo.

Salvador sonrió de forma espontánea.

—Hablar de las Artes Liberales no te ayudará en nada, y menos si no sabes interpretar la relevancia que tiene para la comunicación directa de Dios con el hombre.

—Digamos que tengo curiosidad.

—Está bien, luego no digas que soy yo quien te llena la cabeza con historias —le advirtió antes de nada—. Según el *Manuscrito Cooke*, que se conserva en el Museo Británico de Londres, la primera de las Artes Liberales es la Gramática, la cual enseña al hombre a hablar y a escribir de forma correcta. La segunda es la Retórica, que enseña al hombre a hablar con decoro y elegancia. La tercera es la Dialéctica, la cual prepara al hombre para que sepa distinguir entre lo verdadero y lo falso, y es la madre de la Filosofía. Luego está la cuarta ciencia, la Aritmética, que enseña al hombre a calcular y contar los números. La quinta es la más importante de todas, la ciencia de los Grandes Maestros, la Geometría, capaz de adiestrar al hombre en el sabio manejo de los límites, medidas y pesos del resto de las artes. La sexta es la Música, que enseña al hombre las siete entonaciones y cómo transmitir las con el canto y los distintos instrumentos de cuerda, aire o percusión. La última es la Astronomía, que acerca al hombre a la ciencia más oscura y primitiva: el movimiento del Sol, la Luna y demás cuerpos celestes... Quien dominaba las siete ciencias era digno de entrar en el templo de Dios y cubrir sus necesidades de espíritu hablando directamente con Él. La catedral es el símbolo del misticismo universal. Quien se acoge a la protección de los sillares siente en su interior la magia que proyecta la sabiduría del Gran Arquitecto, y se alimenta de ella.

—Iacobus habla de la magia telúrica de la piedra. ¿Hablamos de lo mismo? —quiso saber Leonardo.

—Tú lo has dicho. La piedra, desde el momento en que es arrancada de la Tierra, pasa a ser para los masones un elemento divino, algo así como la hostia de oblea que el sacerdote introduce en la boca del cristiano... —Entonces se detuvo, mirándolo fríamente a los ojos—. Escucha, los canteros del medievo amaban su oficio por encima de todo, y lo dignificaban. En aquel entonces, lo peor que le podía ocurrir a un obrero era estropear una de las piedras destinadas a cubrir los muros de la catedral, ya que las obras debían detenerse hasta que se pudiera cortar una nueva pieza que viniera a sustituirla. Al sillar defectuoso se le colocaba en unas angarillas, y al obrero descuidado lo vestían con una capa de color negro. Luego, se le obligaba a llevar la piedra en procesión desde el lugar donde se había estropeado hasta el cementerio u osario del templo. Una vez allí, la piedra se enterraba con todos los honores que pudiera recibir un ser humano, oraciones incluidas. A continuación, regresaban a las guildas para azotar al causante de la pérdida delante de sus compañeros. Y por la

noche, mientras todos dormían, el avergonzado cantero tenía que cortar y desbastar de nuevo una piedra, la cual debía encajar perfectamente en el hueco dejado para que todos olvidaran lo ocurrido... —Se detuvo un instante—. ¿Todavía no comprendes hasta dónde llegaba la obsesión de esos hombres, para quienes las rocas tenían un valor casi divino?

—Ya me voy haciendo una idea.

Leonardo Cárdenas tuvo que reconocer que las normas de la logia rozaban el fanatismo. Una doctrina que amortajaba a las piedras no podía ser consecuente con el pensamiento racional del hombre, por más que insistiera Salvador en ello.

Creyendo saber lo que pasaba por su cabeza, Riera le dio un consejo.

—Si te parece extravagante el comportamiento de los constructores de catedrales, te sugiero que le des un repaso al *Libro de los Salmos*. Te sorprenderán sus versículos; te lo aseguro.

Entonces oyeron la voz de Claudia llamándolos desde la puerta. Llevaba una botella de vino en la mano y reclamaba la habilidad de un hombre para abrirla. De mutuo acuerdo decidieron regresar.

Y lo hicieron en silencio, cada cual absorto en la profundidad de sus propias reflexiones.

Lilith acudió a la cita tras coger un taxi en Espinardo. Llegó a las cuatro en punto a la puerta del centro comercial, donde dos jóvenes vestidas a la moda la reconocieron de inmediato, acercándose a ella para saludarla. Se presentaron como Mónica —con la que ya había mantenido una conversación por teléfono— y Arantxa. Halagaron su buen gusto por la ropa de marca y el color negro, antes de decidirse a invitarla a un refresco en la terraza del Zig-Zag.

Cuando tomaron asiento, Lilith las fue analizando una a una en cuestión de segundos. Mónica, tal y como le adelantara ella misma, era una incondicional de los *pearcing's*. Llevaba seis en una oreja y cuatro en la otra, uno en la parte inferior del labio, otro en la lengua, otro en la aleta derecha de la nariz, uno más en el ombligo y, según el testimonio de la propia interesada, también otro en uno de sus pezones. Arantxa, por el contrario, se mostró como una joven de lo más corriente, un poco *grunge* si acaso. Su timidez le pareció una pose, por lo que intuyó un cambio de carácter una vez que la fuera conociendo más a fondo.

—¡Jo, tía! Esa chaqueta que llevas mola mogollón. Me recuerdas a Trinity, la de la *pelí* de *Matrix*. —Mónica quedó literalmente fascinada con el elegante modo de vestir de su nueva compañera de piso—. Te costará una pasta gansa mantener esa imagen.

Lilith llevaba puestos unos pantalones de cuero, de una famosa firma italiana, además de una camiseta ajustada de color negro y una gabardina de poliéster, del mismo color, que le llegaba hasta las rodillas. La lividez de su rostro, los párpados



pintados de un morado oscuro y canallesco, y su cabello rubio platino —cortado a cepillo—, hacían de la alemana una criatura de pesadilla sacada de la enfermizamente de Lautréamont.

Iba disfrazada de siniestra.

—El dinero no es un problema para mí —les dijo sin ningún tipo de vanidad—. Mi padre es jodidamente rico. Mientras yo esté con vosotras no os faltará de nada. Tenéis mi palabra.

Arantxa miró a su amiga, la cual alucinaba escuchando hablar a la que iba a ser su hada madrina de ahora en adelante. Lilith, bastante más calculadora que sus amigas, imaginó que intentarían aprovecharse de aquella estúpida niña rica a la que acababan de conocer. Y quizá habría sido así de ser otra la que estuviese sentada frente a ellas. Pero se trataba de una joven con una dilatada carrera criminal, alguien para quien las personas eran juguetes que podía utilizar y destruir a su antojo. Lilith había pasado sus últimos años asesinando a hombres importantes de todo el mundo. Les llevaba una gran ventaja psicológica, abismal.

Después de romper el hielo con aquella aplastante afirmación de solvencia, tanto Mónica como Arantxa se desvivieron por complacerla. El tiempo que estuvieron en la terraza del bar la invitaron a varias cervezas, iniciándose de este modo una conversación algo menos protocolaria en la que el sexo, la música y las drogas, se encumbraban como los pasatiempos favoritos por los que merecía la pena vivir.

En poco más de una hora, Lilith llegó a saber que Mónica era hija de un abogado al que se le relacionaba con las mafias de los países del este de Europa; y que su madre, que trabajaba como neurocirujana, tenía por costumbre subvencionar los caprichos de un joven *gigoló* a cambio de buenos momentos de cama; pero precisó que era un macarrilla de tres al cuarto cuyo único propósito era vivir a cuerpo de rey gracias a la generosidad de mujeres maduras.

En cuanto a Arantxa, tampoco se quedaba atrás. Por lo visto, tenía novio formal, un joven cuya familia era de las más pudientes y respetables de Murcia. Apenas se veían los días de semana, ya que el joven pretendiente estudiaba en la UCAM,<sup>[3]</sup> y cuando lo hacían, era para ir al cine o a misa los domingos. Para esos momentos, Arantxa cambiaba su original indumentaria por elegantes vestidos que daban credibilidad a su papel de niña pija. Pero en el fondo todo era una farsa, un paripé al que jugaba para satisfacer a ambas familias hasta el final de su carrera. Arantxa era bastante más cerebral que todos ellos, por lo que cubría sus propias necesidades — que eran demasiadas, según Mónica— chantajeando a uno de los catedráticos de la universidad con el que había mantenido relaciones sexuales. En el piso guardaba pruebas fehacientes de sus encuentros, fotografías y prendas que en cualquier instante podía enviar por correo a su esposa; por ejemplo, unas braguitas impregnadas de semen, que servirían para demostrar —judicialmente si hiciera falta—, que su historia

era cierta. La práctica de aquella extorsión le proporcionaba unos trescientos euros al mes, dinero que dilapidaba tan pronto caía en sus manos.

Tras aquellas declaraciones, Lilith se sintió más tranquila. La procacidad con que se expresaban las jóvenes vino a corroborar su sospecha. En realidad, eran bastante más idiotas de lo que había llegado a pensar en un principio.

Al cabo de un tiempo decidieron enseñarle el piso a su nueva compañera. Pagaron la cuenta en la barra y fueron hacia la salida pasando por las tiendas del centro comercial, donde se detuvieron en cada uno de los escaparates para ver las ofertas. Una vez en la avenida Juan Carlos I, Mónica les recordó que tendrían que ir andando hasta la próxima parada de autobús. Lilith dijo no estar preparada para el transporte urbano, por lo que se plantó en mitad de la vía para hacerle el alto a un taxi con el cartel de libre que pasaba por allí. No le importó correr con los gastos.

Finalmente llegaron al apartamento, situado en la avenida de Espinardo. Era un piso de tres habitaciones con vistas al edificio del periódico *La Opinión de Murcia* y a la Biblioteca Regional de Idiomas. Después de que le enseñaran su dormitorio, y el resto de la casa, Lilith se disculpó diciendo que necesitaba ordenar sus cosas en el armario antes de ducharse. Tras entregarle a Mónica doscientos cuarenta euros en concepto del primer mes de residencia, y recibir a cambio una copia de las llaves y el recibo correspondiente, se encerró en el cuarto que le habían asignado con el fin de organizar la búsqueda de Leonardo Cárdenas.

Lo único que necesitaba para dar con él era una guía de teléfonos y un poco de paciencia.

## Capítulo 22

Aquella misma noche, Leonardo se retiró a dormir antes de tiempo. Estaba seguro de que Claudia necesitaba hablar abiertamente con su tío de asuntos personales, relacionados con la familia, y no creyó oportuno meter sus narices en lo que no le importaba. Por otro lado, quería echarle un vistazo al *Libro de los Salmos*, tal y como le había aconsejado con insistencia Riera. Y para ello qué mejor que la soledad del dormitorio, donde el silencio se hace más llevadero si se sabe escoger el libro adecuado; en este caso, la *Biblia*.

Sentado en la cama, con la almohada en alto sobre la espalda para tener apoyada la cabeza, respiró profundamente antes de abrir el texto más leído de todos los tiempos por la mitad. Mientras buscaba el *Libro de los Salmos*, intentó profundizar en las palabras de Salvador. Ni siquiera le había dicho qué era eso tan importante que debía encontrar entre los escritos de Salomón; tampoco tenía un punto de referencia por el cual guiarse. Reconoció que no iba a ser fácil, y que posiblemente tendría que leerlo varias veces antes de encontrar un nexo de unión con los constructores de catedrales.

Estuvo leyendo durante unos minutos hasta que llegó al Salmo número 5. Hubo un versículo que atrajo su atención, concretamente el 10. Sacó el lápiz que llevaba en el bolsillo de la camisa del pijama. Luego, subrayó la frase:

«Sepulcro abierto es su garganta, melosa muévase su lengua».

Pensó que debía tratarse de una casualidad, una metáfora de Salomón que quizá no tuviera mayor importancia, pero no descartó la posibilidad de haber encontrado el origen de la mutilación de Balboa y Mercedes. Poco después le vino la respuesta, cuando llegó al Salmo número 12. El versículo número 4 rezaba así:

«Arranque Yahveh todo labio tramposo, la lengua que profiere bravatas».

Lo subrayó igualmente.

Con la esperanza de encontrar alguna otra frase conminatoria, decidió terminar lo que había comenzado.

Al cabo de una hora de intensa lectura se tomó un respiro. No encontró nada más que tuviera que ver con lenguas cercenadas. Sin embargo, hubo un detalle que despertó su interés, y es que a Dios se le comparaba demasiadas veces con una roca o ciudadela. Leyó frases tan reveladoras como:

«Sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve; pues mi roca eres tú, mi fortaleza... Yahveh, mi roca y mi baluarte, mi liberador, mi Dios... ¿Quién es Roca, sino solo nuestro Dios...? ¡Viva Yahveh, bendita sea mi roca! Solo él, mi roca, mi salvación, mi ciudadela, no he de vacilar... A la Roca que se alza lejos de mí, condúceme; pues tú eres mi refugio... ¡Venid, cantemos gozosos a Yahveh, aclamemos a la Roca de nuestra salvación...! Bendito sea Yahveh, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate...».

Y así, un sinfín de expresiones similares que cotejaban la sabiduría de Dios con la tosquedad de una piedra; roca labrada como las que se utilizaban para la construcción de las catedrales.

Reflexionó al respecto, llegando a la conclusión de que ese era el motivo por el cual Riera le había incitado a leer los *Salmos*. Allí, entre frases alegóricas y alabanzas, se escondía parte de las prácticas masónicas atribuibles a Salomón, quien pudo haber contactado con la ciencia del arquitecto de Tiro durante los años que duró su estancia en Jerusalén. De ser así, se imponía seguir leyendo el resto de los libros escritos por el rey de los judíos, por lo menos hasta que el cansancio le abriera las puertas al sueño. Algo improbable, si tenía en cuenta que le costaba superar el asesinato de Mercedes y el hecho de que él pudiera convertirse en la próxima víctima.

El siguiente libro era el de los *Proverbios*. Lo estuvo hojeando por encima, deteniéndose a profundizar en los versos que creyó de interés. Le resultó bastante más ameno que el de los *Salmos*; por lo menos este hacía una llamada al sentido común y a la buena disposición del ser humano. Salomón tachaba de malvados a los necios, glorificando al hombre que, a fuerza de erudición, alcanzaba la divinidad. Era un compendio de elogios destinados a ensalzar la Sabiduría, ese conocimiento místico que, según los propios teólogos, es desde el principio de los tiempos la colaboradora de Dios, una ciencia que ya existía mucho antes que el polvo primordial del universo.

Siguió con la lectura, embebido por la gracia sutil de las palabras. Mas al finalizar el capítulo 10, leyó un versículo que le puso los pelos de punta:

«La boca del justo da frutos de sabiduría, la lengua perversa será cortada».

Alertado por la frase, trató de encontrar nuevos indicios que le permitieran comprender el motivo de aquella obstinada determinación. Y no le fue difícil. Otra señal, que indicaba qué camino seguir, la encontró en los primeros versículos del capítulo 15:

«La lengua de los sabios hace agradable la ciencia, la boca de los insensatos esparce necedad... Lengua mansa, árbol de vida, lengua perversa

rompe el alma».

Sus ojos devoraban las letras a pesar de la poca luz que derrochaba la pequeña lámpara de la mesita de noche. No tardó en dar con algo realmente increíble; dos nuevas frases que venían a poner la guinda en el pastel:

«Muerte y vida están en poder de la lengua, el que la ama comerá su fruto... La casa de los soberbios la destruye Yahveh, y mantiene en pie los linderos de la viuda».

La palabra «viuda» estaba subrayada. Sintió escalofríos.

Cerró la Biblia llevado por el temor infundado de estar violando una de las antiguas leyes de Dios. Por lo visto, el juramento de los masones estaba ligado al pensamiento salomónico de que la Sabiduría era un tesoro que preservar del despropósito de los hombres. Pero ¿cuál era la naturaleza de aquel conocimiento, que obligaba a los miembros de la logia a cometer un acto tan atroz como cortarle la lengua a un compañero? La respuesta estaba en las piedras, a su parecer. De ahí que Salomón comparase el poder de Yahveh con una simple roca.

Entonces se acordó de la historia que les contara Riera referente a los templarios y al Arca de la Alianza. Según él, el Testimonio de Dios no era otra cosa que una ciencia basada en la geometría y la divina proporción. Conocía de pasada la importancia de los números áureos *pi* y *phi*, así como la famosa sucesión de Fibonacci. Aquellas cifras estaban ligadas a la ley natural de las cosas, al orden cósmico y a la cuadratura del círculo. Sabía que dichos números fueron empleados por quienes erigieron la pirámide de Keops, el Partenón, las catedrales de Colonia y Nôtre-Dame; también por Leonardo da Vinci, Le Corbusier y el mismísimo Dalí, quien plasmó sus propiedades mágicas en su obra maestra *Leda Cósmica*. Y todos lo utilizaron por ser un generador de armonía. Según pensó:

«Si fuera cierto que Dios gobierna el universo gracias a un sistema numérico de relaciones proporcionales y que ese y otros muchos conocimientos esconden el secreto de la vida, oculto celosamente en el interior del Arca, la persona que consiga recuperarla podría ver a través de los ojos del Creador y comprender el significado de Su obra». Cárdenas jamás había sido un católico practicante. Para él, la *Biblia* era un libro de lo más aburrido que podía volver loco a quien consiguiera leerlo de principio a fin. Ahora, después de rastrear los enigmáticos versículos de Salomón, se le antojaba una obra maestra que todo bibliófilo debería leer aunque fuera a retazos.

Riera conocía bien su mensaje, tal vez demasiado... Se notaba que lo había estudiado a fondo. Sus investigaciones perfilaban un oscuro propósito vinculado a la

búsqueda del Arca, según reconoció. De hecho, parecía haber memorizado gran parte de los versículos de la *Biblia*, lo que venía a indicar que se tomaba en serio su labor. Un hombre que dejaba su brillante trabajo en Barcelona para venir a encerrarse en el último rincón de España, debía tener muy claras sus prioridades.

Aquella noche, Leonardo soñó con una catedral cuyas puertas estaban custodiadas por un san Pedro que era la viva imagen de Riera. En su mano derecha llevaba varias lenguas de res, en las que aún se podía ver cómo goteaba la sangre; y en la izquierda, un enorme compás utilizado en el medievo por los maestros de obras. Una mujer con jubón escarlata y manto azul turquesa —la Sabiduría—, que estaba sentada en las escalinatas de entrada, leía en voz alta un pasaje de la *Biblia* que hablaba del Templo de Salomón. Sin importarle la presencia de ambos, Leonardo cruzó el arco de entrada penetrando en su interior. Dentro de la catedral, un grupo de encapuchados formaban un círculo alrededor de una talla de la Virgen María de tamaño natural. Murmuraban en voz baja sus oraciones. Cuando se acercó, el grupo se fue apartando para dejarle pasar. Frente al basamento de la imagen vio a Claudia, vestida como una reina. Estaba sentada en un trono dorado en donde podían verse dibujos cabalísticos bastante extraños, y una escritura semejante a los hieroglifos coptos del Antiguo Egipto. Tenía los brazos apoyados en lo que parecían ser las alas de unos ángeles, las cuales se tocaban en sus extremos. Llevaban sus nombres inscritos en la frente: Jakim y Boaz.

Entonces oyó una melodía inigualable cuyo eco reverberó en cada uno de los rincones del Templo. Era una música que le hablaba a los sentidos, que iba directamente al corazón y lo henchía de una gracia exquisita. Y he aquí que escuchó una voz metálica, atronadora, que le hablaba en un idioma incomprensible que relacionó de inmediato con el lenguaje de los ángeles. Estaba a punto de comprender el significado de aquel mensaje cuando el suelo cedió bajo sus pies y cayó al vacío.

A partir de ahí, el espíritu de Leo se sumió en la oscuridad más absoluta. Su cuerpo se desintegró en mil pequeños trozos de sensaciones diferentes. Era un pensamiento viajando a través de la eternidad.

Dejó de observar a la gente que iba de un lado a otro para centrarse en el portátil que descansaba sobre sus rodillas. Estaba sentado en uno de los bancos del aeropuerto del Prat, junto a su equipaje. Acababa de aterrizar en Barcelona, y en lo único que pensaba era en el modo de encontrar cuanto antes a su víctima, ejecutarla, y regresar de nuevo a Toronto; su ciudad natal. No le pareció complicado. Conocía el modo de operar de Lilith desde que trabajaran juntos en Brighton, y de eso hacía ya dos años. Ambos fueron contratados para ejecutar a tres periodistas de la BBC que investigaban un asunto de pederastia, donde supuestamente estaban implicados un lord del Parlamento y varios personajes más que formaban parte del panorama político británico.

Además, para localizar su posición en España, contaba con los dispositivos de alta tecnología que la Agencia ponía a su alcance.

Altar miró a ambos lados antes de introducir la clave de búsqueda en el GPS que llevaba incorporado el ordenador. En apenas unos segundos, pudo ver en la pantalla una luz parpadeante que se desplazaba por una de las céntricas calles de una capital de provincia cuyo nombre le resultó indiferente: Murcia. No pudo evitar una sonrisa. Era como espiar a una hormiga en su hormiguero, o como observar los bacilos de un virus a través de un microscopio antes de sufrir los efectos de la vacuna que habría de acabar con su endémico reinado.

Lilith, al igual que todos los asesinos de la Agencia, ignoraba que le había sido implantado un chip —del tamaño de una semilla de sésamo— bajo la piel del cuero cabelludo; un artilugio creado por un antiguo ingeniero de la NASA, capaz de burlar las medidas de seguridad de cualquier aeropuerto. Para llevar a cabo dicha operación, a veces de un gran riesgo para el receptor, se invitaba al sicario a una fiesta personal de bienvenida en las oficinas de la empresa, en Sao Paulo. Después de agasajarle con elogios y de ofrecerle remuneraciones millonadas, cuando la sucesión de copas lograba que el nuevo empleado se sintiera como en casa, el presidente en funciones ponía a su disposición una *suite* en la última planta del edificio, dándole a elegir entre pasar la noche a solas o proseguir la juerga en buena compañía. Una vez que hacía efecto la droga que previamente habían colocado en su bebida, era conducido con rapidez a un pequeño quirófano situado en el sótano, donde un cirujano experimentado procedía al implante del chip en un tiempo récord. Al día siguiente apenas si sentía molestias, tan solo la consabida resaca que sigue a una noche de exceso.

Altar cerró el ordenador y se puso en pie.

Seguía sonriendo mientras abandonaba el aeropuerto. El viaje hasta Murcia lo haría en tren, aunque eso significase perder algunas horas. Lo cierto es que odiaba volar, a menos que fuera necesario.

En aquel mismo instante, en Madrid, un empleado de la oficina de correos entraba en el edificio donde Leonardo Cárdenas tenía su apartamento. Buscó la correspondencia sin mucho afán, metiendo parte de su cabeza en el enorme bolso de cuero beige que colgaba de su hombro. A continuación sacó un paquete de sobres sujetos con una goma elástica, la cual quitó de inmediato colocándosela en la muñeca derecha como si fuese una pulsera. Introdujo cada una de las cartas en el buzón oportuno, tras leer previamente el nombre de los destinatarios. Mas al llegar al apartado de Leonardo, miró con curiosidad el remite del sobre que tenía en la mano. Le resultó anecdótico encontrar una que viniese del extranjero, y más aún que procediera de un país tan misterioso y aventurado como era Egipto. Lo reconoció por el sello postal.

Soñó, al tiempo que se marchaba del edificio, que por qué no se llevaba a su esposa a uno de esos países exóticos, cuya propaganda veía a menudo en las agencias de viajes, y vivían juntos unos maravillosos días de vacaciones. Después de veintitrés años de matrimonio —pensó—, se lo tenían merecido.



## Capítulo 23

Por un momento se imaginó la cara que pondría Leonardo cuando los viera aparecer, y eso que aún no sabía concretamente el lugar donde se hospedaba. Ignoraba cuál iba a ser su reacción al conocer a Cristina. Supuso que no le haría ninguna gracia descubrir que alguien más estaba involucrado en la búsqueda del diario de Iacobus, sobre todo cuando Mercedes le había exigido discreción absoluta. Pero eso era una cuestión que habría de solucionar una vez que llegaran a Murcia. Ahora, lo más importante era reunirse los tres, ponerse de acuerdo y hallar el modo de desenmascarar a los asesinos de Mercedes y Balboa.

Apartó su mirada de la carretera unos segundos para observar a Cristina, la cual dormía plácidamente con la cabeza recostada hacia un lado. Nicolás sintió un cosquilleo agradable en el estómago al distinguir la gracia de un tirabuzón cobrizo ocultando el lóbulo de su oreja. Le sorprendió aquella reacción suya de admirarla en silencio. Esa mujer le hacía sentirse vivo, y, por consiguiente, cohibido y torpe como un vulgar adolescente, y eso que, por la edad, bien podría ser su padre. Porque, aunque escrupulosa en el trato, Cristina poseía el conocimiento de Atenea, el coraje de Artemisa y la irresistible sensualidad de Afrodita. Las tres virtudes por excelencia del ideal de mujer.

Intentó pensar en otra cosa, ya que no era cuestión de seguir mirando a la joven con ojos de cordero degollado. Tanta admiración, no exenta de cierto epicureísmo, podía ser malinterpretada y ocasionarle graves problemas con los auténticos responsables de su misión. Ellos le permitieron acompañar a Cristina, siempre y cuando formara parte de su coartada. Cualquier incorrección supondría su expulsión del equipo.

Como si hubiera intuido que alguien la observaba, Cristina se agitó en el asiento. Nada más despertarse echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Dios mío, ya son las dos y media —musitó con voz somnolienta—. ¿No piensas parar a dormir un poco?

—Deberíamos haber salido de Madrid por la mañana —afirmó. Fue su única respuesta.

La joven buscó su chaqueta en la parte de atrás del coche. Sintió frío por todo el cuerpo.

—De noche es más fácil saber si nos están siguiendo —dijo ella con voz hueca, una vez que le colocó la prenda sobre los hombros.

—Entonces, estamos de suerte... —El letrado sonrió débilmente, y añadió—: Hace más de diez minutos que no se ve ninguna luz por el retrovisor.

—Mejor así.

Colmenares pulsó el botón de la radio para sintonizar una emisora de noticias.

Luego subió la temperatura del climatizador digital.

—¿Por dónde vamos? —quiso saber ella.

—Acabamos de dejar atrás la desviación de Honrubia.

—Será mejor que pares en la próxima estación de servicio, donde haya un hostel. Necesitamos dormir un poco.

A Nicolás se le antojó de lo más absurdo salir de Madrid a medianoche para detenerse a mitad de camino, pero se abstuvo de opinar porque en realidad ansiaba meterse en la cama y dormir diez horas seguidas. Al fin y al cabo... ¿qué prisa tenían por llegar a Murcia?

Media hora después, a la altura de Sisante, dejaron atrás la autovía para entrar en una zona de descanso, donde pudieron ver una gasolinera y un pequeño pero presentable hotel de tres estrellas. El Audi de Nicolás giró con destreza al encontrar un aparcamiento libre muy cerca de la entrada. Los faros del automóvil iluminaron la fachada principal de la cafetería del hotel, e incluso a los pocos clientes que aún tomaban algo caliente en el extremo de la barra que daba a los ventanales del exterior.

De mutuo acuerdo decidieron charlar un poco sentados frente a una taza de café, antes de irse a dormir. Tras acomodarse en una de las mesas del local, un camarero con más sueño que entusiasmo los atendió al momento. A continuación les trajo un par de tazas humeantes y la cuenta. El abogado se adelantó a pagar, impidiendo que lo hiciese Cristina.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero me gustaría saber qué tienen de especial los crímenes de Madrid... —Colmenares fue directo, sin rodeos—. El procedimiento no es el habitual, ni el más ortodoxo.

Cristina lo observó con estoicismo. Tanta indiferencia lastimó el orgullo de Nicolás, quien se sentía cada vez más un objeto de decoración dentro del caso. No era tonto; sabía que lo necesitaban como cortina de humo para desviar la atención de Leonardo y ocultarle el auténtico propósito de su nueva compañera de investigación. Aunque eso no era obstáculo para que él supiera la verdad, puesto que también se jugaba la vida al entrar en escena viajando hasta Murcia para contactar con el bibliotecario; el cual, a ciencia cierta, debía estar en la lista negra de los asesinos.

—Me gustaría que fueses sincera y me contaras qué significado tienen las palabras escritas con sangre en la pared, y también cuál es el contenido del manuscrito —insistió tenaz—. Sé que habéis entrado en casa de Mercedes y copiado el archivo de su ordenador. Hay cosas que necesito saber, y solo tú puedes ayudarme.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, la repercusión social del problema que se plantea en el criptograma y los motivos de que el juez lo haya clasificado como secreto de sumario.

—A eso no puedo contestarte... —Lamentó tener que denegar su petición—. No

estoy autorizada.

—¿Recuerdas...? —Arrugó la nariz—. Fui yo quien os confesó las intenciones de Mercedes, además de ponerlos sobre aviso con respecto al manuscrito. No deberíais dejarme de lado.

—Mis jefes no opinan igual. La transcripción del texto no es el final del viaje, sino el comienzo.

—Me apuesto lo que quieras a que conoces a esos tipos mejor que nadie, me refiero a los bastardos que acabaron con la vida de Mercedes.

Cristina dudó unos segundos. En realidad, no estaba segura de nada.

—Es posible que nos enfrentemos a una de las sociedades secretas más inaccesibles del mundo esotérico —dijo en voz más baja—, y también al misterio mejor guardado de la historia de la humanidad. Por ello la Central ha enviado a la mejor. Y me importa poco que pienses que soy una presuntuosa, pero es lo que hay. Mis conocimientos del arte ilustrativo de la alquimia, la cábala, la mística y demás ciencias ocultas, han sido expuestos en varias conferencias y congresos internacionales a los que he sido invitada como ponente. Deberías leer algunos de mis libros para saber de lo que hablo.

Nicolás conocía de oídas, gracias a Hijarrubia, el auténtico *curriculum* de la doctora Hiepes. La farsa que idearon para introducirla en la casa de subastas sirvió mientras duró su trabajo como bibliotecaria, aunque seguiría siendo efectiva para Leonardo.

—Mercedes me habló de una secta: Los Hijos de la Viuda —señaló el abogado.

—No son una secta, sino una sociedad que tuvo su origen en una leyenda. Presumen de ser los herederos de un conocimiento basado en el arte de la construcción. Algunos los llaman masones, pero en realidad estos niegan su existencia aun sabiendo que son los auténticos custodios del secreto primordial. De ahí se deduce que dicha hermandad no congenie con los modernos maestros cuyas logias se anuncian en Internet y escriben libros que desvelan falsos misterios de la orden.

—¿Acaso teme el Gobierno que alguno de sus representantes esté implicado? —Colmenares calculó que esa podía ser una pregunta indiscreta, aunque no menos su contestación.

—Quizá... —Ella fue sucinta en la respuesta—. Pero lo que en realidad le preocupa a la Central, es el poder que podría conllevar el ingenio descrito por el cantero.

—No sé a qué ingenio te refieres. Quizá te podría contestar de haber leído el texto.

Aquel comentario pareció molestarla.

—Lo sabrás a su tiempo... —Cristina bebió por última vez de su café, dando por

finalizada la reunión—. Ahora será mejor que nos vayamos a dormir.

Nicolás asintió en silencio al comprender que se había excedido. Luego se puso en pie, imitando a su compañera de viaje. Salieron juntos de la cafetería tras dar las buenas noches al camarero, dirigiéndose al vestíbulo del hotel cogidos del brazo.

Por mucho que trataran de congeniar, distaban mucho de ser una pareja idílica.

## Capítulo 24

Decidieron adelantar la fecha, pues existía la posibilidad de que Los Hijos de la Viuda estuviesen ya tras sus pasos. Su idea era recuperar lo antes posible el diario de Iacobus y desaparecer por un tiempo.

Aquel mismo lunes, por la mañana, se abastecieron en unos grandes almacenes de la ciudad. Compraron cuerdas de nilón, mosquetones, linternas y demás utensilios propios de espeleólogos y alpinistas. Contaban, además, con radiotransmisores — pues creyeron que lo mejor sería estar comunicados con Riera— y una videocámara para inmortalizar el descenso y la entrada a la cripta. Lo tenían todo preparado. Solo les faltaba esperar la hora adecuada.

La ciudad enmudeció en el mismo instante en que dieron las cuatro de la madrugada en el reloj de la catedral; tan solo se escuchaba el eco amortiguado de pisadas acercándose a la plaza de los Apóstoles. La luz de los focos que iluminaba la catedral, consiguió distender las sombras proyectadas en los sillares labrados de la capilla de los Vélez. Con sigilo, y extrema precaución, el grupo de tres corrió a refugiarse bajo la tupida red de andamios metálicos que rodeaban la parte trasera del templo, presentándose la noche y las obras de reformas como sus mayores aliados. Permanecieron agazapados durante unos segundos sin hacer ruido y sin apenas moverse, aunque jadeaban como caballos desbocados debido a la carrera. El sonido de la respiración sonaba con más fuerza en sus oídos, incluso se hacía insoportable dentro del cerebro.

Leonardo le hizo un gesto a Claudia para que le ayudase a sujetar unos paneles de madera que había apoyados al final del andamio. Juntos lograron colocarlos frente a ellos, de forma que les sirvieran de parapeto. De este modo se aseguraban intimidad en caso de que alguien pasara por allí cerca. Mientras tanto, Salvador se apresuró en sacar una de esas herramientas para suavizar juntas que usan los vidrieros y que llevaba oculta en su mochila.

—Deberías hacerlo tú —le dijo a Cárdenas en voz baja, dándole a entender que tendría más fuerza que él en los brazos.

Este asintió levantando el pulgar. Luego se giró para susurrarle a Claudia que debía echarle una mano a su tío. Ambos se le unieron en total silencio.

Ocultos tras las planchas de madera y los travesaños de los andamios, procedieron a la segunda parte del plan. El arquitecto y su sobrina sacaron las cuerdas, arneses y mosquetones, de las mochilas que llevaban colgadas a sus espaldas. Leonardo, por su parte, introdujo la barra de hierro entre la junta del enrejado y empujó hacia arriba. Cedió tras varios segundos, alzándose unos centímetros del suelo. Iba a sujetarla con la mano izquierda cuando resbaló y fue a parar nuevamente a su sitio. El eco metálico que provocó al caer repercutió en la noche como un disparo.

Por un momento quedaron petrificados, mirándose unos a otros en total silencio. Esperaban que se abrieran las ventanas de los edificios adyacentes para dar paso a una vecindad alertada por el estruendo, mas solo se escucharon los ladridos de un perro que deambulaba solitario por la plaza del Cardenal Belluga.

A pesar de que le temblaban las piernas, y de que su deseo máspreciado era estar a mil kilómetros de distancia, Leonardo tomó de nuevo la herramienta para suavizar las juntas e hizo palanca; esta vez ayudado por Claudia, quien se encargó de sujetar con fuerza el enrejado con el fin de que no se desplazara de nuevo.

Riera encendió una linterna para que su sobrina actuase con mayor precisión, participando también con la mano que le quedaba libre.

—Con cuidado —susurró el arquitecto.

Claudia levantó del todo el rectángulo de barrotes oxidados, dejándolo en el suelo con lentitud. Un tufo a humedad y putrefacción ascendió de inmediato hasta sus narices. Salvador dirigió la luz al hueco y los tres se asomaron impulsados por la curiosidad. Más allá de los contrafuertes apostados en la base, se precipitaba un abismo insondable de sombras y signos cabalísticos grabados en las paredes. No solo se repetían las iniciales de Iacobus de Cartago, también las marcas de una cruz sobre un triángulo y varios glifos más utilizados por los constructores de la época. Riera trató de enfocar cierto relieve que sobresalía al fondo y que asoció con una puerta. Al fijarse bien, descubrió que eran barrotes herrumbrosos enclavados en el muro. Protegían la entrada a un pasadizo.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Claudia.

—Si no me equivoco, dentro hallaremos lo que andamos buscando —argumentó Leonardo, sin apartar su mirada del hueco por donde habrían de bajar.

—Debe de haber unos diez o doce metros de profundidad —calculó el arquitecto—. Solo os pido que tengáis cuidado.

—Descuida —Claudia apoyó su mano en el brazo de su tío, guiñándole un ojo—, tuve un buen maestro.

Acto seguido procedieron a colocarse los arneses y los guantes de protección. Después sujetaron las cuerdas de nilón a un palet con sacos de cemento que debía superar con creces los quinientos kilos. Cárdenas sacó de su mochila una videocámara y los radiotransmisores, los cuales repartió entre sus compañeros.

—De esta forma, si nos ocurre algo allá abajo habrá una posibilidad de que puedan salvarnos —comentó con gravedad.

—Espero no tener que verme en el aprieto de pedir ayuda a la policía —bromeó Riera.

—Todo irá bien. No te preocupes.

Claudia les recordó que necesitarían un instrumento especial si querían descerrajar los barrotes. Leonardo buscó de nuevo en su mochila, sacando una sierra

para cortar metales que había dispuesto a última hora por si se les resistía el enrejado. No era demasiado grande, así que podría llevarla sujeta del cinturón junto a la cámara digital.

Una vez que estuvieron listos para el descenso se colocaron los cascos de seguridad. Leo se introdujo en el hueco con la ayuda de Salvador, quien iluminaba el camino para facilitarles la bajada. Fue aflojando con lentitud el mosquetón al tiempo que su otra mano iba soltando la cuerda. Al llegar a la inclinación del contrafuerte que había a unos dos metros más abajo, se detuvo con el fin de esperar a Claudia.

Con decisión, la joven descansó sus pies en la pared del pozo y, sin pensarlo dos veces, se dejó caer a plomo tras aflojar su mosquetón. Pasó rozando la espalda de Leonardo, quien maldijo su imprudencia, o torpeza, echándose a un lado para evitar que chocasen.

—¡La madre que te...! —No terminó la frase por deferencia.

Tras aquella demostración de habilidad, comenzó a creer que alguien le estaba tomando el pelo. Después, suspendido en el aire, iluminó hacia abajo con una de las linternas que llevaba en el bolsillo. Claudia le aguardaba sonriente a mitad de camino.

—No has debido hacer eso —le reprochó.

—Vamos, no seas tan quisquilloso —dijo ella, y le envió un beso.

Antes de descender, cogió la videocámara y grabó las marcas de cantería dibujadas en las paredes. Resultaba extraño que Iacobus perdiera su tiempo, y arriesgara su vida, cincelandos glifos impenetrables que nadie habría de admirar. Era como si aquel conjunto de signos formara parte de un singular epitafio dedicado a todos aquellos que estaban dispuestos a morir por los secretos de la hermandad.

Finalmente se decidió a bajar. Claudia lo estuvo esperando hasta que se colocó a su altura. A partir de ahí, hicieron juntos el descenso.

Nada más llegar abajo, sintieron las aguas residuales atravesando la lona de sus zapatillas de deporte y aspiraron el miasma putrefacto que se levantó al remover el fondo de aquel barrizal oscuro y pegajoso. A Claudia le produjo arcadas todo ese penetrante olor a descomposición que fluctuaba en el ambiente.

—Tápate la nariz y respira por la boca —le aconsejó Leonardo, cogiéndola por el brazo mientras iluminaba las paredes de alrededor.

Enfocó el enrejado que cerraba el paso a la galería, la cual debía tener unos noventa centímetros de ancho por algo más de metro y medio de alto, y estaba situada a varios palmos por encima del nivel del agua; suficiente para que pudieran entrar en el pasadizo que había al otro lado, aunque fuese de rodillas. Claudia se acercó con la intención de ver hacia dónde conducía aquel estrecho corredor de piedra. Por lo visto, un poco más adelante el camino se desviaba hacia la izquierda.

—Esto es espeluznante —reconoció con voz entrecortada. Al fin y al cabo estaban viviendo una aventura increíble.

Leonardo admitió que el lugar sobrecogía. Allí dentro, todo era frialdad e inmundicia. Hasta el eco de sus voces sonaba diferente, como si estuviesen encerrados en el interior de un ataúd. Y la galería de piedra que se presentaba ante ellos no era menos desdeñable. Por un momento se imaginó que estaban frente a la puerta de un laberinto diabólico, y le horrorizó solo de pensar que pudieran extraviarse ahí dentro y quedar atrapados para siempre.

Decidido a no perder el tiempo con pensamientos erráticos, rechazó aquella idea tan fantástica inspeccionando con cierto escrúpulo los barrotes oxidados que les impedían el paso. Estaba seguro de que el disco de la máquina cortarían el hierro como si se tratase de mantequilla, pues el aspecto que presentaba era de fragilidad y descomposición. Aquello le llevó a pensar que tal vez Riera tuviese razón y apenas quedara nada que se pudiera leer después de cinco siglos de espera. El papel del diario debía estar igual de corrompido que todo en aquel lugar, si es que lo encontraban.

Claudia debió pensar lo mismo, cuando dijo:

—Solo espero que el texto se encuentre a buen recaudo.

Especular no les iba a ayudar en nada, por lo que Cárdenas se reservó el derecho de responder. Su opinión más sincera podía tirar por tierra las ilusiones de ambos y las ganas de seguir hacia delante.

Bastaron unos cortes en los extremos para que la reja se viniera abajo. Claudia se adelantó a iluminar el pasadizo, anteponiéndose a Leo con el fin de entrar la primera. Luego conectó el radiotransmisor. Necesitaba probar su eficacia antes de ir rumbo a lo desconocido.

—Tito... ¿Me oyes?

—Alto y claro —escucharon la voz de Riera como si estuviera entre ellos.

Instintivamente, Claudia levantó la mirada hacia arriba. Pudo ver la recortada silueta del arquitecto y el haz de luz de la linterna que les enfocaba desde lo alto.

—Nos disponemos a entrar —habló de nuevo a través del transmisor.

—Suerte —les deseó Riera.

Debido a la altura del corredor tuvieron que entrar de rodillas. Las paredes, y la superficie del suelo, se presentaban igual de resbaladizas y enmohecidas que los sillares del foso de bajada. Luego estaba la sensación de asfixia que provocaban las piedras unas sobre otras. Leonardo, que iba por detrás grabando, tuvo que hacer un esfuerzo por dominar su galopante claustrofobia, algo que no parecía afectar a Claudia, la cual avanzaba valientemente y sin reparo por aquel corredor buscando una salida. Trató de no pensar en las historias de encerrados en vida que había leído de niño, o acabaría gritando de puro terror.

Una vez que llegaron al final de la galería, giraron a la izquierda. A continuación, siguieron reptando por el pasadizo.



Al principio no se percataron, pero según avanzaban el techo se iba precipitando poco a poco sobre sus cabezas, estrangulando el paso como un embudo. La situación se complicó cuando descubrieron que ya era demasiado tarde para detenerse: la estrechez del corredor les había aprisionado y era imposible girar los cuerpos en la posición en que se encontraban. Leo estaba al borde del paroxismo. Aquel claustro de piedra era capaz de impresionar al más valiente de los héroes. Se acordó de la historia de los *Sancti Quattro Coronatti* que les había contado Salvador, y de cómo fueron encerrados en ataúdes de plomo para luego ser arrojados al mar. Y sin poder evitarlo sintió escalofríos al imaginar la angustiada tortura que debieron pasar antes de morir.

Entonces tuvo una revelación como respuesta a sus pensamientos: dentro de quinientos años, otros encontrarían sus huesos atascados en aquel cepo para ingenuos.

—¿Crees que deberíamos seguir? —preguntó con voz vacilante.

—¿Eres capaz de andar hacia atrás, como los cangrejos? —Claudia, firme en su propósito, le respondió con otra pregunta.

—Puedo intentarlo.

—¡No me vengas con chorradas! —Ella agachó la cabeza para mirarle por debajo de la axila, en un auténtico gesto de contorsionismo—. ¿De verdad quieres regresar sin saber qué se esconde al final del camino? ¿O prefieres pasarte la vida huyendo de unos fanáticos que buscan abrirte la garganta?

—Me has convencido. —Suspiró resignado; luego añadió—: Solo dime qué ves ahí delante.

Claudia dirigió la linterna a la oscuridad que se abría ante sus ojos. Al final del corredor pudo ver el modo en que se iluminaba lo que parecía ser una sala, más allá de la constreñida angostura por la que habrían de cruzar; tan estrecha en sí, que tendrían que deslizarse con el cuerpo y el rostro pegados al suelo. Lo cierto es que también ella comenzaba a inquietarse por aquella trampa mortal en la que estaban embutidos, y en la que podían quedar atrapados para siempre.

Encomendándose a la diosa de la Fortuna, se deslizaron por la superficie impregnada de lodo embadurnándose cabellos y mejillas. Claudia rezaba en voz baja por un final venturoso mientras su compañero trataba de pensar que solo era un mal sueño, y que pronto despertaría en su casa con ganas de ir al baño. Como ambos reptaban con el rostro ladeado, y a oscuras —ya que, en esa posición, la luz de las linternas quedaba atrapada entre el cuerpo y los muros—, apenas se dieron cuenta de que dejaban atrás la galería y penetraban en una sala de colosales proporciones.

La joven, al sentir que desaparecían las paredes, encendió de nuevo su linterna para enfocar los muros de aquel extraño aposento. Cárdenas, que iba por detrás, miró por encima de su hombro.

Lo que ambos vieron en aquel instante superaba los límites de su imaginación.

El desierto silbó su lóbrega canción de todas las noches mientras el rostro

impasible de la Esfinge contemplaba en silencio el desvelo de los mortales. Dos extraños personajes, vestidos con túnicas de distinto color —azul y púrpura, respectivamente—, se pasearon frente al puesto de guardia situado en la llanura de Gizeh, sin que ninguno de los soldados que custodiaban los hieráticos monumentos les saliera al paso con la intención de detenerlos, ya que sus ojos no estaban preparados para distinguir una realidad que había sido distorsionada por la magia de los sentidos. Eso sí, los centinelas apostados en la garita sintieron en todo momento una sensación de presencia que consiguió erizar el vello de su piel. Era como si alguien, oculto bajo un manto de invisibilidad, los estuviera vigilando desde las sombras que se extendían más allá de los focos que iluminaban el desierto.

Lo cierto es que ya lo habían experimentado en diversas ocasiones, hasta el punto de pensar que podrían tratarse de *djins* errantes deambulando en derredor de las pirámides, en busca de una entrada al mundo subterráneo de los muertos. No solo ellos pensaban así, también el resto de los compañeros que de forma rotatoria cumplían el turno de noche, quienes aseguraban haber escuchado susurros y gemidos mezclados con el ulular del viento.

Las historias de espíritus vinculados al poder de los faraones ya circulaban por El Cairo cuando llegaron los arqueólogos europeos a finales del siglo XIX. Pero fue a partir de aquella época cuando los árabes, siempre supersticiosos, dieron por hecho que en ese lugar, de irresistible encanto, vivían unos demonios que fueron despertados cuando los intrusos que vinieron después profanaron su eterno descanso. Aunque los más ancianos, octogenarios casi todos, reconocían que las almas en pena ya gemían desde hacía siglos a causa de los ladrones de tumbas, y por culpa de quienes se llevaron las doce hiladas de sillares y las enormes piezas que servían de revestimiento a las pirámides, pues en ellas estaban inscritos los mayores misterios de la humanidad. Dichas historias sostenían que fueron los reyes anteriores al Diluvio quienes erigieron aquellos templos consagrados a las artes y a las ciencias. Y no iban desencaminados cuando aseguraban que en la sobrecubierta fueron grabados los cuerpos celestes, así como las posiciones de las estrellas y sus ciclos. Los coptos, descendientes directos de los primeros egipcios, así lo atestiguaban.

Ajenos al pensamiento de los guardias, aunque no tanto a las viejas historias, Balkis y su acompañante cruzaron la meseta como espectros en la noche. Gracias al poder de su magia, podían pasar desapercibidos ante los soldados haciendo invisibles sus cuerpos; don que no poseían los Grandes Maestros. Ese, y otros prodigios, solo estaban reservados para los Custodios del Trono.

Hiram parecía preocupado. Balkis pudo ver en su rostro el gesto impaciente que precede al reproche.

—¿A qué esperas? —le preguntó al ver que no se decidía—. ¿Vas a tardar mucho en decirme lo que te preocupa?

El egipcio hizo como si no la hubiera escuchado, y siguió caminando en dirección a la Gran Pirámide. Al cabo de unos segundos se detuvo, mirando a la persona con la que había compartido media vida en total y absoluto celibato.

—Has decidido reemplazarme sin consultar conmigo. ¿No crees que quizá merezca una explicación?

Balkis se sintió avergonzada, aunque en ningún momento se reprochó el haber actuado a sus espaldas. Sabía que, tarde o temprano, tendría que rendir cuentas. Era imposible ocultarle nada a quien era capaz de leer el pensamiento, otra de las cualidades mágicas que ambos poseían.

—Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo; su tiempo el nacer, y su tiempo el morir; su tiempo el plantar, y su tiempo el arrancar lo plantado... ¿Recuerdas? —Balkis citó los versículos del *Eclesiastés*—. Nuestro tiempo ha concluido. Ahora nos toca sentir la vida, volver a ser humanos... Como una piedra más.

—Yo no podría vivir de otro modo.

Balkis sabía lo obstinado que podía llegar a ser su compañero.

—Sí, es edificante lo que hacemos —reconoció Balkis—. Pero hemos de dejar paso a una nueva generación de Custodios. Nuestros cuerpos están próximos a desencarnar. Deberíamos aprovechar lo que nos queda de vida como un regalo de Dios.

—No quiero pensar en eso ahora... —Hiram volvió su mirada hacia la Gran Pirámide—. Además, tú ya has decidido por los dos.

Trató de no tomárselo en cuenta. Desde que Sholomo y el resto contrataran a una asesina a sueldo para acabar con la vida de un inocente, la alegría contagiosa de Hiram se tornó en desesperada tristeza. Para él, pragmático sufista que odiaba la violencia, saber que habían incumplido una de las leyes más sagradas de Dios se convirtió en una herida difícil de cicatrizar. Buscar razones en la preservación de los misterios no les satisfacía a ninguno, pero acataron con entereza la decisión tomada por el Magíster. Otra cosa distinta era compartir el criterio de exterminio promulgado por algunos de los miembros más conservadores del Consejo. De ahí que Balkis, que estaba por encima de ellos, hubiera decidido actuar a espaldas del resto. Se trataba de poner fin a la controversia, y a la vez aprovechar la situación para declinar la balanza en su propio beneficio. Leonardo Cárdenas tendría una oportunidad de vivir, pero únicamente si sabía aprovecharla.

Siguieron caminando en total silencio, envueltos en su propia invisibilidad. La sustitución de sus cargos era un asunto que debían tratar en otro momento. Ahora tenían que cumplir con su deber.

Al cabo de unos minutos alcanzaron los aledaños de la Gran Pirámide. Fueron directamente hacia el lado norte, situándose bajo la entrada de acceso que se abría

varios metros por encima. Balkis se acercó a los enormes bloques de granito alineados de forma escalonada frente a la planicie. Y extendiendo su mano, exclamó:

—*¡Qotor chor chii ykar! ¡Dair ytol dom okchor! ¡Ychol ykam daiin dar dyam!*

Segundos después escucharon el deslizarse de los sillares unos sobre otros, de forma que una de las enormes piedras que circundaban la base de la pirámide fue retrayéndose hacia dentro hasta dejar paso a una galería con un nivel descendente, pasadizo iluminado por un destello de luz que parecía provenir del centro de la Tierra. Hiram y su acompañante bajaron las escalinatas. La piedra de granito volvió a encajar de nuevo en su sitio.

Ellos iban de un mundo a otro. Tal era el poder de quienes custodiaban el *Kisé* del Testimonio.

## Capítulo 25

—¡Dios mío, Leo...! ¿Has visto eso?

Al bibliotecario le fue imposible abrir la boca. Estaba tan impresionado por lo que tenía ante sus ojos que le costaba pensar con claridad. La pregunta de Claudia quedó sin respuesta; y ambos continuaron embelesados, con la boca abierta, admirando los dibujos y las frases inscritas en los muros de piedra.

La sala donde se encontraban debía tener unos diez metros de largo por seis de ancho, con una elevación que superaba los tres metros. En el centro se erigía una plataforma escalonada —de la altura de un hombre normal—, que finalizaba en una base rectangular completamente lisa. Estaba fabricada de un granito bastante más pulido que los sillares utilizados para la construcción de las catedrales. Los peldaños, que se iban estrechando según subían por los cuatro lados —tal vez orientados hacia los distintos puntos cardinales—, llevaban inscritos glifos y marcas astronómicas. No había nada sobre la base, aunque parecía destinada a soportar algún tipo de propiciatorio o tabernáculo. En las paredes descubrieron frases sueltas escritas en varios idiomas, tales como el latín, el castellano antiguo y el hebreo, junto a figuras geométricas e inscripciones cabalísticas emparentadas de algún modo con la alquimia. Reconocieron el tipo de escritura como gótica textual, la misma que se utilizó en la elaboración del criptograma, lo que significaba que su autor bien pudo ser el propio Iacobus de Cartago.

Leonardo aprovechó para grabar en DVD tales maravillas, rogándole a Claudia que enfocara con la linterna las paredes de la sala. Fue entonces cuando descubrieron, a un lado y otro de la sala, sendos corredores que conducían a otros recintos que eran copia idéntica del primero, nada más que con distintos dibujos y nuevas frases que encerraban semejantes incógnitas. Optaron por tomar el camino de la derecha, que los condujo a una sala que, a su vez, los llevó a otra, y esta a otra más, y todas de las mismas dimensiones. Fueron de un lado a otro, atraídos por el deseo de autenticar aquel prodigio arquitectónico que se extendía bajo la catedral de Murcia, ese laberinto de galerías que, como en un juego de niños, comunicaba todas sus estancias de forma que quien se adentraba en ellas volvía irremediabilmente a la sala principal. Eran siete, y sobre el dintel de entrada descubrieron, colgadas del techo, otras tantas campanas que variaban de tamaño dependiendo del recinto en el que se encontraran.

Aunque a simple vista era difícil distinguir las palabras, debido a las sombras que proyectaba la linterna, pudieron leer correctamente varias de las frases en latín y en castellano inscritas en los muros. Se trataba de un nuevo mensaje de Iacobus:

*In triangulis oculus Dei est.*

—El ojo de Dios está dentro del triángulo —tradujo Claudia, acercándose a uno de los muros que tenía pintada una estrella de David en el centro.

Cárdenas bajó la cámara, dejando de grabar por un instante. Fascinado, arrugó la frente.

—¿Es posible que se refiera a los triángulos entrecruzados que constituyen el símbolo de Israel? —preguntó.

Su compañera se encogió de hombros, deshaciéndose de aquel acertijo para ir al otro lado del muro en busca de nuevas frases.

En esta ocasión descubrieron varios párrafos escritos en hebreo —tal vez citas pertenecientes al *Talmud*—, y una serie de dibujos circulares donde se encerraban distintos triángulos y líneas rectas sin definir; y números, y letras colocadas al azar. Al no conocer el idioma, les fue imposible traducir aquel galimatías, pero Leonardo se esforzó por grabar con la videocámara todo cuanto estuviese inscrito en las paredes. Ya tendrían tiempo de estudiar a fondo las imágenes cuando se encontraran a salvo en casa de Riera.

No llevaban ni diez minutos allí, y ya se sentían parte de aquel lugar. Claudia estaba tan excitada que no cesaba de ir de una sala a otra, ansiosa por traducir todo cuanto en latín estaba en su mano. Él, cuya frialdad era una virtud congénita asociada a los Cárdenas, trataba de enfocar el descubrimiento desde el punto de vista racional, sin dejarse llevar demasiado por las emociones. Lo primero que debían hacer era iniciar la búsqueda del diario antes de que los descubrieran. Había oído decir que el tiempo, cuando estás bajo tierra, se detiene. Una persona podía tener la impresión de estar veinte minutos allá abajo, y luego descubrir que en realidad había transcurrido algo más de una hora. Por eso intentó llamar la atención de Claudia, para que se centrara en lo que realmente habían venido a hacer.

—Deberías comunicarte con tu tío —le recordó con criterio—, o de lo contrario creerá que nos ha ocurrido algo... Ya sabes lo aprensivo que es.

La joven dejó a un lado la traducción que estaba llevando a cabo, mirándole con gesto de sorpresa. Lo había olvidado por completo.

—Espera, voy a intentar que esto funcione... —Sacó el transmisor del bolsillo de su pantalón—. Aunque no estoy segura si aquí dentro, encerrados...

Dejó la frase sin terminar, frunciendo el ceño al oír el bullicioso sonido que producían las interferencias. No iba a ser fácil la comunicación.

—Aquí Alfa. ¿Me recibes, Omega...? Cambio... —Aguardó unos segundos antes de volver a intentarlo—. Alfa desde el interior... Tito, ¿me recibes? Cambio.

No hubo respuesta, tan solo el zumbido persistente de las ondas hertzianas. Al cabo de un rato escucharon lo que parecían palabras incompletas.

—... ecibo... cuitad... ¿...onde estáis...? ¿...béis encontra...?...ambio.

—Voy a tener que reptar de nuevo si quiero llegar hasta el foso —dijo Claudia,

segura de sí misma—. Es la única forma de decirle a mi tío que estamos bien y que necesitaremos algo más de tiempo para encontrar el diario.

—Si quieres mi opinión, creo que es mejor buscarlo ahora y dejar que Salvador saque sus propias conclusiones... —Leo no estaba dispuesto a correr riesgos innecesarios, y por ello insistió—: Si yo fuera el que estuviera arriba, tendría un poco más de paciencia... —Sintió la boca seca—. Hemos oído su voz, aunque entrecortada. Y por lo que deduzco, también él nos ha escuchado y sabe que estamos bien.

Claudia reflexionó unos segundos la propuesta de su compañero, aunque no pareció convencerla. Después le propuso:

—Mira, vamos a hacer una cosa... Tú te quedas aquí, grabando todo lo que puedas, y de paso tomas anotaciones de lo que creas importante... —Se mordió el labio inferior—. Lo siento, pero he de comunicarme con mi tío. Necesito tranquilizarle y advertirle de que nos vamos a retrasar un poco.

Aferrándose con decisión a la mano de Leonardo, tiró de él con el fin de hacer juntos el camino de vuelta a la sala principal, donde se encontraba el pasadizo de salida.

Una vez allí, le dio un beso en los labios antes de introducir sus brazos extendidos —hacia delante, en un principio, y luego su cabeza— en aquel orificio cuadrado que se ajustaba a sus hombros como un traje a medida. Su único consuelo era que, según avanzara, el camino se iría dilatando. Aun así, la impresión de estar encerrada en un ataúd de piedra resultaba una experiencia bastante real los primeros metros, angustiada.

Cárdenas se sintió el hombre más solo del mundo nada más verla desaparecer. Notó un extraño nudo en el estómago.

Decidió seguir investigando antes de que la soledad y la claustrofobia comenzaran a ser un problema. Se acercó al estrado central de la sala iluminando los ángulos ensombrecidos de los escalones. Contó siete peldaños por cada uno de los lados, al igual que el número de estancias comunicadas entre sí. Aquello, según pensó, era un detalle hartamente revelador. Su curiosidad, aliñada con un poco de imaginación, le llevó a buscar algún tipo de resorte oculto por entre las piedras que pudiera abrir una pequeña puerta o escondite secreto. Estuvo palpando la superficie sin encontrar nada, pero le resultó extraño que estuviera tan extremadamente bien pulida. El tacto le recordó el granito de las escaleras del edificio donde vivía. Luego se fijó bien en los siete glifos grabados en los distintos escalones. Eran los símbolos de los planetas utilizados en la alquimia, por lo que creyó conveniente dibujarlos en su bloc para un posterior y detenido estudio; además de grabar en DVD dichos elementos.

Tras un prolongado esfuerzo por hallar un resorte, o peldaño hueco donde pudiera

haber escondido el diario, tuvo que desistir del empeño y reconocer su fracaso. Aquellas piedras eran compactas, además de perfectas; como si el pedestal granítico estuviese fabricado de una sola pieza.

Fue entonces hacia la pared de enfrente con el fin de analizar las frases escritas, e intentar traducirlas. Pero antes de enfocar el muro de piedra, decidió cambiar el DVD de la cámara —que estaba finalizando— por otro sin usar. De esta forma podría seguir con la grabación y ampliar en todo lo posible el reportaje. Más tarde, la guardó en uno de los amplios bolsillos de sus pantalones de corte militar. Luego encendió la linterna, acercándose a los textos escritos en latín.

En uno de ellos pudo leer:

### **Música divinitiorum**

Y en otro:

### **Sonitus silentes silentio noctis est**

—¿La música de las divinidades? ¿Sonidos silenciosos en la quietud de la noche? —Se preguntó a sí mismo en voz alta—. ¿Qué narices querrá decir eso?

Entonces recordó las campanas de distinto tamaño que colgaban por encima de las entradas principales a las salas. Tal vez, haciéndolas sonar consiguiera abrir algún pasadizo en el muro que lo llevase hasta el diario, según calculó en un momento de entusiasmo. Estaba tan desesperado, que fue lo único que se le ocurrió.

Comenzó por la más grande, situada en la sala donde estaba en aquel momento. Cogió la cuerda del badajo con sumo cuidado, sopesando si debía actuar por su cuenta o esperar a Claudia. Decidido a arriesgarse, dio un tirón en seco hasta que la pieza de metal golpeó la campana. El eco vibrante del sonido se expandió por los siete aposentos hasta perder intensidad. El tono había sido demasiado grave, abrupto como una sacudida. Pero no ocurrió nada. Ningún sillar vino a desplazarse de su sitio para dar paso a una cámara secreta.

Fue directamente hacia el corredor de la derecha, que comunicaba con la siguiente sala, llevado por una intuición. Una vez allí, repitió de nuevo su experimento. La campana, cuyo tamaño era algo menor que la primera, sonó de un modo distinto; a una escala por debajo.

Volvió a intentarlo en la tercera estancia, y en la cuarta. Y así sucesivamente hasta llegar a la última, donde el cimbalillo era de un tamaño tan sumamente reducido que



el sonido que produjo le recordó al máspreciado cristal de Bohemia. Aquello solo podía significar una cosa, que cada una de las salas estaba representada por las siete notas musicales.

Era tal el interés que sentía por su descubrimiento, que no advirtió la sombra amenazante que se deslizaba sigilosa, que se acercaba por detrás. Cuando su sexto sentido le puso en alerta, ya era demasiado tarde. Por el rabillo del ojo descubrió que no estaba solo allí abajo.

Lo último que sintió, antes de perder la consciencia, fue un golpe en la nuca y la impresión de que todo daba vueltas a su alrededor.

Luego, el silencio.

## Capítulo 26

Cuando abrió los ojos, casi lo devora la oscuridad apocalíptica de la sala. Lo primero que le vino a la cabeza, quizá debido a ese interés que últimamente sentía por Allan Poe tras encontrar la clave del manuscrito, fue que era el protagonista del relato *El pozo y el péndulo*, y que se encontraba maniatado al borde de un abismo insondable mientras una cuchilla afilada descendía del techo yendo de un lado hacia el otro. Trató de pensar, de recordar lo último que había sucedido antes de perder la consciencia. Aunque primero debía iluminar el recinto para ver si se encontraba, todavía, en los subterráneos de la catedral.

Se incorporó con cierto dolor de cabeza. Tanteó la superficie del suelo buscando la linterna, y no se sintió a salvo hasta que la hubo rozado con la punta de los dedos. Con una sensación de ánimo indescriptible, empujó hacia arriba el interruptor y un haz de luz le devolvió a la realidad. Estaba en la séptima sala, a un paso de la primera. Sin embargo, notó que algo había cambiado desde que perdiera el conocimiento. Trató de recordar qué era ese detalle tan importante que le ocultaba el subconsciente, ese sentirse desnudo tras el golpe en la cabeza. Y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que le habían robado la cámara de grabar y el bloc de notas.

Se deslizó hasta la sala principal haciéndose una idea de lo ocurrido. Pensó en Los Hijos de la Viuda, y en esa capacidad instintiva que los conducía al lugar exacto en el momento adecuado. Era evidente que los habían seguido a pesar de todas las precauciones tomadas, y también que entraron por el mismo lugar que ellos. Pero lo peor de todo era no saber por qué seguía con vida cuando lo normal era que lo hubiesen degollado.

Entonces le vino a la memoria la imagen de Claudia ascendiendo la estrecha galería en busca de Salvador. Irremediablemente tuvo que encontrarse con ellos por el camino; por lo que, tal vez, también ella y su tío debían haber sufrido algún tipo de agresión. Prefirió pensar que estaban heridos, o inconscientes, a imaginárselos muertos. En su impotencia, cualquier esperanza de vida sería aceptada como única respuesta a sus preguntas.

Decidido a no esperar más, metió la cabeza en el estrecho pasadizo a pesar de la claustrofobia que sentía. Durante unos minutos, que le parecieron semanas, estuvo deslizándose por ese maldito agujero que le obligaba a torcer la cabeza hacia un lado, de querer avanzar. Los dedos de sus manos tuvieron que aferrarse a las juntas de separación entre los sillares para tomar impulso y seguir avanzando, pues no existía otro modo de hacerlo.

Al cabo de un tiempo, el corredor se fue ensanchando y su cuerpo pudo sentir de nuevo esa sensación de libertad que le proporcionaba la amplitud de espacio. Finalmente llegó hasta el zócalo del foso, después de cruzar la ventana cuyos barrotes

tuvieron que cortar al principio. Miró hacia arriba. No vio a nadie, pero sí las cuerdas que aún colgaban desde lo alto y el resto de la indumentaria, incluyendo el arnés y el mosquetón; aunque faltaban los de Claudia.

Se colocó de nuevo el equipo y comenzó a ascender sin tomarse la molestia de ponerse el casco de seguridad, angustiado por la incógnita de saber qué iba a encontrarse allá arriba. Apenas faltaban unos metros cuando se vio sorprendido por la luz del sol. Se había hecho de día. Aquel detalle no hizo sino acelerar su labor, pues lo único que faltaba era que lo descubrieran los empleados de la empresa de reformas y lo denunciasen a la policía.

Cuando por fin asomó la cabeza suspiró de alivio: el lugar estaba desierto. Pero, por otro lado, también resultaba una contrariedad. Claudia y su tío habían desaparecido, y eso significaba que estaban en poder de aquellos fanáticos. Por un instante se sintió impotente, y luego tuvo un increíble deseo de gritar. Estaba enfadado consigo mismo. Se reprochó el haberla dejado marchar.

En el reloj de la catedral sonaron tres cuartos. Leonardo se imaginó, debido a la posición del sol, que debían de ser las siete y tres cuartos, por lo que tenía el tiempo justo de recoger su mochila y colocar de nuevo el enrejado del suelo, antes de que se incorporase a trabajar el equipo de reformas. Sin pensar en otra cosa que desaparecer, se apresuró a guardar en su mochila el arnés y las cuerdas. No se detuvo a recapacitar en lo extraño que era el hecho de que no solo hubiesen desaparecido sus compañeros, sino también sus sacos y pertenencias. Su cerebro estaba obstruido; lo único importante en aquel momento era abandonar el lugar. Necesitaba huir de allí, lo primero, y luego buscar el modo de encontrar a Claudia y a Salvador. Estaba seguro de que los habían secuestrado Los Hijos de la Viuda, pero no tanto de si aún seguían con vida.

La incertidumbre se aferró a sus pensamientos mientras abandonaba su escondrijo y corría hacia la plaza de los Apóstoles sin volver la vista atrás.

En aquel mismo instante, muy lejos de allí, una furgoneta con el anagrama de la compañía de teléfonos se detuvo en un edificio de seis plantas situado al final de la Nnesebeck Strasse, frente a la universidad Técnica de Berlín. De ella se bajaron dos hombres de mediana edad vestidos con ropa de trabajo. Sin perder tiempo fueron hacia las escalinatas de entrada. El conserje del edificio se adelantó a abrirles la puerta nada más escuchar el estridente sonido del timbre. No esperaba a nadie a esa hora de la mañana, y mucho menos que viniesen a arreglar nada en alguno de los apartamentos. Lo primero que hizo fue pedirles la documentación.

—¿Y dicen que les ha llamado la señorita Weizsäcker? —Quiso cerciorarse antes de dejarlos pasar.

—A nosotros nos han pasado el aviso desde la central —contestó el más alto en tono neutro, muy profesional, encogiéndose de hombros a continuación.

Con este gesto le daba a entender que ellos no hablaban directamente con los usuarios, sino con las secretarías de la empresa.

Tras echarle un vistazo a sus tarjetas identificativas, el envarado conserje les aconsejó que cogieran el ascensor, recordándoles que el piso de la joven Frida se encontraba en la quinta planta, letra C.

Minutos después, los empleados de la compañía de teléfonos se detenían frente al apartamento que les habían indicado. Miraron a ambos lados del pasillo. Todo estaba en calma. Rápidamente, se colocaron guantes de látex en las manos antes de abrir la cerradura con una de las varias ganzúas que llevaban consigo. Entraron en silencio en el piso. Se oyó correr el agua en la ducha, tras la puerta entreabierta del cuarto de baño.

El sicario que permaneció callado cuando los detuvo el conserje le hizo un gesto a su compañero, indicándole que no perdiese el tiempo. Este asintió, señalando a su vez una habitación donde podía verse un cúmulo de papeles amontonados junto al ordenador que había sobre el escritorio. Luego sacó una automática de detrás del pantalón, enroscando con acierto el silenciador a la vez que empujaba lentamente la puerta del baño. Frida estaba de espaldas tras la mampara de cristal, dentro de la ducha, por lo que no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que cerró el grifo del agua y se giró en busca de la toalla. Su primera reacción, al ver a un desconocido apuntándola con un arma, fue la de quedarse paralizada debido a la sorpresa. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. El primer disparo atravesó su frente; el segundo, el corazón. Su cuerpo se desplomó inerte sobre el pie de ducha, dejando a su espalda un reguero de sangre por todos los azulejos.

Mientras tanto, el otro seguía buscando en los papeles del despacho la traducción del manuscrito. Al ver a su compañero en la habitación, guardándose de nuevo la automática, dedujo que la joven había dejado de ser un problema y que podían actuar con placidez. Nadie vendría a interrumpirles.

—¡Vamos, acércate! —le instó—. Necesito que me eches una mano. Aquí debe haber un millar de folios.

Estuvieron ojeando los papeles de Frida durante unos minutos, hasta que finalmente encontraron varias hojas con apuntes relacionados con el manuscrito de Toledo. Lo guardaron todo en un sobre grande de correos, cerrándolo a continuación con el fin de que quedara precintado. Luego se marcharon con total impunidad, silbando una cancioncilla entre dientes.

Cuando el conserje del edificio los vio marcharse, pensó que aquellos tipos debían de ser muy buenos en su trabajo: apenas habían tardado veinte minutos en detectar la avería y enmendar el problema.

## Capítulo 27

Corrió todo lo que pudo hasta que llegó a la Glorieta de España. Tras bajar las escalerillas que conducían al aparcamiento subterráneo, fue directo hacia la plaza de garaje donde Salvador había aparcado el coche, pero en su lugar encontró un Peugeot de color gris perla bastante más antiguo. Hizo una expeditiva valoración de los hechos: Claudia y su tío habían desaparecido junto a sus mochilas, y ahora también su coche. Era como para volverse loco.

Estaba desorientado. No sabía dónde ir, ni qué hacer. Lo primero que le vino a la cabeza fue tomar un autobús que le llevase a Santomera y tratar de buscarlos allí, en casa del arquitecto; entre otras cosas porque dentro de la hacienda tenía el resto de sus pertenencias, además de ser el lugar más seguro de momento. Necesitaba detenerse un instante a reflexionar, sin sentirse vigilado.

Volvió a subir las escaleras del subterráneo con el fin de dirigirse a la estación de autobuses, situada en el barrio de San Andrés. Cruzó la Gran Vía a la altura del Hotel Reina Victoria, donde un policía que dirigía el tráfico lo miró de arriba a abajo de forma inquisitiva. Se temió lo peor, pues parecía decidirse entre llamarle la atención por atravesar el paso de cebra cuando el semáforo estaba en rojo, o pedirle que se identificara; o quizá ambas cosas. Creyó que lo mejor sería alejarse hacia la izquierda, cruzando la calle lo más rápido posible. A continuación dobló la esquina del hotel para ir hacia la plaza de abastos.

Justo a la altura del Palacio Almudí sintió vibrar su móvil en el bolsillo del pantalón. Al ir a cogerlo, creyendo que podía ser Claudia, sus manos tropezaron con el DVD que casualmente había cambiado poco antes de que le golpearan en la cabeza. Se olvidó de ella por el momento. Ahora debía atender la llamada.

En el visor pudo ver un número de teléfono móvil. No supo reconocerlo.

—¿Sí...? —preguntó con recelo.

—Buenos días, Leo... Soy Nicolás... —Escuchó la voz del abogado—. Hace unos minutos que acabo de llegar de Madrid. Estoy en Murcia. Supongo que tendrás una ligera idea de cuál es el motivo de mi visita.

—¿Colmenares...? ¡Gracias a Dios! —exclamó, aliviado de escuchar una voz amiga—. Oye, si es cierto que estás en Murcia necesito que me eches una mano y vengas a recogerme. He de hablar contigo lo antes posible.

—Tranquilo —le dijo—, para eso hemos venido. Si estamos aquí es para ayudarte.

—¿Estamos...? —inquirió, perplejo—. ¿Acaso está contigo la policía?

Por unos segundos creyó que venían a detenerlo.

—Por supuesto que no —respondió Colmenares—. Me acompaña una mujer a la que no conoces, pero que puede aportar nuevos datos al asunto que te ha traído hasta

aquí.

—Si es una tal Cristina Hiepes, he oído hablar de ella... —Arrugó la frente—. Mercedes estaba dispuesta a inmiscuirse en la investigación sin sopesar las consecuencias.

—Creo que perdemos el tiempo hablando por teléfono. Lo mejor será que me digas dónde te encuentras para ir a recogerte.

El abogado pensó que debían conversar cara a cara.

—¿Sabes dónde está la Glorieta de España, frente al Ayuntamiento?

—Creo que sí —contestó—. Lo cierto es que acabamos de pasar junto al río y la hemos visto al otro lado.

—Debéis cruzar el puente que une Torre de Romo con el hospital de la Cruz Roja. A continuación, dirígete hacia la Glorieta de España... —le aconsejó—. Yo os esperaré junto al semáforo que hay antes de bajar al aparcamiento subterráneo... — luego, añadió alterado—: ¡Por favor, ven lo antes que puedas!

—¿Sucede algo que deba saber?

—Ya te lo explicaré cuando nos veamos.

Cortó la comunicación. No tenía ganas de seguir hablando. Estaba realmente agotado. Tras dar media vuelta, regresó de nuevo a la Glorieta de España.

Lilith abandonó el apartamento a primera hora de la mañana, pero antes les dejó una nota en la cocina diciéndoles que tenía una cita con el vicerrector de la Facultad, a eso de las nueve.

Tras coger nuevamente un taxi, se dirigió hacia la avenida Juan Carlos I con el fin de recoger su coche, el cual había dejado aparcado en el *parking* del centro comercial Zig-Zag porque no quiso que nadie vinculara su Corvette con aquellas dos arpías. Luego se dirigió a Santomera sin perder más tiempo. Guardó en su chaqueta la dirección correspondiente al número de teléfono que le proporcionara la directora de la casa de subastas. Conseguirla fue de lo más fácil. Cotejó el segundo prefijo con las correspondientes pedanías y pueblos de la comunidad autónoma. De este modo pudo saber que pertenecía a Santomera. A continuación, lo único que tuvo que hacer fue ocultar con una cartulina los números alineados verticalmente en las páginas, dejando visibles tan solo las tres últimas cifras. Así, pudo ir descartando los que no terminaban igual; hasta hallar la coincidencia.

Después de conducir unos minutos en dirección a Alicante, dejó la autovía para tomar la salida de Santomera. Poco después se detuvo en el centro del pueblo, a fin de preguntar dónde vivía el amigo de Leonardo Cárdenas, entre otros motivos porque el domicilio era bastante confuso al no corresponderse con una calle, sino más bien con un paraje o camino: Senda del Esparragal. Un joven en ciclomotor le indicó el camino a *la cueva del arquitecto*, que era como la conocían en el pueblo. Lilith le dio las gracias por la información, y se marchó hacia las afueras con una ligera idea de

por dónde debía torcer a la derecha y cuándo habría de hacerlo a la izquierda.

Dejó la carretera para tomar un camino que rodeaba un campo de hortalizas. A unos cien metros más adelante encontró una finca en la que crecían toda clase de árboles, cactus y palmeras. Detuvo el coche a unos metros de la puerta de entrada. Bajó la ventanilla y se quitó las gafas de sol. Desde donde estaba podía verse la fachada principal de la singular cueva. Lo cierto es que le asombró el ingenio de aquel hombre, capaz de aprovechar la caprichosa formación de la naturaleza para construir su residencia.

Aun así, no vio a nadie por los alrededores. Ni tan siquiera un vehículo. Debían estar fuera.

A unos metros del camino descubrió varias furgonetas y coches aparcados en un prado donde se amontonaban las balas de paja para las bestias, junto a una casucha con un viejo letrero de una conocida marca de gaseosa colgado sobre la puerta. Dedujo que era una venta destinada a servir cafés y licores a los campesinos que faenaban por las tierras colindantes. No era su intención entrar en un sitio cuyo olor debía ser repulsivo, y no solo por la gran cantidad de hombres bebiendo aguardiente a esas horas de la mañana, también por la insalubre apariencia y los muchos años que parecían arrastrar los desvencijados muros y el tejado del local. No obstante, pensó que podía aparcar junto a los demás vehículos y esperar a que entrase o saliese el dueño de la finca, quien posiblemente iría acompañado del hombre que buscaba.

Arrancó de nuevo y fue hacia la explanada que había a su derecha. Buscó un lugar donde tuviese buena perspectiva, y sobre todo, visibilidad. Lo encontró al inicio del aparcamiento, frente a la carretera.

Nuevamente se dedicó a esperar pacientemente a su presa.

No le importó porque formaba parte de su trabajo.

## Capítulo 28

El Audi de Colmenares se detuvo unos metros antes de llegar a la pendiente de bajada al aparcamiento. Leonardo se precipitó sobre el automóvil, abriendo la puerta de atrás.

—¡Menos mal que has venido! —afirmó. Después arrojó dentro la mochila—. La gente no paraba de mirarme como si fuera un bicho raro.

Sus ojos se encontraron con los de una mujer de unos treinta y pocos años, bastante atractiva, que iba sentada junto a Nicolás. Su sonrisa le cautivó al instante. Debía ser Cristina Hiepes.

Entonces, sin saber por qué, tuvo la sensación de estar haciendo el ridículo.

—Si yo me encontrase con alguien vestido de esa forma —puntualizó la criptógrafa—, también lo observaría por encima del hombro.

—Te presento a Cristina —dijo Nicolás, incorporándose a la vía tras colocar el intermitente—, tu nueva ayudante.

—Encantado.

Le estrechó la mano.

—¿Existe una razón que yo no sepa, para ir vestido de ese modo? —preguntó Colmenares, sin apartar su mirada de la carretera.

—Es una larga historia... —repuso misterioso. Se echó el pelo hacia atrás con ambas manos, agobiado por las circunstancias—. Antes de poneros al corriente necesito que me llevéis a Santomera, un pueblecito que hay a las afueras. He de comprobar una cosa... —Entonces, añadió con voz hueca—: Es importante.

—Dinos, por lo menos, si has encontrado el diario del picapedrero —insistió el abogado—. Es lo único que necesitamos saber.

Leonardo dudó unos segundos.

—No... Todavía no —contestó finalmente—. Pero hay algo peor. Los Hijos de la Viuda me han estado siguiendo.

—¿Estás seguro? —Fue Cristina quien preguntó esta vez.

Afirmó en silencio y luego siguió hablando:

—Os contaré mi historia cuando llegemos a Santomera... —prometió. No estaba dispuesto a satisfacer la curiosidad de nadie, no sin antes haber puesto en orden sus ideas—. Hasta entonces, necesito descansar. No he dormido en toda la noche, tengo un chichón en la cabeza que parece una almendra, y he perdido algo de mucho valor. Demasiadas aventuras para una sola noche.

—Debes perdonar mi insistencia —porfió Cristina—, pero creo que no sabes lo importante que es para nosotros detener a esos criminales.

Cárdenas arqueó las cejas inquisitoriamente.

—¿Qué eres, bibliotecaria o policía? —Estaba furioso. Esperaba que supieran



comprender su situación—. ¿Me vas a explicar de qué va todo esto? —Su pregunta iba dirigida a Colmenares—. ¿Puedes decirme por qué está ella aquí?

—Escucha, Leo —comenzó diciendo Nicolás, y lo hizo con firmeza—. La investigación ha estado sufragada desde el principio gracias al dinero de Mercedes. En ella nos hemos visto envueltos todos nosotros, muy a nuestro pesar. Yo, como abogado y albacea de la difunta, y con el beneplácito de esta en vida, represento ahora sus intereses hasta la lectura del testamento. Hace unos días me rogó que si le ocurría alguna desgracia me pusiera al frente de la búsqueda. Me dijo que Cristina y tú debíais seguir adelante, juntos. La verdad es que la señorita Hiepes nos está haciendo un gran favor. No hay nadie que conozca mejor que ella la interpretación cabalística y esotérica que rodea el mundo de la masonería.

Leo se echó a reír, y lo hizo de forma espontánea, sin valorar las consecuencias de su actitud. Luego, al darse cuenta de que la aludida lo observaba con insufrible paciencia, trató de disculparse.

—Lo siento, no me reía de tus aptitudes. Es que me ha hecho mucha gracia que Nicolás piense que este asunto es algo así como una transacción comercial entre dos firmas, cuando en realidad es bastante más complejo... —Pensativo, se rascó la barbilla—. Vosotros venís desde Madrid con una historia distinta a la mía, con una idea preconcebida de lo que tenemos que hacer o no, como si todo fuera tan fácil. Pero existe un problema. Aquí, en Murcia, hemos vivido una situación que no habíamos previsto y dos nuevos inocentes han sufrido las consecuencias. No sé si seguirán con vida. Por lo pronto han desaparecido.

—¡Lo sabía...! ¡Le contaste a Claudia lo del manuscrito! —Colmenares lo miró enojado por el espejo retrovisor—. La otra tarde, cuando se ausentó para solventar cierto asunto doméstico, fue a verte a tu casa... —Resopló dos veces—. ¿No es cierto?

—Reconozco que fue un error, pero tuve que hacerlo.

—¡Nadie más debía saber el auténtico motivo por el que asesinaron a Jorge! —El abogado estaba furioso—. Me sorprende tanta irresponsabilidad.

Cárdenas optó por poner las cosas muy claras.

—¿Recuerdas...? Claudia y yo mantenemos una relación que va más allá de la casa de subastas y sus normas —replicó mordaz—. Tuve que prevenirla.

—Está bien, será mejor que nos tranquilicemos... —Fue la opinión de Cristina—. Ya no tiene remedio... Deberíamos llevar a Leo a Santomera y ver qué nueva sorpresa nos tiene preparada. Si es de su agrado contarnos lo ocurrido, lo escucharemos. Si no, ya habrá tiempo para hablar cuando se haya calmado... ¿Te parece bien así? —Su pregunta iba dirigida a quien viajaba detrás de ella.

—Perfecto —contestó Leonardo, cerrando los ojos al tiempo que estiraba su cuerpo.

El abogado guardó un prudente silencio, aunque le hubiera gustado prolongar la conversación y averiguar de dónde venía vestido de ese modo tan ridículo. Sin embargo, Cristina tenía razón: debían darle un poco más de tiempo.

Estuvo conduciendo sin decir palabra hasta que llegaron a Santomera.

Una vez allí, Leonardo le fue indicando el camino que debía seguir. Atravesaron el pueblo, y ya a las afueras se incorporaron a una vía comarcal. A un par de kilómetros se desviaron para coger otra carretera que finalmente los llevó a una finca cercada, provista de luengos y puntiagudos barrotes. Tras la puerta de hierro, cerrada en ese instante, pudieron contemplar la majestuosa fachada de la cueva y los soberbios jardines que la precedían. Tanto Nicolás como su acompañante quedaron sorprendidos al ver aquella obra maestra de la arquitectura.

—¡Es increíble! —Cristina se bajó del coche llevada por la curiosidad.

Los hombres la imitaron, yendo todos juntos hacia la puerta principal con el fin de atisbar a través de los barrotes pintados de negro.

Leonardo trató de ver si encontraba indicios del regreso de Salvador y Claudia al punto de partida. Existía la posibilidad de que se hubieran visto forzados a marcharse sin poder avisarle, esperando que supiera interpretar su desaparición como una retirada estratégica. Tal vez estuvieran dentro, en casa, creyendo que era él quien estaba en manos de los asesinos. En todo caso, no vio por allí el automóvil de Riera.

—Bueno... ¿Vas a explicarnos el motivo de que estemos aquí? —preguntó Colmenares, tras observar unos segundos el singular comportamiento del bibliotecario.

—Espera un momento.

Sin prestarle mucha atención, Cárdenas fue hacia el pilar izquierdo de entrada para apretar el timbre del video-portero atornillado en la piedra. No hubo respuesta. Volvió a insistir de nuevo, pero fue inútil. No había nadie.

—He de suponer que conoces al dueño de esta finca —insistió el abogado, esperando averiguar el sentido de su presencia en aquel lugar.

—No están... —murmuró—. ¡Joder, no están aquí! —exclamó. Repentinamente exaltado, golpeó con fuerza la placa del telefonillo.

—Deberíamos irnos —propuso Cristina, al comprobar que los conductores de los vehículos que circulaban por la carretera aminoraban la marcha para observarlos con cierta desconfianza—. Estamos frente a una propiedad privada, discutiendo entre nosotros mientras observamos descaradamente el interior. Y eso no es lo más prudente para unos forasteros como nosotros.

—¡Ahí dentro he estado viviendo los últimos tres días! —le espetó Leonardo de forma abrupta—. Y eso me concede ciertos privilegios. Es más, desearía recoger mis pertenencias.

Se aferró a los barrotes e hizo el ademán de subirse al murete de piedra con el fin

de saltar la verja. El abogado lo sujetó del brazo antes de que cometiese una locura.

—Cuéntaselo a la policía si pasan por aquí y te sorprenden al otro lado del muro —añadió Colmenares, harto de tanta monserga.

—¡Por favor, Leo! —le suplicó Cristina—. Siempre podremos volver en mejor momento, ¿no crees? Ahora necesitas cambiarte de ropa y asearte un poco. Propongo que vayamos a un hotel a descansar un par de horas tras una buena ducha. Pero antes nos detendremos en alguna *boutique* a comprar una camisa decente y un pantalón de tu talla. —Y sonriendo irónica, añadió—: No creo que te dejen entrar de ese modo.

Leo reconoció no estar preparado para seguir buscándolos. Cristina tenía razón. Debían encontrar un sitio donde descansar. Él, por lo menos, lo necesitaba. Se había convertido en un manojo de nervios, y sus pensamientos eran cada vez más erráticos.

Estuvieron los tres de acuerdo en regresar a Murcia y hospedarse en un hotel del centro. Pero antes de volver a subir en el vehículo, Leonardo les hizo una confidencia en voz baja:

—¿Queréis saber dónde he pasado la noche, y el motivo de que vaya vestido así, digamos que de esta forma tan ridícula?

Nicolás se sorprendió de su cambio de parecer, aunque luego recordó que les había prometido contárselo todo una vez que estuvieran en Santomera.

—Lo cierto es que siento curiosidad —reconoció el abogado, apoyado en la puerta del coche.

—Como diría Iacobus de Cartago: he descendido a los infiernos. Y aquí tengo la prueba... —Sacó el pequeño DVD de su bolsillo, mostrándoselo orgulloso como si fuera un trofeo de caza—. He grabado el lugar donde se esconde el diario... Y, además, os aseguro que sé como encontrarlo.

Cristina, sopesando la situación, miró a Colmenares con cierto entusiasmo mal reprimido. Era evidente que Leonardo tenía algo importante que mostrarles, quizá la prueba innegable de que existía realmente una historia veraz tras el delirante escrito de un cantero.

Lilith no comprendía nada. Había observado desde la distancia la llegada de los inesperados visitantes. De los tres, el que más llamó su atención fue el hombre vestido con pantalones de camuflaje y camiseta negra, quien demostró claramente su enojo al encontrar cerrada la puerta de la finca. Debían ser cómplices del tal Leonardo y su amigo, el arquitecto; eso, cuando no fueran ellos. Incómoda, ladeó la cabeza.

Al ver que se marchaban decidió seguirlos. Su permanencia allí estaba de más, y podía llamar la atención de quienes comenzaban a salir de la venta con el fin de iniciar su trabajo.

Regresaron a Murcia, algo que no le sorprendió. Los siguió hasta las Atalayas, donde la carretera estaba colapsada a causa de los vehículos que visitaban el centro

comercial ubicado en la zona. Después de soportar una cola interminable de coches, a la que tuvo que enfrentarse con harta paciencia, los vio torcer hacia la izquierda para ir a detenerse ante la puerta del Hotel Rosa Victoria. Con cautela, aparcó varios metros más atrás, junto a un concesionario de coches. Luego sacó su teléfono del bolso e hizo como si estuviese hablando con alguien.

Los vio bajarse del automóvil. Cuando creía que iban a entrar en el hotel, se detuvieron en la acera para discutir cierto asunto, tal vez relacionado con la indumentaria de aquel extravagante individuo vestido de militar, ya que la mujer señaló varias veces su indumentaria. Tras unos minutos de conversación, los hombres se marcharon dejando sola a la mujer. Lilith se inclinó disimuladamente, hacia el asiento de al lado, cuando ambos pasaron junto a la ventanilla abierta del coche. Volvió a incorporarse para observarlos por el espejo retrovisor: se dirigían hacia los grandes almacenes.

Mientras tanto, la pelirroja vestida de forma discreta, pero elegante, encendió un cigarrillo decidida a esperar el regreso de aquellos dos frente a la puerta de entrada a la recepción del hotel. Lilith optó por alargar la supuesta conversación que mantenía por teléfono hasta que decidieran volver.

Al cabo de unos veinte minutos los vio llegar de nuevo. El más joven llevaba unas bolsas con el logotipo del centro comercial; en las que debía ir la ropa sucia, puesto que ahora iba vestido de forma impecable: con una camisa azul, pantalones grises y zapatos nuevos. Entonces, ya transformado en un ser civilizado, entraron todos juntos en el centro hotelero.

Lilith se bajó de su coche y fue hacia el vehículo de Nicolás; mientras, sus manos buscaban en el bolsillo de su chaqueta un pequeño transmisor de frecuencia que solía llevar consigo. Hizo como si se le cayera una moneda al suelo, y se agachó para recogerla. Con rapidez, lo colocó en la parte trasera del automóvil, bajo el chasis, quedando adosado al metal gracia a un potentísimo imán que llevaba instalado en la base. Luego se puso en pie, regresando de nuevo a su automóvil.

A partir de entonces, tendría controlados todos sus movimientos.

## Capítulo 29

Tras ocho horas de viaje, el Talgo Barcelona-Murcia llegaba puntual a la estación del Carmen. Las puertas se abrieron entre sonidos de silbatos y pitidos provenientes de algún lugar incierto del tren. Los viajeros se fueron bajando de los distintos vagones con cierta lasitud, dirigiéndose después hacia el andén en busca de la salida. Y entre ellos, Altar, quien se mezcló con la masa humana que abandonaba la estación formando parte del conjunto.

Se dirigió a uno de los vehículos de transporte público aparcados en la puerta. Preguntó al taxista si podía llevarle a la avenida de Espinardo. Este asintió con gesto cansino tras quitarse el mondadientes que llevaba en la boca. A continuación, le abrió la puerta del automóvil en un arrebato de cortesía, pues debido al acento comprendió que se trataba de un extranjero; y los *guiris*, según calculó, solían ser generosos con las propinas.

Acomodado en la parte de atrás del coche, Altar abrió el ordenador y se olvidó del taxista. El GPS incorporado al portátil rastreó el plano de la capital hasta que vio en la pantalla una luz parpadeante, de color rojo, recorriendo el laberinto de calles y avenidas interminables que formaban la ciudad de Murcia. Según el plano virtual, Lilith conducía su coche por los alrededores de un centro comercial situado en el barrio de las Atalayas. Le sorprendió que no estuviera en el edificio donde había pasado la noche, algo que estuvo comprobando sistemáticamente, cada media hora, el tiempo que duró el trayecto desde Barcelona.

Por lo visto, Lilith se había levantado temprano con el propósito de realizar alguna tarea propia del oficio, tal vez un seguimiento. Aquello se ajustaba en cierto modo a su propósito. Iría a echar un vistazo al domicilio donde pasó la noche, ahora que Lilith no estaba en casa. De este modo podría trazar un plan de ataque sorpresa con el fin de eliminar riesgos innecesarios. Lilith no era precisamente una novata. Sabía esquivar el peligro como cualquier asesino a sueldo capaz de sobrevivir a su oficio. Un solo fallo, y, en vez del verdugo, él sería la víctima.

Volvió a mirar la pantalla. Lilith se había detenido en la avenida del Rocío. Y ahí se quedó sin moverse.

No pudo evitar una sonrisa. Su vieja amiga había pasado de ser un icono de conducta, dentro de Corpsson, a engrosar el listado de víctimas internas de la empresa. No era la primera, ni sería la última, que cometía el grave error de actuar por su cuenta. Dichas irregularidades afectaban al buen funcionamiento de la Agencia, por lo que a veces era necesario tomar medidas aplastantes y amputar de raíz el miembro gangrenado. Por eso, lo mejor era acatar las ordenanzas con todo el rigor que se merecía el trabajo.

Nadie como un asesino a sueldo para saber el precio que había que pagar para

seguir siendo un superviviente por tiempo indefinido.

Arantxa decidió quedarse en casa y no acudir a clase. Había pasado mala noche debido a la menstruación, y le fue imposible conciliar el sueño hasta pasadas las cinco de la madrugada. Entonces, cuando más adormilada estaba, vino Mónica a despertarla para decirle que la nueva se había marchado temprano dejando una nota pegada en la puerta del frigorífico. Como respuesta, emitió un gruñido recalcitrante para que la dejase en paz y se marchara de una vez por todas a clase. Luego, siguió durmiendo a pesar del ruido incesante del tráfico que poco a poco se iba adueñando de las calles de la ciudad.

Sin embargo, se volvió a despertar al sentir un dolor intenso en los ovarios. Decidió levantarse para ir en busca de un analgésico. Cruzó en pijama la habitación y, aún somnolienta, se deslizó a trompicones por el pasillo bostezando de sueño. En ese instante escuchó el sonido del timbre. Como una autómatas se dirigió al vestíbulo para echar un vistazo a través de la mirilla. Vio a un individuo delgado y de tez pálida, muy bien vestido. Llevaba una chaqueta negra y camisa beige. Tenía el cabello rubio platino, peinado hacia atrás, y los ojos azules con tintes verdosos, por lo que pensó que podía tratarse de uno de esos extranjeros que últimamente pregonaban por las calles de Murcia una nueva doctrina denominada de la Cienciología, una especie de secta de la que tanto había oído hablar en la televisión y a varias de sus amigas, y a la que pertenecían diversos actores conocidos de Hollywood. Sin embargo, no vio que llevase nada sospechoso entre sus manos, ni siquiera panfletos propagandísticos; y eso la llevó al convencimiento de que estaba equivocada. No parecía que fuese un predicador, ni tan siquiera un vendedor ambulante.

—¿Quién es? —preguntó antes de abrir.

—Siento molestar, pero busco a una chica alemana... —Oyó decir en un español mal pronunciado—. ¿Vive ahí?

Arantxa se acordó de la nueva y de la dichosa nota, la cual aún no había tenido ocasión de leer. Trató de quitárselo de encima.

—No está —le dijo desde el otro lado de la puerta—. Se marchó esta mañana, creo que a la universidad. Quizá venga a comer, aunque no estoy segura.

Se asomó de nuevo para ver la reacción del desconocido.

—¡Vaya, que lástima! —Parecía contrariado—. He hecho un viaje agotador, desde muy lejos, para venir a ver a mi hermana, y ahora he de esperar a que regrese de clase.

Altar no quiso ser más explícito, pues en realidad desconocía la historia que podía haberse inventado su vieja amiga. Optó por la prudencia.

—¿Lilith es tu hermana? —inquirió Arantxa, sin salir de su asombro.

—Eso dicen nuestros padres —contestó él de forma escueta, y se echó a reír inocentemente. Luego, añadió—: Perdona, pero esta conversación resulta ridícula. No

sé si te habrás dado cuenta de que estamos hablando con una puerta.

La joven captó el mensaje. Al fin y al cabo era un familiar de la nueva inquilina. Además, le resultó bastante atractivo y ello le dio mayor confianza.

—Un momento, ya abro.

Giró el pestillo y abrió... El hombre asintió con timidez, más que por nada porque Arantxa iba en pijama y supuso que la había despertado.

—Lo siento, quizá no sea el momento más oportuno —comenzó diciendo—. Pero necesito ponerme en contacto con Lilith lo antes posible. ¿Te importaría entregarle una cosa de mi parte cuando regrese?

El desconocido se agachó. La joven descubrió entonces que en el suelo descansaba una bolsa negra de viaje. De ella sacó una cajita de porcelana del tamaño de un paquete de cigarrillos.

—Es su caja de la suerte... —Se la entregó con timidez—. ¿Podrás decirle que me llame por teléfono cuando llegue? No tengo adonde ir.

—Sí, claro... —Titubeó unos segundos, dudando entre dejar que se marchara o invitarle a pasar.

Finalmente decidió no hacerlo a menos que él se lo pidiera.

—¡Vaya, casi se me olvida! —Él se echó una mano a la cabeza—. Acabo de recordar que he cambiado de móvil, y Lilith aún no tiene mi número... —Sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Tendrías a mano un papel, o un bloc de notas?

De forma instintiva, Arantxa giró la cabeza hacia el interior de la casa. A continuación le miró de nuevo con renovado interés.

—Sí, espera —dijo con suavidad—. En mi cuarto debe de haber una libreta.

Le sonrió antes de darle la espalda. Dejó la caja de porcelana sobre la cómoda del vestíbulo y fue directa hacia su habitación. Altar, por su parte, miró a ambos lados para cerciorarse de que no había nadie más por el rellano ni subiendo en el ascensor. Entonces, empujó la bolsa con el pie para introducirla de forma sutil en el pasillo y entró en silencio en la casa. A continuación cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido, siguiendo muy de cerca a la confiada Arantxa. Sin perder más tiempo, sacó del bolsillo de su chaqueta un cable de acero cuyos extremos finalizaban en unas empuñaduras de marfil talladas con motivos orientales. A ellas se aferró con fuerza para tensar el alambre.

—Hay algo que no entiendo... —Arantxa comenzó a hablar en voz alta, creyendo que le estaría esperando en la puerta—. ¿Cómo has sabido dónde vivimos, si tu hermana se instaló ayer y acabas de llegar de viaje?

Antes de que se diese la vuelta, como intuía que pensaba hacer, Altar rodeó el cuello de la joven con el cable y apretó con decisión sin darle tiempo a reaccionar. Al comprender lo que estaba sucediendo, Arantxa trató de escapar de su agresor

convulsionando el cuerpo con fuerza. Quiso gritar, pero le fue imposible. Entonces, en su impotencia, decidió agarrar el cable que le oprimía cada vez más la garganta, pero lo único que consiguió fue levantarse la piel del cuello y romperse una uña en el desesperado intento.

Al cabo de unos segundos, el cuerpo de Arantxa quedó totalmente inmóvil. La ejecución finalizó antes de lo previsto.

Altar se sintió satisfecho.

Lilith regresó al apartamento con la convicción de que tendría controlado al grupo que estuvo merodeando frente a la finca. Lo primero que tenía pensado hacer sería contactar con ellos y encontrar cualquier excusa, con el fin de ganarse su confianza. Para ello, sería necesario colocar algunos micrófonos y averiguar cuál era su relación con el dueño de la finca, más que por nada para inventarse una historia que la implicase directamente. Aunque, en realidad, no sabía dónde ubicarlos, ya que actuar en un lugar público, como era el hotel, tenía su riesgo. Y ella era demasiado comedida en su trabajo para cometer un error de esa envergadura.

Finalmente desechó la idea de los micrófonos. Lo mejor sería utilizar un disfraz para espiarlos de cerca y escuchar su conversación.

Dejó sus pensamientos a un lado, nada más aparcar el coche a un centenar de metros de donde iba a vivir una temporada con dos diablillos de hormonas inquietas. Una vez dentro del edificio, cogió el ascensor mientras buscaba en su bolso las llaves que le prestara Mónica tras abonarle por adelantado el mes de alquiler. Nada más encontrarlas, las puertas se abrieron de forma automática. Entonces percibió en el aire un aroma que le era vagamente familiar, fragancia varonil que creyó haber olido antes en algún otro lugar. Durante unos segundos se quedó paralizada, hurgando ansiosa en el baúl de su memoria.

Iban a cerrarse las puertas del ascensor, pues había transcurrido el tiempo límite de seguridad, cuando interpuso las manos y las hojas de acero volvieron a retraerse. Salió fuera, con sus cinco sentidos a flor de piel. Tuvo un mal presentimiento. Y cuando ella tenía una intuición por algo tan nimio como un perfume, era porque ese *algo* podía poner en peligro su vida.

Introdujo la llave en la cerradura, girándola con cuidado de no hacer ruido. No parecía que hubiese sido forzada. Aun así, decidió no bajar la guardia hasta que estuviera dentro e inspeccionara las habitaciones una por una. Entró en silencio, colándose por la estrecha abertura que dejaba la puerta a medio abrir; procuró evitar cualquier tipo de sonido que delatara su presencia en el interior de la casa. Segundos después, se deslizó sigilosamente por el pasillo.

De nuevo ese aroma.

Lo sintió mucho más fuerte que antes. Era el perfume favorito de alguien a quien conocía bastante bien; de eso estaba segura. Trató de recordar quién usaba aquella



fragancia tan peculiar, pero la memoria se obstinaba en llevarle la contraria. Era como cuando tienes el nombre de una persona en la punta de la lengua y no consigues dar con él por mucho que te esfuerces en ello.

Entonces vio algo que llamó su atención, un detalle sin importancia pero que evidenciaba su más terrible sospecha: en el suelo de cerámica se apreciaba aún el brillo del agua sin secar, y había en el ambiente cierto olor a desinfectante. No hacía mucho que habían fregado el suelo del pasillo, y por lo visto con bastante profesionalidad; demasiado esfuerzo para cualquiera de aquellas dos remolonas.

Sin embargo, tanta eficacia no hizo sino prevenirla todavía más. Allí dentro estaba ocurriendo algo extraño. Sus sensores de advertencia le decían a gritos que tuviese cuidado, pues una pulcritud de esa índole no podía suponer nada bueno. En su oficio, era bastante habitual limpiar los rastros de sangre con amoníaco para confundir lo máximo posible a la policía científica; y aquello tenía todas las trazas de ser el resultado de un excelente trabajo.

Sin perder la calma, se agachó para extraer un cuchillo de monte que llevaba escondido en el interior de sus botas. Lo empuñó con fuerza a la vez que escudriñaba a su alrededor, asegurándose de que nadie pudiera surgir de improviso de alguna de las habitaciones. La suya estaba muy cerca del vestíbulo. Sería la primera en inspeccionar.

Giró el pomo de la puerta y abrió muy lentamente. Todo estaba como lo había dejado esa misma mañana. Volvió a ponerse en cuclillas, esta vez para comprobar que no había nadie escondido bajo la cama. Fue hacia el armario y sacó, de dentro del primer cajón, su pistola automática de factura alemana, guardándosela en la parte de atrás del pantalón tras enroscar el silenciador.

Salió nuevamente al pasillo. Comprobó también el baño, la cocina y el cuarto de estar, asegurándose de que estaba sola en el apartamento y que todo era una falsa alarma provocada por una premonición sin fundamento. El aroma de un perfume no era tan determinante como creía, ya que el uso de un producto comercializado no tenía carácter privativo. Podía ser de un amigo de las inquilinas que hubiese estado de visita esa misma mañana tras su marcha.

No obstante, su sexto sentido le dijo una vez más que estuviese alerta. Todavía quedaban dos habitaciones por visitar, y era demasiado prematuro confiarse.

Entró con cuidado en el cuarto de Mónica. Alguien había bajado las ventanas por completo y apenas se veía nada en el cuarto. Aguardó unos segundos, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Al poco le pareció ver la silueta de la cama frente al armario empotrado, y una mesa de despacho y una silla al otro lado de la alcoba. Fue hacia los pies de la cama al intuir una sombra indeterminada bajo el somier. No hizo falta agacharse. Se veía parte de las suelas de unos zapatos.

Entonces volvió a sentir por toda la habitación el aroma fresco de aquella

fragancia que tanto la obsesionaba. Pero esta vez fue distinto: terminó por recordar al individuo que usaba aquel perfume tan sumamente caro y exclusivo: su viejo amigo Altar Leroy, conocido en el círculo de asesinos de Sao Paulo como *El Estrangulador de Toronto*; el hombre encargado de ejecutar a los profesionales que ponían en entredicho la fiabilidad de la Agencia.

Fue a echar mano de la pistola que llevaba entre la espalda y el pantalón, con el fin de acabar allí mismo con su vida antes de que él se le adelantara, cuando escuchó un sonido débil e imperceptible a su espalda. Fue más bien una vibración acústica que puso en guardia su mecanismo de supervivencia. Alguien había salido de dentro del armario dispuesto a atacarla por detrás, sin saber que ella jugaba con ventaja al conocer de antemano el arma favorita de su agresor y cómo era su letal *modus operandi*.

Sin perder tiempo alzó la mano que portaba el machete, sujetando a tiempo el cable de acero que de forma implacable se cernía como una amenaza alrededor de su garganta. Esto hizo que se tensara, lo que evitó que entrara en contacto con la piel. Cedió poco después, cuando la afilada hoja del cuchillo rasgó finalmente el alambre. Entonces quedó libre para maniobrar.

En una fracción de segundo, Lilith giró la empuñadura del arma al tiempo que asestaba un golpe seco hacia atrás. El cuchillo se clavó en el vientre de su agresor, el cual lanzó un gemido de sorpresa al sentir en su carne la frialdad del acero. Luego se dio la vuelta y, mirándolo a los ojos, sacó la automática de detrás del pantalón colocándola a la altura de su frente.

—¡Lilith...! —masculló el canadiense mientras su boca expelía un primer vómito de sangre.

—Adiós, Altar —respondió glacial.

La joven deslizó la pestaña del seguro y apretó el gatillo. Fue más la escabechina que brotó de la parte de atrás de su cabeza, que el sonido apagado de la pistola. El infeliz cayó al suelo como un títere sin hilos. Un líquido sanguinolento y espeso, que brotaba del agujero de su cráneo, formó un charco cada vez más extenso en el suelo.

Acto seguido, Lilith se agachó para ver quién se ocultaba bajo la cama. Tiró del cuerpo hasta sacarlo fuera, descubriendo que era Arantxa, y no Mónica, como se creía, quien había tenido la mala suerte de encontrarse cara a cara con Altar. Había sido estrangulada con un cable de acero. Aún podía verse la sangre restañada estableciendo un círculo alrededor de su cuello. De seguir apretando un poco más, la hubiera decapitado limpiamente.

—¿Arantxa...? —Escuchó la voz de Mónica, extrañada, acercándose por el pasillo—. Tía... ¿Se puede saber por qué está la puerta abierta?

Lilith se puso en pie de un salto, colocándose tras la puerta de la habitación. Ni siquiera tuvo tiempo de ocultar los cuerpos.

Mónica entró a tientas en su cuarto, buscando con la mano el interruptor. Finalmente encendió la luz, y lo que vio la dejó atónita. Su mente fue incapaz de asimilar el dantesco espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Fue a gritar, pero una mano se aferró con fuerza a su frente con el propósito de echarla hacia atrás, levantando su barbilla. Entonces sintió que le abrían la garganta de un tajo, y cómo se le escapaba la vida a través de la abertura. Se ahogó en su propia sangre tratando de respirar.

Finalizada la rápida ejecución, Lilith se dirigió al cuarto de baño para lavar en profundidad sus manos y el cuchillo. Después fue hacia su cuarto, recogió sus pertenencias y, tras cerrar la puerta con llave, abandonó el apartamento con la terrible sensación de haberse convertido, durante unos minutos, en una de sus víctimas.

La Agencia había dictaminado su eliminación. A partir de ahora tendría que extremar las medidas de seguridad.

La situación era inaceptable.

## Capítulo 30

Cuando Leonardo Cárdenas terminó de narrarles su historia, que se extendía desde la reunión que mantuvo con la directora tras el funeral, hasta que despertó en la bóveda secreta de la capilla de los Vélez, tanto Cristina como el abogado permanecieron en silencio durante unos segundos tratando de hacerse una idea coherente de lo ocurrido.

Estaban en el reservado de la cafetería del hotel, tomando una copa sentados alrededor de una mesa. En aquel lugar tan distinguido se podía gozar de cierta privacidad. Por eso nadie prestaba atención al grupo que conversaba en la esquina más alejada del local.

Fue Colmenares el que rasgó el silencio, reprochando su actitud:

—Lo que realmente me extraña es que sigas con vida —dijo con acritud mal disimulada—. ¿Cómo se te ocurrió inmiscuir a nadie más en algo tan peligroso...? Ahora, Claudia y su tío, ese arquitecto del que tanto nos has hablado, pueden correr la misma suerte que Mercedes y Balboa... —Torció la boca y miró al techo un instante. Después le espetó—: ¡Por Dios, Leo! ¿Acaso no comprendes que esa gente va en serio?

—Creo que no es el mejor momento para criticar su decisión —atajó Cristina, dispuesta a interceder en el turbio asunto—. Lo que debemos hacer ahora es encontrar, entre todos, una solución al problema.

—En eso estoy de acuerdo —dijo el bibliotecario, desentendiéndose del reproche de Nicolás—. El tiempo que perdemos aquí, discutiendo algo que ya es irremediable, no hace sino empeorar las cosas. Salvador y Claudia han sido secuestrados. Lo menos que podíamos hacer por ellos es comenzar a buscarlos.

—Antes de nada hemos de trazar una línea de investigación —propuso Nicolás—. No sé si os parecerá una locura lo que voy a decir, pero creo que tendremos que bajar de nuevo a esa cripta subterránea donde te golpearon para echarle un vistazo.

—No hará falta... —Leo sacó triunfal el DVD del bolsillo de su nuevo pantalón, poniéndolo sobre la mesa—. Aquí está todo. He grabado las siete salas y la gran mayoría de las inscripciones.

A Cristina le sorprendió que tuviera en su poder algo tan valioso, y más cuando, según sus propias palabras, sus agresores se habían apropiado de la cámara y el bloc de notas aprovechando que estaba inconsciente; de ahí que trató de pedir una explicación.

—Pero, tú dijiste que...

No terminó la frase. Esperó a que lo hiciese el propio interesado.

—Casualmente cambié el DVD al finalizar la grabación, poco antes de recibir el golpe en la nuca. El que se llevaran la cámara digital no les va a servir de nada... ¡Ja! —Rio jactancioso—. Está en blanco.

—De todos modos, tendremos que bajar si queremos encontrar el diario —insistió el abogado. Luego se quedó pensando un instante, añadiendo con algo menos de entusiasmo—: Si es que sigue allí.

—Antes me gustaría que Cristina le echase un vistazo a la grabación. Si es cierto que es una experta en simbología alquímica, cosa que no pongo en duda, estoy seguro de que sabrá apreciar los distintos dibujos plasmados en las paredes. Y hasta es posible que coincidamos en una cosa.

—¿Puedo saber en qué? —A la aludida le sorprendió que tuviera tanta confianza en ella.

—Primero has de ver el DVD —respondió serio—. Quizá esté equivocado, y todo sea imaginación mía. Por eso necesito que me des tu opinión después de que examines las inscripciones.

—Eso que dices suena bastante misterioso.

El tono de su voz hizo que Leonardo se sintiera halagado. No estaba seguro, pero le pareció sentir un deje de intemperancia en la frase, como si realmente se sintiera excitada por tener la oportunidad de ver con sus propios ojos el idioma secreto de los canteros medievales.

—¿Sabrás descifrarlas? —La pregunta de Colmenares iba dirigida a Cristina.

—El simbolismo gliptográfico es uno de mis fuertes —reconoció ella, girándose hacia el *picapleitos*—. La mayoría de los antiguos constructores utilizaban un idioma secreto basado en signos, o glifos de índole alquímico, que fue extendiéndose por toda Europa de forma clandestina para que sus secretos permanecieran ocultos durante siglos en el seno mismo de la Iglesia Católica, la cual no hubiera consentido tal herejía de saber que los maestros masones se sentían más identificados con la ciencia y el saber que con las plegarias del obispo, quien sufragaba los gastos derivados de la construcción de las catedrales con el dinero del pueblo.

—De ahí que éstas sean laicas —apuntó Leo—. Las esculturas de piedra tratan de preservar, de la necesidad del escéptico, el saber primordial.

—Cierto, la *prisca sapientia* —añadió la experta—. San Bernardo solía decir que el arte no era más que un medio útil para los simples y los ignorantes, e inútil y hasta nocivo para los sabios y perfectos... —Le sorprendió que Cárdenas dominara la interpretación iconográfica de los templos—. ¿Cómo sabes tú eso? ¿Has leído a Fulcanelli?

—Entre otros... —contestó, para volver a preguntar—: Pero dime, Cristina... ¿Qué sabes del *Trivium* y el *Quadrivium*?

—Lo que todo el mundo que haya estudiado en una universidad, que son las Artes Liberales... —Perpleja, arqueó sus finas y bien depiladas cejas—. ¿A qué viene eso ahora?

Aquello no tenía nada que ver con los petroglifos como los que esperaba

encontrarse en la grabación.

Leonardo se permitió sonreír irónico. Pensaba sorprenderla.

—Creo que es hora de averiguarlo —contestó confidencial.

Poco después entraban en los grandes almacenes que había a espaldas del hotel. Fueron directamente a la zona de imagen, sonido e informática, donde adquirieron un reproductor de DVD. Más tarde regresaron al hotel y, tras un frugal aperitivo en el restaurante, subieron a la habitación que compartían Leonardo y Nicolás. La de Cristina estaba situada en el piso de arriba.

Una vez conectado el reproductor a la televisión, tomaron asiento con el fin de proceder al estudio de las imágenes. Lo primero que pudieron ver en pantalla fueron las marcas de cantería, y las iniciales de Iacobus de Cartago, inscritas en los contrafuertes que se precipitaban en el pozo. Cristina reconoció los signos del tiempo alquímico, del *aqua regis*, del *acidum aereum*, de la escuadra masónica, y los pertenecientes a los siete planetas conocidos en el medievo: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, la Luna y el Sol. Lo siguiente que apareció en pantalla fue la sonrisa de Claudia —cosa que emocionó bastante a su pareja— y el estrecho corredor por el que tuvieron que adentrarse hasta llegar a la sala principal. A continuación pudieron ver cada uno de los detalles grabados en los muros, la pirámide escalonada en el centro, y también la puerta que conducía a la segunda estancia.

Poco a poco fueron admirando los círculos concéntricos inscritos en la pared —y alguna que otra figura geométrica—, que escondían una información vital y a la vez desconocida para los profanos. Nuevas incógnitas surgieron con las frases en latín, castellano medieval y hebreo, grabadas en los muros. Y Cristina, cada vez con mayor interés, trataba de desvelar el misterio de los signos y el lenguaje oculto de las letras y los números. Nicolás, que se encontraba en desventaja, se limitaba a observar con atención para después iniciar una larga serie de preguntas con las que saciar su infatigable curiosidad.

La grabación terminó bruscamente, justo en el momento en que Leonardo filmaba las inscripciones planetarias del enigmático pedestal cuyos peldaños partían desde los distintos puntos cardinales.

—¿Puedes retroceder un poco, hasta el instante en que se aprecian las frases en hebreo? —le rogó Cristina.

Así lo hizo Cárdenas, comprendiendo que quizá hubiese visto algo digno de su atención.

—¡Ahí, detente! —exclamó la pelirroja, acercándose a la pantalla para señalar la frase que había bajo una estrella de David, pintada en uno de los muros de la quinta sala.

En ella podía verse la siguiente inscripción:

—¿Puedes traducirlo? —preguntó Colmenares, quien no estaba seguro de que su compañera supiera hebreo.

Sin prestarle atención, Cristina fue leyendo en voz alta:

—*Vayomer ki iad al kisé Yahveh.*

—Por favor, en castellano —insistió el abogado.

Ella lo miró condescendiente.

—Dice algo así: «Porque la mano de Dios está sobre su Trono...». —Observó la reacción de sus compañeros, pero estos no supieron responder—. Es una frase del *Talmud*... ¿Os dice algo?

Ambos negaron con la cabeza.

—Lo cierto es que los muros están plagados de frases incoherentes y de signos de difícil comprensión —reconoció Leonardo, que se tocó la nariz—. Pero hubo un detalle que finalmente atrajo mi interés, y fueron las campanas que penden sobre la entrada de cada una de las salas. Su tamaño disminuye según el recinto, al igual que el sonido que emiten al ser golpeadas con el badajo. Yo mismo pude comprobarlo.

—Como las siete notas musicales. —A Cristina le pareció que aquello comenzaba a tener sentido.

—Y eso no es todo —continuó el bibliotecario—. Si te fijas bien, inscritos en los muros hay varias frases en diversos idiomas, también números y figuras geométricas, además de varios glifos relacionados con la astronomía. Eso me llevó a pensar que debe de existir una relación entre las inscripciones y las antiguas artes masónicas utilizadas por los constructores de catedrales.

Colmenares seguía sin entender nada de aquella conversación, pero se mantuvo atento a las reflexiones de los expertos. Cristina volvió a mirar la pantalla del televisor.

—Gramática... Retórica... Dialéctica... Aritmética... Geometría... Música... Astronomía —susurró la joven sin salir de su asombro—. ¡Cielo santo, Leo...! Tienes razón. Estamos ante un compendio de conocimientos, un santuario pedagógico en honor de las Artes Liberales. ¡Es sencillamente asombroso!

El elogio de Cristina sirvió para que Nicolás sintiera una leve punzada de celos, ya que el interés que ella mostraba por las deducciones del bibliotecario bastaba para anular *de jacto* su influencia como asesor financiero de aquella empresa. Trató de recuperar el protagonismo, y creyó lograrlo insistiendo sobre la importancia de encontrar el diario.

—Supongo que dicho descubrimiento no nos impedirá seguir adelante con nuestra misión... —dijo con gravedad. Clavó su mirada en Cristina, esperando de ella una respuesta inteligente—. Te recuerdo que si estamos aquí es para recuperar el libro

del cantero.

—¿Llegaste a leer el manuscrito de Toledo? —preguntó Leonardo—. Dime... ¿Te lo dejó leer Mercedes antes de morir?

—No tuvo ocasión de hacerlo —respondió Colmenares, apesadumbrado.

—¿A qué viene esa pregunta? —quiso saber Cristina, quien secretamente escondía una copia en su maletín de viaje.

—Veréis... —comenzó diciendo Cárdenas—. Hay un párrafo en el criptograma descifrado por Balboa en el que Iacobus afirma conocer el arte y la técnica de los constructores de catedrales, basada en la transmisión de los sentimientos a través de la iconografía popular. Como él mismo dice: «Mis manos cincelan palabras de piedra que el pueblo lee y entiende». Si es así, estaríamos ante una insinuación alegórica, una metáfora en sí, tras la cual se esconderían sus conocimientos más secretos.

Cristina sopesó en silencio el apunte del bibliotecario, asintiendo con la cabeza mientras iba comprendiendo el auténtico significado de aquellas frases escritas en los distintos idiomas de la ciencia, los glifos planetarios y alquímicos, los dibujos geométricos pintados en las paredes, y las diversas campanas que colgaban a la entrada de cada estancia.

—El lenguaje primordial y la música de las esferas... —susurró para sí la atractiva pelirroja, atónita ante el descubrimiento.

El letrado, presintiendo que se estaba perdiendo algo de suma importancia, decidió insistir en su deseo de recuperar el escrito, justificando así su afán de protagonismo.

—Sigo pensando que deberíamos iniciar cuanto antes la búsqueda del diario. —Fue su opinión, aunque no parecía que le prestaran mucho interés.

—Creo que no hace falta —dijo Cristina, sin apartar sus ojos de la pantalla.

—Veo que lo has comprendido —añadió Leonardo, satisfecho de no ser el único en darse cuenta.

—¡Esto es inaudito! Solo espero que sepas explicarte. —Colmenares estalló indignado. Lo último que esperaba de ella era que se opusiera a la labor que le habían impuesto sus superiores.

—Mi querido amigo... —Cristina se giró para encararse con el enojado *picapleitos*—. Si no me equivoco, ya hemos encontrado el polémico diario de Iacobus de Cartago. En realidad, lo estás viendo con tus propios ojos.



## Capítulo 31

—¡Es increíble la inteligencia de ese hombre! —exclamó la criptógrafa, reconociendo el laborioso esfuerzo del cantero medieval—. ¿Os lo imagináis...? Era tal su deseo de mostrarle al mundo los secretos de la logia, que los inscribió de forma que el tiempo no lograra borrarlos. ¡Qué estúpidos hemos sido creyendo que podría tratarse de un diario escrito! De ser así, ahora estaríamos intentando reconstruir un rompecabezas de papel carcomido por los años.

Colmenares, sentado sobre la cama de la habitación, reconoció que la estrategia del escultor consiguió que su herencia permaneciera incólume durante siglos. No podía ser de otra forma. Las inscripciones en la piedra, según Cristina, eran el mejor modo de transmitir un mensaje a las generaciones venideras; y el más seguro. Iacobus lo sabía, como también adivinaba que iba a ser delatado al Maestro de obras y castigado por incumplir las normas de la logia, aunque no parecía importarle morir a cambio de salvaguardar sus conocimientos.

—¡Que me aspen si consigo entenderlo! —exclamó finalmente el abogado—. Ese cantero del diablo construye una cripta subterránea, solo para esculpir en las paredes símbolos esotéricos que quizá, de no haber sido por el manuscrito, hubieran permanecido ocultos hasta el fin de los días. Y a pesar de todo, se arriesga a que le corten la lengua y le saquen los ojos.

—La cámara subterránea ya estaba allí antes de que se iniciaran las obras de la capilla de los Vélez —apuntó Leonardo, el cual observaba nuevamente la grabación—. Según le dijeron a Claudia, se construyó sobre una antigua capilla o mausoleo. Ahora no lo recuerdo muy bien.

—Lo primero que haremos será regresar a Madrid y analizar a fondo el reportaje. Necesito pasar el DVD a un ordenador para aumentar y corregir las imágenes que aún permanecen difusas. Luego, las imprimiré para un detallado estudio.

Cristina tenía bien claro cuáles eran sus prioridades. Pero Leonardo no estuvo de acuerdo.

—Eso será cuando encontremos a Claudia y a Salvador Riera —argumentó ceñudo. Después congeló la imagen y se dio la vuelta—. No me iré de aquí sin ellos.

—Sabes muy bien que no podemos acudir a la policía —le recordó Colmenares, apoyando la decisión de Cristina—. Y buscarlos por nuestra cuenta es una labor imposible sin los medios necesarios.

—Vosotros sois libres de escoger... —Tragó saliva y añadió sombrío—: También yo.

Claudia corría un grave peligro, y no estaba dispuesto a abandonar la lucha; nunca mientras tuviese el convencimiento de que seguía con vida.

—Ni siquiera sabes si siguen en Murcia —alegó nuevamente el abogado con voz

queda.

Cárdenas se puso en pie, cansado por el cariz que iba tomando el diálogo. Necesitaba tiempo para encontrar una solución. Forzar una huida desesperada solo beneficiaba a Los Hijos de la Viuda; pero, por otro lado, reconocía que la buena voluntad de ellos tres no iba a ser suficiente para encontrar a Claudia y su tío. El mejor modo de ayudarlos sería descifrando, de una vez por todas, el significado de aquellos jeroglíficos que lucían los muros de las siete salas.

—Está bien, haremos una cosa —les propuso—. Iremos de nuevo a Santomera, donde intentaremos localizar a la asistenta de Salvador. Le oí decir que era del pueblo.

—¿Y luego? —quiso saber Cristina.

—Le diré la verdad, que soy el compañero sentimental de la sobrina de Riera y que vengo desde Madrid para reunirme con ellos en la finca, pero que me ha sido imposible localizarlos.

—Corremos el riesgo de que denuncie su desaparición a las autoridades —le recordó el abogado.

—Lo hará de todas formas. Pero es posible que antes nos diga si tiene alguna otra residencia donde puedan haberse refugiado.

—¿Crees que están escondidos?

—Prefiero pensar eso a imaginármelos muertos.

—Escoger la probabilidad que más le conviene a uno es síntoma de desesperación, aunque es comprensible si quieres tanto a Claudia como dices —opinó la criptógrafa.

—Lo bastante para no rendirme.

La interpretación de Cristina no llegó a enojarle, pero le resultó incómodo que juzgara sus sentimientos una persona a la que acababa de conocer.

—De acuerdo, iremos —dictaminó Colmenares, poniéndose igualmente en pie—. Pero después volveremos a Madrid. También yo tengo asuntos pendientes que resolver, entre los que se encuentra el futuro de Hiperión y los puestos de trabajo de tus compañeros... ¿Recuerdas?

Leonardo tuvo que reconocer que no podía impedir que se marcharan. Y si era así, perdería para siempre la oportunidad de encontrar a Claudia.

—Me parece justo —reconoció muy a su pesar—. Pero has de prometerme que cumplirás con la última voluntad de Mercedes y financiarás la búsqueda de los criminales, así como la de los desaparecidos.

El letrado abrió mucho los ojos.

—¡Por supuesto! —rezongó indignado—. Soy el albacea de Melele Dussac, y, como abogado, conozco bien mis obligaciones profesionales.

—Entonces, no hay nada más que hablar... —Leonardo dio por finalizada la

conversación, yendo hacia la puerta—. Ahora, si me perdonáis, necesito tomar un buen trago.

Salió fuera, dejándolos allí para que pudiesen deliberar sobre el futuro de aquella empresa en la que se habían visto involucrados por un maldito código criptográfico.

Él ya había comenzado a hacerlo.

Una hora después, Cristina encontró a Cárdenas sentado frente a la barra del bar del hotel, sosteniendo en una de sus manos un cigarrillo rubio y en la otra el indefectible *gin- tonic* de la noche. No había demasiados clientes, todavía. Solo vio a una pareja de enamorados que charlaban tomándose un vino y a un anciano que bebía sin prisas una taza de café.

Decidió sentarse a su lado.

—¿Me invitas a una copa? —preguntó nada más llegar, ocupando uno de los asientos que quedaban libres.

Al girarse, Leonardo descubrió que había cambiado su estilizada indumentaria de mujer de negocios por algo más deportivo. El verla vestida con vaqueros ceñidos y blusa escotada con un sugerente canalillo, hizo que se replanteara la idiotez de rechazar su compañía. Lo cierto era que el cuerpo de aquella mujer parecía esculpido por las manos de un ángel, algo de lo que no se había dado cuenta hasta entonces. El hecho de que llevara el cabello suelto, en vez de recogido, consiguió enardecer su testosterona hasta el punto de sentir galopadas de caballos salvajes en el estómago.

De no ser porque amaba a Claudia más de lo que quisiera, bien podía enamorarse de una mujer tan atractiva, inteligente y bien formada como Cristina. Quizá de haberla conocido en otro momento y lugar.

—¿Lo mismo? —preguntó, alzando su vaso.

—*Bourbon*, por favor.

Leonardo llamó al camarero con un gesto de su mano.

—La señorita tomará un Four Roses —le dijo rápido—. Para mí, otro *gin- tonic* de Tanqueray.

Tras poner las copas, el camarero se marchó para atender a los nuevos clientes que llegaban.

—¿Dónde está Nicolás? —Le extrañó que el abogado la hubiese dejado sola. Se veía a distancia que bebía los vientos por ella.

—Prefiere descansar —respondió la criptógrafa tras saborear el *whisky* con un gesto de complacencia—. La verdad es que ha sido un día agotador.

—A mí, lo que verdaderamente me preocupa es el no saber a dónde nos conduce la locura de ese maldito cantero, ni el qué va ocurrir con nuestras vidas a partir de ahora. —La miró fijamente a los ojos.

Cristina asintió en silencio.

—Supongo que debe ser duro perder a la persona que quieres —dijo finalmente.

—Hablas de ella como si estuviese muerta.

—Te mentiría si dijera que abrigo la esperanza de que sus secuestradores se muestren benévolo y los liberen sanos y salvos, a menos que sea para exigir algo a cambio.

—¿La grabación por sus vidas?

Aquello tenía sentido.

—Quizá teman que su secreto salga a la luz, o tal vez necesiten el DVD, al igual que nosotros, para descifrar los jeroglíficos. En todo caso, no volverán a bajar a esa cripta. Sería bastante arriesgado intentarlo de nuevo cuando es posible que se encuentren con la policía. Por eso no descarto la posibilidad de un intercambio de rehenes a cambio de información.

—Dime una cosa, Cristina... ¿Habías oído hablar antes de Los Hijos de la Viuda?

—Si lo que quieres saber es si estoy preparada para afrontar el desafío, he de decirte que conozco cada uno de los entresijos de la alquimia, la masonería y el lenguaje simbólico de los signos. He escarbado en los libros más oscuros de la magia y el esoterismo medievales, además de haber sido la primera mujer en exponer una teoría coherente sobre el significado de la piedra filosofal y la auténtica interpretación posible del *Manuscrito Voynich*. No me asusta una fraternidad de constructores que dicen conocer los misterios de Dios, pero sí saber que son los únicos que pueden hacer uso de ellos. En todo caso, y respondiendo a tu pregunta... Sí, los conozco.

Una joven de cabello oscuro y rizado vino a sentarse a espaldas de Cristina. Leonardo se fijó en sus pequeñas gafas de color rojo y en el aparato de ortodoncia que llevaba en la boca, uno de esos correctores que a veces les implantan a los adolescentes. Tales complementos afeaban su mágico rostro.

—Salvador me habló de Hiram Abif y de su relación con la reina de Saba... — Leo se olvidó de la muchacha para seguir hablando de los supuestos criminales—. ¿Qué hay de cierto en esa historia?

—Nadie lo sabe —contestó ella mientras ladeaba la cabeza—. Unos dicen que el hijo de Balkis era de Salomón, otros que del maestro de Tiro. Pero lo cierto es que, de uno u otro, su descendencia adoptó el patronímico de Los Hijos de la Viuda, herederos de un secreto universal relacionado con el Templo de Jerusalén y los misterios de la construcción. Pero ante todo, son los custodios del Arca de la Alianza.

—Riera es de la misma opinión —reconoció—. De hecho, está convencido de que una vez estuvo escondida en algún lugar de la provincia, y que más tarde fue depositada bajo la capilla de los Vélez. Bueno, eso ha sido últimamente, cuando le hablamos de la *cuarteta* de Nostradamus.

Cristina lo miró intrigada. Era la primera vez que oía algo semejante.

—¿Puedes explicarme eso?

Leonardo accedió a contarle todo lo que sabía al respecto, desde la coletilla de

Balboa bajo el documento encriptado hasta el doble sentido de la *cuarteta* del astrónomo francés, pasando por el anatema escrito en la pared la noche que asesinaron a Balboa y el castigo infringido al cantero. Cristina encontró sorprendente el hecho de que mencionara las cadenas y el terrible final del escultor. Conocía de memoria el manuscrito de Toledo, pero jamás llegó a pensar que la catedral de Murcia fuera el eje central de aquella historia.

—Háblame de ese amigo tuyo, el arquitecto —insistió—. ¿Cómo es que conoce tan a fondo la vida y costumbres de los constructores medievales?

—Supongo que por pura deformación profesional... —admitió. Después se encogió de hombros—. La arquitectura está íntimamente relacionada con el trabajo del antiguo masón.

—Sin embargo, según tú, ha dedicado varios años al estudio de la logia. Y lo ha hecho en profundidad, ya que no todo el mundo conoce de memoria los artículos masónicos detallados en el *Manuscrito Cooke*.

—No es de extrañar, si te gusta la historia. Y la verdad es que Riera parece disfrutar ahondando en los misterios que relacionan el Arca del Testimonio con templarios y masones. Incluso piensa que el nombre de Santomera es debido a que uno de los fundadores del Temple, Godofredo de Saint-Omer, trajo consigo la reliquia desde Tierra Santa.

—Ya... —Una mueca furtiva cruzó el bello rostro de la criptógrafa—. ¿Y dónde se supone que está ahora?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —El bibliotecario esbozó una sonrisa caricaturesca—. Aunque según Salvador, debería estar escondida en la ciudad de Henoc. Para mí que ese hombre sigue obsesionado por algo que los arqueólogos llevan buscando desde hace demasiados siglos.

—¿Y dices que es el tío de tu querida Claudia? —preguntó ella de nuevo, pero con cierto escepticismo.

—En realidad, es el hermanastro de su madre. Antes vivía en Barcelona, pero hace años dejó su trabajo para instalarse en la finca que visteis esta mañana... —Entonces se dio cuenta de que le interesaba más la vida del arquitecto que la posibilidad de encontrarlo—. ¿Puedo saber a qué viene ese interés por Salvador?

—Es solo curiosidad. —Cambió de actitud, observando a los clientes que comenzaban a entrar en el reservado del restaurante—. ¡Bueno, Leo! —exclamó con afectada jovialidad—. Será mejor que te invite a cenar, si es que puede soportarlo tu orgullo de macho ibérico.

El aludido se echó a reír, bajándose del taburete para cogerla galantemente del brazo.

—Será un placer, siempre y cuando me cuentes, mientras cenamos, cómo se te ocurrió estudiar Arqueología. Para mí es más fácil aceptar la invitación si te tengo la

suficiente confianza... —Esbozó su mejor sonrisa—. Aunque te advierto que eso no impedirá que mañana vayamos de nuevo a Santomera para buscar a Claudia y a su tío.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que podías olvidarte de ella por un momento y ligar conmigo.

Esta vez fue Cristina quien rio su propio chiste.

Juntos se marcharon hacia una de las mesas del restaurante, charlando amigablemente sin reparar en nadie más que en ellos mismos.

La joven con gafas y corrector de dientes, que estaba sentada a espaldas de Cristina, pidió la cuenta al camarero; a quien no le extrañó su acento alemán. Murcia, debido al cálido clima del mediterráneo, estaba plagada de turistas que vivían en las prolíficas urbanizaciones erigidas a lo largo de la costa. La región autónoma estaba *contaminada* de extranjeros llegados de toda Europa.

Lilith, satisfecha por lo que acababa de escuchar, se dirigió hacia el ascensor del hotel. Entre sus manos llevaba la llave del cuarto que le habían asignado en recepción.

Entró en la habitación con una sonrisa en los labios. Tras dejar la llave en la mesita del vestíbulo, fue hacia el cuarto de baño mientras se libraba del horrible aparato de los dientes. Luego, cuando estuvo frente al espejo, tiró hacia atrás de la peluca. A continuación se quitó las lentes de contacto de color castaño y se limpió, con una toallita de bebé, el rímel de las pestañas y el tinte oscuro de sus cejas. Más tarde, se enjuagó el rostro con agua caliente. Y para cuando abrió los párpados, allí estaba de nuevo la Lilith de siempre: rubia, pálida y de ojos azules. La muñeca más atractivamente diabólica del mercado criminal.

Encendió un cigarrillo y fue hacia el salón. Necesitaba la ayuda de Frida; o quizá lo que echaba en falta era alguien en quien confiar. Estar en el punto de mira de la Agencia, la cual no cesaría en su empeño de eliminarla, era algo que la inquietaba bastante.

Sin embargo, la conversación que acababa de escuchar podía llegar a ser más importante que el hecho de poner precio a su cabeza. Se había hablado de unas cadenas que circundaban la planta octogonal de la capilla de los Vélez, de las *Centurias* de Nostradamus y del Arca de la Alianza; una reliquia por la cual el Tercer Reich realizó diversas expediciones arqueológicas en Oriente Medio, sobre todo en Egipto, al creer que se trataba de un amuleto mágico provisto de poderes sobrenaturales, con el cual el Führer podría gobernar sobre las demás naciones del mundo. Pero lo más importante de todo era saber que tenía a su hombre durmiendo en el hotel. Había escuchado a la mujer llamar «Leo» al sujeto que tenía a su lado, y era casi imposible encontrar dos personas con ese nombre que estuvieran relacionadas en un mismo asunto. También se había aprendido de memoria los

nombres del arquitecto y su sobrina —supuestamente desaparecidos—, algo que no hacía más que aumentar sus posibilidades de éxito, pues tenía trazado un plan, y no iba a renunciar a él.

Sacó el teléfono móvil del interior de su bolso. Marcó el número de Frida y esperó la señal. Al cabo de unos segundos, se escuchó una grabación diciendo que el terminal estaba apagado o fuera de cobertura. Lo intentó de nuevo, con idéntico resultado. Le extrañó porque Frida había prometido tenerlo encendido en todo instante, para estar siempre comunicadas. Entonces llamó a *fraulein* Gottdard, la anciana que vivía en el apartamento de enfrente y que solía regar las hortensias de Frida cuando ambas salían de viaje. Ella siempre estaba pendiente de la vida de los demás. Era la única que podía saber dónde estaba su amiga.

Nada más escuchar la voz de Lilith, la mujer rompió a llorar.

—¡Pequeña! ¿Eres tú...?

—Sí, lo soy —contestó, extrañada por la conducta de su vecina—. ¿Le ocurre algo?

—¡Ay, criatura! No sé como decírtelo... —gemía desconsolada.

—¿Decirme qué?

Comenzaba a ponerla nerviosa tanto sollozo.

—Se trata de Frida... ¡Ha sido horrible!

—¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido? —inquirió intranquila.

El corazón le dio un vuelco, ya que un terrible presentimiento comenzaba a nacerle en las entrañas.

—La han encontrado muerta en su apartamento, de un disparo en la cabeza... —gimió de nuevo la vecina—. ¡Lo siento, pequeña! De verdad que lo siento. Tú ya sabes cómo la quería... ¡Era como una hija para mí! Si te digo que...

En ese momento, Lilith dejó de escuchar. Bajó la mano con lentitud, cortando la comunicación sin despedirse siquiera. Había recibido un duro golpe, demasiado quizá. La muerte de su amiga no le era indiferente. Es más, consiguió arrancarle un grito de rabia que finalizó con un golpe de impotencia dado a la pared.

Por alguna extraña razón, la Agencia había encontrado a Frida antes que a ella.

## Capítulo 32

A la mañana siguiente regresaron a Santomera. Lo primero que hicieron fue preguntar a las gentes del pueblo por la asistenta que acudía ocasionalmente a la finca del arquitecto. En una cafetería del centro les aconsejaron que se acercaran al despacho de Cáritas, situado tras la vieja iglesia, y que preguntaran por Casilda; la hija del *Chaparro*. Según les dijeron, la tal Casilda era una gitana sin recursos que se buscaba la vida limpiando oficinas, edificios públicos y sucursales bancarias, cuya honradez en el trabajo estaba avalada por varias cartas de recomendación escritas por el cura del pueblo. Uno de sus compromisos era acudir los jueves a casa de Salvador Riera, día que se dedicaba única y exclusivamente a limpiar la vivienda; ya que eran necesarias unas siete u ocho horas para quitarle el polvo a los muebles de las distintas habitaciones, y barrer y fregar los más de seiscientos metros cuadrados de suelo.

Sin perder tiempo fueron a donde les habían indicado. Allí, una señora de aspecto agradable los recibió con cortesía parroquial. Al escuchar la urgencia de Leonardo por encontrar a la mujer de la limpieza, el cual parecía estar bastante afectado por la desaparición de su compañera, se apresuró a ayudarlos confiándoles la dirección donde podrían encontrarla a la una y media de la tarde, momento en que volvía a casa a comer. Apenas faltaban unos minutos, por lo que le agradecieron su ayuda y se marcharon rápidamente con el fin de abordar a la asistenta antes de que entrase en su domicilio.

Casilda vivía en una casucha que había al final de la calle Virgen de los Desamparados, en una barriada de dudosa reputación frecuentada por yonquis y delincuentes. Se trataba de una triste chabola cuya techumbre se hundía a medida que los tabiques de madera se iban pudriendo a causa de la humedad y les era imposible resistir el peso de las tejas. Tenía los cristales de las ventanas exteriores rotos a pedradas. Y en cuanto a la fachada, las grietas surcaban los muros de un extremo a otro, consiguiendo un proporcional desconche de las diversas capas de cal aplicadas con el paso de los años.

Lo primero que hicieron, nada más llegar, fue comprobar si estaba en casa. Golpearon varias veces la puerta de madera, pero no hubo respuesta. Entonces tomaron la determinación de esperar el tiempo que hiciera falta junto a la puerta de entrada.

Apenas si transcurrieron unos minutos, cuando vieron llegar a una mujer de raza gitana, vestida con un chándal de color rosa y el rostro excesivamente maquillado. Frunció el ceño al ver que unos desconocidos aguardaban con impaciencia su regreso. Sacó las llaves del bolso con la esperanza de que no la entretuvieran demasiado. Tenía los niños con su madre, como todos los días, y aún le quedaba hacer la comida antes de que alguno de sus hermanos viniera en coche a traérselos.



—¡Buenos días! —Colmenares, por ser el más indicado, se acercó para un primer contacto, esbozando la más sincera de sus sonrisas—. ¿Es usted Casilda, la señora que limpia la casa del arquitecto?

A la mujer le agradó el tono cortés de aquel caballero maduro y atractivo. De pronto comprendió que ni eran policías ni inspectores del trabajo.

—La misma —respondió con idéntica cordialidad—. ¿Se puede saber qué desea? —El bibliotecario se adelantó para presentarse.

—Me llamo Leonardo Cárdenas, y estoy buscando a una amiga que hace unos días vino a visitar a su tío... Salvador Riera, el dueño de la finca que hay a las afueras del pueblo.

—No sabía que el señorito tuviese una sobrina —repuso la gitana con cara de extrañeza—. En realidad, él nunca habla de su familia.

—Lo cierto es que estuvo este fin de semana con él.

—¿Y...? —añadió a la defensiva. Ignoraba dónde quería ir a parar aquel hombre.

—Bueno, verá usted... —Leonardo titubeó antes de continuar—. Nos hemos trasladado desde Madrid con el objeto de hacerles una visita, pero cuál ha sido nuestra sorpresa al descubrir que no hay nadie en casa.

—¿Y qué es lo que quieren saber?

Casilda comenzó a desconfiar de todos ellos al intuir que bien podría tratarse de una banda de ladrones, bien organizada, con ánimo de sonsacarle información.

—Nuestro único objetivo es encontrarlos, nada más —añadió el abogado, el cual se dio cuenta de que el recelo de aquella mujer, cuya etnia era dada a callar si no había de por medio pingües beneficios, podía influir negativamente en la entrevista.

—Si usted pudiera decirnos, por lo menos, si existe un modo de comunicarnos con Salvador Riera, nuestro viaje no habrá sido en balde. Además, estamos dispuestos a asumir los gastos del tiempo que ha perdido con nosotros.

Era la primera frase de Cristina, como también fue la decisiva gracias al billete de veinte euros que le introdujo con disimulo en el bolsillo del chándal. La mujer bajó la guardia tras el duro interrogatorio gracias a la naturalidad espontánea de la pelirroja, a la que mentalmente calificó como la más inteligente del grupo.

—El señorito no va a regresar en una temporada.

—¿Qué quiere decir?

Por un solo instante, Leonardo creyó a la gitana cómplice de Los Hijos de la Viuda. Debido a ello, su pregunta fue expuesta en un tono bastante abrupto. A la mujer no pareció importarle, pero respondió de igual talante.

—¡Que el señorito se ha cansado de vivir en Murcia y ha regresado a Barcelona! —le espetó.

—¡Eso no es posible! ¿Cómo sabe usted eso? —insistió el bibliotecario.

Harta de perder su tiempo, la gitana les confesó lo que querían saber para ver si

así la dejaban en paz.

—Él mismo me lo dijo ayer por teléfono... ¿Me oye...? —Su rostro se contrajo con una mueca irónica—. Lo hizo desde el aeropuerto. Por cierto, no mencionó que se marchara en compañía de nadie...

—¡Pero eso no tiene sentido! —exclamó Cárdenas, atónito, una vez que subieron de nuevo al coche—. ¡Es ridículo pensar que haya podido comunicarse con su asistente y no conmigo!

—Puede que le obligaran a hacerlo para no levantar sospechas... —Fue la opinión de Colmenares mientras giraba la llave de contacto—. Piensa que así se evitan el que nadie vaya a denunciar su desaparición a la policía, ya que él mismo ha sido quien se ha puesto en contacto con Casilda. Es un plan maestro. En realidad, yo diría que es perfecto.

El automóvil se puso en marcha, incorporándose a la calle principal.

—Eso viene a avalar nuestra teoría de ayer —argumentó Cristina, dirigiéndose al bibliotecario.

—¿De qué teoría hablas? —inquirió el abogado.

—La de un trueque de rehenes por el DVD... —contestó Leonardo con voz queda—. Es posible que Los Hijos de la Viuda necesiten saber, tanto como nosotros, qué clase de información dejó escrita Iacobus bajo la capilla de los Vélez.

—Ya deben de haberse dado cuenta de que el DVD estaba en blanco —añadió la criptógrafa—, pero no se arriesgarán a bajar de nuevo. Podría estar esperándolos la policía, y para mí que son bastante previsores de sus actos.

—Entonces... ¿Para qué volver a la finca? —porfió Nicolás.

—Llámame terco si quieres, pero antes de marcharme he de comprobar que no hay nadie en casa de Riera.

—¿Pretendes saltar la verja y violar la vivienda de un honrado ciudadano? —Colmenares no salía de su asombro. Después añadió ceñudo—: Si es así, no cuentes conmigo.

—Descuida, lo único que pretendo es echar un vistazo por los alrededores y llamar de nuevo al timbre de la finca. No perdemos nada con intentarlo.

El *picapleitos* miró a Cristina, esperando su respuesta. Esta se encogió de hombros y susurró:

—Ya que estamos aquí...

Satisfecho, Leonardo se relajó en la parte trasera del coche. Sabía que era inútil buscarlos allí, pero tenía que comprobar por sí mismo que la gitana no estaba mintiéndoles. Era, como había dicho Cristina, la negación del individuo que no acepta haber perdido a la persona que ama; algo que, por otro lado, era inevitable.

El localizador indicaba claramente que estaban en Santomera.

Lilith, que les había estado siguiendo de lejos en la carretera, acabó por perderles la pista nada más desviarse hacia el centro del pueblo, cuando un enorme tractor agrícola se interpuso en su camino impidiéndole adelantar durante un trayecto de curvas. No le importaba, sabía que tarde o temprano daría nuevamente con ellos. Solo era cuestión de tiempo el que se acercaran a la finca del arquitecto. Era otro de sus presentimientos.

Segura de sí misma, decidió aguardar su llegada haciendo guardia frente a la sorprendente casa de Salvador Riera.

Al cabo de diez minutos vieron las copas más altas de los árboles plantados en hilera frente a la verja que circundaba la propiedad. Cuando tomaron la última curva distinguieron un coche deportivo, con matrícula extranjera, aparcado frente a la puerta de hierro. Una joven, con un chaquetón de cuero negro que le llegaba hasta las rodillas, se asomaba al interior de la finca sujetando con ambas manos los barrotes. Al oírlos llegar se volvió sobresaltada, quitándose las gafas de sol para escudriñar a quienes ya aparcaban junto a su coche.

Por lo que Cárdenas pudo apreciar, se trataba de una atractiva muchacha que no tendría más de veinticinco años de edad, de cabello muy rubio y cortado a la antigua moda punki. La expresión de sus ojos era aviesa y arrogante. Derrochaba una fuerte personalidad.

Cristina fue la primera en bajarse del automóvil. Después lo hicieron sus acompañantes.

—¡Hola! —La criptógrafa se acercó cautelosa, alzando su mano en señal de frío saludo—. ¿Buscas a alguien? ¿Tal vez a Salvador?

La joven los observó con una mirada demasiado altiva para su edad.

—¿Puedo saber quiénes son ustedes? —preguntó a su vez, con acento alemán.

—Mi nombre es Nicolás, y soy el abogado del señor Riera, dueño de la finca —respondió Colmenares, haciendo uso de su autoridad como letrado—. ¿Y tú...? ¿Puedes decirnos quién eres, y qué mirabas ahí dentro?

—¡Eh, oiga...! —Lilith se puso a la defensiva—. No estoy haciendo nada que esté fuera de la ley, solo observo el jardín. Además, tengo mis motivos para estar aquí. Motivos personales.

—Perdona... —intervino Leonardo, siempre diplomático—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Lilith.

—Verás, Lilith... No deseamos molestarte, y mucho menos inmiscuirnos en tus asuntos personales, pero necesitamos que nos digas el motivo de tu presencia en la finca o sacaremos nuestras propias conclusiones.

La joven apoyó las manos en su cintura, esbozando una sonrisa de lo más sarcástica.

—A ti te lo voy a decir... ¿Acaso eres policía?

—Puede que a ellos les interese saber por qué estabas escudriñando a través de la verja —opinó nuevamente Nicolás.

No pareció importarle la amenaza.

—Haz lo que quieras —dijo con sequedad—. Yo pienso quedarme aquí hasta que regrese el dueño de la casa.

—Según tenemos entendido, Salvador voló a Barcelona hace un par de días. Y no creo que vaya a volver en las próximas semanas.

Las palabras de Cristina surtieron efecto. Lilith se vino abajo al escucharla, incluso le mudó el color de las mejillas, sonrosadas gracias al maquillaje.

—*Mein Gott!* —exclamó desencantada—. ¡No puede ser, ahora no! —Levantó los brazos—. ¡No después de haberlo encontrado!

Comenzó a llorar desconsolada, logrando que su papel fuese lo más veraz posible.

—¿Te encuentras bien? —Leonardo se acercó a ella, asombrado por el repentino cambio de actitud.

—¡Por favor! —suplicó ella—. ¿Saben dónde podría encontrarlo en Barcelona? Para mí es muy importante ponerme en contacto con él. Lo llevo buscando desde hace demasiado tiempo.

Cristina sintió lástima de la joven, por lo que se le acercó para rodearle los hombros con sus brazos. Intentó transmitirle confianza y complicidad, por aquello de ser mujeres.

—Será mejor que me cuentes la verdad. Si es algo íntimo, a mí me lo puedes decir. Prometo ayudarte en lo que sea posible.

Lilith suspiró abatida. Los observó por espacio de algunos segundos, uno a uno y en silencio, esforzándose todo lo posible para que su novelesca confesión calara en lo más profundo de sus sentimientos. Se trataba de representar el último acto. Y había que hacerlo con firmeza.

—Ese hombre... Salvador Riera... —Miró tristemente a Cristina al hablar—. Es mi padre.

Aquella no era, precisamente, la respuesta que todos esperaban.

—De niña, mi madre me dijo que había muerto, pero yo siempre supe que me ocultaba la verdad... —Lilith improvisó una historia que fuera convincente—. Una vez la oí hablar por teléfono. Discutía acaloradamente con un hombre... Y yo era el tema de conversación.

Sentados en la terraza de un bar del centro de Santomera, escuchaban con atención las palabras de la joven.

—Después de aquello, jamás volvió a hablarme de él —continuó con su relato—. En casa, ni siquiera había una fotografía que demostrara su existencia, ni una carta que atestiguará una relación entre ellos. No sé dónde se conocieron, ni qué tipo de

sentimientos pudo haberlos unido en el pasado. Si fue amor no correspondido, o una noche loca de placer, es algo que quedó entre ellos dos. Ni siquiera reconoció el que nos hubiera abandonado, y eso quiere decir que tal vez fuera mi madre quien decidiera esconderle lo de su embarazo... —Entonces rompió a llorar—. Yo solo quería saber los motivos.

—Debió de ser muy duro para ti. —Cristina colocó su mano sobre la de Lilith, gesto fraternal que la alemana acogió con evidente agrado.

—Lo fue durante años. —Aspiró aire y trató de sobreponerse, limpiándose las lágrimas con un pañuelo.

Leonardo, que había estado observando a la joven para ver si encontraba cierto parecido físico con Claudia —al fin y al cabo eran primas—, aunque sin ningún resultado, sacó a relucir el tema de su viaje a España.

—Entonces, si no lo conocías ni tenías idea de dónde encontrarlo... ¿Cómo es que estabas frente a su casa?

—Hace unos meses, por Navidad, recibí un regalo muy especial: una carta con remite de España. Era de mi padre. Me decía que teníamos que hablar de muchas cosas, entre ellas el verdadero motivo por el cual jamás pudo ir a Alemania a conocerme... —Por un instante cerró los ojos—. Lo peor vino al final de la carta, cuando me dijo que deseaba verme antes de morir. Por lo visto, le habían diagnosticado una enfermedad terminal. Apenas le queda un año.

Dicho esto rompió a llorar de nuevo.

Se miraron unos a otros. Cárdenas se sintió traicionado por el propio Riera, quien en ningún momento les dijo nada al respecto; por lo menos a él. Si Claudia estaba al tanto de la grave enfermedad de su tío, jamás se atrevió a decírselo; tal vez por respeto al afectado.

—Lo siento, no lo sabíamos —susurró conmovido. Quiso de esta forma darle a entender a sus amigos que era el primero en enterarse.

—Como comprenderéis, no pienso rendirme ahora que estoy tan cerca... —Su voz sonaba entrecortada y melancólica—. Vosotros, que sois sus amigos, deberíais intentar localizarlo en Barcelona. Supongo que habrá alguna forma de ponerse en contacto con él. ¡Qué sé yo! Una dirección, o un número de teléfono.

Cristina suspiró sin saber qué decir. El abogado comprendió que habían llevado demasiado lejos su representación, y que reconocer el engaño, ahora, iba a resultar embarazoso. También Leonardo se dio cuenta de que no podían seguir mintiendo. No eran amigos íntimos del arquitecto, ni Colmenares le representaba jurídicamente como le había hecho creer. Eran, igual que ella, tres extraños que intentaban localizarlo —sin saber aún cómo—, antes de que acabara por entregarle a Dios su alma. Para su mayor infortunio, Riera tenía ahora dos enemigos contra quienes luchar.

—Verás... —El bibliotecario vaciló antes de seguir hablando—. Hay algo que hemos de decirte porque...

—No creo que nuestros asuntos sean de su incumbencia —le interrumpió con aspereza Colmenares, impidiéndole que hablara más de la cuenta—. Es más, ya deberíamos estar de camino a Madrid.

—Entonces... —balbució Lilith—. ¿No pensáis ayudarme?

Fue tan real la actuación, que ella misma llegó a creerse su propio dolor. Cristina, como mujer, volvió a sentir lástima de ella.

—Lo cierto es que también nosotros lo buscamos —reconoció en un gesto de honradez—. Y lo único que sabemos te lo hemos dicho.

—Hay algo que todavía no me habéis contado, y es el motivo por el cual lo buscáis —cambió de actitud, demostrando cierta desconfianza hacia sus contertulios—. Lo siento, pero no me creo que nadie sepa dónde está. Mi último recurso es acudir a la policía.

La reacción fue la que esperaba. Los tres palidieron al escuchar su decisión de implicar a las autoridades.

—Será mejor que hablemos antes —le aconsejó gravemente el abogado—. Si nos precipitamos, podemos adelantar el final de Riera.

La joven alemana lo miró nerviosa. Tenía un tic en la boca.

—¿Qué quieres decir...? —Se revolvió inquieta en su asiento—. ¿Dónde está realmente mi padre? —preguntó con angustia—. ¡Necesito saber qué le ha ocurrido! —exigió, histérica.

—Lo ignoramos —comentó el abogado.

Lilith tuvo una corazonada. Cabía en lo posible que los mismos fanáticos que la habían contratado para asesinar a un pobre paleógrafo, y a una directora adicta a los somníferos, tuviesen en su poder al arquitecto, quizá porque él y Leonardo metieron sus narices en los asuntos de la logia. Si era así, lo mejor sería pronunciar la palabra mágica.

—¡Decidme la verdad! —exclamó—. ¿Acaso lo han secuestrado?

—Si te he de ser sincera, pienso que sí —afirmó Cristina, sin tapujos—. Aunque te advierto que nos es del todo imposible decirte nada más.

—Perdona, pero, en mi situación, no estoy dispuesta a aceptar tus motivos... —La joven alemana se dirigió a ella con amabilidad, tal y como Cristina la había tratado—. Por lo que a mí respecta, los míos son más importantes. Está claro que lleváis esto con discreción, y que no estáis dispuestos a pedir la ayuda de la policía. Aunque yo no pienso de igual forma. Por eso tendréis que darme una explicación antes de que decida levantarme para ir en busca del primer agente que encuentre de servicio.

Aquello sonaba a amenaza, o así lo entendieron sus tres interlocutores.

—Esto no es un juego —le advirtió Leonardo quedamente—. Tu vida puede correr peligro en el mismo instante en que te contemos nuestra historia.

—Es cierto —añadió Colmenares—. Y lamentaríamos mucho que te ocurriera algo.

—Parece ser que no lo entiendes —suspiró irritada, dirigiéndose al letrado—: Mi padre es lo único que me importa. Estoy dispuesta a asumir el riesgo si con ello puedo conocerle en persona... Dios mío... —musitó angustiada—. ¿Sabes lo que es vivir con la esperanza de ver al padre que te fue negado? Prefiero mil veces la muerte a olvidarme de él.

—¿Conoces a alguien más en Murcia? —le preguntó Cristina, haciéndose cargo de su situación.

Lilith negó con un gesto de cabeza.

—Haremos una cosa —continuó diciendo la criptógrafa—. Te vendrás conmigo a Madrid, a mi casa. Mientras tanto, nos dejarás libertad para que busquemos a tu padre. Has de confiar en nosotros, pero no debes inmiscuirte para nada en nuestros planes. Te prometo que si lo haces, conseguiremos que lo liberen quienes lo tienen secuestrado.

Pareció pensárselo unos segundos. Sin embargo, cedió a la propuesta de la encantadora pelirroja.

—Te doy mi palabra de honor —dijo agradecida.

Cristina aferró cariñosamente las manos de Lilith en un gesto solidario.

Aquella mujer le caía bien.

Sería la última en asesinar.

## Capítulo 33

Para el viaje de regreso se dividieron en dos grupos. Cristina, por decisión propia, decidió acompañar a Lilith para que esta no se sintiera sola, y también para interiorizar poco a poco en su carácter con el fin de comprender hasta dónde podía llegar la confianza que había depositado en ella. A Colmenares no le hizo gracia tener que separarse de Cristina, y no solo porque la presencia de la criptógrafa bastaba para incitar su buen humor, también porque creía que era prudente que los tres siguieran juntos para urdir un plan antes de llegar a Madrid. A pesar de todo, Cristina insistió en que no podía dejar sola a la joven. Según ella, podía cometer alguna locura, como ponerse en contacto con la policía al creer que pudieran estar engañándola. Para evitar sorpresas, o problemas innecesarios, finalmente aceptaron la sugerencia de viajar en parejas.

A Cárdenas le daba lo mismo. Lo único que deseaba era recuperar a Claudia cuanto antes; el resto le traía sin cuidado. No obstante, viajar a solas con el abogado le iba a permitir indagar un poco más en la vida de Cristina y averiguar cuál era en realidad su implicación en aquella historia. El que lo hubiera decidido Mercedes no era suficiente motivo para ponerla al frente de la investigación; no, cuando en realidad habían sido ellos —Claudia, Riera, y él mismo— quienes descifraron el enigma del manuscrito y encontraron la cámara secreta bajo la capilla de los Vélez, y quizá también los únicos damnificados hasta el momento; sin contar, claro está, a los fallecidos. El mérito era de ellos. No permitiría que nadie les arrebatase su momento de gloria una vez que lograsen desenmascarar a Los Hijos de la Viuda y llevarlos ante el juez.

Quizá por ello, nada más ponerse en camino sintió la necesidad de mostrarse comunicativo con quien iba a ser su compañero de viaje durante unas cuantas horas.

—Dime, Nicolás... ¿Quién es en realidad Cristina Hiepes, y por qué Mercedes me ocultó que pensaba contratar a una criptógrafa mientras yo arriesgaba el pellejo para salvaguardar la reputación de Balboa?

Fue directo, sin rodeos. Su mejor baza era el factor sorpresa, pues sabía bien que al letrado le costaba reaccionar a las preguntas relámpago. Cuando no le dejaban tiempo para meditar la respuesta, le era imposible mentir.

—¿Qué...? ¡Ah, sí! —vaciló unos segundos—. Veo que te has dado cuenta.

—No soy tan estúpido.

—Bueno, en realidad es culpa mía —reconoció en voz baja—. Cuando supe en el lío en que estabais metidos, tú y Melele, decidí llamar a un amigo que trabaja en el Ministerio del Interior para pedirle un pequeño favor. Se trataba de ponerme en contacto con una eminencia dentro del mundo de la criptografía medieval y las hermandades secretas, aprovechando la buena relación que mantiene con la ministra



de Cultura. Me dio las señas de Cristina, gran amiga suya, la cual ha escrito varios libros sobre la historia de la masonería y la alquimia, y ha participado en importantes debates y conferencias en varias ciudades del mundo. Su *curriculum* es envidiable, te lo aseguro... —Chasqueó la lengua—. Mercedes ya le había pedido el favor a Hijarrubia horas antes de que yo lo hiciese, por lo que no puse objeción cuando la propuso para que fuera tu sustituta a ojos de tus compañeros en...

—¿Su labor en la casa de subastas era en realidad una tapadera? —lo interrumpió para aclarar ese punto.

—En parte —contestó Colmenares—. Se trataba de ocupar tu puesto hasta el día de la subasta, y por otro lado analizar profesionalmente el manuscrito de Toledo. No es que desconfiara del método utilizado por Balboa, o el tuyo propio, que al fin y al cabo debía de ser el mismo. Solo quiso buscarle un sentido coherente a las enigmáticas frases del texto. Ni Cristina ni yo tuvimos tiempo de leerlo. Pero, según nos contó Mercedes, se trataba de un código absurdo que no tenía ni pies ni cabeza. Su intención era enseñárnoslo, pero la asesinaron antes de que tuviese ocasión de hacerlo.

El bibliotecario seguía sin comprender.

—Entonces, si sus intenciones eran otras... ¿Por qué permitió que llevase a cabo mi plan de buscar bajo la capilla de los Vélez?

—Había que tener en cuenta todas las posibilidades —respondió su interlocutor sin apartar su mirada de la carretera—. Por decirlo de alguna manera, pensaba que no estaba de más otra línea de investigación. Cristina debía ir analizando todas las pruebas que tú aportaras para hacer una valoración científica con credibilidad. No quiero que la juzgues mal, y menos ahora que está muerta. Ella jamás dudó de tu interpretación del texto, pero necesitaba a alguien capaz de explicarle el significado de aquellas palabras... —Entonces giró su cabeza para mirarlo fugazmente a los ojos—. Lo que jamás llegó a saber Mercedes es que ibas por buen camino.

Leonardo fue incapaz de reprocharle nada; aunque se sintió un tanto decepcionado. En todo caso, trató de encajar el golpe restándole importancia.

—De nada ha servido tanta estrategia. Esos bastardos han sido más listos que nosotros.

Dicho esto, guardó silencio mientras observaba frente a él las inmediaciones del Campus Universitario de Espinardo.

Colmenares respiró aliviado. De haber seguido con el interrogatorio, Cárdenas podría haberle sonsacado la verdad: que Cristina trabajaba para el Centro Nacional de Inteligencia. Y eso hubiera sido un desastre.

Unas horas más tarde, después de cenar en una cafetería situada en la estación de servicio que había a las afueras de Tarancón, donde se detuvieron a repostar, llegaron a Madrid sin más contratiempo que una fina lluvia azotando monótonamente los

cristales. Como eran casi las once, Cristina decidió que cada uno regresara a su domicilio para descansar hasta el día siguiente. Ella y la joven Lilith se despidieron de los hombres en el paseo de la Castellana, quedando en verse de nuevo en las oficinas de Hiperión, después de comer, aprovechando que el resto de los trabajadores estaban de baja por tiempo indefinido.

Colmenares llevó a Leonardo hasta su domicilio. Sin mucho entusiasmo —ya que estaban cansados debido a las varias horas de viaje—, se dijeron adiós tras haber acordado un nuevo pacto de silencio: mantener a la alemana lo menos informada posible. Para ello tendrían que hablar en privado con Cristina, quien parecía haber encontrado en la joven a una hermana pequeña en apuros a quien cuidar.

Cárdenas alcanzó el portal del edificio sin poder quitarse de la cabeza lo vivido las últimas cuarenta y ocho horas. Todo había transcurrido demasiado deprisa. Aún pensaba en Claudia, y también en Salvador, cuando pulsó el interruptor del vestíbulo y se encendieron las luces de las escaleras. Subió unos cuantos peldaños antes de detenerse frente al ascensor. Distraído, apretó el botón. Mientras esperaba su llegada decidió acercarse al buzón para recoger el correo. Estaba abarrotado de cartas y panfletos publicitarios; no dudó en llevárselo todo sin prestarle demasiada atención. Ya tendría tiempo de echarle un vistazo cuando estuviese arriba, después de una buena ducha y un *gin-tonic* para entonarse.

Minutos más tarde llegaba a su apartamento. Lo encontró todo tal y como lo había dejado; es decir, desordenado. Los libros que hablaban de la masonería seguían abiertos sobre la mesa de su despacho, al igual que las anotaciones que fue tomando tras consultar diversas páginas en Internet. En la cocina se amontonaban los vasos y platos que olvidó fregar antes de salir de viaje. Había en el ambiente un olor desagradable a cerrado. La casa necesitaba ventilación, por lo que abrió un par de ventanas con el fin de airear las habitaciones. Luego dejó el manojito de cartas sobre la mesa del salón y fue derecho hacia el cuarto de baño para abrir el grifo de la ducha.

El agua caliente le devolvió a la vida e hizo que su mente fuera recobrando el dinamismo que había perdido desde que abandonaran la ciudad de Murcia. Pasó olímpicamente de afeitarse, aunque no dudó en colocarse su pijama, calzarse las zapatillas de ir por casa y servirse una generosa copa. Se dirigió al salón con ánimo de tumbarse en el sofá, y descansar. Entonces se rebajó a hacer lo que tanto odiaba: encender la televisión.

Luchó por no quedarse dormido mientras veía un programa donde los niños resultaban ser más prácticos e inteligentes que los adultos. A pesar de que aquello tenía su gracia, prefirió echarle un vistazo a la correspondencia. Las facturas y los recibos lo traerían de vuelta al mundo real.

Apartó unas cuantas que apenas ofrecían interés, cartas que irían a la basura sin abrir porque eran un incordio, la mayoría propaganda o publicidad comercial. No

tardó en descubrir, entre las demás, un sobre de avión con líneas rojas discontinuas perfiladas en los bordes. Le dio la vuelta. No llevaba remite, solo unos cuantos números: (29-58-45) (31-08-03).

Así, de pronto, no le dijeron nada aquellas cifras. Se fijó entonces en el matasellos. Llevaba impresas letras árabes, por lo que tampoco supo distinguir el país de origen. Tanteó el sobre como medida de seguridad, ya que tras los atentados de marzo en Madrid las precauciones eran pocas si se trataba de islamistas. Tras asegurarse de que todo estaba bien, decidió abrirlo con delicadeza. Dentro encontró un papel doblado. Lo extendió cuidadosamente, y comenzó a leer.

Lilith estaba en la ducha, por lo que Cristina aprovechó para sentarse frente a la mesa de su despacho con el fin de transcribir a limpio varias de las frases que había visto inscritas en los muros de la cripta, gracias al DVD de Leonardo. Estaban escritas en latín, algo muy propio de la época, pero su significado no resultaba tan coherente. Eran bastante ambiguas, y a la vez inquietantes. Podía decirse que formaban parte de un acertijo iniciático, como el de los antiguos alquimistas.

Copió las tres primeras frases:

«Hic est lapis, qui reprobatus est a vobis aedificantibus, qui factus est in caput anguli... Delictum oris eorum, sermonem labiorum ipsorum: et comprehendantur in supervia sua... Existimabant ut cognoscerem hoc, labor est ante me, donec intrem in Sanctuarium Dei».

Luego escribió debajo la traducción: «Esta es la piedra que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido a ser la piedra angular... Por el delito de su boca y por las palabras de sus labios, sean víctimas de su propia soberbia... Reflexioné para penetrar este misterio: pero la dificultad fue grande para mí, hasta que entré en el Santuario de Dios».

A continuación, hizo lo mismo con otras dos nuevas frases:

«Sanctum et terribilie nomen ejus, initium sapientiae timor Domini... In excelso throno vidi sedere virum».

O lo que es igual: «Santo y terrible es Su Nombre, el temor del Señor es el principio de la sabiduría... En el excelso trono vi sentarse a un varón». Estuvo repasando lo que había escrito para ver si lograba encontrar algún significado a las palabras. Iba a necesitar una copia del DVD si quería comparar las distintas frases con las marcas de los compañeros, los glifos astronómicos y las figuras geométricas.

Estas últimas eran varias y contradictorias. Por un lado, había triángulos dentro de círculos que a su vez encerraban cuadrados perfectos. Luego estaban los círculos unidos formando una cadena, pentágonos con cruces en su interior, y triángulos rectángulos que en ocasiones se superponían formando la estrella de David. Se quedó observando este último signo, el de la reintegración, conocido en la India con el nombre de Shîyantra. El ángulo dirigido hacia arriba representaba el cielo primordial; el que iba en sentido contrario simbolizaba el caos o infierno terrenal. Los principios contrarios se equiparaban en el centro, donde podía verse dibujado el ojo de Dios. Y aunque solo eran los bocetos que tuvo tiempo de realizar, estaba segura de que ver nuevamente las imágenes, y analizarlas una a una en profundidad, le aportaría nuevos datos que podría cotejar con los que ya contaba en su poder.

En ese momento, sonó el teléfono móvil que estaba sobre la mesa. Lo cogió de inmediato.

—¿Sí...?

—Perdona que te despierte, pero es importante. —Cárdenas parecía agitado.

—Descuida, no nos hemos acostado aún —pluralizó—. Lilith se está duchando, y yo estaba pasando a limpio unos apuntes. Dime... ¿Qué ocurre?

—Ahí va un acertijo: «Si deseas conocer la verdad, tendrás que encontrar primero la llave donde se guarda el secreto de nuestra logia, la cual se halla escondida celosamente en el interior de una caja de hueso recubierta de pelo». ¿Conoces la respuesta?

—¿Se trata de una broma? —contestó perpleja. No entendía nada de lo que le estaba diciendo.

Hubo unos segundos de incómodo silencio.

—Puede que tengas razón... —razonó el bibliotecario—. Es demasiado tarde para entablar una lucha con el ingenio. Buenas noches, Cristina. Que duermas bien.

Antes de que pudiera decir nada, colgó sin darle más explicaciones.

La criptógrafa no supo qué pensar. O Leonardo había perdido la razón, o le ocultaba algo realmente trascendental.

## Capítulo 34

Sholomo viajó hasta la ciudad de El Cairo para entrevistarse personalmente con Balkis. En la logia se vivían momentos de tensión debido a los últimos acontecimientos, entre los que estaba el robo del código criptográfico y las órdenes de ejecución contra Lilith y su amiga berlinesa. Sin embargo, el motivo principal de su visita era el rumor que se había propalado rápidamente por los oscuros rincones de la hermandad, en el que se aseguraba que los Custodios del Trono iban a dimitir de sus cargos a causa de las últimas decisiones tomadas en virtud del secreto; y no solo eso, sino que Balkis había pensado en Leonardo Cárdenas como sustituto de Hiram para lavar de este modo la sangre de las víctimas sacrificadas. En la mente del Magíster aún resonaban los gritos de descontento de Gracus y Hermes; pues, de todos los Maestros, eran los más inflexibles y ortodoxos en lo que concernía a las costumbres de la logia. Shimon envió un correo electrónico desde Edimburgo discrepando de forma radical, pero sin mucho énfasis. Nemrod e Hiram se mantenían al margen, guardando silencio. Y él, Sholomo, seguía sin definirse. Veía precipitado, incluso alarmante, confiar el Testimonio de Dios a un hombre que ni siquiera había sido investido como *frater* de segundo orden. Por eso necesitaba hablar a solas con su vieja amiga, para escuchar de sus labios el origen de aquella locura.

La conocía desde hacía cuarenta años, y siempre supo que en un futuro los sorprendería a todos por su carácter. Cuando la vio por primera vez en el Congreso de la logia, celebrado —precisamente en El Cairo— en plena Guerra de los Seis Días, pensó que era la joven más atractiva del simposio a pesar del gesto de dolor que parecía arrastrar consigo y de esa mirada de ansiedad que irradiaban sus ojos. Se acercó a ella con la excusa de pedirle consejo. Le dijo, en un inglés casi perfecto, que acababa de terminar la carrera de arquitectura y se encontraba en la tesitura de escoger entre diseñar edificios o apostar por la sabiduría y el conocimiento, a lo que ella contestó que no había nada más importante en esta vida que la ciencia de Dios. Aquella respuesta fue decisiva. Se había enamorado de su forma de ver el mundo, y también de sus pupilas de color miel.

El encuentro de ambos se produjo en casa de Siseq, antiguo Magíster y padre de Hiram, conocido en la capital por ser un destacado egiptólogo que verificaba la autenticidad de los objetos expoliados, o hallados en las excavaciones, para el Museo Arqueológico de El Cairo. Congeniaron desde el principio, a pesar de que Séphora —su auténtico nombre— sentía cierto desapego hacia los españoles desde que aprendió en la escuela del *kibbutz*, a la que fue de niña en Ashqelon, que los judíos fueron expulsados del reino cristiano y privados de sus haciendas y riquezas gracias al edicto de una reina arbitraria y caprichosa que se hacía llamar la Católica. Tuvo que devolverle la confianza diciendo que las cosas habían cambiado mucho en su país los

últimos quinientos años, aunque reconoció que España no era un lugar seguro para vivir desde que se instalara el régimen franquista y los masones fueran perseguidos y encarcelados con saña como presos políticos. Siguieron hablando hasta que se hizo de noche y tuvieron que despedirse para acudir a sus respectivos dormitorios, aunque volvieron a verse al día siguiente, en la reunión que celebraron los Grandes Maestros en honor de los *frater* de segundo orden llegados de todo el mundo para el Congreso de Iniciación.

Estaban allí, al igual que los otros, porque habían logrado descifrar el enigma masónico y eran, por tanto, candidatos a formar parte de la logia. Lo que nunca llegaron a sospechar en aquellos días de sacrificio espiritual, es que tres años después, tras superar la prueba de silencio, serían elegidos para suceder a los antiguos Custodios del conocimiento. Él pasó a ser el Magíster de los Constructores; ella a encarnar la figura de la reina de Saba.

También guardaba un grato recuerdo de Hiram —o mejor dicho, de Khalib Ibn Allal—, al que le unía una gran amistad desde su primer viaje a El Cairo. Lo conoció el mismo día que a Séphora, en la presentación general del Congreso masónico. Desde entonces, los tres se hicieron amigos inseparables; hasta el punto de que el viejo Siseq, en el acto de clausura, afirmó que su hijo había encontrado dos hermanos de espíritu en las culturas antagónicas. No andaba descaminado, ya que cristianos, árabes y judíos, constituían los vértices del triángulo de Dios —según sus creencias—, y en el centro se encontraba la Sabiduría; aunque tuvieron que pasar varios años antes de darse cuenta de que ellos tres formaban y protegían la pirámide que esconde la mirada del Creador.

La vida que habían llevado hasta entonces, y todo lo que fueron aprendiendo por el camino, resultó irrelevante una vez que ascendieron los peldaños de la Escala.

El taxi que había cogido en el aeropuerto internacional lo llevó hasta una casa circundada de palmeras y sicomoros que se erigía en el barrio de Ataba, en el corazón del Egipto más milenario. Sholomo pagó al taxista tras bajarse del coche. Luego fue hacia la puerta mientras admiraba las buganvillas plantadas a ambos lados del camino, las cuales trepaban afanosamente por las barras laterales del armazón de hierro hasta alcanzar los arcos superiores. Tuvo la impresión de estar atravesando un túnel florido que desprendía un aroma maravilloso a naturaleza en su estado más salvaje.

En la entrada lo esperaba Hafid, quien le dio la bienvenida y le hizo pasar dentro sin preguntarle siquiera por el motivo de su visita. A la vez que caminaba por el estrecho pasillo, tras los pasos del fiel y circunspecto mayordomo, hizo un reconocimiento estructural del edificio con el fin de mantener viva su profesión.

Las paredes de la casa, frías y calcáreas, comenzaban a resquebrajarse debido a los años, y en el techo podían verse algunas manchas de humedad que venían a

confirmar su sospecha de que el tejado apenas resistiría un par de décadas más. Pero la estructura se mantenía en pie, a pesar de todo. Y eso que su construcción, según tenía entendido, se remontaba a finales del XIX. Varias reformas en el interior, y el refuerzo hecho a los cimientos a principios de los años cincuenta, consiguieron hacer de ella un bonito lugar donde habían vivido hasta ahora como pareja, a ojos de la sociedad, sus entrañables amigos Khalib y Séphora.

—Será mejor que espere aquí —le dijo el joven árabe en inglés, señalando una habitación acondicionada para las visitas—. Hiram vendrá en unos minutos, cuando finalice sus oraciones.

—¿Y Balkis? —preguntó antes de que el fámulo se marchara.

—La señora ha salido. Pero regresará a eso de las siete.

Sholomo consultó su reloj de pulsera. Se le había olvidado cambiar la hora tras bajarse del avión, pero imaginó que debían de ser cerca de las seis y media.

—Gracias, Hafid —le dijo con suavidad a modo de despedida.

El muchacho se marchó tras inclinar levemente la cabeza.

Ya a solas, Sholomo tomó asiento en medio de los almohadones extendidos por todo el suelo, frente a una mesa de cedro. Mientras esperaba, cerró los ojos para pensar con claridad apoyando su cabeza en la pared.

Balkis tenía potestad para elegir lo mejor para la logia —así debía ser, si querían mantener vivo el nombre de la Viuda—. Las antiguas leyes masónicas decían que la reina de Saba podía dictaminar cualquier resolución sin contar con el Consejo de los siete, y que sus Hijos debían obedecerla en todo sin mostrar reticencia. Ella representaba la Sabiduría —o lo que es lo mismo, el saber del Gran Arquitecto—, por lo que iba a ser difícil contradecir sus deseos. Sin embargo, trataría de entender sus razones en caso de no poder convencerla para que cambiara de opinión, en lo concerniente a Leonardo Cárdenas. En cuanto a la sustitución de la propia Balkis, comenzaba a hacerse una idea de lo que iba a suceder. Y eso era algo que le preocupaba bastante.

—Sabía que vendrías.

El sonido de la voz le sobresaltó e hizo que abriera instintivamente sus ojos. Se trataba de Hiram.

Iba vestido con una túnica bermeja con brocados en oro y plata que le llegaba hasta los pies. Los cabellos hirsutos de su barba estaban sembrados de canas, y solo unos cuantos conservaban la oscura tonalidad de su juventud. Por la mirada triste, se diría que estaba pasando por uno de los peores momentos de su vida.

—Me he visto obligado —dijo finalmente Sholomo, sin moverse de su sitio—, sobre todo después de tener que enfrentarme a las críticas del Consejo. Gracus puso el grito en el cielo, y razones no le faltan. Una cosa es aceptar a Leonardo Cárdenas como iniciado, y otra muy distinta que ocupe tu cargo y herede el nombre de Hiram

Abif.

—¡Ya ves! —Alzó las palmas de sus manos en un gesto de tolerancia. Luego se sentó en los almohadones que había a la izquierda de su invitado y concluyó resignado—: Hemos de dejar paso a una nueva generación de instructores.

—En la logia hay *frater* que lo merecen más que él.

—Es cierto... —Tras suspirar, le dio la razón—. Pero no soy yo quien decide.

—Supongo que Balkis seguirá enfadada por haberme adelantado a los acontecimientos, y por contratar a una asesina a sueldo para que acabase con la vida del paleógrafo.

Sholomo, al igual que todos en la logia, condenaba la violencia, y más el hecho de tener que utilizarla. Pero a veces era necesario un sacrificio de sangre para que el hombre no mancillara los misterios de Dios con su ambición e ignorancia. Los *Sancti Quattro Coronatti* conocían bien las consecuencias, por eso no cedieron ante el capricho de un tirano a pesar de ser castigados de un modo atroz al peor de los suplicios. Ellos eran el paradigma, el ejemplo que debían seguir para quienes defendían el Testimonio; mártires del conocimiento capaces de perder no solo sus vidas, sino también sus propias almas, antes de confesar el secreto que encerraban las Artes Liberales. Acabar con Balboa, Mercedes, o esa criminal sin escrúpulos llamada Lilith, fue un intento de proteger la herencia de los antiguos constructores, puesta en peligro desde que apareciera en escena el manuscrito de Toledo. Iacobus había encontrado la forma de difundir su legado masónico a través del tiempo. Y suya era la obligación, como Magíster, de detener la locura del cantero.

Hiram le miró condescendiente. Su amigo se estaba atormentado por algo de lo que no tenía ninguna culpa.

—Podemos decir que la Viuda discrepa de los antiguos métodos —puntualizó el egipcio, sin añadir nada más.

—Sí; quizá tengas razón —reconoció el visitante—. Nuestras costumbres florecieron en la época más oscura y tenebrosa del ser humano, y como hombres cometimos el error de dejarnos corromper. Pero, por otro lado... ¿cómo permitir que se vulgarice la Sabiduría? ¡El Mal no se erradica ofreciéndoles perlas a los cerdos! —exclamó con resentimiento, como buscando una excusa a sus actos en la estupidez general de las personas—. Solo unos cuantos nos hemos preguntado alguna vez cuál es nuestra misión en la vida, cosa que debería importarnos a todos. Sin embargo, la mayoría de la gente lo único que busca es saciar sus propias necesidades.

—Veo que el séptimo escalón sigue perturbando tu espíritu.

La voz de Hiram, apacible y consejera, le hizo reflexionar. Sholomo se sintió avergonzado por haberse dejado llevar por el orgullo. Aquel fue el motivo de que perdiera a Balkis.

—No niego que la soberbia me ciegue a veces —comentó con voz queda, algo



más tranquilo, tras reconocer su peor defecto—. Eso es porque yo solo he estado una vez en presencia de Dios, como los demás miembros de la logia. Aunque supongo que si fuera un Custodio, como vosotros, no tendría tiempo para el pecado, solo días maravillosos al servicio del Gran Arquitecto.

Hiram notó cierto reproche en las palabras de su amigo español. Se diría que, además de la soberbia, pecaba de envidia. No se lo tomó en cuenta. Intuía el motivo de su inquietud.

—Y Azogue... ¿Qué tal se encuentra? —Decidió cambiar el tema de conversación.

Sholomo dio un respingo al escuchar el sobrenombre masónico de su protegida. No esperaba aquella pregunta, por lo menos de él.

—Se ha quedado en Roma, aguardando mi regreso —contestó con desgana—. Aún no está preparada para conoceros.

Hiram hizo un significativo gesto de aprobación. Luego tiró de un cordón grueso de lana que había a su lado, y enseguida apareció Hafid. Le rogó que les trajera té y pastas antes de servir la cena, añadiendo que en cuanto regresara la señora le hiciese saber que estaban en la sala de invitados.

El mayordomo se marchó de nuevo tras inclinar levemente su cabeza.

—¿Qué crees que debe estar haciendo Leo? —preguntó de nuevo el egipcio.

—Supongo que devanarse el cerebro... —Sonrió al contestar—. Aunque he de reconocer que ha sido más inteligente que nosotros.

—Explícate —replicó sucintamente.

Sholomo le costaba admitir que el bibliotecario les llevaba ventaja.

—Verás... —Arrugó mucho la frente—. No solo consiguió descubrir la cripta donde Iacobus escribió su mensaje, sino que además cambió de DVD antes de que le dejáramos inconsciente y le quitásemos la cámara digital. La grabación que tenemos no sirve para nada. Está prácticamente en blanco.

—Eso quiere decir que podría descifrar los jeroglíficos y encontrar el modo de llegar hasta aquí.

El anfitrión lo dijo de un modo conciso, aunque preocupado.

—¿No es eso lo que quiere Balkis? —El Magíster ironizó la inferencia de su amigo.

—Tal vez; no estoy seguro.

—Lo que no voy a permitir es que nadie vuelva a bajar a la cripta —le dijo con tono firme—. He ordenado a un grupo de *frater* que condenen la entrada que conduce a las siete salas. De este modo, conseguiremos mantener oculto el secreto otros quinientos años.

Hiram no se mostró tan seguro. Había oído decir que el manuscrito original estaba en manos de la asesina contratada por Sholomo.

—¿Y qué ocurrirá si vuelven a descifrar el criptograma?

—Ese problema ya ha sido solucionado. —Sholomo fue contundente en la respuesta.

—A Dios le pido diariamente que condone nuestros errores —dijo una voz conocida desde la puerta.

Ambos hombres giraron sus cabezas hacia el vestíbulo, poniéndose en pie como de mutuo acuerdo. Era Balkis, con el rostro compungido al ver las consecuencias que conllevaba ser Custodio del conocimiento. No hacía falta que nadie le dijera que había corrido la sangre de nuevo. Lo leyó en la mirada de su viejo amigo.

—No puedo dejar que el secreto caiga en manos de la ignorancia —dijo Sholomo, yendo a recibir a su anfitriona—. Hubiera fallado a la logia y a sus mártires.

En aquel momento llegó Hafid con una bandeja en la que llevaba una enorme tetera de bronce con tres vasos de cristal; también un plato a rebosar con pastas de canela y sésamo. Decidieron esperar a que se marchara antes de seguir hablando.

Poco después, el fámulo se retiró en silencio tras la consabida reverencia. Ellos volvieron a sentarse entre los almohadones de suave textura; pero esta vez dejaron a Balkis en el centro, frente a la mesa.

—Me alegro de que estés aquí —dijo la mujer mientras servía el té—. Ahora todo será más fácil.

«¿Fácil? ¡Cómo se nota que no tienes que aguantar el descontento de los demás miembros de la logia!», pensó el invitado. Hizo una mueca irónica.

Balkis leyó de inmediato sus pensamientos, pero hizo como si no hubiese escuchado nada.

—Lo cierto es que he venido para hacerte cambiar de opinión —dijo finalmente Sholomo—. No creo que sea buena idea dejar que otros ocupen vuestros cargos.

—Debes reconocer que somos demasiado mayores para el ritual.

Balkis no se daba por vencida.

—¡De acuerdo! —admitió la sugerencia de la Viuda—. Pero contamos con jóvenes dispuestos al sacrificio dentro de la propia logia. No deberíamos exponer el secreto a un desconocido. Eso haría acrecentar la desconfianza entre los nuestros.

—Te recuerdo que solo he pensado en Leonardo Cárdenas como sustituto de Hiram. Mi cargo recaerá en una *frater* de segundo orden.

Las enérgicas palabras de la anciana lo sobrecogieron. Intuyó que sus sospechas comenzaban a tomar forma.

—¿Puedo preguntar quién es la afortunada?

Balkis guardó un prudente silencio. Hiram, que había permanecido callado, habló en su lugar:

—Creo que ya lo sabes...

Sholomo se revolvió inquieto, mirando de nuevo a su vieja amiga.

—¡Dime que no es cierto! —le rogó, exaltado—. ¡Dime que no es Azogue la candidata a ocupar tu puesto! —añadió irritado.

Balkis afirmó con un gesto de su cabeza.

—Es lo mejor para ellos dos —dijo con voz apagada. Luego, añadió—: Leo no dudará en ascender los peldaños de la Escala si es Claudia quien lo acompaña. Lo siento, Salvador... Pero tu sobrina es la única opción que tenemos para enmendar nuestros errores.

## Capítulo 35

Se reunieron en la casa de subastas a eso de las cuatro. Leonardo llegó el último debido a una incipiente resaca que lo mantuvo pegado a la cama hasta el mediodía. A pesar de todo, supo alternar las horas de vigilia y el alcohol con el trabajo, y así pudo imprimir el manuscrito de Toledo, por duplicado, y transcribir varias de las anotaciones que recordaba de sus conversaciones con Riera; el tiempo que hablaron del Temple y los masones. Además, trajo consigo el DVD para una nueva exploración, y la carta que encontró junto al resto de la correspondencia. Quería que Cristina la leyera personalmente.

—¿Qué piensas de esto?

Le entregó el folio nada más llegar, tomando asiento frente a la mesa de reuniones.

La criptógrafa, de pie, leyó en silencio la carta sin importarle la presencia incordiante de Nicolás a su espalda. Luego se giró para mirarlo a los ojos, a la espera de un veredicto.

—Creo que intentan contactar con nosotros —dijo el letrado—. Aunque también podría ser una trampa.

—Mi opinión es que se trata de un acertijo utilizado en la masonería como método de captación —añadió Cristina, sentándose donde solía hacerlo Mercedes cuando presidía una reunión plenaria con los jefes de sección. Entonces recordó la llamada del bibliotecario a última hora—. ¿No es por lo que me llamaste anoche?

—Sí —respondió quedamente Leonardo—, pero al final decidí esperar a hoy para que le echaras un vistazo.

Colmenares fue hacia la máquina de café con el fin de sacar tres *capuccinos*. La tarde se presentaba larga e interesante.

—¿Pudiste ver a la persona que hizo la entrega? —preguntó el abogado desde el otro lado de la habitación.

—Supongo que serían los de correos, ya que estaba en el buzón con el resto de las cartas —respondió Cárdenas—. El remite es de lo más cabalístico. Tan solo un puñado de números.

—¿Has traído el sobre? —Cristina le devolvió el folio, a la vez que le hacía esa pregunta.

Asintió con la cabeza, introduciendo su mano en el bolsillo de la camisa. Se lo dio para que pudiera echarle un vistazo.

—¿Os habéis fijado? —Leonardo señaló la parte baja del escrito—. La misiva está firmada por Balkis... La reina de Saba.

—Sí; y lo que es el texto resulta bastante extraño —repuso Colmenares, trayendo los cafés en una bandeja de plástico para colocarlos luego sobre la mesa de reuniones

—. Parece incitarnos a la investigación. Y eso es algo que deberíamos meditar en profundidad antes de hacer cualquier intento de buscarlos. Insisto en que puede ser una trampa.

—He de reconocer que el acertijo que nos ofrecen parte desde el deseo de ayudar, y ello es bastante extraño después de lo ocurrido —opinó Cristina, sin dejar de observar los números escritos en el remite—. Tal vez Nicolás tenga razón y no debamos confiar tan a la ligera en la carta de un desconocido, o desconocida... —Entonces, tras morderse el labio superior, añadió pensativa—: ¿Qué diablos querrán decir estas cifras?

El abogado cogió el sobre que le ofrecía Cristina. Lo observó detenidamente. A continuación, se lo devolvió al bibliotecario.

—¿Un número de teléfono? —inquirió, extrañado.

—Ni idea —reconoció Cárdenas—, aunque tengo la impresión de que alguien trata de ayudarme... ¡No sé! Hay algo en sus palabras que inspira mi confianza.

—Un juego demasiado peligroso, a mi parecer.

La afirmación de Cristina le sentó como un jarro de agua fría. La creyó petulante y engreída por entender que lo sabía todo. La carta, según él, pretendía indicarle algo de gran importancia. Pero el escepticismo de sus compañeros consiguió ponerlo de mal humor.

Guardó el folio en el sobre. Luego lo volvió a meter en el bolsillo de su camisa.

—¡Está bien! —Puso el DVD sobre la mesa—. Comencemos desde el principio.

Desde ese instante, se dedicaron plenamente al estudio de la grabación. Lo primero que hicieron fue trasladar la información a uno de los ordenadores de la empresa. De este modo pudieron reproducir y aumentar las distintas secuencias para ir guardando las imágenes dentro de una carpeta de *Word*. Su intención era imprimirlas en tamaño folio para estudiarlas posteriormente, cosa que harían en profundidad.

Al cabo de dos horas tenían ante sí veintiocho fotogramas —cuatro paredes por cada una de las siete salas—, además de unas cuantas del monumento escalonado que había en la sala principal. Estuvieron examinando una a una las frases escritas. Ninguna parecía guardar relación con la otra, pero en algunas se repetían las palabras «piedra» y «Dios». También hacía alusión a la música y a los números, a la perfección de las letras y al movimiento de los astros, al pensamiento y a las ecuaciones divinas. Era, como habían pensado, un diario escrito que ponía de manifiesto la sabia virtud de las Artes Liberales.

—¿Qué es eso? —preguntó Cristina, señalando ciertas letras desvaídas por los siglos que, en una esquina de la pantalla, podían verse tras la campana que colgaba sobre el dintel de entrada.

Leonardo se acercó para observar más de cerca la imagen.

—¿Puedes ampliarlo? —le preguntó.

—Creo que sí.

La criptógrafa pinchó en el *zoom*, aumentando de ese modo la secuencia un cincuenta por ciento.

Entonces, pudieron leer con absoluta claridad:

## AVIADITAS

—¿Avaricia...? —Leonardo no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Se le había pasado por alto ese detalle.

—Eso parece —afirmó Cristina.

—Prueba con otra sala.

Y así lo hizo el bibliotecario, encontrando un término parecido tras la campana de la séptima sala. En este caso:

## SUPERBIA

—Soberbia —tradujo ella del latín al castellano.

—¿Qué tienen que ver los pecados capitales con Los Hijos de la Viuda? —preguntó Colmenares, el cual se perdía por los laberínticos pasajes de la masonería y la alquimia.

Nadie respondió. Sus dos acompañantes estaban pendientes de buscar nuevas indicaciones tras las diversas campanas de aquel santuario.

Efectivamente, una a una fueron surgiendo las deficiencias más características del ser humano:

## AVIADITAS, SUPERBIA, PIGRITIA, LASCIVIA, IRA, GULA, INVIDIA

y todas escritas en la parte superior de cada una de las entradas, ocultas tras los distintos címbanos de bronce. Tenían un nuevo dato que venía a entorpecer su labor, por lo que todo era cada vez más confuso y enigmático. Sin embargo, Cristina, muy

concentrada, parecía tener respuesta para todo.

—¿No preguntabas antes qué relación pueden tener los pecados capitales con los masonería? —La criptógrafa se quitó las gafas, que se había colocado para ver de cerca, mirando fijamente a Nicolás.

El letrado se atusó el bigote al tiempo que fruncía el ceño con cierto asombro. «¿Pero es que en verdad existe una relación?», parecía pensar.

Cristina contestó su propia pregunta antes de que lo hiciese cualquiera de los dos hombres que la observaban con detenimiento.

—Pues la verdad es que sí, están vinculadas al mundo de la alquimia —dijo con premeditada lentitud—. Según la reconstrucción del universo gnóstico, concebido por los ofitas, cada planeta imprime en la voluntad del hombre un carácter negativo que le somete y esclaviza. El Sol nos aporta gula... la Luna, pereza... Mercurio, avaricia... Venus, lujuria... Marte, ira... Júpiter, envidia... Y Saturno, soberbia. Tras la muerte, el espíritu del hombre debe atravesar las seis primeras esferas y enfrentarse a la última y más peligrosa de todas: Saturno; el dios proscrito, creador del tiempo y el espacio. Quien logre superar su poder, podrá ascender al Universo de Dios y vencer a la serpiente que guarda el Paraíso. Además, por si no lo sabéis, cada día de la semana está representado por cada uno de los planetas conocidos en la Edad Media. Y por qué no, también por las siete notas musicales... —Alzó el mentón y concluyó—: Está probado científicamente que la música provoca en el hombre distintas reacciones. —Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo el silencio en el cielo...

Leonardo y Cristina miraron atónitos al abogado, quien se sentía orgulloso de llamar la atención de los expertos con un pasaje del *Apocalipsis*, en donde el número siete era de nuevo el protagonista.

—¡Espera un momento! —exclamó la criptógrafa—. Eso que has dicho me ha recordado a Georg von Welling, quien trabajara como alquimista en la corte del margrave de Karlsruhe... —Carraspeó un poco—. Este afirmaba que del Trono de Dios, con los siete grandes espíritus del *Apocalipsis* a su alrededor, fluía la luz divina creando el mundo espiritual como arquetipo de nuestro universo. ¡A ver, Leo...! Déjame un momento la carta que acabas de enseñarnos. Necesito comprobar algo que puede ser importante.

El aludido no se hizo de rogar. Sacó de nuevo el sobre y se lo entregó, tras esperar una explicación que parecía prolongarse. Sin prestar atención al gesto interrogante del bibliotecario, Cristina leyó de nuevo el texto. Al cabo de unos segundos lo extendió sobre la mesa, señalando una frase con su índice diestro.

—«En el templo de las tres cámaras se halla escondido el *Kisé* del Testimonio»... —leyó en voz alta.

—¿Le encuentras algún significado? —quiso saber Colmenares, cada vez más

metido en aquella apasionante aventura.

—¡Kisé! —exclamó ella con notable énfasis, esperando que fuesen capaces de comprender lo que quería decirles, pero tanto el bibliotecario como el *picapleitos* desconocían el idioma hebraico. Por eso les refrescó la memoria—: ¿Recordáis la frase escrita en hebreo que logré traducir cuando estábamos en el Hotel Rosa Victoria, en Murcia...? —Al ver que no reaccionaban la buscó entre las fotografías, recuperando la imagen de un muro con signos geométricos y varias frases en hebreo—. ¡Aquí está! *Vayomer kisé iad al kes Yahveh*; o lo que es igual: «Porque la mano de Dios está sobre su trono». *Kisé* significa trono... El Trono de Dios... —Luego, añadió satisfecha—: Y eso no es todo, anoche tuve tiempo de traducir algunas de las frases en latín. Y había una que hablaba precisamente de un trono.

—¿Estás segura? —A Leo le resultaba extraño tanta coincidencia.

—Sí, y aguarda un solo instante... —Ella sacó su pequeña libreta del bolso que colgaba del respaldo de la silla. A continuación la abrió por el principio—. Aquí está... «*In excelso throno vidi sedere virum*».

—«En el excelso trono vi sentarse a un varón». —Leo se adelantó a traducirlo antes de que Cristina le diera una clase de latín que pusiera en evidencia su carrera universitaria.

—¿No os parece extraño? —argumentó la criptógrafa.

—Puede que sea simple casualidad. —Fue la seca opinión del abogado.

—¿Qué dice el esoterismo con respecto al Trono de Dios? —preguntó el bibliotecario, intuyendo que Cristina conocía todas las respuestas.

—Tenemos, por un lado, la función intrínseca de la catedral; es decir, la de albergar el trono desde donde el obispo instruía a los seglares... —Prefirió exponer sus conocimientos desde el principio—. Como sabes, la palabra catedral proviene del latín *cathedra*, que significa trono. Pero... ¿cuál era realmente la función del obispo? Yo te lo diré: sentarse en el trono para comunicarse con Dios a través de la oración.

—No creo que Dios le hablase a un obispo... —discrepó Colmenares, que después torció el gesto—. Es más, no creo que pueda comunicarse con nadie. Es absurdo pensar algo así.

—Ahora que recuerdo... —Cárdenas se acordó de las copias del manuscrito de Toledo que había traído para ellos. Las sacó del bolsillo interior de su chaqueta, entregándole una a Cristina y otra al abogado—. ¡Leed esto! Sobre todo la parte que dice cómo los constructores de catedrales le escondían al pueblo el modo de contactar con Dios.

Cristina, que se lo sabía de memoria, lo leyó en unos cuantos segundos. Nicolás se perdió antes de terminar el segundo párrafo.

—Tienes razón, pero también Balkis lo menciona... ¿No te acuerdas? —le advirtió ella, recitando de memoria un pasaje de la carta de Leonardo—: «Si deseas



hablar con Dios, deberás acudir donde te aguardan los pilares que dividen la ciudad de Henoc».

—Os lo dije, tratan de ayudarnos.

La explicación de Leonardo no satisfizo a la erudita. Para ella significaba algo más.

—Escucha... —le dijo la criptógrafa—. Cuando nos hablaste de Riera dijiste que había pasado parte de su vida buscando el Arca de la Alianza... ¿No es cierto?

—Es su obsesión —contestó con media sonrisa mordaz—. Y lo peor de todo es que piensa que estuvo escondida en los alrededores de Murcia... —Arqueó las cejas significativamente—. Cuando le hablamos de buscar el escrito del cantero bajo la catedral, se mostró bastante interesado. Incluso llegó a decir que nuestra búsqueda no difería de la suya.

Cristina reflexionó acerca de las palabras que acababa de escuchar. En su cerebro se sucedían, cual secuencias cinematográficas, las hipótesis. Sabía que estaba cerca de encontrar lo que andaba buscando, pero debía seguir interpretando su papel al margen de los descubrimientos y mostrar empatía con los demás, ayudando en lo posible a descifrar el enigma.

—Hay algo que no os he dicho referente al Arca de la Alianza, también llamada del Testimonio... —Trató de ser lo más sincera posible—. Y es que posiblemente fuese algo más que una simple arca.

—¿A qué te refieres? —El licenciado en leyes fue el primer sorprendido.

—Hay quienes afirman que el Arca de la Alianza se manifestaba como un condensador eléctrico, capaz de generar una energía indescriptible y cuyo poder podía matar a una persona, tal y como dice la *Biblia*. Y también que era un amplificador de sonido en forma de trono, con los dos querubines tocándose en los extremos a modo de respaldo, donde Moisés se sentaba para comunicarse directamente con Dios.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Colmenares, que teatralmente alzó los brazos—. Espero que no tomes en serio tales afirmaciones.

—No digo que sea cierto, pero cobra sentido cuando vemos que se reitera su utilidad. Lo hemos leído en el manuscrito del cantero, en la carta de Leo y en las paredes de la cripta... —Cristina no estaba dispuesta a dejar pasar tales coincidencias—. Si es cierto, y existe el Trono de Dios, es posible que encontremos respuesta a las preguntas que nos hemos hecho desde el principio: ¿Por qué asesinaron a Mercedes y a Balboa?

Cárdenas lo supo al instante. Y se permitió el lujo de responder con tono grave:

—Porque el Arca es lo que protegen con tanto empeño Los Hijos de la Viuda, tal y como afirmara Riera.

—¡Exacto! —puntualizó, solemne, la pelirroja, apartándose el cabello que le caía

sobre la cara—. Y pretenden mantenerlo en secreto cortando la lengua de todo aquel que pueda delatar su ubicación, como le ocurrió a Iacobus de Cartago.

—Eso quiere decir que el picapedrero sabía dónde encontrar el Arca. —El abogado había reflexionado en voz alta.

—No solo eso —apuntó Leonardo—, sino que debió escribir el lugar exacto donde está escondida entre todo este jeroglífico de números y letras... —Sostuvo un puñado de fotografías en la mano—. Lo hizo para que gente como nosotros nos devanásemos los sesos intentando hallar el tesoro descrito por Nostradamus.

—Cada vez son más los personajes implicados —precisó el abogado—. Además, no entiendo qué relación pudo tener Nostradamus con los constructores de catedrales, ni cómo supo que existía una cripta bajo la capilla de los Vélez.

—Se dice que Michel de Nostredame pertenecía a una hermandad esotérica llamada la Fede Santa, incluso que llegó a ser Maestro de la Gran Logia Blanca —se apresuró a decir Leonardo, quien había estudiado el personaje tras recibir el *e-mail* de Balboa—. Quizá mantuviese algún tipo de relación con las logias de constructores españoles.

—Eso es cierto —afirmó Cristina—. Sus *Centurias* son un claro ejemplo del lenguaje utilizado entre los alquimistas. Nostradamus debía conocer el secreto cuando dejó por escrito su ubicación. ¿No os dais cuenta...? Solo es un juego de intelecto para mentes privilegiadas... —Reflexionó unos instantes en silencio, y después se preguntó—: ¿Qué es si no la carta que te han enviado, sino un nuevo mensaje en clave?

La interrogante iba dirigida a Leonardo.

—¡Es como para volverse loco! —gruñó el bibliotecario—. ¿Alguien puede decirme qué estamos buscando en realidad?

—La pregunta del millón es... ¿Qué desean ellos que encontremos?

Cristina lanzó su adivinanza. Los hombres no supieron contestar porque eran demasiadas las incógnitas y pocas las respuestas.

## Capítulo 36

Colmenares se marchó a eso de las nueve, no sin antes dejarle a Leonardo una copia de la llave de las oficinas y prometerle que se reunirían de nuevo a la mañana siguiente. Cristina, agotada después de examinar una y otra vez el manuscrito de Toledo, se quitó las gafas y echó hacia atrás su cuerpo. Estaba realmente cansada. Un fuerte dolor de cabeza vino a sumarse al irritante escozor de ojos.

—Por lo visto, nuestra investigación se complica según avanzamos. —La voz de Leo llevaba implícita cierta desesperación—. Y eso significa que Claudia y su tío pueden pagar cara nuestra insuficiencia.

—No te creas, solo hay que enfocarlo desde otra perspectiva... —Con los dedos índice y pulgar, ella se restregó la nariz de arriba abajo—. Tendremos que recopilar toda la información que nos queda, y cotejar las coincidencias, hasta encontrar una pista fiable que nos conduzca a la región de Tubalcaín, como dice el cantero en su manuscrito. Una vez que conozcamos la ubicación correcta del Arca, nos será fácil localizar a los secuestradores.

—Riera aseguró que debía tratarse de la ciudad de Henoc.

—¿Te comentó algo referente a las columnas que erigieron Tubalcaín y sus hermanos para preservar la ciencia de Dios?

—Así es... —afirmó el bibliotecario, que después reprimió un bostezo—. Puede decirse que es un estudioso del tema. Sabe casi tanto como un masón.

—¿Y no te parece extraño? —Existían ciertos detalles que no encajaban en el asunto del secuestro, por lo que decidió ahondar en sus inquietudes compartiéndolas con Cárdenas.

—La soledad es terrible a veces —lo dijo como si excusara el pasatiempo de un hombre desterrado a vivir consigo mismo.

—Sé lo que quieres decir, pero no me refiero solo a su obsesión por la masonería —insistió la criptógrafa.

—No te entiendo. —Leonardo la miró intrigado.

—Sabes a lo que me refiero. —Fue directa, sin circunloquios—. Te estoy diciendo que me parece bastante sospechoso que no estés muerto. Hasta ahora, Los Hijos de la Viuda han ido eliminando a todo aquel que hubiese metido sus narices en los secretos de la logia. No tiene sentido que te permitieran vivir y que encima se pongan en contacto contigo por carta. Para venir a complicar las cosas tenemos la historia de Casilda, la criada, quien afirma que Salvador la llamó desde el aeropuerto... —Se detuvo un instante para observar su reacción, pero Leonardo permanecía impassible—. Lo siento, pero no me creo que sus secuestradores fueran tan estúpidos como para pasearle delante de todo el mundo por la terminal.

—Puede ser que hicieran la llamada desde cualquier otro teléfono.

—Tal vez... —reconoció la pelirroja con voz queda—. O quizá la asistente lo dedujo por sí sola. El sonido bullicioso de la gente y las voces de fondo que provienen de los megáfonos es una constante en los aeropuertos.

—Sé a dónde quieres llevarme. Y con todos los respetos, no te lo voy a permitir... —Arrugó la frente y a la vez apretó los dientes—. La honestidad de Claudia y Riera no está en entredicho.

—Tu afirmación no sirve de nada si yo tengo razón y tus amigos pertenecen a la logia —siguió Cristina—. Aunque también es posible que me equivoque. Pero si no es así, y estoy en lo cierto, estaríamos siguiéndoles el juego.

—No sigas por ese camino... —avisó él. Golpeó serenamente la mesa con el puño cerrado—. Ahora, más que nunca, necesito ser optimista.

—Está bien, pero luego no digas que no te avisé.

El sentimiento de rabia se apoderó de nuevo del bibliotecario. Sin embargo, en vez de perder la compostura y decirle lo que pensaba de ella —cosa que le hubiera gustado—, optó por la paciencia tragándose su orgullo. Aquella mujer, que perdía todo su atractivo cuando se pasaba de lista, era la única que podía descifrar el enigma de los glifos y encontrar la forma de llegar hasta los desaparecidos. Pero... ¿en realidad estaba tan capacitada como le había dicho Nicolás, o simplemente presumía de unos conocimientos prestados?

Decidió comprobarlo por sí mismo.

—Hablemos de otra cosa... —Leonardo cambió de conversación—. Por ejemplo... ¿podrías explicarme eso de que tienes una teoría razonable sobre el significado de la Piedra Filosofal?

Cristina se echó a reír. Sospechó enseguida de su intención de descrédito.

—Veo que te acuerdas de la conversación que mantuvimos la noche que cenamos en el hotel.

—¿Por qué iba a olvidarlo? —Sonrió mordaz y añadió—: Siempre quise saber el origen de esa piedra que llevó de cabeza a los alquimistas del medievo.

—Pensé que solo te importaban los libros.

Lo estaba haciendo de nuevo. Pretendía saberlo todo.

—No solo los clasifico y archivo; de vez en cuando también los leo —replicó el bibliotecario con cierta ironía—. Y por mis manos han pasado verdaderas obras de arte bibliofílicas que hablaban de esoterismo y alquimia, tales como el *Opus Magnum*, el *Rosarium Philosophorum*, el *Mutus Liber*... Y algunos más. Mucha palabrería, pero ninguno explica con claridad cómo se consigue destilar la piedra de los filósofos.

—La explicación que nos ofrecen los auténticos alquimistas es que la Piedra Filosofal no es una piedra, sino una experiencia personal basada en la metamorfosis que sufre el espíritu cuando se libera de la pesada carga que conlleva el pecado.

—Explícame eso. —Leonardo sintió curiosidad.

—Comparto la idea de Platón de que el saber es lo que permite actuar bien, y que solo se actúa mal por ignorancia, porque se desconoce la virtud. El único y gran pecado del hombre es negar a Dios, y eso es apostasía. Como decía Fulcanelli en su libro *El misterio de las catedrales*: «El apóstata deja sus vestiduras dentro de la iglesia». Pedro, el apóstol más rebelde de los doce, le negó en tres ocasiones. Por eso Cristo dijo de él que era piedra, y que sobre esa piedra edificaría su Iglesia, porque todos renunciamos a Él en algún momento de nuestra vida; incluso el discípulo que lo amaba por encima de todo cometió el error de darle la espalda. Ese es el auténtico motivo por el que sacrificó su vida, para reagrupar a los pecadores como sillares de un templo. Ya lo dijo Jesucristo: «No vengo a por los justos, sino a por los pecadores». —Creo que me he perdido...— El bibliotecario se sentía cada vez más confuso.

Cristina escribió sobre el papel:

«*LAPIS*».

—El latín era el idioma más extendido en la época de Cristo —añadió, rotunda, la criptógrafa—. Se hablaba en hebreo, pero oficialmente Judea era una provincia romana sometida. Te habrás fijado que Petrus es un nombre de origen romano, y no judío.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Jesús era un iniciado cuya familia pertenecía a la comunidad de los esenios. Según cuentan, estos custodiaban el Arca de la Alianza y eran los guardianes del secreto de Dios; o lo que es igual, compartían labor con Los Hijos de la Viuda. Sabemos que los masones son aficionados a las adivinanzas, a los jeroglíficos y anagramas, por lo que se me ocurrió intercambiar las palabras para ver si formaban algún otro vocablo en latín... ¡Bingo! Surgió la respuesta como por arte de magia. Entonces, volvió a escribir:

«*LAPSI*».

—*Lapsi*, como ya debes saber, es un vocablo del latín que significa literalmente: los caídos... —Alzó una ceja—. Los pecadores o apóstatas. El rigorismo Novaciano, en el siglo II y III después de Cristo, condenó a los que habían renegado de la fe. De la misma forma, Dios nos condena a la búsqueda del conocimiento en un mundo enloquecido que se rige por la barbarie, donde seguiremos presos hasta que seamos capaces de vencer la ignorancia abriéndonos paso a través de la Sabiduría. Destilar la

piedra de los filósofos consiste en adquirir un conocimiento por el cual el hombre consigue darle la espalda al mundo y hallar la senda que conduce a la Iluminación. *Nosce te ipsum...* Conócete a ti mismo, y conocerás a Dios.

—¿Y dónde se supone que hemos de buscar la Sabiduría? —Cárdenas pensó que Cristina estaba más loca de lo que aparentaba, pero decidió seguirle el juego.

—En el *Concilio de los Dioses*, libro que se le atribuye a Hermes Trismegisto, se dice que Zeus le entregó al propio Hermes el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, y también el nombre de los espíritus que los gobernaban, para que lo escondiera en un lugar donde no pudiese encontrarlo el hombre... —comenzó diciendo muy seria—. Después de un tiempo, Zeus le preguntó dónde había escondido el conocimiento divino. Este le respondió: «Lo he guardado allá donde jamás se atrevería a buscar el hombre». El Dios del Viento le preguntó: «¿Lo has escondido en el soplo más fuerte de mi reino?». Y Hermes contestó: «No, puesto que un día cercano los hombres irán a los soplos del viento y podrán encontrarlo». Del mismo modo, fue interrogado por el Dios del Mar, el Dios de la Tierra y el Dios del Fuego, y todos recibieron de él la misma respuesta, pero acorde con los elementos que gobernaban... —Hizo una extraña mueca y continuó—: Zeus, cansado de aguardar una contestación que no llegaba, le preguntó de nuevo: «Si no es en el viento, ni en el mar, ni en la tierra, ni en el fuego... ¿Dónde has escondido el conocimiento sagrado?». A lo que Hermes respondió: «En lo más profundo del hombre, allá donde ni él mismo pueda encontrarlo». —Es una bonita historia, pero no comprendo en qué puede ayudarnos— alegó el bibliotecario.

—Tú querías saber, y yo te he contestado. Por lo menos aprende algo de la vieja anécdota de Hermes.

Él obvió el comentario y consultó su reloj. Eran las diez. Llevaban seis horas reunidos y estaba cansado. Ahora no pudo reprimir un ligero bostezo.

—Procuraré meditarlo esta noche —le dijo en voz baja—. Ahora debemos irnos.

—Tienes razón... —Cristina se puso en pie cogiendo su bolso, que colgaba del respaldo de la silla—. Lilith está sola en casa y aún no hemos cenado. Espero que haya investigado en la cocina..., o de lo contrario se morirá de hambre. —Se echó a reír solo de pensarlo Cárdenas recordó a la hija de Riera. Había algo en aquella joven que no terminaba de gustarle. Aun así, procuró ocultar su recelo mostrando interés por la muchacha.

—Lo debe de estar pasando realmente mal, sabiendo que su padre puede morir en cualquier instante... —Suspiró—. Mi consejo es que no la confundas más con historias de alquimistas y masones. Eso haría que pusiera en tela de juicio nuestra sensatez.

—Descuida. No soy tan ingenua... —Fue hacia la puerta—. ¿A qué hora nos vemos mañana?

—Colmenares ha dicho que se dejaría caer a eso de las diez.

—De acuerdo... —La criptógrafa abrió después de unos segundos de vacilación—. ¿Y tú...? ¿Qué vas a hacer ahora? —inquirió, curiosa.

—Algo muy aburrido... Me quedaré un poco más a recoger todo esto —contestó, señalando el papelerio desordenado que había sobre la mesa—. Luego me iré a casa. Necesito comprobar unos datos en Internet.

—Como quieras... —Le ofreció una fugaz sonrisa antes de marcharse—. Hasta mañana entonces.

—Adiós —se despidió a su vez, pensativo.

Cuando cerró la puerta, Leonardo tuvo la impresión de haberse quitado un peso de encima. Cristina era una de esas pedantes que solo se divierten cuando son el centro de atención, capaz de creerse que los demás son unos estúpidos ignorantes que aprenden escuchándola hablar continuamente. Tendría que demostrarle lo contrario. No había nada que no estuviera en los libros. Y allí, en la casa de subastas, los había a cientos. Pero era en la red donde pensaba encontrar referencias a los signos alquímicos y al lenguaje de los constructores de catedrales.

Lo primero que hizo, en vez de recoger los papeles, fue conectarse al ordenador y bajarse el libro que dio a conocer al enigmático Fulcanelli; su obra maestra. Mientras la imprimía para llevársela a casa, introdujo en el buscador la palabra: «Balkis». Deseaba saber algo más del legendario personaje que firmaba la carta que había recibido mientras estuvo fuera de Madrid. Quizá encontrara nuevas pistas que pudieran conducirle hasta Claudia.

Estuvo consultando varias páginas de Internet que hablaban de la reina de Saba, de su interés por el templo de Salomón, y de sus relaciones con el maestro de obras llamado Hiram Abif. Más tarde se centró en el tirio, y en el enigmático triángulo de oro que siempre llevaba consigo colgado del cuello. Según contaba la leyenda, en el medallón iba inscrito el auténtico nombre de Dios oculto tras una ecuación numérica.

Se acordó de Riera, quien afirmaba que dentro del Arca se encontraba el misterio de los números sagrados. Hasta donde él sabía, los números más perfectos eran 3,1416 y 1,618, atribuidos a Pitágoras y Fidias; respectivamente.

Entonces le vino a la memoria un catedrático de Historia, aficionado a la numerología, que conoció cuando cursaba la carrera en la Universidad de la Merced. Lorenzo Salas, que así se llamaba, insistía en la necesidad de profundizar en las matemáticas y de querer descifrar los misterios del universo. Según él, el destino podía calcularse por medio de ecuaciones. El tiempo que pasaron juntos en clase no hizo sino fomentar su interés por una ciencia tan antigua como la propia religión judaica, la cual formaba parte de los rituales más arcanos de la Cábala. De él aprendió a relacionar los números con las palabras del alfabeto hebreo.

Aún le parecía verlo con su chaqueta de pana y sus gafas redondas en la punta de

la nariz, siempre huidizo; constantemente inquieto. A pesar de su apariencia de profesor chiflado, le demostró que las matemáticas no siempre seguían un orden establecido como les habían hecho creer. Eran perfectas, sí... pero a veces sufrían variaciones inexplicables que afectaban a la continuidad. Por ejemplo, un día descubrió que si se divide 1000 entre un número de 3 cifras iguales, da como resultado un código de tres cifras concatenadas —prescindiendo del signo decimal— que se repite hasta el infinito; es decir, una sucesión de números que se rige por una ley matemática de lo más caprichosa. Esto es así con todas las centenas compuestas por tres números iguales, pero inexplicablemente no ocurre lo mismo con los números 777 y 888<sup>[4]</sup> como si estos alteraran de algún modo la secuencia de prolongación. Ello venía a certificar, como suele decirse, que la excepción confirma la regla.

Tuvo un presentimiento súbito referente al Arca, por lo que se dejó llevar por la curiosidad a pesar del cansancio que arrastraba. Ahora era él, Leonardo Cárdenas, quien tendría que verificar si era cierta su sospecha o se trataba de un pensamiento absurdo que pretendía encontrar un nexo de unión entre Dios y el número de oro.

Fue en busca de una de la varias *Biblias* que tenían para subastar y la abrió por el libro del *Éxodo*, capítulo 37. En él se daban las medidas exactas del Arca de la Alianza: dos codos y medio de largo, y un codo y medio de ancho y alto. Sabiendo que un codo de la época era equivalente a 45 centímetros, calculó las medidas actuales. El Arca, según su cómputo, tenía unos 112,5 cm de largo por 67,5 cm de ancho y alto. Entonces dividió el largo por el ancho. Como resultado, la divina proporción: 1,6. Por consiguiente, lo mismo ocurría al dividirlo por el alto.

Aquello le resultó paradójico, pero a la vez interesante.

Decidió continuar con algo más trascendente: el nombre de Dios. Aunque no dominaba el hebreo tan bien como Cristina, conocía de memoria la relación entre las siglas de Yahveh —o Tetragrámaton— y la numeración judía. Tras atribuirle el número correspondiente a cada una de las letras, escribió en un papel que encontró sobre la mesa:

Y H W H  
10 5 6 5

Partiendo de la creencia judía de que el nombre de Dios estaba segregado en dos vínculos emitidos diferentes y antagónicos —*Yah*: hombre y *Veh*: mujer—, los dividió por la mitad:



Entonces multiplicó por separado las cifras de las distintas secciones, dando por resultado: 50 y 30, respectivamente. Luego los dividió entre sí. El resultado fue bastante significativo: 1,6. El mismo número que se hallaba escondido entre las medidas del Arca de la Alianza.

Demasiada coincidencia. Se puso a pensar:

«¿Será verdad eso de que Dios geometriza al crear, como decía Pitágoras...? ¿Acaso no es la explicación más razonable que se puede encontrar al hecho de que, como dicen las escrituras, realmente fuera Dios quien le dictara a Moisés el modelo que debía seguir para la construcción del Arca...? ¿Era una casualidad que el resultado de dividir sus dimensiones fuera el mismo que el de su propio nombre...? ¿Era ese el auténtico nombre de Dios, una ecuación de proporcionalidad que gobernaba el Universo?».

Aturdido, cerró los ojos un instante. Necesitaba reflexionar sobre su nuevo descubrimiento. El número de oro estaba en el hombre y en la naturaleza, en las ciencias numéricas y en algunas construcciones, como el Partenón de Atenas y la pirámide de Keops. ¿Y las catedrales? ¿Se regirían estas de igual forma por la divina proporción?

Recogió todas sus cosas, incluida la copia impresa de *El misterio de las catedrales*. Luego apagó el ordenador y fue hacia la salida. Cerró la puerta de las oficinas con la llave que le había dejado Nicolás, sin poder pensar en otra cosa que no fuera el orden determinado por Dios.

Ya en la calle miró el reloj. Era medianoche. Decidió que podría seguir investigando en su apartamento, aunque ello le costase permanecer despierto toda la noche. Tenía una corazonada. Y eso quería decir que no descansaría hasta comprobar si era cierta. Imposible conciliar el sueño.

Conectó el ordenador de su despacho. A continuación fue hacia la cocina a preparar café. Minutos más tarde tomaba asiento frente a la mesa con una taza humeante en una mano y un paquete de cigarrillos en la otra. Dejó el manojito de folios que componían la obra de Fulcanelli sobre una silla vacía que había pegada a la pared. Por lo pronto, trataría de verificar su hipótesis. Ya tendría tiempo de leer su obra en otro momento.

En la pantalla del PC pudo ver los iconos de los distintos programas con una imagen paradisíaca como fondo. No hacía mucho que se había bajado de Internet el Google Earth, un buscador de imágenes aéreas de las zonas más emblemáticas del planeta.

Rosendo Flores, el vecino del piso contiguo que estudiaba informática, vino a

verle una noche varios meses después de la tragedia del 11-S. Estuvieron viendo un partido de baloncesto y bebiendo cerveza hasta bien entrada la noche. Tras una breve charla, en la que hablaron de los lugares marcados por la desgracia, Leo le confesó que le gustaría visitar Nueva York y ver de cerca la llamada Zona Cero, afirmando que tenía intención de hacerlo el próximo año. Rosendo se echó a reír, diciéndole que si ese era su capricho tal vez podría echarle un vistazo al lugar sin tener que moverse de casa; solo tenía que pedirselo por favor. Creyéndose que se trataba de una broma, se apostó una cena a que no era capaz de cumplir su promesa. Y cuál fue su sorpresa, cuando el joven Rosendo fue hacia el ordenador e introdujo un nombre en el buscador del Google. Poco después se bajaba un programa de gran interés, llamado Google Earth, en el que podía verse la imagen reproducida del planeta, tal y como debía observarse desde la Luna. Con la ruedecilla del ratón fue acercando el globo terráqueo. Se centró en Norteamérica, en la zona nordeste de Estados Unidos. Fue acercándose más y más hasta que pudieron ver la bahía de Manhattan, pero la altitud aún seguía siendo espectacular. A Leo le resultó sorprendente sentir cómo iban descendiendo poco a poco, y el modo en que los edificios se tornaban voluminosos y visibles en una pantalla donde momentos antes solo podía distinguirse un conglomerado, verde y marrón, de bosques y cordilleras montañosas. Ahí, frente a sus ojos, pudo ver, desde arriba, la silueta de la Estatua de la Libertad, los buques de carga navegando por el río Hudson, y las cúspides de los rascacielos más altos de Nueva York; y en la zona suroeste, un gran vacío provocado por la caída de las Torres Gemelas, un hueco enorme ocupado ahora por los camiones que transportaban los escombros y por los obreros encargados de limpiar la zona. Era dramático, pero al mismo tiempo resultaba atrayente.

Desde entonces no lo había vuelto a utilizar. Pero había llegado el momento de poner en práctica su plan.

Pinchó en el Google Earth sin perder más tiempo. Hizo girar el planeta hasta enfocar el continente europeo. Fue acercando la imagen con el fin de buscar entre las catedrales más emblemáticas de España. Decidió echarle un vistazo a la de Toledo, por aquello de que fue en dicha ciudad donde Balboa compró el manuscrito; y porque era la más alquímica de todas. Lo que apareció ante sus ojos lo dejó perplejo. Era la primera vez que veía una catedral desde el aire. La precisión con la que trabajaban los maestros constructores lo dejó realmente atónito. El santuario tenía forma de cruz, tal y como le adelantara Salvador, aunque jamás llegó a pensar que sus líneas pudieran ser tan perfectas y sublimes.

Acto seguido imprimió la imagen.

Segundos más tarde, tenía entre sus manos una vista aérea del Toledo antiguo con la catedral en el centro. Entonces cogió un escalímetro del estante que había sobre la mesa. Midió solamente el largo y el ancho de la cruz que formaba la bóveda del

santuario, nunca la distancia real del templo, ya que la parte posterior del presbiterio se prolongaba unos veinte metros más debido a la estructura redondeada formada por los diversos contrafuertes. La escala era proporcional, por lo que debía representar fielmente los metros de tejado del edificio. El cuerpo de la nave medía cuatro centímetros —según la fotografía aérea—; y el transepto, de lado a lado, medía dos centímetros y medio. Con estas cifras escritas en un bloc, Leonardo procedió a dividir las entre sí. Resultado: 1,6.

¿Necesitaba alguna otra prueba de que Dios estaba representado por un número, el más perfecto de todos, y que los constructores de catedrales eran los guardianes del secreto? No; creyó que con eso ya era suficiente.

Iba a dejar el folio sobre la mesa, cuando vio que en la parte baja de la imagen había una serie de números:

*Pointer 39°51'27" N 04°01'26" W*

Obviamente, se trataba de la longitud y la latitud exactas del lugar donde se hallaba ubicada la catedral de Toledo.

El corazón comenzó a latirle de forma enloquecida mientras un sudor frío le corría por la espalda, sobre todo en la columna vertebral. Recordó las cifras escritas en el remite de la carta, y por un instante se le pasó por la cabeza que pudieran representar las coordenadas de situación del Arca de la Alianza. Si era cierto que deseaban ayudarle con una pista definitiva, es posible que le hubieran proporcionado la solución al enigma para ver si era capaz de descifrarlo por sí mismo, al viejo estilo masónico.

Sacó del bolsillo de su camisa el sobre de avión, extendiéndolo boca abajo. Entonces anotó los números en el buscador del Google Earth, pero añadiendo los grados, minutos y segundos. Pinchó en *Search*, y al poco la esfera comenzó a girar mientras se iba acercando lentamente a su destino. A Leonardo comenzaron a sudarle las manos, y también la frente, cuando vio que la imagen se detenía en uno de los lugares más frecuentado por los turistas de todo el mundo.

Allí estaba. Tenía ante sí la ciudad perdida de Henoc y los pilares que la dividían, tal y como decía la carta firmada por Balkis; o las columnas que fueron enterradas por la arena que arrastró el Diluvio, según la versión de Iacobus de Cartago.

No supo si reír o llorar. Lo cierto es que la imagen de las pirámides de Keops y Kefrén, vistas desde arriba, era un espectáculo soberbio.

El Arca de la Alianza estaba escondida en la llanura de Gizeh. Y quizá también lo estuvieran Los Hijos de la Viuda.

Tras haber estado dos horas en su despacho, estudiando las fotografías

pertenecientes a la grabación de Leonardo, y leyendo una y otra vez el manuscrito de la discordia, Cristina fue a comprobar que todo estaba en orden antes de acostarse. Al llegar al cuarto de Lilith le dio las buenas noches desde la puerta, pero la joven se cuidó de responder fingiendo estar dormida. Luego se retiró a descansar, después de pasar por el baño para cepillarse los dientes. Apagó la luz del pasillo y las sombras se adueñaron del apartamento. El sonido de una puerta cerrándose con lentitud ponía punto y final a un largo día de trabajo.

Minutos más tarde, Lilith se levantó de la cama con cuidado de no hacer ruido y cerró igualmente la puerta de su habitación. Se deslizó hasta el armario donde guardaba su maletín de viaje. Abrió la cremallera y sacó del interior un minúsculo monitor de plasma del tamaño de una cajetilla de tabaco. A continuación, pulsó el interruptor tras insertar una clavija cuyo cable iba conectado a unos auriculares. Al instante apareció en pantalla la imagen de Cristina, desnudándose en su cuarto y mostrando todo su esplendor. Era todo cuanto necesitaba.

Aprovechando que su anfitriona estuvo fuera toda la tarde, había instalado una cámara espía en un falso libro que descansaba entre varias decenas de textos esotéricos alineados sobre la estantería que había en la pared. Su curiosidad la había empujado a arriesgarse más de la cuenta, pero estaba segura de que valdría la pena. Solo tenía que ampliar la información que poseía hasta ahora, saber qué era en realidad lo que andaban buscando Leonardo y sus amigos. Su intuición le decía que estaba cerca de un gran descubrimiento.

Observó detenidamente la imagen al percibir una actitud extraña en el comportamiento de Cristina, la cual, tras colocarse el pijama, volvió a abrir con cuidado la puerta de su cuarto. Lilith esperó su reacción, ya que si decidía regresar con cualquier excusa tendría que desconectar rápidamente el monitor y volver de nuevo a la cama. Sin embargo, lo único que hizo Cristina fue comprobar que no había nadie por el pasillo para luego cerrar de nuevo la puerta. Tras confirmar que todo estaba en silencio, la doctora cogió su teléfono móvil y fue a sentarse a los pies de la cama. Marcó un número aprendido de memoria, garabateando un dibujo en una revista que había sobre la mesa mientras esperaba línea.

La conversación —o más bien monólogo, pues no fue capaz de escuchar a la persona que estaba al otro lado del teléfono— fue seguida con interés por Lilith. Le llamó la atención un detalle bastante curioso: hablaba en inglés.

—¿Señor...? Hijarrubia tenía razón: el manuscrito de Toledo esconde un gran secreto; un impenetrable misterio que podría poner en peligro nuestra civilización. Tengo fotografías que lo demuestran... No se preocupe, estoy sola. He dejado en casa a ese idiota de abogado. Podemos hablar... Sí, creo saber lo que estamos buscando... Señor, si se lo dijera no me creería. Podría ser tan impactante como lo fue el descubrimiento de la energía nuclear... Sí... Sí... Me hago cargo, descuide... Se hará

como dice... Está bien... Pero si me lo permite, señor, le aconsejo que movilice a los muchachos de la NSA<sup>[5]</sup>. Posiblemente estemos hablando del artefacto más poderoso del mundo, capaz de establecer comunicación directa con Dios... ¡Sí, estoy en mi sano juicio...! Señor, según los datos que barajo podría tratarse del Arca de la Alianza... ¡Sí, ya sé que es difícil aceptar algo así! Aunque siempre será mejor exponernos al ridículo a esperar que sea cierto y caiga en manos inadecuadas... No, aún no sabemos el lugar exacto, pero contamos con varias pistas fiables... Sí... Sí... Por supuesto... De acuerdo, así se hará... Buenas noches, señor.

Finalizada la conversación, Cristina guardó el teléfono en el cajón de la mesilla, apartó las sábanas y se metió en la cama tras apagar la luz.

Lilith seguía observando el monitor como una idiota, sin terminar de creerse lo que acababa de escuchar. Lo cierto es que no tenía palabras para describir la excitación que le había producido saber que la reliquia de mayor relevancia dentro de la comunidad judía, el Arca de la Alianza, era algo más que una leyenda. Había oído hablar de ella lo suficiente, por lo que estaba al tanto de las advertencias bíblicas con respecto al peligro que encerraba el acercarse demasiado. Era tan letal que el mero hecho de tocarla podía acabar con la vida de un hombre de forma fulminante.

Un morbosos interés se fue adueñando de ella al pensar en la fortuna que estaba en juego. Cualquier potencia del mundo estaría dispuesta a pagar un alto precio solo por estudiar el contenido del Arca. De hecho, no fue casualidad que Cristina mencionara en su conversación a los de la seguridad nacional estadounidense, encargada de obtener información transmitida por cualquier medio de comunicación del mundo. Eso quería decir que existía un gran interés por parte del gobierno norteamericano por el objeto en cuestión, y que su propósito era apoderarse de él antes que ningún otro país.

Aquello, pensó, iba a complicar su tarea.

No obstante, y sin poder evitar una sonrisa de satisfacción, se juró a sí misma que sería la única en llegar hasta el Arca... o moriría en el intento.

## Capítulo 37

Claudia arrojó su cigarrillo al suelo harta de esperar. Estaba sentada bajo el obelisco de Ramsés II, en el centro de la Piazza del Popolo. Su tío se retrasaba, y eso que le había advertido que fuera puntual. Lo que venía a demostrar que la intención de Salvador era poner a prueba su paciencia.

Había oído decir a los *frater* de primer orden, que los Maestros constructores inculcaban a sus discípulos la necesidad de frenar el apremio con que vive el ser humano, y profundizar en el conocimiento básico de la sabiduría y el silencio. Pudo comprobarlo por sí misma tiempo después, cuando su tío le expuso el acertijo de iniciación personal:

«El discurso pertenece a los hombres, la música a los ángeles y el silencio a los dioses», advirtiéndole que según ascendiera de nivel se iría precipitando cada vez más en el abismo de la soledad. Supo entonces que no se trataba de un juego y que, por lo tanto, su vida iba a cambiar notablemente después de analizar en profundidad el auténtico sentido de aquella frase. Lo aceptó de buen grado, pese a que garantizar el silencio absoluto del pensamiento era bastante más difícil para una mujer tan extrovertida como ella que para un hombre acostumbrado a vivir sin nadie a su alrededor. Pero la disciplina del masón se sustentaba gracias al esfuerzo de todos, y ello le sirvió de consuelo.

Desde que ingresara en la logia, tres años atrás, su forma de ser había dado un giro inesperado al descubrir el auténtico sentido de la vida en los misterios del conocimiento y en la ciencia de Dios. Lo que no esperaba, era enamorarse de un hombre que la devolviera de nuevo al mundo real —aunque fuesen esporádicos instantes de debilidad femenina—, después de haber participado en reuniones de gran trascendencia espiritual con gente cuyo único cometido era atender, sin mediar palabra, la prédica del Maestro; o lo que es lo mismo: aprender los misterios de la vida y prepararse para el silencio de la muerte. Su relación con Leonardo fue seguida con cierto recelo por la alta jerarquía de la logia, y también criticada duramente, según palabras de su tío. Sin embargo, cuando Balboa compró el manuscrito de Toledo, y el destino quiso que se enterara de su existencia, decidieron involucrarla para que los fuese informando de todo lo que tuviera que ver con el texto; y aunque en un principio se negó a hacerlo, se vio obligada debido a los lazos de sangre que la unían con el Magíster.

Lo cierto es que la idea de visitar a su tío se la había proporcionado el propio Leonardo, cuando este reconoció su origen murciano. Así mataba dos pájaros de un tiro: acogerse a las nuevas instrucciones de la logia e involucrar a Riera como castigo por su despiadada decisión, pues realmente no entendía muy bien por qué tuvieron que asesinar al bueno de Jorge o a la estirada de Mercedes, quien a pesar de su

carácter levantisco no dejaba de ser una persona como otra. Tampoco le faltaron hígados para reprocharle su crueldad cuando tuvo ocasión de hablar a solas con él, aprovechando que Leonardo se había retirado a dormir llevándose una *Biblia* en la mano. Eso fue la noche del domingo cuando se enteraron de la muerte de Mercedes. La gota que colmó el vaso.

Ahora tenía que afrontar los hechos y aceptar que había perdido a su pareja para siempre. Su sacrificio iba en beneficio de la logia, y no admitía ningún tipo de réplica. A cambio, esperaba de ellos algo más que bonitos gestos de agradecimiento. Quería saber qué tenía de cierta la historia que corría de boca en boca entre los iniciados, lo que llamaban con temor la *Scalarum*; y que no era otra cosa que la última prueba de ingreso definitivo en la orden. Tenía derecho a exigirles una satisfacción compensatoria por su renuncia, como instruirse en la Sabiduría, algo que ya deberían haber contemplado los Maestros Custodios tras haber superado sus votos de silencio.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos, que no se percató de la presencia de Riera hasta que lo tuvo enfrente.

—Solo espero que no estés enfadada por el retraso —le dijo Salvador, sentándose a su lado—. Seguro que la conciencia te habrá mortificado con su implacable rumor mientras aguardabas mi regreso.

Se refería al pensamiento íntimo de cada individuo; el murmullo rebelde del cerebro que apenas descansa.

Claudia se sintió algo más tranquila cuando lo tuvo cerca; pues, sin saber de qué modo, la presencia de su tío exaltaba su imaginación estimulando el espíritu de la curiosidad.

—Quisiera saber qué va a ocurrir... —En realidad, nadie le había dicho de qué forma iba a reorganizar su vida ahora que no podía regresar a Madrid—. He perdido mi puesto de trabajo y he engañado al hombre que quiero... —Suspiró largamente—. Necesito que alguien me explique cómo he de afrontar mi futuro.

—¡Ven! —indicó Riera. Después se puso en pie, cogiendo la mano de su sobrina—. Demos una vuelta.

El arquitecto se sintió incómodo con la gente que paseaba a su alrededor, por lo que se apartó dirigiéndose en silencio hacia la iglesia de Santa María del Popolo en compañía de Claudia. No sabía cómo pedirle que hiciera un último sacrificio y aceptara la decisión de Balkis, a no ser que mencionara a Leonardo. Pero antes debía adelantar su preparación.

—Hay algo de lo que hemos de hablar... —Se detuvo en mitad de la plaza, mirando a Claudia con seriedad—. Te he enseñado la virtud del silencio y el conocimiento que originan las siete Ciencias, y te he contado innumerables historias referentes al arte de la construcción así como los misterios que oculta el lenguaje

secreto de los glifos alquímicos. Aunque desconoces el verdadero sentido que tiene la ceremonia de iniciación... —Ella sabía que cuando un Maestro le hablaba a un adepto de asuntos relacionados con la logia, este debía guardar silencio. Por consiguiente, permaneció callada—. Ya es hora de que tengamos una conversación que te permita conocer el poder la Escala y la magia de quienes la custodian —continuó diciendo Salvador—, y quizá también de la responsabilidad que conlleva renunciar a todo por vivir como hombres libres. Pero antes, he de decirte que has sido elegida para ocupar el puesto de Balkis, quien representa la Sabiduría de la Viuda. Eso significa que tendrás que aceptar ciertos cambios, te gusten o no. También tiene sus ventajas. Podrás vivir en primera persona los misterios del conocimiento y acceder al poder que solo poseen los Custodios, un poder que te maravillará hasta el punto de hacerte olvidar que una vez fuiste mujer... —Arrugó la nariz un instante—. Tiene su lado oscuro, ya lo sé. Pero te advierto una cosa; no harás sola dicho viaje. Tendrás a Hiram Abif a tu lado. En este caso —la miró fijamente a los ojos—, la Viuda ha decidido otorgarle el puesto a Leonardo, a pesar de que ni él mismo lo sabe... —Claudia fue a decir algo, pero se contuvo para no quebrantar el precepto de silencio. El hecho de que tuviera una nueva oportunidad para estar con Cárdenas acrecentó su satisfacción personal—. Supongo que eso te alegrará —dijo él al ver la expresión risueña de su sobrina—. Sin embargo, el que te haga compañía no quiere decir que todo vaya a ser como antes.

Echó de nuevo a andar, pero esta vez en sentido contrario. Claudia fue tras el Magíster, dirigiéndose igualmente a los aparcamientos que había más allá del obelisco. Pero antes quiso saber algo más del ritual de consolidación.

—Tito... ¿Qué es en realidad la Escala?

—Athanasius Kircher dice en su *Musurgia universalis*, que así como Dios desciende hasta nosotros pasando por la jerarquía de ángeles, de la misma manera debemos elevarnos a Él por la misma vía: la escala de Jacob... —Se aclaró la voz—. La escala está dividida en siete peldaños que van desde el Infierno hasta el Paraíso. El séptimo y último nos conduce a la aprehensión del concepto divino a través del silencio. La escala no sube más, pues Dios es inconcebible. Jacob subió realmente la escalera que conduce al Cielo, y al descender solo pudo decir aquello de: «¡Este lugar es terrible...! Y no es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del Cielo». —Conozco la historia— argumentó ella con voz queda.

—Pero no sabes que otros muchos hombres libres ascendieron esa escala, como Moisés o Jesús de Nazareth.

—¿Cristo tuvo que pasar por el ritual de iniciación? —Se mostró perpleja. Era la primera vez que escuchaba algo semejante.

Riera afirmó en silencio. Luego, añadió:

—Fue el alumno más aventajado de los que ha tenido jamás la hermandad de



constructores. El oficio de Jesús, según dicen los textos hebreos, fue el de *têcton*, que significa: el que trabaja la piedra y la madera; es decir, albañil o constructor. Pero eso no es todo, pues en los apócrifos de Santo Tomás se dice que cuando Herodes hizo buscar a Jesús para matarlo, el ángel advirtió a José para que cogiera a María y su hijo y huyeran a Egipto, lejos de los que querían asesinar al niño. Cristo tenía dos años de edad cuando entró en la tierra de los faraones acompañado de su familia, donde fueron admitidos en la casa de una viuda. En realidad, dicha historia es solo una metáfora de su ingreso en la sociedad secreta de los antiguos constructores de Egipto, conocida entonces con el nombre de los Compañeros de Horus. Pero creo que ya conoces el resto.

—Solo sé que ellos heredaron, de Tubalcaín, el prodigio de erigir enormes templos como la pirámide de Keops. Algunos *frater* con los que he hablado afirman que ese es el lugar donde se lleva a cabo la iniciación... ¿Es cierto?

—Así es, aunque todavía no te he contado lo que esconde en su interior. —El constructor se detuvo junto a un Fiat de color granate, pulsando el mando a distancia para que se abriera el seguro de las puertas—. ¡Sube! Iremos a dar una vuelta.

Claudia tomó asiento junto al conductor mientras su tío le daba una propina a un joven mendigo que, supuestamente, había cuidado el coche en su ausencia. Poco después se alejaban por la Vía di Repetta hasta alcanzar el Lungotevere Marzio, dejando a su derecha la Ciudad del Vaticano. La tregua de silencio fue violada por el arquitecto.

—Dice una antigua leyenda, que Dios gobierna el Universo desde su trono de nubes situado en la ciudad de Thulé... —Miró un instante a su sobrina, esperando que le prestara atención sin abrir la boca—. Cuando Dios creó el mundo, dando forma al primer hombre y a la primera mujer como etnia ostentadora de una compleja sabiduría, les proporcionó un lugar donde vivir en armonía con la Creación. En el centro de aquel Edén, tal y como dice el *Génesis*, había dos árboles plantados por Dios: el de la Vida, y el de la Ciencia del Bien y del Mal. Dichos árboles no eran otra cosa que dos templos de proporciones inimaginables, erigidos por Tubalcaín y sus hermanos. En ellos se guardaban los secretos de Dios, en uno, y los misterios de la Vida, en el otro. En el primero y mayor de los templos, al igual que en el Templo de Salomón, había tres salas superpuestas una encima de otra, y en la última de todas estaba situado el Trono del Testimonio. Primero había que descender hasta la sala subterránea, denominada del Caos, porque en ese lugar oscuro se reflexionaba sobre las cosas que podían perturbar el equilibrio universal y la naturaleza divina del hombre. Purificado de sus pensamientos, el adepto debía subir hasta la sala de arriba denominada del Conocimiento. Allí tenía que descifrar el enigma planteado por la madre Sabiduría, y solo si lograba interpretar el acertijo podía ascender a la tercera sala. Entonces, si era capaz de comprender el secreto de las Siete Ciencias, y vencer a

los siete enemigos del hombre, se sentaba en el Trono del Testimonio para hablar cara a cara con Dios... —Al llegar al Puente Garibaldi, el veterano arquitecto torció a la derecha, cogiendo la Vía del Trastevere—. Tras el Diluvio, el Edén quedó sepultado bajo toneladas de cieno y barro. Los conocimientos que el hombre había adquirido, gracias a la Sabiduría de Dios, quedaron ocultos en los templos durante miles de años hasta que fueron descubiertos por Nemrod, el arquitecto de la torre de Babel, quien quiso emular sin éxito las construcciones de antaño erigiendo la pirámide conocida como Micerinos. Hermes y Pitágoras descifraron algunos de los enigmas pintados sobre la superficie de dichos templos, e incluso Herodoto reconoce que, acompañado por los sacerdotes de Isis, estuvo en un lugar subterráneo donde le fueron reveladas las ciencias más poderosas del universo... —Volvió a girar, pero esta vez a su izquierda. Intentaba llegar al Ponte Sublicio—. Sin embargo, cuando el historiador griego llegó a Egipto el Trono de Dios había desaparecido. ¿Cómo y cuándo ocurrió...? Dejaré que te lo cuente la propia Balkis.

Tras rodear la Piazza dell'Emporio, Salvador hizo que el Fiat tomase la vía Marmorata hasta alcanzar la Porta di San Paolo. Allí aparcó muy cerca de la pirámide de Caius Cestius. Un hombre mayor, de aspecto árabe, y una mujer que llevaba la cabeza cubierta bajo un pañuelo de gasa color celeste, les aguardaban junto a la puerta de entrada a la tumba del magistrado romano. No había nadie más por allí, extrañamente.

Tanto Claudia como su tío se bajaron del coche.

—No te preocupes; son amigos míos —susurró Riera, cogiendo a su sobrina del brazo—. Te los presentaré.

Se acercaron con lentitud. El hombre de piel bronceada y cabellos grises llevaba un pequeño talismán colgado del cuello: un triángulo de oro con el ojo de Dios en su interior. Sus ojos expresaban fidelidad, como la mirada que nos suelen regalar los animales de compañía y que a veces son más elocuentes que las palabras de cualquier amigo. Rezumaba amabilidad y sacrificio, pero la fuerza hipnótica de sus pupilas la hizo sentir incómoda y por un momento creyó que le estaba robando el alma. La mujer, por el contrario, le resultó bastante más familiar. Le recordó a una de esas chifladas que adoran la magia y el espiritismo, y que andan todo el día con la ouija a cuestas o con un libro de *Madame Blavatsky* bajo el brazo. Su velo azul con lentejuelas resultaba inapropiado en un país europeo, pero la elegancia con que lo llevaba hacía que su rostro resultara más joven y fascinante de lo que era en realidad; y eso que debía sobrepasar los sesenta.

Los ojos de aquella mujer le dieron la bienvenida mucho antes de abrir los labios.

—Estaba deseando conocerte —dijo Balkis, cogiendo sus manos.

Al hacerlo, la joven se dio cuenta de que llevaba un anillo de oro en el dedo corazón con un dibujo de la estrella de David en el centro.

—Si he de ser sincera, te diré que estoy bastante nerviosa. Hace años que espero con ansiedad este momento. —Se mostró reservada.

—Supongo que Sholomo te habrá contado mi decisión de delegar en ti para...

—Siempre y cuando estés de acuerdo —terció Hiram, interrumpiendo suavemente a su compañera.

—Lo estoy; y acepto la responsabilidad. Aunque... —Claudia titubeó unos segundos—. También me ha asegurado de que podré ver de nuevo a Leo.

Balkis reprimió una sonrisa mordaz al imaginar los planes de Azogue. De nada le iba a servir amar a un hombre una vez que ocupara su puesto. El placer terrenal dejaba de tener sentido tras sentarse varias veces en el Trono de Dios. Pero eso ya lo iría comprendiendo con el paso de los años.

—Leo estará contigo, pero solo si es capaz de descifrar el enigma de iniciación —puntualizó el árabe—. No obstante, algo me dice que sabrá llevar mi nombre con dignidad. Y eso significa que vencerá la prueba de la Escala.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Claudia, llevada por la curiosidad.

—Lo sé... Y basta —contestó circunspecto.

Dicho esto, le hizo un gesto a Riera y ambos se marcharon hacia la muralla que había junto a la pirámide, dejando solas a las mujeres.

—Vayamos dentro —dijo Balkis, señalando la entrada a la tumba de Cestius—. He de hablarte del Kisé.

En su interior descubrieron el compartimiento del sepulcro iluminado por unos cuantos focos, instalados en el suelo, que daban vida a las distintas figuras de los mosaicos. Balkis le confesó a Claudia que Cestius, funcionario de festejos religiosos de la antigua Roma, había tenido la suerte de conocer a los Compañeros de Horus en uno de sus viajes a Egipto, de ahí que quisiera ser enterrado en un edificio geoméricamente igual a los templos de iniciación de aquel país. Asimismo, le explicó en voz baja que una de las pirámides de Gizeh representaba la columna de Jakín —en este caso la de Kefrén—, y la otra a Boaz —la de Keops—. Le contó que ambas eran distintas, y que cada una de ellas representaba la energía positiva y negativa del planeta; dos fuerzas contrarias que se necesitaban la una a la otra como dos auténticas columnas que estuvieran soportando un mismo arco. Quien tratara de acercarlas se daría cuenta de que, al hacerlo, el arco se resquebrajaría al no existir un punto de apoyo equilibrado que lo mantuviese erecto. Lo mismo ocurría con las leyes que rigen el Universo... —Claudia la escuchaba en silencio—. Dios creó el modo de comunicarse con el hombre a través de un ingenio cuya naturaleza aún desconocemos... —Balkis siguió hablando—. Nosotros lo denominamos el Trono de Dios, o *Kisé* del Testimonio, aunque otros lo llaman el Arca de la Alianza. El lugar donde se halla oculta está, precisamente, bajo la Gran Pirámide, aunque en un principio estuvo en la sala superior de la misma. La hemos protegido durante siglos

para que no volviera a ver la luz hasta que el hombre estuviese preparado para enfrentarse al conocimiento de Dios... —luego, dijo para sí—: Moisés jamás debió de sacarla de Egipto.

—¿Cómo dices? —Por increíble, el comentario de Balkis consiguió llamar la atención de Claudia.

—Has escuchado bien... —Ladeó su cabeza para observar detenidamente a la joven, sopesando su inteligencia—. La historia no es siempre como la cuentan, criatura. A veces los hechos nada tienen que ver con la realidad.

—¿Podrías explicarte? —inquirió Claudia, atónita.

—Tras el Diluvio, el Trono de Dios estuvo escondido durante miles de años en la Gran Pirámide, hasta que el culto a la Sabiduría fue nuevamente restablecido por los hombres que sobrevivieron a la catástrofe. Los sacerdotes más herméticos del Antiguo Egipto consideraban al Arca como una manifestación del poder de Dios, y a la fuerza que emanaba de él la llamaron *Hor-Sema-Tauy*... Harsumtus para los griegos. Todavía se puede ver en el templo de Dendera, pintada sobre la pared norte de la cripta situada en la zona sur, una muestra de su poder y del peligro que conlleva acercarse más de la cuenta si no eres un iniciado... —Se quitó el pañuelo, dejando lucir sin pudor sus cabellos—. Según cuenta la leyenda masónica, Moisés pudo conocer el secreto mejor guardado de la historia gracias a uno de los maestros constructores que se encargaba de su iniciación en los misterios de Isis, quien fuera madre y protectora de los Compañeros de Horus. El relato que te habrán contado, referente a la agresión de Moisés hacia un maestro egipcio que castigaba duramente a un hebreo, es solo otra metáfora más utilizada por las antiguas logias... —Hizo un inciso para mirarla directamente a los ojos—. Tras acceder furtivamente al Trono y a sus divinos conocimientos, algo que estaba reservado para los custodios, y solo cada siete años, Moisés tuvo una visión donde se vio a sí mismo conduciendo al pueblo de Israel hasta una tierra donde la sabiduría y el conocimiento los convertiría en el pueblo elegido por Dios. Convenció así a varios judíos, además de al maestro de obras que lo condujo hasta la sala donde custodiaban el Arca, para que lo acompañasen una noche con el fin de entrar nuevamente en la pirámide de Keops y ascender hasta el recinto que ahora llamamos la Cámara del Rey. Moisés aprovechó la confianza del maestro de obras para llevarse el *Kisé* del Testimonio con ayuda de los israelitas, escondiéndolo donde los soldados del faraón no pudiesen encontrarlo: en el país de Madián. Allí se comunicó por segunda vez con Dios, en el pasaje conocido en el *Éxodo* como *El fuego de la zarza*. Tras acogerse a la virtud y sabiduría del Gran Arquitecto, regresó a Egipto para reagrupar a los judíos. Pero, al utilizar el Arca para fines mundanos, lo único que consiguió fue que la Madre Naturaleza se enfureciera con sus hijos, castigándolos con una serie de plagas que azotaron durante meses todas las regiones de Egipto. Fue como abrir la caja de Pandora... —Suspiró

con tristeza y continuó—: Moisés aprovechó la ocasión para amedrentar al faraón, diciéndole que si no le dejaba marchar acabaría con todo su pueblo. La jugada le salió bien hasta que el maestro de obras, que lo invitara a sentarse en el Trono de Dios, perdió a su primogénito debido a la magia destructora del Arca. Decidió vengarse confesando el robo ante los demás custodios del templo, quienes de inmediato lo pusieron en conocimiento del faraón. Este, sintiéndose engañado, envió con rapidez a su hueste de guerreros para que persiguieran y diesen muerte a los israelitas. El resto es historia. Ya te puedes imaginar cómo hizo Moisés para separar las aguas del Mar Rojo, o hacer que descendiera ambrosía del cielo.

—¿Tanto poder tiene el Arca? —preguntó Claudia. Sintió temor de tener que vérselas un día con aquel artefacto.

—Es un arma de doble filo. Con ella puedes hacer lo que desees, siempre y cuando sea para bien. Si la utilizas para dañar a alguien, es posible que el castigo te sea devuelto con creces, como le ocurrió a Moisés, quien jamás llegó a entrar en la tierra prometida como castigo a su soberbia —respondió seria—. Pero su función principal es otra muy distinta, la de dotar de conocimiento y sabiduría al ser humano. De este modo, el hombre penetra en el mundo de la verdadera magia, la del conocimiento, y deja a un lado la realidad falseada por la ignorancia. Ya no camina sobre la tierra, en todo caso se asoma a la verdad de Dios mientras se confunde entre la gente.

—Continúa... ¿Qué más le ocurrió al Arca, si, como dices ahora, se encuentra escondida bajo la Gran Pirámide? —Estaba dispuesta a quebrantar todas las normas, y no solo la del silencio sino también la de la curiosidad.

—Tras la muerte del rey Salomón, gobernando su hijo Roboam, Jerusalén fue invadida por Sisaq I, faraón de Egipto —siguió diciendo con calma—. En el *Libro segundo de las Crónicas* se dice que cargó contra la ciudad sagrada y que se apoderó de los tesoros del Templo, pero lo que no explica es que se llevaron el Arca de la Alianza como trofeo de su victoria. Los sacerdotes judíos lo mantuvieron en secreto durante cientos de años; incluso crearon la hermandad de los esenios para que estos fueran los custodios de una reliquia fantasma cuya pérdida jamás tuvieron el valor de reconocer. Luego nació la leyenda del Mesías, el hombre que habría de devolverle el Trono de Dios a Israel. De ahí que Cristo pasara su juventud en Egipto aprendiendo los misterios y la ciencia de Su Padre junto a los eruditos más avezados del imperio faraónico. Recuerda que la familia de María pertenecía a los esenios.

—Algo de eso me ha comentado mi tío.

—Sholomo ha sido bastante considerado trayéndote hasta nosotros, pero confunde la protección del conocimiento con el auténtico apostolado de la logia, que es vivir con humildad y en silencio, como una piedra... —Esbozó un gesto de repulsa, antes de retomar la conversación—. Como te iba diciendo... Después de que

Cristo ingresara en la hermandad de constructores, y adiestrara a algunos de sus compañeros egipcios a vivir según las reglas establecidas por Dios, regresó a Galilea para poder cumplir la voluntad de Su Padre Celestísimo: propalar sumisamente la Sabiduría entre el pueblo de Israel y el modo de guardar silencio ante las humillaciones que habría de sufrir el hombre, en un futuro, a manos del propio hombre. Porque, por si no lo sabes, era amor cuando Cristo callaba frente a los insultos... Era sacrificio cuando callaba sus penas... Era humildad cuando callaba de sí mismo... Era penitencia cuando callaba su dolor. Ese es el motivo por el que Jesús murió en silencio. Su sacrificio sirvió para que muchos se preguntaran qué había detrás de ese hombre tan peculiar que se dejó asesinar sin tan siquiera defender su inocencia... Creo que la humanidad entera comprendió, en el instante de su muerte, que aquel silencio encerraba un mensaje de gran sabiduría: que el hombre debe vencer el pecado de la soberbia, sometiéndolo al silencio, antes de hablar con Dios. Eso es todo.

—Hay algo que no entiendo... —reconoció. Ella necesitaba llegar hasta el final—. Si el Arca seguía en Egipto después de que Jesús regresara a Galilea... ¿Cómo es que los templarios consiguieron recuperarla tras su estancia en Jerusalén?

—Gracias a la diplomacia judía —contestó—. Los seguidores de Cristo convencieron a los sacerdotes de Isis para que devolvieran la reliquia al pueblo de Israel tras la muerte de Jesús; no en vano, el egipcio Belthazar, uno de los magos que acudieron a Belén siguiendo la estrella, fue su tutor y maestro desde el mismo día de su nacimiento. Estos accedieron siempre y cuando fuera la madre de Cristo quien custodiara la reliquia... —Entonces le explicó ese punto, antes de confundirla aún más de lo que estaba—: El tiempo que vivieron en Egipto, María fue considerada la reencarnación de Isis, ya que Cristo pertenecía a la hermandad de los Compañeros de Horus, y era el hijo predilecto de Dios. María ha sido siempre la custodia del Trono, pues representa el espíritu de la Sabiduría. ¿No te has preguntado nunca por qué la mayor parte de las catedrales están dedicadas a la Virgen, o el hecho de que en la letanía se la denomine como: «Trono de Sabiduría», «Puerta del Cielo» y «Arca de la Alianza»?

—¿Y qué hizo la Virgen con el Arca? —Su curiosidad iba en aumento.

—Después de permitir que la utilizaran los apóstoles, el día conocido como Pentecostés, se la entregó a José de Arimatea y a Nicodemo, quien tenía las llaves del Templo, para que la devolviesen de nuevo al lugar donde correspondía, pero advirtiéndoles que debían ocultarla en la oscuridad de una sala subterránea con el fin de evitar que cayera en manos de gentiles. Y ahí, en el verdadero *Sancta Sanctorum* construido por Salomón bajo las caballerizas del Templo, permaneció escondida hasta que Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer la descubrieron tras excavar el suelo de la mezquita de Al-Aqsa. Tras ello, el paso del Arca por la Península Ibérica fue

meramente transitorio. Después de permanecer algo más de cien años oculta en una cripta horadada bajo la mezquita mayor de Murcia, gracias al empeño de dos caballeros templarios que se hicieron pasar por mercaderes árabes, el rey Alfonso X *El Sabio*, Gran Maestro de la hermandad de constructores, la rescató de su oscura prisión y ordenó a su astrónomo, Alias *El Estrellero*, que la escoltara de nuevo hasta el desierto de Gizeh ante el temor de que fuese utilizada por reyes sin escrúpulos para su propio beneficio. Una catedral en construcción apenas ofrecía seguridad, y menos cuando se iba a derribar la vieja mezquita, en cuya cripta se escondía el Trono de Dios.

—Cuando dices que estaba bajo la mezquita de Murcia... ¿Te refieres a las siete salas donde Iacobus grabó sus jeroglíficos?

Balkis hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de dar su explicación:

—Iacobus sabía, por una familia de origen mozárabe que vivía junto al río Segura, que el rey Alfonso había mandado trasladar una reliquia de gran valor hasta las oscuras regiones de la Berbería. Con la ayuda de un plano árabe, logró introducirse en el santuario donde una vez estuvo escondida el Arca de la Alianza; de ahí que al conocer la existencia de un texto codificado, perteneciente a la familia Fajardo, tu tío cometiera el error de contratar a un asesino a sueldo para que acabara con la vida de ese pobre hombre que trabajaba contigo y destruyera el manuscrito. Lo que ocurrió después fue a causa de su estupidez.

—¿A qué te refieres?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabes? —Le extrañó que Sholomo no la hubiera puesto sobre aviso.

Claudia frunció el ceño, sorprendida por el comentario.

—Lamento tener que decirte que el legado de Iacobus está en manos de la persona que asesinó a Balboa y a Mercedes. Si consigue descifrarlo, estaremos perdidos.

Leonardo no terminaba de creerse lo que estaba haciendo, hasta que una azafata vino a recordarle que debía abrocharse el cinturón de seguridad porque el avión iba a despegar de inmediato. Salió de su estupor para balbucear un conjunto de palabras incongruentes que la joven aceptó como una frase de agradecimiento. Después ella se alejó para seguir informando al resto de los pasajeros.

Se imaginó por un instante las caras que pondrían Cristina y Nicolás cuando vieran que no acudía a la cita y que les iba a ser imposible localizarlo en su apartamento. No los creyó capaces de llamar a la policía, pero sí de hacer todo lo que estuviese en sus manos por seguir estudiando los jeroglíficos hasta dar con el lugar exacto donde Los Hijos de la Viuda ocultaban el Arca. Les llevaba ventaja, aunque sabía que tarde o temprano tendría que vérselas con ellos de nuevo. Y no es que le importase compartir su descubrimiento, pero tenía que actuar cuanto antes, y el hecho

de llevarlos consigo hubiera sido una carga en vez de una ayuda. Resuelto el enigma, ya no le hacían falta. Quien viaja solo, viaja más rápido. Además, quería saber si Cristina tenía razón y Riera estaba implicado en la desaparición de Claudia. En caso de ser cierto, prefería afrontar los hechos sin nadie alrededor que se burlara de su ingenuidad.

Calculó el dinero que había sacado del banco poco antes de subir al avión; es decir, la mayor parte de sus ahorros que no estaban sujetos a un plan de pensiones. Llevaba unos 3000 euros en billetes de 500 —debidamente doblados y escondidos en el interior de su cartera—, que habría de cambiar por libras egipcias nada más llegar al aeropuerto internacional de El Cairo. Supuso que tendría bastante para pasar una larga temporada en Egipto sin obligarse a dormir en un hotel de tres al cuarto, con cucarachas, pulgas y chinches campando a sus anchas. No sabía cuánto tiempo iban a durar aquellas vacaciones improvisadas, pero de lo que sí estaba seguro es de que, sin trabajo y derrochando el poco dinero que guardaba en su cuenta corriente, su economía iba a verse afectada más de lo que él quisiera.

Pensó en Claudia, y eso le dio ánimos para continuar.

Una vez que el avión se situó en posición de velocidad de crucero y vuelo estabilizado, se escuchó la voz de una azafata a través de los altavoces recordándoles, en varios idiomas, que podían desabrocharse los cinturones. Leonardo aprovechó para sacar el texto impreso de *El misterio de las catedrales* de dentro de su bolsa de viaje. Le echó un vistazo al primer capítulo, y enseguida se vio inmerso en la lectura. Estuvo leyendo algo más de media hora, hasta que vino de nuevo la azafata, ahora arrastrando un carrito con bebidas. Decidió tomarse un respiro, además de un *gin-tonic*.

Mientras lo saboreaba con deleite, se acordó del acertijo que le había planteado la reina de Saba:

«Si deseas conocer la verdad, tendrás que encontrar primero la llave donde se guarda el secreto de nuestra logia, la cual se haya escondida celosamente en el interior de una caja de hueso recubierta de pelo».

No dejaba de ser un enigma de lo más complicado, así que resopló dos veces solo de pensarlo. De niño disfrutaba con las adivinanzas que solía encontrar en los libros de texto. Pero ahora era distinto. No se trataba de un juego, sino de buscar una respuesta coherente que pudiera ponerlo sobre la pista de Claudia una vez que aterrizara en el milenario país al que daba vida el Nilo.

«Una llave escondida dentro de una caja de hueso cubierta de pelo... Una llave escondida dentro de una caja de hueso cubierta de pelo», no dejaba de pensar una y otra vez.

—¡Maldito galimatías! —murmuró en voz alta.



Una niña que viajaba en el asiento que había al otro lado del pasillo, lo miró con curiosidad aprovechando que su madre leía ensimismada el periódico. Tenía el pelo castaño, recogido en dos coletas que le caían a ambos lados de la cabeza. Sus mejillas estaban salpicadas graciosamente de pecas. Poseía, además, una impronta perspicaz poco habitual en una niña de su edad, cosa que le llamó profundamente la atención.

—¿Le ocurre algo, señor? —preguntó en voz baja, como si no quisiera que los demás supieran de lo que estaban hablando.

—Tengo un problema —le susurró a su vez, haciéndola partícipe de su secreto—. Me han propuesto un acertijo que no sé descifrar. Si no lo consigo, jamás podré regresar a España... —Abrió los ojos de forma exagerada—. Perderé mi trabajo, y luego mi casa, el coche y los amigos. Pronto estaré en la miseria y tendré que dormir en la calle como un vagabundo.

—¡Eso es terrible! —exclamó la chiquilla, pero sospechando que aquel hombre le estaba tomando el pelo.

Lo mismo pensó Cárdenas, quien hablaba muy en serio.

—¿Crees que podrás ayudarme? —continuó con la broma porque eso le divertía y le ayudaba a liberar la tensión acumulada las últimas horas.

—Por supuesto que sí —afirmó orgullosa—. Soy la más lista de mi clase —concluyó, levantando luego el mentón.

La señora que iba al lado de la niña dejó de leer el periódico para dirigirle una mirada comprensiva al desconocido. Este le guiñó un ojo, haciéndola cómplice de su travesura. Tras asentir con un gesto, siguió leyendo la prensa, dejándoles hacer.

—Escucha... —dijo el bibliotecario con su mejor sonrisa—. ¿Qué llave se esconde dentro de una caja de hueso recubierta de pelo?

—¿Te refieres a las llaves de la canción, las que están en el fondo del mar? —preguntó ella a su vez.

Leonardo se echó a reír quedamente. Le hizo gracia la salida de aquella simpática mocosa.

—No, pequeña. No son esas llaves.

La niña se echó a reír.

—Entonces debe ser la lengua.

La miró extrañado.

—¿Cómo dices? —inquirió al cabo de un breve silencio.

—¡Pues que debe ser la lengua! —porfió de nuevo con ademán impaciente.

—¡A ver! Explícate por favor.

La niña suspiró con harta resignación, como un adulto. Según pensó, aquel hombre era más tonto de lo que creía.

—Es bien sencillo —le dijo en tono confidencial—. La cabeza es la caja, los dientes son los huesos, el cabello es el pelo... Y la lengua es la llave de las palabras.

Por un único instante, Cárdenas quedó descolocado. Ya buscaba en su mente una razón o excusa que pusiera en evidencia su respuesta cuando recordó la canción infantil que había mencionado la niña:

«¿Dónde están las llaves? Matarile, rile, rile.  
En el fondo del mar. Matarile, rile, rile».

La señora del periódico le dijo algo a la que debía de ser su hija, y esta se colocó los auriculares con el fin de escuchar el programa de televisión que comenzaba en aquel instante y olvidarse, de momento, de ese señor tan raro y sus enigmas. Leonardo, sin embargo, no dejaba de pensar en lo que le había dicho la niña... Y en algo más que tenía que ver con una conversación mantenida con Riera. Los *Sancti Quattro Coronati* fueron condenados en unos féretros de plomo y arrojados vivos al fondo del mar —igual que en la canción— como castigo a su silencio y al estricto cumplimiento de las normas. La lengua entonces, como respuesta, tenía sentido. Se trataba de una comparación alegórica del auténtico cometido del masón: mantener la boca cerrada cuando fueran interrogados por los asuntos de la hermandad. «Los secretos de la cámara no los digas a nadie, ni nada de lo que hagan en la logia»: ese era su lema. ¿Acaso no les habían cortado la lengua a Balboa y Mercedes como castigo a su indiscreción, y anotado con sangre en la pared la máxima de advertencia?

Pero, como se interrogó preocupado, ¿qué es lo que debía callar?

## Capítulo 38

—¡Maldita sea...! Es imposible localizarlo. Lo tiene apagado.

Cristina dejó el teléfono móvil sobre la mesa. Nicolás, que iba de un lado a otro del despacho sorprendido por la desaparición de Cárdenas, tuvo el presentimiento de que este se había convertido en la tercera víctima de Los Hijos de la Viuda; tal y como pensaba que finalmente ocurriría.

—Le han encontrado, estoy seguro... —Se detuvo en mitad de la sala para exponer su teoría en tono fúnebre—: Y nosotros deberíamos tener mucho cuidado si no queremos ser los siguientes.

—No digas sandeces —repuso ella con acritud—. Si Leo no está aquí es porque nos ha dado la espalda en la investigación. Estoy segura de que anoche encontró un indicio fiable de cómo llegar hasta el Arca... —Lo miró fríamente a los ojos, esperando que pudiera entender el motivo de su repentino enojo—. ¿No te das cuenta...? Ha sido más listo que nosotros y se ha marchado con la respuesta.

—Pero... —objetó el *picapleitos*, dejando inconclusa la frase tópica que pensaba. Se encogió de hombros y preguntó—: ¿Tienes idea de dónde habrá ido?

—Vamos a necesitar ayuda si queremos averiguarlo.

La criptógrafa volvió a coger el móvil, yendo hacia la ventana a la vez que se alejaba de Nicolás. Buscaba intimidad para hablar, supuestamente, con su enlace del CNI<sup>[6]</sup>.

Mientras Cristina conversaba con algún alto mando del espionaje español, Colmenares trató de recordar los motivos que le empujaron a inmiscuirse en aquel turbio asunto. Tras la conversación que mantuvo con Mercedes en el restaurante, no le quedó más remedio que ponerse en contacto con su amigo Hijarrubia y contarle lo que sabía con respecto al asesinato de Balboa y el código medieval, ya que este conocía personalmente al ministro del Interior y podría echarle una mano en el delicado asunto de ocultación de pruebas por parte de Mercedes. Horas después vino a verle un hombre que decía trabajar para el Centro Nacional de Inteligencia. Le hizo una serie de preguntas relacionadas con la muerte de Jorge y su posible vinculación a algún tipo de hermandad de carácter esotérico. Luego, tras implicarle en el caso diciéndole que se trataba de un asunto de seguridad nacional, le confió a una de sus mejores agentes —Cristina Hiepes— para que la infiltrase en la casa de subastas aprovechando que la directora necesitaba a alguien cualificado para sustituir a Cárdenas por unos días; de esta forma estaría en contacto directo con los implicados. Su misión consistiría en familiarizarse con el manuscrito de Toledo y averiguar hasta qué punto eran ciertas las afirmaciones del cantero y el fanatismo de quienes pretendían ocultarle al mundo sus conocimientos. Pero la muerte de su vieja amiga alteró sistemáticamente sus planes. Entonces decidieron que tanto él como la

criptógrafa debían ponerse en contacto con la única persona que sabía lo que estaba ocurriendo: Leonardo Cárdenas.

Sin embargo, ahora, después de averiguar lo que buscaban con tanto empeño, tenía sus dudas. ¿Sabía el CNI de la existencia del Arca desde el principio? ¿Era esa la razón de que se hubiera dejado a un lado la investigación criminal para centrarse en el criptograma? ¿Qué pensaban hacer los de Inteligencia con una reliquia tan valiosa como era el Arca del Testimonio?

—Coge las fotografías de la cripta y los apuntes —propuso Cristina, que regresó de nuevo guardando el teléfono en su bolso—. Vamos a casa de Leo a hacerle una visita.

Colmenares se apresuró a cumplir lo que le había indicado, introduciendo las instantáneas en una carpeta con el logotipo de la empresa.

—¿Qué haremos si resulta que está en su apartamento, con resaca? —preguntó el abogado mientras se dirigían hacia la puerta—. Por si no te has dado cuenta, ese hombre tiene un problema con el alcohol.

—No creo que lo encontremos allí —respondió ella con seguridad—. Es más, espero que no haya nadie en casa. La Central va a enviar una unidad de reconocimiento... —Parpadeó pensativa y a continuación añadió—: Husmearemos un poco entre sus cosas.

Minutos después, se dirigieron al domicilio del bibliotecario.

Por el camino, Nicolás no dejaba de pensar en lo que iban a hacer. Entrar en casa ajena sin orden judicial suponía allanamiento de morada. Su implicación podía echar por tierra su carrera, eso en caso de que llegaran a enterarse los del Colegio de Abogados de Madrid. Por otra parte, calculó que quizá los agentes del CNI estuviesen autorizados para actuar con el consentimiento tácito de un juez. En ese caso, el registro se llevaría a cabo dentro de la legalidad.

Aun así, vio algo extraño en el comportamiento de Cristina, tras la desaparición de Leonardo, que no terminaba de convencerle. Esa mañana había amanecido distinta. Creyó que el mejor modo de sonsacarle información sería iniciando un coloquio estrictamente inquisitivo y personal.

—¿Qué ocurrió anoche, una vez que abandoné la oficina? —Giró su cabeza hacia ella al hacer la pregunta—. Algo debió suceder para que se haya marchado sin consultarnos primero.

—Le dije que no me tragaba el cuento de que Riera y su sobrina hubieran sido secuestrados. —Fue su seca respuesta.

—¿Qué...? —No daba crédito a las palabras de la criptógrafa—. ¿De verdad piensas eso?

—Todavía no estoy segura. Lo están comprobando los de la Central —le dijo—. Lo cierto es que me parece demasiado extraño el que secuestraran a Riera y a

Claudia, y después dejaran con vida a nuestro amigo Leo. —Ladeó la cabeza con enfado—. No han seguido la misma pauta que con los otros, algo inconcebible en unos individuos tan metódicos e implacables. Además, el hecho de que le permitieran hablar con su sirvienta desde el aeropuerto es un dato bastante significativo... ¿No crees?

—Reconoces no estar segura, y aun así le largas esa parrafada a Leo —le reprochó—. La verdad, ahora entiendo por qué se ha marchado. Debe estar ofendido.

Cristina resopló, incómoda.

—Te repito que ese no es el motivo —insistió—. Ha encontrado el lugar donde esconden el Arca, y en este momento va en su busca.

Tras unos segundos de introversión, Colmenares volvió a retomar el diálogo por donde lo había dejado.

—Explícame una cosa... Si tan segura estás de que Claudia y su tío están vinculados de alguna forma a Los Hijos de la Viuda... ¿A qué viene tu actitud maternal con la hija de Riera?

La criptógrafa dibujó una amplia sonrisa, orgullosa de sí misma.

—Ella es mi comodín en esta difícil partida.

Cuando llegaron al apartamento de Cárdenas, se encontraron con que la puerta estaba abierta y la cerradura forzada. Entraron sin perder tiempo al sentir ruido en el interior.

—Ya están aquí los Vigilantes —le confirmó Cristina, quien solía llamar así a los agentes de un servicio secreto encargados de controlar la vida y costumbre de todo aquel que fuera sospechoso de ser un profesional del crimen, o terrorista.

En efecto. Tres hombres vestidos de negro, con aspecto de sicarios, abrían y cerraban los cajones de los distintos muebles mientras iban requisando todo lo que fuera susceptible de contener información. Claudia los saludó en inglés.

—*Hi, boys!*

Nicolás se puso a la defensiva al descubrir que aquellos tres *gorilas* alternaban entre sí lúcidos mensajes con la mirada, como si les sorprendiera ver a Cristina en compañía de un hombre. El hecho de que ninguno de ellos fuera el agente del CNI que le enviara Hijarrubia lo hizo sentirse incómodo. No obstante, decidió guardar silencio y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

La criptógrafa se acercó al más fornido de los tres, un individuo de cráneo rasurado y con una enorme cicatriz bajo el párpado derecho. Intercambió con ella un par de frases en voz baja, y luego se marchó hacia el dormitorio de Leonardo, en compañía de los otros dos agentes. Cristina regresó junto al abogado.

—No hay nada de interés, solo unas cuantas anotaciones que poco nos van a ayudar —se lamentó—. Ha sido una jugada muy hábil la de nuestro amigo.

—Sigo creyendo que Leo está en apuros. Eso si no está muerto... —Colmenares

hizo una pausa retórica—. ¿Acaso no has contemplado esa posibilidad?

La pelirroja soltó un perspicaz gruñido, negándose a contestar. No estaba dispuesta a seguir soportando su falta de perspectiva, por lo que se centró en la mesa de despacho del bibliotecario. Estaba desordenada, pues era donde primeramente habían buscado los Vigilantes. Se sentó en la silla, tratando de reconstruir los últimos pasos de Leonardo en su casa, la noche anterior. Se lo imaginó frente al ordenador buscando información en la red, tal y como prometió que haría nada más llegar al apartamento. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquellos inútiles del servicio secreto se habían olvidado de registrar lo más importante en este caso: la memoria del disco duro.

Sin perder más tiempo conectó el ordenador. Nicolás, intuyendo que Cristina pudiera haber encontrado algo, quizá una pista que les sirviera de punto de partida, se le acercó por detrás con la intención de averiguar de qué se trataba.

—¿Puedo saber qué haces? —preguntó interesado.

—Si Leo estuvo examinando las páginas de Internet, en busca de algún dato que pudiera ayudarnos a encontrar el Arca, debe de estar registrado en las últimas consultas —respondió mientras deslizaba el ratón sobre la alfombrilla.

Consiguió encontrarlo segundos más tarde. Se trataba de un buscador geográfico.

—Aquí está —dijo con alivio, pinchando en el icono de Google Earth.

A la derecha del visor pudo ver la imagen de un globo terráqueo sobre un fondo oscuro salpicado de estrellas; a la izquierda, un sofisticado panel encabezado por otro buscador. En él había escritas unas coordenadas que les resultaron familiares.

—¿No son esos los números que vimos en el remite de la carta que recibió Leo? —inquirió de nuevo Nicolás.

—Sabía que nos ocultaba algo, pero te juro por mi vida que no se va a salir con la suya —sentenció Cristina en un arrebato de exasperación.

Pulsó en el *Search*. Segundos después, vieron en pantalla que se acercaba lentamente la reproducción virtual del planeta Tierra hasta detenerse en la zona nordeste del continente africano. Y atónitos se quedaron al descubrir que el viaje finalizaba sobre la explanada de Gizeh, justo sobre la Gran Pirámide.

—¿Cómo no lo había pensado antes? —se interrogó Cristina. Acto seguido se puso en pie, apartando al abogado de un empujón.

Sin ofrecerle siquiera una disculpa, llamó a los hombres que seguían buscando en el dormitorio. Colmenares fue detrás dócilmente, igual que un perro faldero.

—¿Piensas que Leo se ha marchado a Egipto? —preguntó, a pesar de tener sus dudas—. Si es así, deberíamos informar primero a tus superiores... Por cierto... ¿A qué departamento has dicho que pertenecen tus amigos?

Era evidente que se refería a los secuaces vestidos de negro.

Cristina lo miró con expresiva virulencia, prolongando su respuesta hasta que los

Vigilantes estuvieron en el salón. Solo entonces contestó su pregunta.

—Estos hombres —comenzó diciendo—, forman parte de un grupo especial dedicado a la búsqueda y localización de armas de destrucción masiva que puedan poner en peligro nuestra sociedad. Si están aquí, es porque la CIA sospecha que una orden esotérica, más recóndita, poderosa e influyente que el mismísimo Club Bilderberg, custodia una reliquia capaz de someter a los pueblos de la Tierra gracias a una fuerza que podría superar con creces a la bomba de neutrones... —Entonces, sonrió con inexorable causticidad—. Pero claro, se me olvidó decirte que tu amigo Hijarrubia no trabaja para el Gobierno español... Ni yo tampoco. —Antes de que el abogado pudiera digerir sus palabras, le dijo al más alto de los sicarios—: *Take you charge of him... It must seem like an accident*<sup>[7]</sup>.

Al boquiabierto Colmenares le fue imposible reaccionar. El tipo de la cicatriz le sujetó por detrás, impidiendo que pudiera moverse, mientras otro de sus compañeros le clavaba una jeringa en el cuello inyectándole un potentísimo sedante.

La habitación comenzó a dar vueltas en la aturdida mente del licenciado en leyes hasta que, por fin, la oscuridad se adueñó del lugar.

Aquél habría de ser su último sueño.

—Será mejor que te arregles un poco si quieres acompañarme —dijo Cristina nada más entrar en su apartamento—. Nuestro avión sale dentro de una hora.

Lilith, que estaba viendo un programa de televisión tumbada en el sofá, apagó el cigarrillo en el cenicero. Dio muestras de interés al sospechar que habrían de dejar el país para ir en busca del Arca.

—¿Quiere eso decir que habéis encontrado a mi padre? —inquirió tras escuchar las explicaciones de la criptógrafa.

—Hablaremos por el camino. Ahora no tengo tiempo.

Cristina fue directa hacia su cuarto. La alemana se levantó para ir en su busca.

—Llevo dos días encerrada entre cuatro paredes sin saber nada de él. Compréndelo, necesito que me digas que vas a hacer lo posible por intentar liberarlo de sus secuestradores —suplicó la joven en un acto de fingida desesperación—. ¡Por favor! Es lo único que necesito oír.

La propietaria del apartamento se giró para prestarle atención. Decidió actuar con cautela, llevando al extremo la farsa.

—Está bien; te lo prometo —le dijo con voz amiga—. Pero ahora hemos de marcharnos o perderemos el avión. No hay otro vuelo hasta mañana.

Abrió la puerta del armario para sacar un maletín de viaje, introduciendo en él parte de su vestuario de verano y la ropa interior.

—Lo digo en serio. Será mejor que te des prisa con tu equipaje... —Dejó lo que estaba haciendo para insistir de nuevo—: No quisiera que ese bastardo de Leo se nos adelantara.

—¿Qué quieres decir?

—Que hemos de hacer esto solas —contestó repentinamente seria—. Nicolás está ocupado con la herencia de una antigua amiga, y Leo ha decidido buscar a Riera por su cuenta.

—Eso significa que sabéis dónde lo tienen encerrado... ¿No es cierto? —porfió de nuevo Lilith.

Esperaba que se lo dijera, que confiara en ella. Sin embargo, para su mayor decepción Cristina se mostró cauta en ese aspecto.

—Te lo contaré todo cuando estemos en el avión.



## Capítulo 39

Leonardo despidió al botones tras darle en mano una succulenta propina. A continuación cerró la puerta con llave, dejó el equipaje sobre la cama y fue hacia la ventana para abrirla de par en par, ya que había un olor corrosivo y áspero en el ambiente que le oprimía la garganta. Se asomó fuera para tomar el aire y poder admirar, allá a lo lejos, el increíble paisaje de viviendas centenarias cuyos tejados se aglomeraban desde la avenida de Port Said hasta Ramesses.

Por un instante, se sintió transportado en el tiempo hasta el viejo El Cairo de finales del XIX. Pero a pesar de la belleza de aquel mundo extraño y misterioso que alimentaba sus fantasías más voluptuosas, alejándolo del misticismo de otros, no dejaba de pensar de qué forma iba a encontrar a Claudia si apenas conocía a nadie en la ciudad. Ni siquiera sabía si ella y Salvador seguían juntos, o si, por el contrario, Cristina tenía razón y el arquitecto era un miembro más de la logia. No quería pensar en algo así. Le mortificaba solo imaginarlo.

Se quitó los zapatos para estar más cómodo. A continuación guardó la bolsa de viaje en el armario y se extendió en la cama cuan largo era, con ánimo de descansar. Necesitaba dormir un poco y olvidarse durante unas horas de todo aquello que pudiera confundirlo aún más.

No había hecho más que cerrar los ojos cuando sonó el teléfono que tenía a su lado, sobre la mesita de noche. El corazón le bailó dentro del pecho debido al sobresalto. En un acto reflejo se incorporó hacia delante hasta sentarse en la cama. Su mano temblaba cuando hizo el gesto de coger el auricular. No hacía ni diez minutos que se había hospedado en el Nile Hilton, y ya estaba localizado. Eso quería decir que Los Hijos de la Viuda seguían de cerca sus pasos.

—¿Sí...? ¿Quién es? —preguntó con tono inquisitivo.

—Buenas tardes, señor Cárdenas —dijo una voz con fuerte acento árabe, pero en un español bastante aceptable—. Lamento tener que molestarle, pero acaban de dejar una carta para usted en recepción. ¿Desea que se la subamos?

Respiró profundamente aliviado. Era el gerente del hotel.

—Sí, por favor... —balbució. Carraspeó un poco y añadió—: Y gracias por las molestias.

—No hay de qué, señor.

Se puso de nuevo los zapatos, dispuesto a aguardar la llegada del botones de turno.

Mientras esperaba, fue otra vez hacia la ventana con el propósito de airear sus pensamientos. No dejaba de darle vueltas al comentario de Cristina con respecto a Salvador y su posible vinculación a la logia. Era verdad que este conocía a fondo los rituales secretos de la hermandad, y demasiadas historias que hablaban de ciencias

divinas, alquimistas y templarios. Podía comprender su afán de conocimientos como un remedio lúdico a su deprimente soledad; pero había algo, un pequeño detalle, que le costaba digerir, y era el hecho de que hubiera desaparecido su automóvil la mañana que fueron secuestrados. Eso le llevó a pensar que quizá estaba equivocado y Cristina tenía razón. Lo peor de todo era no saber si también Claudia formaba parte del engaño.

Llamaron a la puerta. Volvió a entrar en el cuarto con el fin de facilitarle la entrada al botones. Un joven muy delgado le entregó un sobre cerrado. A cambio recibió una generosa propina, la cual guardó rápidamente en el bolsillo de sus pantalones. Tras darle las gracias, se marchó por el corredor silbando una extraña cancioncilla.

Nada más quedarse a solas, Leonardo rompió escrupulosamente el sobre por la parte superior. Extrajo un folio doblado. En él había escrito un mensaje bastante explícito:

*Si has llegado hasta aquí es porque conoces la solución al acertijo, aunque en este momento eres incapaz de reconocer el verdadero sentido de su poder. Si deseas aprender hasta dónde es capaz de llegar el hombre, si en realidad quieres saber cuál es el camino que conduce a la Sabiduría, o si simplemente necesitas comunicarte con Dios, basta con que cruces la calle y entres en el Museo Arqueológico. Allí habrá una persona esperándote. Escúchale. Abre tu corazón al sentimiento de sus palabras. Nada de lo que estás pensando ahora es cierto. Te equivocas si crees que te estoy utilizando. No trato de convencerte. Eres tú quien debe estar seguro de querer enfrentarte a la verdad. Solo tú puedes subir los peldaños de la Escala. Lo único que necesitas es voluntad. Pero sobre todo no olvides la importancia de utilizar adecuadamente la llave de la logia. Ella es tu mayor tesoro... Y tu escudo protector.*

*Balkis*

Guardó la carta en el sobre para luego dejarla sobre la silla que había junto a la ventana. Se asomó al exterior. Fuera, frente al hotel, pudo distinguir la fachada del emblemático edificio donde se custodiaban las reliquias más enigmáticas y valiosas del Antiguo Egipto. Según el escrito, le aguardaban en el interior del Museo Arqueológico. Se preguntó si sería prudente acudir a una cita a ciegas con unos criminales reincidentes. Tras meditar unos segundos, comprendió resignado que no tenía otra opción.

Indeciso, fue hacia la bolsa de viaje para sacar el DVD y sus apuntes con el fin de ponerlos a buen recaudo, así como la gavilla de folios que componían *El misterio de*

*las catedrales*. Si el propósito de los asesinos era recuperar la información que tenía en su poder, el hacerle acudir al Museo Arqueológico bien podía tratarse de una artimaña para distraer su atención y hacerse con las notas que había tomado en el interior de la cripta.

Lo dejó todo en la caja fuerte del armario. No es que fuera absolutamente seguro, pero tampoco podía llevar consigo los documentos. Una vez que finalizó su tarea de ocultar los documentos y la grabación, fue directo hacia la puerta con la firme intención de acudir a su cita con lo desconocido.

—¿Vas a contarme ahora dónde está mi padre, o he de esperar a que termines de leer los sucesos?

Lilith miró a su acompañante con atrevimiento. Cristina tuvo que dejar a un lado el periódico para hacerle frente a la autoritaria petición de su protegida. Ambas ocupaban los asientos más adelantados del avión. Viajaban en primera clase.

—Ya te he dicho que nuestro destino es El Cairo... —La miró fijamente a los ojos un par de segundos—. ¿Qué más necesitas saber?

—El motivo por el cual lo han secuestrado.

La respuesta de la joven fue tajante. Su paciencia estaba al límite. Tal era la expresión de su mirada, que Cristina no tuvo más remedio que claudicar.

—Escucha... Lo único que puedo decirte es que vamos a liberar a tu padre. No estoy autorizada a hablar del asunto, y eso debería bastarte por ahora.

—Debes comprender mi obstinación... —Aspiró aire y miró al techo del *jet* comercial—. Lo tienen retenido en contra de su voluntad, y lo único que hago para ayudarlo es dejarme llevar por el impulso de una persona que hasta hace unos días me era totalmente extraña.

—¿Acaso no confías en mí?

—La confianza es recíproca —le espetó la alemana, ladeando su mirada hacia la ventanilla que había a su lado.

La criptógrafa se dio cuenta de que debía ganársela si no quería acentuar sus sospechas.

—¡Está bien! —Se rindió finalmente—. Por lo visto no tengo otra elección... —Hizo una mueca furtiva—. Pero antes has de prometerme que no hablarás de esto con nadie.

—No sé con quién —repuso su interlocutora, a la vez que giraba la cabeza 180 grados—. De todas formas, tienes mi palabra de honor.

Lilith le ofreció su rostro más sincero, pero quizá también el más profesional. Estaba inmersa en su papel de hija angustiada.

—Hasta donde sé, tu padre y su sobrina Claudia fueron secuestrados por una orden esotérica denominada Los Hijos de la Viuda —le confesó en voz baja—. Por lo visto, días antes habían descifrado un antiguo código en el que indicaba claramente la

forma de llegar hasta uno de los tesoros más preciados de la masonería. Y Leo fue el único de los tres que consiguió escapar la noche del secuestro.

—¿Y qué tenéis que ver tú y el abogado de mi padre en todo esto?

—A Nicolás lo contrató Riera, y este me llamó a su vez para que le echara una mano con el manuscrito, más que nada por si resultaba ser una falsificación... — Sintió el regusto amargo de la hipocresía—. Pero cuando nos trasladamos hasta Santomera, con el fin de entrevistarnos con ellos, y analizar el texto, nos encontramos con que habían desaparecido. Fue entonces cuando te vimos en la puerta de su finca.

La alemana asintió en silencio, comprendiendo que la historia estaba incompleta. Estaba claro que le ocultaba su relación con los de la Agencia Nacional de Seguridad estadounidense, además de los crímenes del paleógrafo y la directora; tal vez, esto último, para no herir su sensibilidad.

¡Qué estúpida! Jamás sospecharía que estaba hablando con la responsable de las muertes.

—Veamos... —Giró su cuerpo hacia Cristina—. Según tú, los secuestradores de mi padre lo mantienen escondido en algún lugar de El Cairo... —Arrugó la frente—. ¿Me puedes decir en qué te basas?

—En las averiguaciones de Leo. Esta misma tarde hemos encontrado en su apartamento ciertas anotaciones que así lo indican.

—¿Habéis entrado en su casa sin permiso? —Fingió que aquello le resultaba extraño.

La criptográfica comprendió que había hablado más de la cuenta, por lo que trató de enmendar su error inventándose una nueva historia.

—Le entregó a Nicolás una copia de la llave. Creo que ambos pensaban compartir apartamento por unos días, hasta que tuviésemos una pista fiable.

—¿Y qué hay de Leo? —inquirió Lilith de nuevo—. Debe tener un motivo para haberse desplazado hasta aquí sin decirnos nada.

—Es un hombre, y como tal necesita reafirmar su masculinidad... Se siente culpable de la desaparición de tu padre. Además, él y tu prima mantienen una relación sentimental desde hace meses, y no saber nada de ella lo está desquiciando. Es tal su deseo de protagonismo, que ha preferido ocultarnos el lugar donde cree que los tienen prisioneros antes que pedir nuestra ayuda.

—¿Lo sabe en realidad?

—Sinceramente, no estoy segura... —Cristina levantó las manos—. Pero una vez que lleguemos a El Cairo, lo primero que haremos será buscarlo para pedirle explicaciones.

Lilith calculó que ya era suficiente. Podía levantar sospechas de seguir indagando. Todo a su tiempo.

Se excusó un instante para ir al baño. Comenzó a andar por el pasillo del avión,

intentando mantener el equilibrio. Le llamó la atención cierto individuo que leía una revista deportiva tres asientos por detrás de Cristina. Lo había visto antes —estaba segura de ello— junto a dos sujetos más dentro de un coche aparcado frente a la puerta del edificio donde había estado durmiendo los últimos días. Lo reconoció por la extensa cicatriz bajo el párpado. Entonces descubrió que el individuo que estaba a su lado era otro de los hombres que lo acompañaban en aquella ocasión. Buscó con la mirada a su alrededor hasta encontrar al tercero, quien ocupaba un asiento más allá del pasillo.

De inmediato sospechó que debían pertenecer al departamento más oscuro del servicio secreto norteamericano, y que su misión no era otra que apoyar a Cristina en su tarea de localizar el Arca, asegurándose de que nadie habría de molestarla. No le hizo gracia saber que tendría que enfrentarse a tipos de su misma calaña, gente entrenada para matar sin ningún tipo de escrúpulos. Pero, como siempre, Lilith contaba con el factor sorpresa. Nadie sabía quién era en realidad, y eso le daba cierta ventaja.

Fue hasta el cuarto de baño y cerró la puerta por dentro. Luego bajó la tapa del retrete para poder sentarse.

Necesitaba pensar en soledad.

Leonardo caminaba como absorto por las distintas galerías, esperando que alguien se pusiera en contacto con él. Apenas quedaban unos minutos para las ocho —hora en que cerraban las puertas del museo hasta el día siguiente—, por lo que hizo un esfuerzo por localizar a la persona con la que debía encontrarse antes de que los guardias de seguridad desalojaran el recinto. El lugar estaba abarrotado de turistas ávidos de cultura y conocimiento. Iban de un lado a otro, observando las distintas figuras y adornos expuestos tras las voluminosas pantallas de cristal blindado. Siguió con su mirada a la mayor parte de las personas que deambulaban por allí, pero ninguna de ellas hizo intención de acercársele.

De pronto oyó una voz que le hablaba por detrás.

—En los tesoros de la sabiduría están las máximas de la ciencia.

Se dio la vuelta con rapidez. Ante él tenía a un árabe vestido según la antigua costumbre del país. Su túnica de gasa, con ribetes dorados en las mangas, resultaba elegante a pesar del enorme medallón de oro que pendía del cuello, un extraño talismán circular con un cuadrado en su interior; y dentro del cuadrado, vio un triángulo en el centro con el símbolo del Tetragrámaton: el nombre de Yahveh.

Resultaba paradójico que fuera un árabe quien impugnase el poder del Dios judío, cuando cualquier islamista se hubiera dejado arrancar la piel antes que dejarse colocar dicha reliquia. Yahveh y Allah andaban en guerra desde hacía siglos, pero aquel sujeto parecía no haberse enterado.

—¿He de interpretar el significado de la frase? —preguntó finalmente, después de

haber examinado de arriba abajo a aquel extraño individuo.

El hombre sonrió con delicadeza.

—Es tan solo un comentario que se debe tener en cuenta —reconoció con suavidad—. Pertenece al libro denominado *Eclesiástico*. No está obligado a comprender su mensaje, pero soy de la opinión de que tales palabras deberían ser escuchadas por todos los hombres... —Entonces extendió su brazo—. Me llamo Khalib Ibn Allal, y soy el director general del museo.

Cárdenas accedió a saludarle estrechando su mano.

—Yo soy Leonardo Cárdenas, pero no sé si...

—No se preocupe, señor Cárdenas —le interrumpió cortés—. Sé perfectamente quién es usted... y también lo que ha venido a buscar.

El bibliotecario reaccionó tensando su cuerpo al descubrir que era su contacto.

—Se equivoca si piensa que estoy interesado en descubrir los misterios de la logia. Lo único que me mueve es saber si Claudia se encuentra bien.

El hecho de que fueran ellos quienes dominaran la situación le provocaba cierto desasosiego. Pero debía actuar con firmeza para no mostrar en público la inseguridad que le provocaba el sentirse vigilado.

—Azogue está perfectamente —le dijo su interlocutor, adoptando una pose bastante más ceremoniosa.

—¿Cómo la ha llamado? —inquirió, perplejo.

—Azogue —repitió de nuevo—. Es una palabra utilizada en la alquimia. Está compuesta por la primera y última letra de los alfabetos latino, griego y hebreo. Es el nombre masónico de Claudia.

—¡No lo creo! —exclamó en voz alta—. ¡Trata de confundirme...! —Tragó saliva con mucha dificultad y alzó la voz—. Sé que Salvador está detrás de todo esto, pero no dejaré que inmiscuyan a Claudia en algo tan sórdido.

Varios de los turistas comenzaron a murmurar al oírlos discutir. Hiram no tuvo más remedio que tratar de apaciguarle. No era prudente llamar la atención.

—Será mejor que me acompañe... —Hizo un gesto con la cabeza, incitándole a caminar—. Lo comprenderá todo después de que hablemos en mi despacho.

Se deslizó por un pasillo que había a la derecha, en el que colgaba un cartel que prohibía —en inglés, francés y árabe— la entrada a las personas ajenas al museo. Después de caminar por un corredor cuyas paredes estaban forradas con maderas de cedro, llegaron finalmente a una sala circular con una fuente de pórfiro rosa en el centro. Al otro lado había una puerta. Era el despacho del director.

Hiram abrió con llave, cediéndole el paso a su invitado. Este observó, nada más entrar, que se trataba de un pequeño gabinete con una vieja mesa en el centro. Las paredes estaban repletas de estanterías con libros antiguos. En la urna de cristal que había pegada a la pared, pudo ver que guardaba varios amuletos egipcios; tales como:

escarabajos, cruces ansadas y figuras mortuorias esculpidas en lapislázuli.

—Por favor, siéntate... —Señaló con la mano izquierda una silla vacía, situada frente a la mesa de despacho—. ¿Te puedo tutear?

—Por favor... —respondió Leonardo, sin saber a dónde quería ir a parar con tanta familiaridad.

Hiram, circunspecto, ocupó su asiento al otro lado del escritorio.

—Te preguntarás quiénes somos, y cuál es en realidad nuestro cometido —comenzó diciendo—, y quizá también por qué hemos sido capaces de acallar las voces de quienes pusieron en peligro el secreto mejor guardado de nuestra logia.

—No hace falta conocer vuestras obras para saber que sois gente sin escrúpulos —atajó sin rodeos.

—¿Piensas lo mismo de Claudia?

Había puesto el dedo en la llaga. Reconocer su culpabilidad, suponía implicarla. Y no estaba dispuesto a creer algo semejante.

—Si te sirve de consuelo, Claudia no tiene nada que ver con los asesinatos —se adelantó a decirle el bueno de Hiram antes de que contestara alterado.

—Eso ya lo sabía —replicó el bibliotecario, sintiéndose más tranquilo al averiguar que su compañera estaba al margen de los crímenes.

—Escucha... —dijo el árabe—. No espero que confíes en mí, pero puedes fingir que lo haces. —Lo miró a los ojos, esperando que cooperase en lo posible—. Sé que fue un error imperdonable acabar con la vida del paleógrafo, pero la decisión corrió a cargo del Magíster y de algunos de los miembros más conservadores del Consejo. Balkis y yo nos enteramos tras el primer asesinato. Tampoco pudimos evitar la muerte de la directora, pero en ningún momento participamos en dicha aberración, ni siquiera Azogue... —Sonrió débilmente—. Ella te conoció mucho antes de que Balboa trajera consigo de Toledo el desafortunado manuscrito. Aunque reconozco que la obligamos a espiarte, y que la utilizamos para que entrara contigo en la cripta... —Tras una breve pausa, añadió—: El golpe en la cabeza le dolió a ella más que a ti.

—¿Fue Claudia quien...? —quiso saber, temiendo la respuesta.

Hiram volvió a sonreír.

—En absoluto. No hubiera sido capaz de algo semejante... —Le hizo gracia ver la cara que puso el bibliotecario al imaginarse a Claudia con un objeto contundente en la mano—. En este caso fue Sholomo quien te golpeó; o mejor dicho, Salvador.

Cárdenas puso los ojos en blanco.

—¿Riera fue capaz de bajar por el hueco del alcantariliado, e introducirse en el angosto corredor sin romperse ningún hueso? —Le costaba trabajo aceptar algo así.

—Las apariencias engañan.

—No es posible.

—Para tu información te diré que Sholomo no solo es el Magíster de la logia, sino que además, en su juventud, fue uno de los mejores espeleólogos de su país. Ha descendido a simas tan profundas que da vértigo solo de pensarlo. Él le enseñó a Claudia, siendo esta una niña, a amar dicha actividad. Lo cierto es que siguen practicando a menudo, aunque no tanto desde que ella te conoció.

Leonardo recordó el momento en que Claudia se dejó caer por el hueco del alcantarillado y casi estuvo a punto de caerle encima. La muy descarada se estaba burlando de él. Lo que no le sorprendió tanto, fue saber fehacientemente que el veterano arquitecto era el cabecilla de aquel grupo de tarados.

—Y ahora que conozco la verdad sobre quién es quién... ¿Vas a decirme cuál es el terrible secreto que escondéis, y por el cual sois capaces de asesinar a personas inocentes?

—Creo que ya lo sabes.

—¿Quieres decir que lo del Arca de la Alianza es cierto?

El rostro de Hiram permaneció impasible. Dudaba entre contestar o guardar silencio. Finalmente cedió a la curiosidad de Cárdenas porque así se lo habían aconsejado.

—Ese fue el nombre que le dio Moisés, aunque nosotros lo llamamos el Trono de Dios. Pero no creo que debamos hablar de ello, sino de su gran poder liberador y de cómo puede afectar tu futuro y el de Claudia. Ambos habéis sido elegidos para ser los nuevos Custodios del secreto, siempre y cuando estés de acuerdo.

El español no salía de su asombro.

—¿Es eso una invitación para que me una a vuestra logia...? Porque si es así pensaré que me estás tomando el pelo.

Los ojos de Hiram seguían muy fijos en él. No le afectó lo más mínimo su arrogancia. Es más, la esperaba.

—Lo que te estoy proponiendo es que tengas el privilegio de dejar atrás el espejismo ilusorio que te mantiene esclavo de la ignorancia, para entrar de lleno en los conocimientos de la Sabiduría, donde beberás de una fuente que saciará todas tus exigencias.

Cárdenas, contrariado, torció el gesto.

—Mi única exigencia es ver a Claudia para llevármela conmigo de vuelta a Madrid... —Se mostró inflexible, haciéndole saber cuáles eran sus intenciones.

—La verás a su tiempo, pero antes debes escuchar lo que tengo que decirte.

—¡Está bien, habla! —exigió, enfadado—. Aunque te advierto que no estoy dispuesto a negociar nuestro regreso juntos.

Hiram suspiró al percibir en él cierta soberbia mal reprimida. Sabía que, al igual que a todos, el último peldaño de la Escala habría de proporcionarle duros momentos.

—Antes de nada, quiero que sepas que los miembros del Consejo habían



decretado tu muerte... —Hiram echó hacia delante su cuerpo. La luz de la bombilla que pendía del techo creó sombras en torno a su rostro, haciéndolo aún más impenetrable—. Sin embargo, Balkis decidió concederte la oportunidad de descifrar el acertijo de iniciación para que pudieras formar parte de la logia, y eso es una oferta que no puedes declinar sin haberla meditado previamente... Si, como pensamos, lo has logrado y conoces el significado de guardar las llaves del secreto, lo más razonable sería que participaras con nosotros y te acogieras al indulto que te ofrecemos. Como cualquier proposición entre dos partes, tiene sus ventajas y sus inconvenientes, pero eso es algo de lo que ya te irás dando cuenta con el tiempo.

—Habíame de las ventajas —le alentó el bibliotecario, más que por nada porque le picaba la curiosidad.

—Estarías unido a Claudia durante el resto de tu vida... ¿Te gustaría?

Aquello le hizo bastante gracia. Por lo visto, pensaban obligarle a contraer matrimonio con Claudia, o algo parecido.

—No sé qué decirte... —Esbozó una sonrisa cínica—. La vida en común puede llegar a ser insoportable. Tú no sabes el genio que se gasta la muchacha cuando se enfada.

—No habrá desavenencias, ni tampoco malentendidos. Eso es algo que no tiene cabida entre dos personas destinadas a preservar el Trono de Dios.

—Un momento... ¿Quieres decir con eso que ambos seríamos los Custodios del Arca?

—Mucho más que todo eso —contestó Hiram, solemne—. Tendríais el deber de comunicaros diariamente con el Gran Arquitecto del Universo.

Llegados a este extremo, Leonardo pensó que aquella gente estaba loca de atar. ¿De verdad creían que era posible semejante proeza?

—¿Y qué piensa Claudia de todo esto?

—Ella está de acuerdo —el director general del Museo Arqueológico fue sucinto en su respuesta.

—Necesito pensarlo.

—Si no aceptas, te ejecutarán como a los demás, y Claudia compartirá reinado con otro hombre —dijo Hiram con cierto desencanto.

—Define reinado —pidió con tono preocupado—. No llego a entender el concepto, o por lo menos su aplicación.

—Claudia es la candidata ideal para sustituir a Balkis como reina de Saba. Ella dirigirá a Los Hijos de la Viuda a partir de entonces.

—¿Y cuál sería mi papel?

—Vendrías a encarnar el espíritu de Hiram Abif, cuyo cargo ostento hasta el día de hoy —respondió con sencillez quien usaba ese nombre—. Un trabajo de lo más edificante, créeme.

—Por un momento pensé que iba a sustituir a Salvador en su cargo como Magíster de la logia. Ya sabes, por lo de su enfermedad.

Hiram lo miró con profundo estupor. Hasta donde él sabía, cualquier persona que se hubiera sentado en el Trono de Dios quedaba inmunizada de por vida. Ningún mal podía afectarle, tan solo la vejez.

—Sholomo tiene una salud de hierro —le aseguró con voz grave el director—. Ni siquiera ha tenido un vulgar resfriado desde hace más de cuarenta años... —Cogió un huevo de alabastro que le servía de pisapapeles, dándole vueltas entre las manos—. ¿Puedo saber a qué viene ese comentario?

—Si lo conoces tanto como dices, deberías saber que le queda poco tiempo de vida. Según tengo entendido padece una enfermedad terminal.

Extrañado por la respuesta, Hiram giró instintivamente la cabeza hacia el lado derecho, por detrás de su hombro. Durante unos segundos se quedó en silencio, observando una puerta cerrada que había entre las estanterías con libros. Fue tan solo un instante de reflexión. Luego volvió a mirarlo con extraordinaria fijeza a los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso? —quiso saber. Su rostro reflejaba cierta preocupación.

—Su hija Lilith... ¿Quién si no?

Las manos de Hiram se aferraron con fuerza al pisapapeles que estaba acariciando, sorprendido por la noticia.

Entonces, y antes de que pudiera responder, se abrió la puerta que había a espaldas del director y de ella surgió Salvador Riera en compañía de una mujer de cabellos blancos, ataviada con una túnica color púrpura y un manto azul, que lucía distintos abalorios de carácter esotérico. Pero la auténtica sorpresa para Cárdenas fue descubrir que Claudia estaba con ellos, y que vestía del mismo modo que la desconocida.

El encuentro resultó de lo más embarazoso. Leonardo miró fijamente a Claudia esperando que pudiera explicarle lo que estaba ocurriendo, pero esta no supo cómo afrontar la situación y sus ojos declinaron la penetrante curiosidad de su compañero inclinando la cabeza hacia el suelo. Salvador fue el único que se hizo fuerte hablando en primer lugar.

—Sé cómo te sientes, Leo... Pero ahora no es el mejor momento para enjuiciar nuestra actitud... —Se le notaba excitado, al igual que el resto—. Sin embargo, es muy importante que me respondas con sinceridad: ¿Está Lilith contigo?

Le sorprendió la pregunta; tanto, que no logró imaginar qué trascendencia tendría el hecho de haber nombrado a su hija, para que Riera y sus compañeros hubiesen salido con tanta celeridad de su escondrijo.

—¿Es eso más importante que los brutales asesinatos cometidos en nombre de un absurdo conocimiento?

Leonardo estaba furioso. Le dolían las sienes debido a la presión a la que estaba

siendo sometido.

—Te lo voy a repetir de nuevo... ¿Está Lilith aquí, en El Cairo? —insistió Salvador, ahora con algo menos de paciencia.

—Afortunadamente, no —respondió al fin—. Ella aún cree que su padre es un buen hombre que sufre en silencio una enfermedad terminal. Lo que no entiendo es para qué la hiciste venir desde Alemania si pensabas darle esquinazo.

Riera negó dos veces con la cabeza.

—Lilith no es mi hija. Además, debería estar muerta —subrayó fríamente.

—¿Eres tan cínico, que niegas a los de tu propia sangre hasta ese extremo? —No podía creérselo. Jamás había visto semejante acto de crueldad en un padre.

—¿Y tú, estás tan ciego que no sabes cuándo te hablan en serio? —inquirió el arquitecto, dejándose llevar por el arrebató.

—¡Basta ya! —exclamó Balkis, interponiéndose entre ambos—. Será mejor que lo dejéis.

—¡Por favor, Leo! Escúchalo.

La súplica de Claudia vino a despertar el sentido común del bibliotecario. Sabía lo que tenía que hacer, y no era cuestión de demorar por más tiempo lo inevitable.

—Lo haré si me prometes regresar conmigo a Madrid —le rogó a su vez—. Después de todo, creo que me lo merezco.

Claudia se sintió culpable por haberlo engañado, pero tenía que hacerle ver que lo mejor para ellos era seguir unidos y afrontar juntos el fascinante destino que les tenían reservado.

—Me gustaría, te lo aseguro. Pero antes deberíamos mantener una conversación a solas que aclare...

Salvador vino a interrumpir a su sobrina porque aún aguardaba una respuesta que se hacía de esperar.

—Insisto una vez más; Leo... ¿Dónde está Lilith?

El aludido, desviando hacia él su mirada, cedió ante la reiterada obstinación del Magíster.

—La última vez que la vi estaba con Cristina Hiepes, una criptógrafa contratada por Mercedes para supervisar el manuscrito y todo lo que fuéramos descubriendo... ¿Contento?

—Lilith no es su hija —dijo Hiram en esta ocasión, poniéndose en pie—. Esa joven te ha mentado, como también mintió a Sholomo... ¿No es así, viejo amigo?

Riera rezongó entre dientes.

—¡Acabo de decírselo, pero no atiende a razones! —Estalló finalmente—. ¿Acaso no lo ves? Está cegado por los prejuicios. Para él somos unos criminales sin escrúpulos; solo eso.

Leonardo pasó por alto el último comentario.

—Aguarda un instante. —Frunció el ceño, intentando comprender la verdad— si Lilith no es hija tuya... ¿quién es la joven que recogimos en la puerta de tu finca, en San tornera?

—¡Dios mío! —se lamentó Claudia, acercándose a su tío—. Sabe quién eres... Y dónde puede encontrarte.

—Lo que quiere decir que ha descifrado el manuscrito de Toledo y que su intención es llegar hasta nosotros —añadió Balkis de forma grave—. Eso, si no está ya aquí; en la ciudad.

—¿Puede alguien explicarme a qué viene ese temor visceral hacia Lilith? —quiso saber Leo, pues no entendía muy bien de lo que estaban hablando.

Un silencio tenso se adueñó del despacho. Solo la Viuda tuvo valor para contestar.

—Esa joven, llamada Lilith, no es otra que la asesina contratada por la logia... —le dijo con lentitud, mirándole a los ojos con cierta tribulación—. Ella fue quien acabó con la vida de tu amigo Balboa, y también con la de Mercedes Dussac. Y ahora viene hacia aquí. Lo presiento.

La reacción de Leonardo fue negar dicha hipótesis.

—No... No es posible... —Dudó unos segundos—. ¿Cómo sé que no mientes?

—Si Balkis lo dice, nadie es quien para dudar de su palabra. —Fue el riguroso comentario de Hiram, el cual parecía haber encontrado un motivo de indignación después de tantos años de templanza.

Al bibliotecario le sorprendió descubrir que aquella estrambótica mujer, de mirar apacible, fuese la reina de Saba, a quien Claudia debía sustituir en el cargo, pero más le impactó saber que hablaba en serio. Pues si era cierta su afirmación, tanto él como Cristina y Colmenares habían cometido una equivocación irreparable.

—Entonces, eso significa... —musitó compungido.

—Que os ha tendido una trampa. —Balkis terminó la frase, adelantándose al pensamiento de Leonardo—. Y que dos nuevos inocentes están bajo la atenta mirada de la muerte.

Se reprochó el haber confiado en aquella joven, cuando su primera impresión fue la de que algo no encajaba en su historia. Cristina tuvo la culpa por llevarla consigo. Pero eso ahora no importaba, aunque sí evitar que acabara con su vida y con la de Nicolás. Debía avisarlos del letal peligro que corrían.

—Tengo que ponerme en contacto con ellos —afirmó nervioso. Sacó de su bolsillo el teléfono móvil—. He de advertirlos antes de que sea demasiado tarde.

—Será mejor que no les digas dónde estás. —Fue el glacial consejo de Riera—. Es lo único que te pido.

Leonardo afirmó con un gesto de cabeza mientras marcaba los números. Su único pensamiento en aquel instante era prevenir a la criptógrafa, contándole lo del doble juego de su protegida. Pero al cabo de unos segundos saltó el buzón de voz. El móvil

no estaba operativo.

—¡Joder! —protestó airado. Reprimió un juramento—. Lo tiene desconectado.

Sus ojos se detuvieron nuevamente en los de Claudia, como si le costara trabajo creer que todo aquello estuviera ocurriendo de verdad.

—Tú y yo hemos de hablar. —Balkis se acercó a Cárdenas para cogerle la mano. Luego se dirigió a sus compañeros—: Será mejor que os vayáis. Hafid está fuera, en el coche. El me llevará a casa.

—¡Un momento! —replicó el bibliotecario—. ¿Qué hay de Claudia?

—No te preocupes; está en buenas manos —le aseguró Riera, cogiendo del brazo a su sobrina.

—Mañana podrás verla de nuevo —añadió Hiram, dándole la espalda para marcharse.

Sin decir nada más, fueron hacia la puerta que comunicaba con el museo. Claudia lo despidió con un beso en la mejilla, aconsejándole que tuviera paciencia. A continuación se marcharon tras recordarle que volverían a reunirse todos, en el mismo lugar, al día siguiente.

Leo tomó asiento una vez que quedó a solas con la Viuda, la cual aprovechó para hacer lo mismo en el sillón que quedaba libre al otro lado de la mesa. No sabía por qué, pero se sentía incómodo. Tal vez fuera la mirada insondable de aquella mujer, o el hecho de sentirse embaucado por todos; lo cierto es que deseaba marcharse cuanto antes al hotel y verse rodeado de espuma en la bañera.

—Veo que no me he equivocado contigo —dijo Balkis, iniciando el diálogo—. Has sabido captar el mensaje del masón y has acudido a la cita. Ahora no puedes dar marcha atrás.

—En ningún momento he dicho que fuera a aceptar —atajó Leonardo, puntualizando su deseo de mantenerse al margen de todo.

—Pero lo harás, porque tu destino no es otro que el de proteger el Trono de Dios... —Después, añadió con voz inflexible—: Ya conoces el secreto de la logia. Debes hacer buen uso de él.

El bibliotecario no comprendía bien ciertos detalles. Había descifrado el acertijo por casualidad, gracias a la perspicacia de una niña que conoció en el avión. El misterio no era tan impenetrable como le habían hecho creer. Por lo tanto... ¿A qué venía tanto secreto?

—¿Tan perjudicial es la palabra? —preguntó curioso—. ¿Por eso le cortáis la lengua a quienes quebrantan el juramento de silencio, como hicisteis en el pasado con Iacobus de Cartago y, no hace mucho, con mis compañeros de trabajo?

Balkis suspiró apesadumbrada. Era obvio que no le gustaba hablar de las víctimas de la logia.

—Ahora mismo lo estás haciendo. Has caído en las redes de su encanto. La voz

es así de dañina.

—¿A qué te refieres?

—A que no has meditado las consecuencias de tu pregunta antes de formularla, y eso puede herir a la persona que tengas delante —respondió pragmática—. La lengua resulta caprichosa. En realidad, es el miembro más tornadizo y rebelde del ser humano. Gracias a la voz se pone en marcha la maquinaria del mundo regido por la razón, haciéndonos caer en las redes del oscurantismo. Sin embargo, cuando permanecemos en silencio contemplando la belleza de un paisaje, o escuchando el suave batir de las olas en la quietud de la noche, o incluso cuando nuestro corazón sensibiliza los sentimientos más íntimos del ser humano, es cuando únicamente percibimos la grandeza de Dios.

—Ya nadie pierde su tiempo en esas cosas —opinó Leonardo con un deje de amargura—. Todo va demasiado de prisa hoy en día.

Balkis le dio la razón. La barbarie que pregonaba la sociedad moderna tenía la culpa de todo.

—¿Quieres saber qué va a ocurrir con vosotros dos? —preguntó después, refiriéndose también al futuro de Claudia.

—Te lo agradecería mucho.

Sintió que por fin iba a comprender el significado de tanto crimen y tanto silencio. Pero lo que no llegó a intuir es que, con el paso del tiempo, llegaría a interpretar los valores de la logia y a aceptar que dicha percepción debía mantenerse alejada del despropósito de los hombres.

—Dentro de unos días tendrás que enfrentarte a la Escala que conduce a la Sabiduría, por lo que debes recordar esta conversación mientras asciendes los peldaños de la redención —comenzó diciendo ella—. Mi consejo es que, una vez que estés en el Salón del Trono, te encomiendes a ese silencio que nace del sentimiento más puro de tu corazón. Debes, también, acallar el murmullo constante de tu cerebro, o lo que es igual, dominar tu naturaleza inferior para que puedas vislumbrar plenamente esa otra realidad que transcurre de forma paralela a la nuestra. Recuerda que las vivencias más maravillosas, y las de mayor tristeza, son imposibles de describir con palabras. ¿Qué nos ocurre, si no, cuando observamos el soberbio espectáculo de la naturaleza, como puede ser el caso del esplendor del amanecer o el misterio del crepúsculo, o cuando el dolor y la tristeza caen sobre nosotros como un yugo de esclavitud...? Que nos dejemos arrastrar por el silencio. El discurso resulta malsonante en ese momento de extrema sensibilidad.

—No termino de comprender la relación que existe entre tus palabras y el hecho de que se mantenga en pie una tradición tan inexorable. —Fue el lógico razonamiento del bibliotecario—. Vivir encadenados a un secreto, y asesinar por preservarlo, no es lo más coherente en una persona que presume de civilizada.

—La muerte forma parte de la vida. Pero la vida que yo te ofrezco te hará resurgir de tus propias cenizas.

Aquella respuesta le confundió aún más de lo que estaba.

—¿Qué es en realidad el Salón del Trono? —preguntó de nuevo.

—Lo sabrás a su tiempo —respondió Balkis, manteniendo el suspense—. Antes quiero que me digas qué importancia tienen para ti las Artes Liberales.

—Personalmente ninguna —admitió sin pudor. A continuación, añadió—: Supongo que te he decepcionado.

La mujer esbozó una ligera sonrisa.

—No del todo, aunque espero que a partir de mañana sepas apreciar la trascendencia que tienen para el hombre.

—Reconozco su valor intelectual... —confesó él con voz queda—. Sin embargo, creo que han quedado obsoletas. Los científicos de hoy en día creen en la conveniencia de explorar otros campos, tales como la genética, el microcosmos y el comienzo de la vida en el Universo.

—Si lo analizas en profundidad, te darás cuenta de que para llegar a dichos descubrimientos antes tuvieron que apoyarse en las ciencias más primarias, sobre todo en la geometría, la cual existe desde el primer día de la Creación. Es tan eterna como la Sabiduría, y es el mismo Dios. Sin ella no se concibe el mundo... —Extendió su mano, apoyándola suavemente sobre el brazo de Leonardo—. Me gustaría que comprendieses todo esto sin tener que explicártelo, eso significaría que eres un auténtico constructor de catedrales.

—Hablando de catedrales... ¿Me podrías decir qué relación proporcional existe entre los templos góticos y el Arca de la Alianza, y ambas con el nombre de Yahveh? —quiso saber—. Ya sabes a lo que me refiero.

Hablaba del número áureo.

—Te has dado cuenta... —le dijo Balkis un tanto sorprendida—. No todos los adeptos son capaces de llegar hasta donde tú lo has hecho. En realidad, eres el primero que ha conseguido, antes del ritual de iniciación, descubrir la relación que existe entre Dios y el *Kisé* del Testimonio.

—¿Por qué siempre el mismo resultado? —Ardía en deseos de averiguarlo.

Balkis se encogió de hombros. También ella se hacía a veces la misma pregunta.

—No estoy segura. Tal vez la quintaesencia del demiurgo se sostenga gracias a una ciencia numérica que trata de equilibrar la perfección del Universo sometiéndolo a la arbitrariedad del caos... —Buscó en su memoria un dato comparativo para que lo pudiese entender—. A todos nos parece injusto que un Dios benevolente permita que el sesenta por ciento de la humanidad viva por debajo de sus posibilidades. El hambre y la miseria es el mayor problema al que se enfrenta la sociedad, actualmente. Pero lo más extraño, es que el resultado de dividir la población total del planeta entre quienes

sobreviven a la pobreza sea idéntica a las proporciones métricas del Arca. ¿Cómo es posible...? —Dejó escapar una risita ingenua—. ¡Ah! Ese es uno de los grandes misterios. No obstante, y aunque nos cueste creerlo, debe ser así por algún motivo. Dios siempre es justo, y no deja nada al azar.

Para Cárdenas seguía siendo una incógnita, al igual que para el resto de los hombres.

—¿Y qué hay de la Escala? —Cambió el tema de conversación, pues eran demasiadas las preguntas sin respuesta.

—Es un pedestal escalonado en cuya base se encuentra asentado el Trono de Dios —respondió ella, solemne—. Azogue nos dijo que había una igual en la cripta donde Iacobus escribió sus conocimientos.

—Sí, es cierto —afirmó él—. ¿Pero cuál es su función?

—La de ascender espiritualmente como seres divinos. Es la puerta falsa que conduce al Paraíso... El atajo más corto para llegar al reino de los Cielos.

Leonardo tenía sus dudas al respecto. No obstante, insistió de nuevo.

—Respóndeme a una última pregunta... ¿Dónde se halla escondida el Arca de la Alianza?

La Viuda se quedó mirándolo fijamente, dudando entre responder o guardar silencio. Luego se puso en pie.

—A eso te responderé mañana. Ahora es mejor que regreses al hotel y pongas en orden tus pensamientos.

El bibliotecario no tuvo más remedio que aceptar. Era inútil llevarle la contraria a una mujer como Balkis. Por otro lado, estaba cansado y necesitaba dormir unas cuantas horas.

Al poco tiempo cruzaban en silencio las salas del museo, ahora vacías tras haber cerrado sus puertas al público. Finalmente llegaron al exterior, donde un joven árabe aguardaba fielmente la llegada de su ama junto a un viejo Ford Capri de factura norteamericana, con matrícula de los años ochenta. Balkis se subió a él para marcharse, pero antes le exhortó a que acudiera la noche siguiente al museo, prometiéndole que llevaría consigo a Claudia.

—... Y recuerda... —le dijo en tono confidencial—. La voz es nuestra mayor adversaria. Reflexiona en silencio sobre ti mismo. Rasga el tupido velo de las ideas preconcebidas para enfrentarte a ese otro mundo que te espera. Solo entonces comenzarás a vivir. Te lo aseguro.

Acto seguido, la vio alejarse hacia la estación central mientras sacaba su mano por la ventanilla del coche, despidiéndose de él. Leonardo le devolvió el saludo. Luego cruzó la calle, mezclándose entre la multitud de gente que iba de un lado a otro aprovechando la belleza extática que derrochaba la noche cairota.

Horas después, el avión de Egyptair aterrizaba en la pista 2 del aeropuerto



internacional de El Cairo. Una vez que se detuvo, y abrieron sus puertas, los pasajeros descendieron las escalinatas para subir luego al microbús que habría de llevarlos hasta la terminal. Lilith y Cristina fueron de los primeros pasajeros en hacerlo. Algo más alejados, aunque no más de unos pocos metros, los sicarios se desmarcaron del grupo para seguirlos.

Tras una larga espera, recogieron finalmente el equipaje. Una vez fuera del aeropuerto, se acercaron a uno de los taxis que aguardaban —aparcados junto a la acera— la llegada de nuevos clientes. Decidida, la criptógrafa fue directa hacia la puerta trasera del primer automóvil que encontró al salir. Lilith secundó su iniciativa subiéndose por el otro lado. Pero antes de cerrar la puerta, miró hacia atrás. Los individuos que las habían seguido desde Madrid se interpusieron entre un joven turista y el taxi estacionado a continuación, apartándolo con cierta descortesía con el fin de adelantarse. Era evidente que tenían intención de escoltarlas hasta el hotel.

El vehículo público se puso en marcha mientras un aroma agrio, penetrante, acudía a ellas desde las calles bulliciosas junto a las voces de los mercaderes nocturnos, los cánticos de los piadosos, y el batir de las panderetas de las ceremonias *zar*, que conjuraban hechizos de amor, fecundidad y riqueza, alejando a los demonios.

El sueño de Cristina Hiepes se había hecho realidad, después de todo. Finalmente había llegado a ese lugar que había despertado su curiosidad desde que leyera el manuscrito de Toledo; esa región tan distante y misteriosa donde se guardaba el secreto mejor guardado de la humanidad.

Sintió cómo se le erizaba el vello de la piel al descubrir que viajaba por las calles de la ciudad más antigua del mundo: la ciudad perdida de Henoc.

## Capítulo 40

Nada más llegar al hotel, Leonardo meditó en silencio las palabras de la Viuda.

Por lo visto, aquel conciliábulo de hombres libres, aunque realmente prisioneros de su conciencia, estaban dispuestos a ofrecerle una oportunidad a cambio de silencio. Si rechazaba sus exigencias, entre ellas la de un futuro espléndido junto a Claudia —cosa que no le importaba—, corría el riesgo de que lo asesinaran al igual que a sus compañeros de trabajo; y la verdad, no estaba dispuesto a arriesgar su vida solo por contradecirlos. Por otro lado, sentía curiosidad por saber qué ancestral secreto se escondía tras las piedras de los templos, Dios, y la Artes Liberales. En cuanto a los miembros que había conocido de la logia, hasta ahora, no eran tan temibles y sanguinarios como creía, pero había algunos detalles oscuros en sus métodos que aún le sobrecogían; tal era la práctica primitiva de cortarles la lengua a sus víctimas, así como los grafitis conminatorios escritos en la pared.

Sin embargo, tenía la esperanza de encontrar una luz al final de aquel acertijo que representaba la masonería, una solución a los problemas morales del alma. Esperaba aprender algo bueno de todo aquello, y sabría estar a la altura de las circunstancias aunque solo fuera para demostrarle a Balkis que podía confiar en él, tanto o más que en el camaleónico de Salvador Riera. Estaba convencido de superar la prueba de fuego y así poder formar parte del gremio de constructores. Porque tener la oportunidad de asomarse a los misterios divinos, a la auténtica magia, y no la que se adjudicaban solapadamente los magos de salón entregados al fraude y al engaño, era algo que todo hombre o mujer sueña al menos una vez en su vida. Conocer el secreto de la alquimia formaba parte del aprendizaje del iniciado, pero a la vez fomentaba su temor a lo desconocido. Jamás trató de engañarse: el precio, esa ignorada ofrenda o tributo que habría de pagar para beber de la fuente de la Sabiduría, sería tan alto que haría sacudir los bastiones de su fe.

Se levantó de la cama para ir hacia el armario donde guardaba la grabación y la obra de Fulcanelli. Sacó de la caja fuerte el manojó de folios sin encuadernar, y fue a sentarse en la silla que había frente al escritorio. A pesar de haberlo leído, hacía ya seis años, y últimamente en el avión, le echó un vistazo por encima para ver si encontraba algo entre sus páginas que fuera de interés. Descubrió algunos párrafos que le llamaron la atención, entre ellos una frase que hablaba de la Virgen-Madre:

«... despojada de su velo simbólico, no es más que la personificación de la sustancia primitiva que empleó, para realizar sus designios, el Principio creador de todo lo que existe.»<sup>[8]</sup>

Analizó también la singular epístola que solía leerse en la catedral de Nôtre Dame

de París, en la misa que se ofrecía el día de la Inmaculada Concepción; texto extraído del *Libro de los Proverbios*, en el que se dice que la Sabiduría permanecía junto a Dios mucho antes de la creación del Universo. De estos párrafos dedujo que la Virgen María, para los alquimistas, representaba la esencia primordial del conocimiento divino. Era como ponerle rostro a la conciencia del saber.

Ante sus ojos se fueron sucediendo pasajes filosóficos impregnados de metáforas, descripciones artísticas y ontológicas no exentas de cierto sabor a herejía. Detrás de cada historia se ocultaba una metáfora; detrás de cada frase, un motivo de reflexión. Fulcanelli se expresaba en un lenguaje hermético que solo los alquimistas sabían descifrar: el idioma de los ángeles. A pesar del esfuerzo al que se veía sometido, su cerebro encontró cierta coherencia entre las palabras del escritor y las rígidas costumbres de la logia; sobre todo en la conclusión final de *El Misterio de las catedrales*, donde el metafísico francés explicaba fielmente los pasos del iniciado, incitándole a ascender los peldaños que conducen al saber, donde, gracias a las facultades de escrutinio, razonamiento e introspección, podría asumir la inquebrantable voluntad que habría de necesitar si quería resistir la última y más difícil de las tareas: despreciar las vanidades del mundo y acercarse a los que sufren.

Entonces, leyó en voz alta los últimos párrafos del libro:

«El discípulo anónimo y mudo de la Naturaleza eterna, apóstol de la eterna Caridad, permanecerá fiel a su voto de silencio. En la Ciencia, en el Bien, el neófito debe para siempre... CALLAR».

Analizó la frase, y lo hizo durante todo el tiempo que estuvo despierto. Finalmente, vencido por el sueño, precipitó su espíritu hasta lo más profundo. La sensación era de libertad.

Aquella misma noche se instalaron en el Hotel Mena House, situado en el extremo oeste de El Cairo; un lugar paradisíaco rodeado de bellos jardines y único en el mundo, donde los turistas más exigentes podían jugar al golf mientras tenían como telón de fondo a las pirámides, sumergidas en el tiempo donde prácticamente se perdía la memoria. Cristina se encargó de hacer algunas compras en la *boutique* del hotel, aprovechando que Lilith había decidido quedarse en la habitación deshaciendo las maletas.

Volvió al cabo de media hora con varias bolsas colgadas de cada brazo. Le asustaba tener que acudir a lugares de prestigio junto a una joven de siniestro atuendo, la cual no cesaba de mirar por encima del hombro a quienes eran mejor que ella. De ahí que se hubiese molestado en adquirir una indumentaria más acorde con la juventud de su protegida; algo más alegre. Lilith aceptó el cambio de imagen, aunque no por ello dejó de insistir en lo que venía siendo una cortina de humo convertido en

cantinela: liberar a su padre de las garras de sus secuestradores. La criptógrafa, harta de escuchar sus quejas, reprimió el deseo de asesinarla allí mismo mordiéndose los labios. Y por décima vez tuvo que decirle aquello de que «tienes que tener un poco más de paciencia». A continuación, la instó a que se probara el pantalón y la blusa que había comprado para ella, y a que estuviera lista en diez minutos. Irían a cenar a la Torre de El Cairo.

Era una construcción moderna situada muy cerca de la Ópera, en mitad de una isla que dividía en dos el Nilo. Su altura superaba los ciento ochenta metros, por lo que era fácil tener una excepcional visión periférica de la ciudad; máxime si el turista completaba la visita yendo a comer al restaurante giratorio emplazado en lo alto. La descripción del lugar entusiasmó a Lilith, por lo que hizo lo que le habían pedido amablemente cambiándose de ropa.

Una hora después, y tras pagar cuarenta dólares USA cada una por la visita, entraban en la Torre de El Cairo junto a un grupo de turistas. Sin más dilación, fueron hacia los ascensores mientras admiraban la belleza ornamental del vestíbulo.

—He invitado a un viejo amigo —dijo Cristina una vez que se cerraron las puertas automáticas—. Cenará con nosotras. Espero que no te importe.

Lilith sintió que el círculo se iba estrechando, pues al momento creyó que debía tratarse de uno de los agentes que las habían seguido hasta Egipto; a quienes, por cierto, no había vuelto a ver desde que se instalaran en el Mena House.

—¿Es alguien que conoce a mi padre? —Quiso salir de dudas.

La pelirroja negó con la cabeza.

—No, pero conoce a fondo la historia de las pirámides —respondió enseguida—. Cooperó con el grupo del doctor Rudolf Gantenbrick en el 98, aunque en realidad trabaja para la National Geographic.

—¿Gantenbrick? —interrogó. Lo conocía de oídas—. ¿Acaso no es el ingeniero alemán, especialista en robótica y análisis computerizados, que introdujo un pequeño robot por uno de los canales de ventilación de la Gran Pirámide?

A la criptógrafa le sorprendieron los conocimientos arqueológicos de aquella joven alemana.

—¡Vaya...! Y yo que creía que hablaba con una profana en la materia.

—No es para tanto... —Lilith se ruborizó al instante—. Recuerda que es de mi país. Además, se me da bien la historia. Veo a menudo el Discovery Channel.

—Entonces congeniarás con el doctor Said Cohen. Es un fanático de su trabajo.

Las puertas se abrieron antes de que Lilith le preguntara acerca del tal Said. Entraron directamente al restaurante, donde fueron recibidas por el maître en persona. Este se dirigió a Cristina, conduciéndola hasta la mesa que había reservado con antelación por teléfono. El lugar era de lo más sofisticado; y la decoración, realmente exquisita. Amplios ventanales, de tallados arabescos, se asomaban al abismo de la

ciudad con el río Nilo a sus pies. La noche caiota derrochaba luminosidad; y ellas, sin moverse de sus asientos, pudieron observar sus maravillas y secretos gracias al sistema giratorio de la torre. Desde allí vieron cómo las pirámides y la Esfinge, parecían navegar, muy lentamente, sobre un océano de arena líquida, envueltas en una aureola de luz y color.

El doctor Cohen fue puntual a la cita. Nada más verlo, Cristina se puso en pie para recibir, con dos besos en las mejillas, al hombre que una vez le explicara su particular teoría referente a la construcción de las pirámides de Gizeh. A continuación, los presentó formalmente.

—Said... Te presento a Lilith.

La joven imitó el gesto de Cristina, saludando al arqueólogo con cortesía.

—Es un placer —musitó tímidamente.

—Lo mismo digo, señorita.

Volvieron a sentarse, esta vez los tres. El estirado maître les trajo la carta. Luego, se marchó tras hacerle un gesto a uno de los camareros: los clientes se merecían un aperitivo digno; el denominado *Cocktail Supreme*, por gentileza de la casa.

Durante los primeros minutos, ambos amigos no dejaron de recordar los meses que habían pasado juntos en las excavaciones realizadas en el Valle de los Reyes. Poco más tarde, al descubrir que aburrían a Lilith con sus disertaciones arqueológicas, optaron por incluirla en la conversación.

—¿Es la primera vez que visitas Egipto? —preguntó Said, tuteándola, observando a la joven por encima de sus diminutos anteojos.

—¡Oh, sí! —afirmó la alemana con cierto embarazo, no sabiendo qué decir.

—Su padre la dejó a mi cargo hace un mes —intervino Cristina, mintiendo deliberadamente con el fin de ahorrarse tiempo; pues calculó que no era prudente tener que contarle toda la historia—. Lo cierto es que realiza sus estudios de Arqueología en España.

Said asintió, dando a entender que comprendía el motivo de que acompañara a la doctora Hiepes.

—Te sorprendería saber los misterios que esconde la civilización egipcia... —Se dirigió de nuevo a Lilith—. Somos ya demasiados los que pensamos que la historia debería escribirse de nuevo... —Tosió un poco y concluyó ufano—: Lo digo porque las fechas no están muy claras.

—¿Se refiere a la construcción de las pirámides?

—Así es —contestó el doctor Cohen—. Y no solo hablo de las pirámides, también de la Esfinge. ¿Sabías que hace quince años el geólogo Robert Schoch, de la Universidad de Boston, y el egiptólogo John West, descubrieron que las enormes fisuras que podemos ver alrededor de la formación rocosa no son fruto de la erosión del viento y la arena, sino que fueron producidas por aguas torrenciales que se

remontan a más de diez mil años de antigüedad?

Lilith no supo qué contestar. Pero aquello comenzaba a interesarle sobremanera.

—Cuéntale lo de la cámara secreta —le animó Cristina, que exhibía una sonrisa cómplice—. Dile lo que descubrieron al año siguiente el geofísico Dobecki y el propio Schoch.

—Es cierto —afirmó el arqueólogo—. Se realizaron varias pruebas de sondeo acústico alrededor de la Esfinge, experimentos que vinieron a corroborar la idea de que bajo el suelo discurren varias salas ocultas desde tiempos remotos. Algunos científicos pensamos que podría tratarse de una serie de bibliotecas, o quizás archivos, que datarían de los años en que se hundió la Atlántida.

—Lilith no salía de su asombro.

—¿Es eso cierto? —inquirió, fascinada.

—Digamos que existen pruebas irrefutables que una parte de la comunidad científica prefiere ignorar.

—Por ejemplo... —insistió la joven de origen germánico.

—Como te he comentado, Dobecki descubrió, bajo la pata derecha de la Esfinge, lo que parecía ser una sala rectangular de más de cien metros cuadrados de superficie, por cinco de altura. Seis años después, por medio de un sofisticado escáner, se confirmaría la existencia de dicha sala y un sinfín de galerías subterráneas, túneles de conexión que irían a parar hasta las mismísimas pirámides. Para desilusión de todos nosotros, el gobierno de mi país prohibió tácitamente los permisos de excavación.

—Pero... ¡Eso es increíble!

Lilith seguía interpretando su papel, aunque no por ello las palabras del arqueólogo le fuesen indiferentes. Sus ojos lo demostraban.

—Escucha, que aún hay más... —Esta vez fue Cristina la que decidió intervenir, manteniendo muy vivo el apasionante relato—. Los japoneses emplearon técnicas microgravimétricas en el interior de la Sala de la Reina, algo así como una radiografía de los muros. Los resultados fueron realmente impactantes, dado que indicaban claramente la presencia de corredores y espacios huecos tras los bloques de granito.

—En realidad, no somos los primeros en tener noticias al respecto —continuó diciendo Said—. Ya en el siglo IV, el historiador romano Amiano Marcelino afirmaba conocer la existencia de túneles subterráneos bajo las pirámides, salas de iniciación a las que descendían los antiguos faraones, por secretas galerías, para comunicarse con los dioses subterráneos, Set y Osiris.

—Si eso es cierto, si estáis tan seguros de que existen esos pasajes subterráneos de los que habláis... —Lilith se aclaró la voz y luego preguntó—: ¿Por qué nadie se ha atrevido a investigarlos?

El arqueólogo se echó a reír. También él encontraba ilógico ocultar el mayor descubrimiento de la historia.

—Por culpa del oportunismo de este retrasado país... —admitió con pesar. Había bajado el tono de su voz—. Al Gobierno le interesa mantener el secreto. De esta forma, puede indagar lo que quiera sin que nadie venga a meter las narices en sus asuntos. ¿Por qué crees que prohibieron el acceso a Keops, a los turistas, durante más de tres años...? ¿Piensas que es cierto eso de que estuvieron limpiando su interior...? ¿Limpiarlo, de qué...? ¿De las arenas del desierto acaso...? ¡Oh, vamos! —exclamó mordaz—. Su única idea es hacer el trabajo fácil y llevarse las medallas, cuando fuimos nosotros, los arqueólogos, quienes hace años nos esforzamos por descubrir la verdad.

La mente de la joven alemana, siempre a la expectativa, comenzaba a vislumbrar el auténtico propósito de Cristina. En el interior de una de esas salas debía encontrarse el Arca de la Alianza, de ahí que la criptógrafa tuviese tanto interés en mantener en secreto lo del secuestro de Riera: pensaba utilizar a aquel idiota rechoncho que tenía delante, con cara de pez hervido, para introducirse dentro de la Gran Pirámide.

Lo que escuchó a continuación vino a confirmar su sospecha.

—Pero eso puede cambiar —opinó Cristina, con un deje de misterio.

—¿Acaso piensas pedirles un permiso especial que nos permita reemprender las excavaciones del 98? —Said miró desconcertado a su vieja amiga—. Si es así, te aconsejo que primero te ganes la confianza del director general del Museo Arqueológico. Ese bastardo se niega reiteradamente a futuras investigaciones.

—¿Quién lo dirige ahora? —quiso saber la pelirroja.

—Khalib Ibn Allal... Es el hijo del antiguo director del Museo y mano derecha de Mansour Barik, inspector jefe de las pirámides de Gizeh —contestó—. No creo que te guste. Es un hombre frío, hermético, oscuro. Jamás habla si antes no le preguntan.

—Quisiera conocerlo.

—Está bien... —Se encogió de hombros—. Luego no digas que no te advertí.

—Necesito entrevistarme con él mañana mismo —pareció exigirle. Entonces, al ver el gesto destemplado de Said, añadió con algo menos de soberbia—: Es de vital importancia.

El arqueólogo la observó con vivo interés. Creía conocer bastante bien a la doctora Hiepes. Cuando ella decía que algo era importante, es porque sabía de lo que hablaba.

—Dime... ¿A qué has venido realmente? —inquirió, curioso.

Las mejillas de Said Cohen se tornaron algo más rosadas de lo habitual. Se diría que esperaba con avidez una respuesta que le complaciera, un nuevo misterio que resolver; como en los viejos tiempos.

—¿Recuerdas lo que me dijiste una vez respecto a las medidas del sarcófago vacío, situado en la Sala del Rey? —preguntó a su vez Cristina.

—Sí, claro... Por supuesto —respondió con calma—. Que coincidían exactamente con las del Arca de la Alianza.

—Pues eso.

Said esperó a que fuera más explícita. Al comprender que no pensaba hacerlo, perdió los estribos.

—¿A qué te refieres? —Ahora preguntó con ansiedad.

—A que tenías razón... El Arca de Moisés estuvo una vez en el interior de la Gran Pirámide. Y si me lo permite el gobierno egipcio, hasta es posible que pueda demostrarlo.

Lilith, en silencio sepulcral, seguía con interés la conversación de aquellos dos. Debía tener cuidado y no demostrar demasiada curiosidad.

—¡Y luego hay quien dice que estoy loco! —El arqueólogo se echó a reír—. ¿Has venido hasta aquí solo para decirme eso?

—Tengo el convencimiento de que sigue allí, encerrada en una de esas salas de las que acabamos de hablar.

A Said se le escapó una risita nerviosa. En realidad, también él había pensado lo mismo hacía años. Y ahora, al cabo de tanto tiempo, alguien venía a confirmar que sus teorías podían ser verdad y no fantasías de chiflado.

—Quisiera creerte —susurró tristemente.

—¿Te he mentado alguna vez?

El arqueólogo desvió su mirada hacia Lilith.

—A mí no me mire —replicó la joven alemana, con gesto de asombro—. Todo esto es nuevo para mí.

—Ella no sabe nada —atajó Cristina, seria—. Este asunto es entre tú y yo.

—Escucha... Si lo que deseas es entrevistarte con Khalib, no hay ningún problema —le aseguró—. Mañana mismo iremos a verlo. Pero te aconsejo que no le cuentes nada de lo que hemos hablado. Si piensa que estás loca, malo; y si llega a creerte, peor. En todo caso, jamás dejará que entres en el interior de las pirámides, y menos ahora que piensan cerrarlas de nuevo. ¡Si hasta han montado varias garitas con soldados a lo largo de toda la carretera de acceso! —exclamó irritado—. Desde hace seis meses, no hay quien se acerque a más de ochocientos metros de las tumbas. Según me han asegurado, dichas medidas responden a los diversos actos de vandalismo producidos en el interior de las pirámides por un grupo de incontrolados, actos que realizaban de noche con total impunidad... —Sonrió nuevamente, subiéndose los pequeños anteojos que resbalaban continuamente por su nariz—. Aunque, si quieres saber mi opinión, creo que todo es un nuevo montaje del Gobierno. Su único propósito es desalentar a quienes, como tú, tienen la intención de husmear en la historia real de los antiguos egipcios.

—Me basta con que me consigas esa cita —la criptógrafa dejó caer la mano en el



brazo de su amigo.

Said Cohen le guiñó un ojo, alzando su copa.

—¡Por tu tenacidad!

—¿Qué es esa historia que le has contado al doctor Said, referente al Arca de Moisés? ¿Tiene algo que ver con el secuestro?

Lilith, sentada junto a Cristina en la parte trasera del taxi que las llevaba de regreso al hotel, trató de ser convincente haciéndose la ingenua.

—Era la única forma de conseguir una cita con el director del Museo Arqueológico —le dijo la criptógrafa—. He tenido que echar mano del engaño para que Said me prestase atención. Sé que es horrible mentir a un amigo, pero necesitamos entrar en Keops al precio que sea... —Luego, añadió con gesto serio—: Dentro encontraremos la pista que nos conducirá hasta tu padre.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que me ocultas algo —se arriesgó a decir la alemana.

—El hecho de que no pueda decirte nada más, no prueba que esté mintiéndote —intentó hacerla comprender—. Lo único que te pido es que tengas confianza en mí.

La asesina aceptó de mala gana, cediendo a la petición de Cristina con resignación.

—Está bien, lo intentaré —aseguró. Después se armó de valor para criticar abiertamente su actitud—: Pero quiero que sepas que no me parece una buena idea embaucar a los demás aprovechándose de sus debilidades.

Cristina hizo un gesto con la mano, dando a entender que no importaba algo tan nimio como era utilizar al bueno de Said.

—No te preocupes. Sabré recompensarle.

—¿De qué modo?

—Le diré que venga con nosotras. Eso, si tengo suerte y consigo de ese tal Khalib permiso para entrar en la Gran Pirámide.

—Oye... —le dijo Lilith, incisiva—. No sé lo que pretendes encontrar ahí dentro, pero sigo pensando que deberías contármelo. Me lo merezco.

Cristina, reflexiva, se tomó su tiempo antes de contestar, mirándola fríamente a la cara.

—Todo a su tiempo —contestó misteriosa.

Dicho esto, no volvieron a dirigirse la palabra hasta que llegaron al hotel. Para entonces, el tema de conversación había dejado de tener interés. Cada cual se marchó en busca de sus respectivas habitaciones, absortas en sus propios pensamientos.

## Capítulo 41

Acudieron a la entrevista a primera hora de la mañana.

Said Cohen iba vestido de explorador, con pantalones cortos debido a la sofocante temperatura de la ciudad. Estaba tan excitado que las venas capilares de sus mejillas parecían exudar sangre debido a la presión arterial a la que estaban siendo sometidas. Le sudaban las manos callosas, de dedos cortos y rechonchos, las cuales se frotaba con ansiedad al igual que una mosca ante un montón de estiércol. La conversación que mantenía con Claudia era tan aburrida, que la criptógrafa asentía a todo con una expresión anquilosada que daba verdadera lástima. Esperaba, inútilmente, que decidiera callarse de una vez por todas, aunque solo fuera para respirar. Lilith, por su parte, iba al lado de Cristina sin mediar palabra. Y sin embargo, prestaba atención a todo lo que se decía por si encontraba en las palabras una pista que la condujese hasta el Arca.

Después de atravesar el Museo Arqueológico, y esquivar a los grupos de turistas que deambulaban de un lado a otro, admirando las reliquias expuestas en las vitrinas, entraron en la zona reservada a los funcionarios, donde los aguardaba el secretario personal de Khalib Ibn Allal. Era un hombre de tez morena y pómulos pronunciados, cenceño como un sarmiento pero de una vitalidad envidiable, y les dio cortésmente la bienvenida, conduciéndolos a continuación por el arabesco corredor que finalizaba en la bella fuente de pórforo. Golpeó la puerta una vez que llegaron al despacho del director general, para luego, sin esperar respuesta, abrirla con decisión, invitándolos a pasar con un brazo extendido.

—Por favor, adelante... Les estaba esperando —Khalib se puso en pie para recibirlos con cierta solemnidad.

Ramdame, que así se llamaba el secretario, se marchó cerrando la puerta tras de sí. El grupo de tres tomó asiento ante el gesto hospitalario de su anfitrión, quien primeramente les ofreció una taza de té. Aceptaron la invitación tras darle las gracias, un tanto cohibidos por la personalidad mayestática que irradiaban sus gestos pausados y su mirada indiferente. Su larga y desusada túnica contribuyó, de algún modo, a que se sintieran incómodos en su presencia; eso, además de su nariz aguileña, la barba y bigote de cabellos hirsutos, y el fuego sobrenatural que irradiaban sus ojos almendrados.

A Cristina le trajo a la memoria la legendaria imagen de Imothep, arquitecto y médico de la III Dinastía, a quien se le atribuye la construcción de la pirámide escalonada de Saqqára.

—Según me ha informado mi secretario esta misma mañana, desean hablar conmigo sobre un asunto que concierne a las pirámides —dijo Khalib tras sentarse de nuevo en el sillón—. Espero, por el bien de Egipto, que no se trate de solicitar nuevos

permisos para pruebas inútiles que trastocan el concepto de la historia de nuestro país... —Suspiró de forma harto significativa—. Ya saben lo que pensamos al respecto.

El comentario iba dirigido a Cristina.

—Mi propósito no es el de especular sobre las posibilidades que aportarían nuevos reconocimientos sónicos en la zona, aunque estoy segura de que todavía quedan bastantes incógnitas bajo la arena —replicó la criptógrafa.

—No le quepa duda —añadió Khalib—. Por ello se han construido nuevos edificios a la entrada de la meseta. De este modo quedará apartada del bullicio de los encargados de los dromedarios y de los turistas. Solo trabajarán en ella nuestros arqueólogos.

—Yo soy egipcio —se quejó Said—, y sin embargo, me han negado los permisos varias veces.

El director no se inmutó. Estaba acostumbrado a los reproches del tenaz profesor.

—Usted, si no recuerdo mal, trabaja para la National Geographic desde hace años.

—Eso es porque Adel Hussein ha denegado todas mis solicitudes de trabajo para el gobierno egipcio —impugnó, enojado, Said Cohen.

Adel Hussein era el director general de la planicie.

—¿Acaso piensa que las sociedades científicas extranjeras suponemos una amenaza para su país?

Cristina había puesto el dedo en la llaga con aquella pregunta, cosa que importunó a Khalib. Aun así, trató de ser cortés con sus invitados.

—Me gustaría poder ayudarlos, pero si lo que desean es la concesión de un permiso para excavar, me parece que pierden su tiempo. Como ya deben saber, eso es competencia de Adel Hussein.

—Pero usted es su mano derecha —le recordó el arqueólogo—. Estoy seguro de que podría convencerlo si quisiera.

—Lo lamento —se excusó el director general del Museo Arqueológico—. Debemos ser cautos. Si hacemos una excepción con ustedes, tendríamos encima de nosotros a todos los arqueólogos del mundo. Compréndalo, no es nada personal.

—Lo único que deseamos es fotografiar el interior de la Gran Pirámide, incluido el cartucho jeroglífico de Jnum-Jufuy<sup>[9]</sup> y el sarcófago —alegó Cristina, esperando así un cambio de opinión—. Y quizá también visitar la Cámara del Caos.

Khalib vio extraño tanta urgencia por algo que hubieran podido hacer meses atrás, antes de la prohibición; como también le resultaba una pérdida de tiempo fotografiar lo que habían estudiado decenas de veces. Una cosa era solicitar un permiso para excavar en el Valle de los Reyes, o incluso en el oasis de Bahariya, y otra distinta buscar donde todos sabían que no había ya nada que encontrar. Además, el hecho de

mencionar la Cámara del Caos lo puso en alerta. Su intuición le dijo que fuera con sumo cuidado.

—¿Puedo saber qué motivos la mueven, señorita...?

—Hiepes... Cristina Hiepes —contestó ella, alzando el mentón—. Y mi único interés se centra en averiguar hasta dónde llegaba la tecnología del Antiguo Egipto en materia de construcción.

Hiram apenas parpadeó al escuchar el nombre de su invitada, aunque no pudo evitar que el corazón le diese un vuelco, ni que sus ojos se desviaran al instante hacia la más joven de los tres: Lilith.

Allí, frente a él, estaban dos de las personas que conocían la historia del cantero. Y una de ellas era la asesina contratada por Sholomo.

—¿Y...? —inquirió, muy pensativo.

—Como todos sabemos —continuó diciendo la criptógrafa—, en los años cuarenta se hallaron ciertos manuscritos de gran relevancia que hablaban de los primeros cristianos asentados en el sur de Egipto. En ellos se dice, de forma explícita, que una misteriosa sociedad de constructores lucharon en el pasado por combatir la ignorancia construyendo templos prodigiosos en lugares especialmente místicos, monumentos erigidos conforme a unos parámetros ancestrales que habrían permanecido ocultos durante miles de años para la humanidad; hablamos de una sociedad constructora denominada Los Compañeros de Horus.

—Voy a hacer algo por ustedes —dijo antes de perder del todo la calma—. Vengan a verme el domingo, y yo mismo los llevaré hasta Gizeh. —Luego, añadió—: Supongo que a Adel Hussein no le importará que acompañe a tres miembros de la National Geographic a visitar las pirámides.

—En realidad... —comenzó a decir Said, pero una oportuna patada de Cristina en su tobillo le impidió continuar.

—¿No podría ser esta misma tarde? —insistió la criptógrafa, procurando disimular su apremio.

—Imposible. Tengo asuntos que resolver.

—¡Está bien! —exclamó Said Cohen, esbozando un gesto de resignación—. Supongo que no nos queda más remedio que esperar.

—Así es —contestó lacónicamente Khalib Ibn Allal.

El arqueólogo se puso en pie, y el resto hizo lo mismo al darse por finalizada la conversación. Uno a uno, le fueron estrechando la mano al director general del Museo Arqueológico. Cuando le llegó el turno a Lilith, Khalib sintió el deseo de preguntar cuál era su grado de participación en aquella empresa. Ante todo, necesitaba comprobar su identidad. Por eso la interrogó con sutileza.

—Es usted demasiado joven para tener el doctorado... ¿Posee algún título que la acredite?

Por un instante la alemana no supo qué decir, ya que no esperaba ser objeto de atención. Tuvo que ser Cristina quien defendiera la presencia de su protegida en aquel despacho.

—Es Lilith, la hija de un buen amigo —le explicó rápido—, además de mi alumna más aventajada. Yo misma le pedí que me acompañara en este viaje.

Khalib asintió en silencio. Era todo cuanto deseaba saber.

Ya se marchaban, pues el gesto impasible del director general indicaba con claridad el final de la conversación, cuando Cristina se giró para hacerle una última pregunta. Fue algo instintivo, como si por un segundo hubiese leído el pensamiento de aquel hombre de natural esquivo y enigmático.

—Por cierto... ¿Ha venido a verle un hombre llamado Leonardo Cárdenas? —preguntó a bocajarro.

—¿Cómo dice?

El director cuadró su mandíbula en un gesto dubitativo, dando a entender que no sabía de lo que estaba hablando.

—Nada, olvídelo... —La criptógrafa volvió a sonreír y añadió—: ¡Bueno! Hasta el domingo, entonces.

Se despidieron de nuevo. Said Cohen le dio las gracias por el tiempo que les había prestado, y también por el té. Khalib se mostró igual de amable, acercándose luego hasta la puerta. Acto seguido, llamó a Ramdame para que acompañara a sus invitados por el Museo Arqueológico.

Minutos después, ya a solas, Hiram se acercó a la mesa del despacho con el fin de hacer una llamada. Era la primera vez en su vida que sentía la necesidad de hablar con alguien, como también era la primera vez que se sentía realmente amenazado. Balkis sabría qué hacer.

Aquella misma mañana, Leonardo se dejó llevar por su espíritu de aventura penetrando en el corazón del viejo El Cairo. El inefable encanto del pasado se cernía como un misterio sobre las calles infectas de pobreza, donde una amalgama de olores acres se consolidaba en una sola esencia, única, indescriptible; un seductor aroma que provenía de todas partes y a todos envolvía con su espeso dulzor; una fragancia arrebatadora en la que se veían implicados los vendedores de hachís, los comerciantes de aceites perfumados, los puestos ambulantes de plantas medicinales, el humo del tabaco afrutado de las *shishas*<sup>[10]</sup>, la *henna* de los cabellos femeninos, y el amoníaco de quienes, sin pudor, orinaban en las esquinas menos transitadas del barrio de Al Ghourieh. Acechado por las miradas oblicuas de las mujeres que espiaban a través de las celosías de sus viviendas, el bibliotecario llegó hasta la calle de Al Hakim Bi Amr Illah sumido en una sensación, mezcla de pavor y serenidad, que le embriagaba hasta el punto de creerse la criatura más feliz de la Tierra.

Algo en él estaba cambiando. Su espíritu había mudado la piel de la conciencia y

ahora se asomaba, vencido interiormente, al espejo de sus excesos y defectos. El camino iniciático emprendido no tenía vuelta atrás.

De forma distraída llegó hasta el café de Al Fishawi, también llamado de los Espejos; célebre por ser visita obligada para los viajeros que pretendían sumergirse en el oscuro mundo de las miserias cairotas. Tomó asiento frente a una de las mesas que se repartían a lo largo de la angosta callejuela. Un joven, con bonete y *galabiya* de color púrpura, le acercó una tetera de latón envejecido antes de que cambiara de opinión y se marchara a otro lugar más sofisticado y elegante. Le dio las gracias, y el muchacho asintió repetidas veces a la vez que sonreía con cierta satisfacción. Dentro, en el caté, unos cuantos ancianos fumaban de forma intercalada de una *shisha* de luengos tentáculos mientras observaban, expectantes, la llegada de nuevos autocares con turistas que habrían de favorecer su descamisada economía. De hecho, nada más verlos bajar por las escalerillas, fueron abordados por los diversos vendedores ambulantes, mendigos y limpiabotas, que habrían de ofrecerles sus servicios y oraciones a cambio de limosna. Los que lograban esquivar el asedio de los más desfavorecidos, caían subyugados por los magníficos productos de los artesanos: verdaderas obras de arte manufacturadas en oro, seda, vidrio, madera, cobre y marfil.

Y fue al fijarse en los variopintos comercios alineados a lo largo del mercado de Khan Al Khalili, cuando Cárdenas descubrió, en el otro extremo del zoco, que Balkis discutía con un vendedor el precio de unos pequeños obeliscos tallados en piedra; uno de los *souvenirs* más demandados por los europeos, al margen de los tradicionales papiros y cartuchos dorados.

Entonces, se giró impulsada por una súbita intuición. Alzó la mano en señal de saludo. Leonardo imitó su gesto de forma cortés, sin dejar por ello de sentir un extraño cosquilleo en el estómago. Finalmente, Balkis cedió ante las razones del comerciante entregándole el dinero estipulado. Cogió un obelisco en cada mano y, tras recoger el cambio, se acercó hasta donde estaba el español. A continuación tomó asiento, dejando ambos monolitos sobre la mesa.

—Espero que mi presencia no te incomode —dijo, sonriente.

—Lo cierto es que no esperaba volver a verte hasta esta tarde —reconoció el bibliotecario—. Aunque reconozco que ha sido una grata sorpresa, y un alivio al mismo tiempo, comprobar que una persona que habla con Dios es capaz de regatear el precio de un objeto con un simple mercader. Es un detalle que te hace más humana.

La Viuda se echó a reír.

—Veo que tienes sentido del humor, y eso es algo que no todos poseen hoy en día.

—Por lo menos, lo intento —puntualizó el bibliotecario con cierto encanto—. No obstante, es difícil mantener el tipo cuando uno descubre que su chica forma parte de una sociedad masónica que va por ahí asesinando a las personas.

Balkis guardó un revelador silencio. Un vendedor de alfombras se les acercó con el fin de ganarse unas libras egipcias. Leonardo rechazó el ofrecimiento con una mano alzada y el hombre se marchó a otra mesa, donde charlaban amigablemente tres individuos de origen anglosajón.

—Sholomo cometió un error, y solo a Dios le compete juzgarlo —fueron las palabras de la anciana.

—Dime... ¿A qué se debe tu visita? —preguntó Leonardo, desviando así el tema de conversación—. Porque, supongo, que el que me hayas encontrado no es fruto de la casualidad.

A Balkis le agradaba aquel joven. Sabía por experiencia que no solía equivocarse con las personas. Y él, a pesar de su inherente vanidad, era un hombre inteligente. Sabría comprender la importancia de guardar el secreto de los templos.

—Hace menos de una hora, Hiram se ha entrevistado con un grupo de arqueólogos que pretendían acceder a la pirámide de Keops —le dijo, y esperó a ver su reacción.

—¿Y bien...?

Ignoraba por completo lo que quería decirle.

—Uno de ellos era el profesor Said Cohen, un arqueólogo obsesionado por los misterios egipcios que trabaja para la National Geographic. Le acompañaban la doctora Hiepes y una joven a la que todos conocemos como Lilith.

Al momento comprendió la gravedad del problema. Si estaban allí, era porque lo habían seguido desde España con el fin de buscarlo.

—¿Y el abogado? —quiso saber.

Balkis se encogió de hombros.

—Eso es irrelevante. Lo que realmente importa es averiguar el motivo que las ha empujado a venir hasta aquí. Aun que, en realidad, tengo la ligera sospecha de que pretenden hacerse con el Trono de Dios.

El bibliotecario no compartía su opinión, por lo menos con respecto a Cristina. En cuanto a Lilith, aún tenía sus dudas.

—Esa joven alemana, que según vosotros es la responsable de los asesinatos de Jorge y Mercedes... ¿Para qué iba a arriesgarse a venir si ya ha cumplido su trabajo?

Por un momento pensó que su misión era la de acabar con él; una idea acertada si, como creía, las órdenes de Riera consistían en acallar las voces de quienes estaban al corriente del secreto.

—Tal vez porque ha interpretado correctamente el escrito del cantero.

—Eso significa que lo ha leído.

—Mucho peor, me temo —admitió la mujer—. En realidad, jamás llegó a destruirlo.

—¿Quieres decir que el manuscrito de Toledo ha estado todo este tiempo en

posesión de una asesina...? —preguntó, atónito—. ¡Perfecto! —exclamó con marcada ironía.

Balkis comenzaba a sentirse incómoda con el cambio de humor del español. No tuvo más remedio que excusar la falta de precaución del Magíster, y lo hizo desviando la atención hacia otros derroteros.

—Hablemos de ti —le instó hosca—. ¿Crees estar preparado para enfrentarte al Gran Arquitecto del Universo?

Cárdenas no pudo evitarlo: se le escapó una risita incrédula. Aún no aceptaba el hecho de poder hablar con Dios. Era algo inadmisibles, fuera del alcance de los vivos; eso, si es que era cierto que existía.

—Lo siento —excusó su actitud—. Es que tus palabras vienen a confirmar mi primer pensamiento: estáis todos locos.

—El *Donum Dei* no es una locura, sino un sueño realizable para quienes desean profundizar en la verdad —le espetó con algo más de carácter—. Es la Gracia de Dios que se ofrece a los hombres que olvidan que lo son. Yo ya lo hice; dejé a mi familia y cambié de nombre. Sin embargo, pierdo mi tiempo hablando contigo; pero solo porque todavía nos une lo que llamamos conciencia. Lo cierto es que la vida social para un Custodio es un retraso en el conocimiento, algo así como para un catedrático tener que estudiar en un aula con niños de preescolar.

—¿Eso significa que la humanidad es idiota?

—Yo diría que ciega —respondió cauta—. Escucha... ¿Qué contestarías si te preguntara qué ves en estos obeliscos que acabo de comprar?

—Si fuera psicólogo, te diría que representan el poder fálico del hombre —bromeó—. Pero como estudié Biblioteconomía, pienso que son excelentes para sujetar libros.

La anciana no parecía divertirse con la ocurrencia de Leonardo. Al contrario, lo observó con expresión adusta y un tanto solemne.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —le preguntó, olvidando así el sarcasmo de aquel pedante que pronto habría de convertirse en el Custodio del Arca.

—Pensaba hacer turismo, aunque estoy abierto a cualquier proposición.

—Necesito que me acompañes a la meseta de Gizeh. Pero te ruego que permanezcas callado hasta que llegemos.

—Te doy mi palabra.

—De acuerdo —Balkis se puso en pie, agarrando con firmeza los obeliscos—. Cogemos un taxi en la Plaza de Ramsés II.

El bibliotecario dejó un par de libras egipcias junto a la tetera. A continuación se fue tras los pasos de la anciana.

En la mesa de al lado, los tres turistas que poco antes fueran el centro de atención del vendedor de alfombras, abandonaron sus asientos para seguirlos de cerca.



## Capítulo 42

Cristina se despidió del profesor Said en la puerta del restaurante donde habían tomado café, tras su entrevista con el director general del Museo Arqueológico. Prometió llamarlo al día siguiente, a pesar de que sus intenciones eran otras muy distintas. Luego, ella y Lilith se acercaron a la estación central con el propósito de coger un taxi que las acercase al hotel.

—Me gustaría saber una cosa... —comenzó a decir lentamente la joven alemana—. ¿Qué esperas encontrar en el interior de la pirámide...? —Ladeó la cabeza—. Hasta donde yo sé, ahí dentro no hay nada.

En la plaza, un grupo de bailarines folclóricos batían sus panderetas y danzaban a la vez que proferían extraños sonidos, provocados por el locuaz movimiento de sus lenguas y el vibrar acústico de las cuerdas vocales.

Cristina se detuvo en mitad de la calle para mirarla directamente a los ojos.

—Creo que va siendo hora de que conozcas la verdad —afirmó seria—; sobre todo, porque también tu vida corre peligro.

—No me gusta cómo suena... —Frunció el ceño en un gesto evidente de contrariedad—. Sin embargo, prefiero que me lo digas cuanto antes.

La criptógrafa sopesó en silencio la decisión de su acompañante. A continuación, miró alrededor como si alguien las estuviese vigilando.

—Será mejor que regresemos al hotel. Allí estaremos más seguras —propuso con voz queda.

Lilith sabía fehacientemente que la postura adoptada por la pelirroja era otra de sus maniobras, una puesta en escena para impresionarla. No obstante, apoyó su decisión de volver lo antes posible.

—Estoy de acuerdo contigo. —Fueron sus palabras.

Una hora después, tomaban un aperitivo sentadas frente a una mesa en la espléndida terraza del Mena House. Lilith se había cambiado de ropa y volvía a lucir su vestimenta de siempre. A pesar del calor, llevaba puesta su chaqueta larga de cuero. «Es como mi segunda piel», repuso con sequedad a Cristina cuando esta la advirtió sobre el implacable sol de Egipto. Tras aquella contestación, pensó que ya era mayorcita para ir dándole consejos.

Su prioridad, ante todo, era perfilar una historia paralela a la real que respondiera a las interrogantes de Lilith. Necesitaba recuperar su confianza y hacerla ver que estaba de su lado. Sabía que, llegado el momento, iba a necesitar un rehén de peso para el intercambio. Riera formaba parte de la logia, era uno de Los Hijos de la Viuda; de eso estaba completamente segura. No dudaría en entregarle el Arca cuando viera a su hija con una pistola apuntando su cabeza.

—Escucha, Lilith... —Decidió pasar a la acción, poniendo en marcha su

maquiavélico plan—. Quiero que me prometas que todo cuanto vas a escuchar quede siempre entre nosotras. Jamás hablarás de esto con nadie. ¡Vamos, júralo! —la apremió con fingida ansiedad.

—Te doy mi palabra.

—Por ahora es suficiente... —Suspiró complacida, pero después concluyó enigmática—: Aunque espero que tu discreción se mantenga firme cuando escuches lo que tengo que decirte.

—No conozco a nadie, ni tengo amigos en España... solo a mi padre. Y si estando callada lo voy a recuperar, ten por seguro que cumpliré mi promesa.

Casi le dio lástima el drama humano de aquella joven, mas enseguida la criptógrafa volvió a ser la profesional de siempre; la habían adiestrado para ese tipo de situaciones. Lo mejor era obedecer las órdenes recibidas y olvidar a las víctimas colaterales.

—La causa por la que Salvador, tu padre, jamás pudo ponerse en contacto contigo, fue porque era una de las rígidas pautas de su trabajo —mintió deliberadamente—. Y no hablo de su labor como arquitecto, sino como agente del CNI... Me refiero al espionaje español.

—¿Mi padre es un espía? —La alemana, una consumada actriz fingiendo, hizo como si aquello la sorprendiera.

—Puedes llamarlo así, si lo deseas. Su trabajo consiste en descifrar mensajes encriptados para el gobierno español. Ese es el motivo por el que vive apartado de familia y amigos, refugiándose en su particular búnker de Santomera. Es el único modo de mantener en secreto su doble identidad.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? —inquirió Lilith con cierto recelo.

—Porque también yo trabajo para el Centro Nacional de Inteligencia, al igual que Leo y Colmenares... —respondió sin tapujos—. Y por favor, deja tus preguntas para el final.

La joven germana asintió obediente. Debía seguirle el juego.

—Hace una semana, tu padre tradujo un antiguo manuscrito que databa de principios del siglo XVI —continuó diciendo en voz baja—. El legajo estaba encriptado, por lo que su legítimo dueño, un paleógrafo que trabajaba para una casa de subastas, debido a la amistad que le unía a Riera se lo envió por correo electrónico poco antes de morir en extrañas circunstancias... —Cristina interpretaba la historia a su conveniencia—. Después de aquello se puso en contacto con la Central, advirtiéndonos de que dicho documento describía el modo de llegar hasta una antigua reliquia de valor incalculable, custodiada por una orden masónica cuya premisa es la de asesinar a quienes violan sus secretos. Una vez informados, mis superiores decidieron enviarnos a Murcia para contactar con Riera, pero ya había desaparecido en compañía de su sobrina... Y te diré más. Esta, casualmente, trabajaba con el

paleógrafo en la casa de subastas. Además, es la compañera sentimental de Leo; una coincidencia bastante oportuna si tenemos en cuenta que Leo ha incumplido las órdenes recibidas al venir hasta aquí sin consultarlo con nadie. Es más, tengo la impresión de que nos ha engañado y que en realidad es un agente doble... —Arrugó la frente y continuó con su farsa—: De ser cierta mi sospecha, trabajaría para la sociedad secreta que mantiene oculta la reliquia que buscamos. Tanto él, como Claudia, planearon el secuestro de tu padre; no te quepa la menor duda de ello... —Tosió sin ganas; lo hizo para pensar en las últimas palabras—. De hecho, apostaría mi alma al diablo a que lo mantienen encerrado en una de las galerías secretas que hay bajo la Gran Pirámide.

—Por eso fuimos a visitar al director del Museo... —añadió Lilith, fingiendo que comenzaba a comprender el significado del repentino viaje—. Pero dime una cosa... ¿Cómo sabes que existen en realidad tales pasadizos?

Cristina desvió su mirada hacia la meseta de Gizeh, donde se erigían las pirámides. Luego volvió su rostro hacia Lilith.

—Porque existen ciertos documentos que avalan mi teoría, al margen de las pruebas efectuadas a finales de los noventa —respondió finalmente, tras esa breve pausa—. Entre ellos, tenemos el *Libro de los Muertos*, donde se mencionan unas puertas que conducen al mundo subterráneo de los dioses, algo en lo que coinciden diversos escritores árabes y coptos. También está la extraña historia del califa Abdullah Al-Mamum, quien fuera el primero en acceder a la Gran Pirámide, el cual asegura haber estado en una sala repleta de tesoros, armas que no se oxidaban con el paso de los años, y prismas de cristal que desprendían luz y calor; la misma sala que siglos más tarde encontraron los arqueólogos Kinnaman y Petrie, o el mismísimo Faruk, que era hijo del rey Fuad, de Egipto.

—Me has de perdonar, pero todo esto me suena a ciencia-ficción.

La asesina nacida en Alemania estaba realmente sorprendida. Si aquello era cierto, y en el interior de Keops existían vestigios de una civilización superior a la conocida, serían varios los países interesados en adquirir las maravillas descritas por aquellos testigos de excepción. Podría exigirles lo que quisiera.

—Sé que es difícil de aceptar, pero el gobierno español está dispuesto a arriesgarse —afirmó la criptógrafa con medida solemidad.

—Ya... Antes has mencionado al abogado de mi padre —le recordó—. ¿Por qué no comparte con nosotros la arriesgada misión de entrar en la Gran Pirámide?

La tarde anterior le había comentado que tenía asuntos jurídicos que atender, por lo que no tuvo más remedio que adjudicarle una actividad que lo relacionase con el CNI, pero que a la vez lo apartase momentáneamente del caso.

—Se quedó en Madrid, para examinar a fondo ciertos documentos que encontramos en la casa de subastas —respondió cauta—. Aunque cuento con la

ayuda de tres agentes que permanecen de incógnito, aquí, en El Cairo.

La alemana se hizo la sorprendida mientras miraba en torno suyo.

—¿De veras? —inquirió con cara de creérselo todo—. ¿Y dónde están ahora?

—Tratando de encontrar a Leo. Él nos llevará hasta tu padre. Así que...

En aquel instante sonó el teléfono móvil de Cristina, por lo que detuvo la conversación con el fin de atender la llamada. Escuchó atentamente durante unos segundos, en silencio. Su rostro inexpresivo dibujó ahora una escueta sonrisa de satisfacción, tras lo cual se despidió en inglés. Entonces, guardando el teléfono en su bolso, se giró de nuevo hacia Lilith.

—Lo han localizado... —Los ojos de la criptógrafa brillaron de forma especial—. Tenemos a Leo.

Después de identificarse varias veces ante los diversos controles que llevaba a cabo el ejército egipcio en la zona, y gracias a la presencia en el taxi de la esposa del director general del Museo Arqueológico, la cual les mostró un salvoconducto firmado por Adel Hussein, llegaron finalmente a la meseta de Gizeh. Tras indicarle al taxista que esperara su regreso, Balkis se bajó del automóvil llevando consigo los obeliscos y fue directa hacia la pirámide de Keops. Leonardo reaccionó yendo tras sus pasos.

—¡Ahí están! —exclamó, visiblemente orgullosa—. Las construcciones más polémicas de la historia. Nadie sabe cuándo o por qué fueron erigidas, pero todos se sienten cohibidos en su imponente presencia.

El bibliotecario sintió que la arena comenzaba a invadir su calzado. La sensación resultaba incómoda. Y lo peor de todo es que debía darse prisa si no quería quedarse atrás, ya que Balkis estaba bastante ágil para su edad e iba varios metros por delante.

—Lo cierto es que son impresionantes —afirmó Cárdenas, por deferencia.

—Si ahora piensas eso, espérate a oír lo que tengo que decirte... —Carraspeó un poco y continuó—: El concepto que tienes de las pirámides te resultará infantil cuando sepas la verdad.

—Deberías hacerlo cuanto antes —se quejó—. Tengo los zapatos llenos de arena.

—Aguanta un poco más. Solo queda un centenar de metros.

Siguieron caminando, esta vez en silencio. El sol caía a plomo sobre sus cabezas como bronce fundido. Balkis era, de los dos, quien menos acusaba las altas temperaturas del lugar al llevar cubierta la cabeza con un pañuelo de seda; el resto del cuerpo estaba oculto bajo una túnica de lana. El bibliotecario, al ir vestido según la moda occidental, tuvo que sentir en sus carnes las inclemencias del infierno.

Ya estaba a punto de desfallecer cuando por fin alcanzaron la cara norte de la Gran Pirámide.

—La creía más cercana a la carretera. —Leo respiró después con fuerza, apoyando ambas manos sobre uno de los enormes sillares de la primera hilera.

Nada más entrar en contacto con la milenaria piedra, sintió un estremecimiento que sacudió su cuerpo de arriba abajo, una oleada de sensaciones contradictorias que heló la sangre de sus venas. Apartó su mano con rapidez.

—¿Lo has notado? ¿Has percibido su magia? —preguntó Balkis al darse cuenta de que algo le ocurría al español. Este titubeó unos segundos antes de hablar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó a su vez, sofrenando en lo posible su excitación interior—. He sentido algo extraño al apoyarme en la roca, como si fuera una descarga eléctrica.

—Para mí que te ha dado la bienvenida... —Fue el sonriente parecer de Balkis, quien dejó los obeliscos sobre la arena para tomar asiento en uno de los bloques calizos—. Has sido de su agrado, y eso quiere decir que yo tenía razón y eres realmente el elegido.

Cárdenas puso los ojos en blanco.

—¿Pero qué dices...? —espetó, atónito—. ¿No ves que son solo un puñado de piedras ardientes? No pueden comportarse como un ser vivo.

Pensó seriamente que aquello era de locos. No tenía sentido hablar de Keops como de una criatura con conciencia.

—¿Estás seguro?

—¡Por supuesto! —exclamó al instante. Sacudió la cabeza—. Las rocas no nacen, ni se reproducen o mueren.

—Entonces... ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Balkis disfrutaba viendo al europeo tratando de buscar una respuesta que resultara coherente.

—No lo sé a ciencia cierta... —Encogió los hombros y añadió pragmático—: Pero estoy seguro de que todo esto ha de tener una explicación.

—Lo único que puedo decirte es que los antiguos alquimistas creían en una piedra capaz de disolver la conciencia humana, de extraer sus sentimientos y sublimarlos hasta la divinidad. Según reza en el *Summun Bonum*, cada hombre es una piedra viviente de esa roca espiritual que llamamos Dios. Cuando el templo esté consagrado, sus piedras muertas se transformarán en un ser vivo, y así, el hombre recobrará su estado primitivo de perfección e inocencia.

Leonardo reflexionó las palabras de la Viuda, y eso que el sudor que le caía por la frente apenas le dejaba pensar con claridad. Por último, llegó al convencimiento de que todo aquello debía tener alguna explicación lógica.

—¿Es así como hablaré con Dios? —preguntó en tono neutro, únicamente por curiosidad.

—En realidad, será Él quien hable contigo.

«Un nuevo enigma que resolver», pensó.

—Una pregunta más... ¿Es esta la región de Tubalcaín, tal y como creía Iacobus

de Cartago? —insistió—. Y si es así... ¿Dónde están las columnas que describe en el manuscrito, las que permanecen enterradas bajo las arenas del desierto tras el Diluvio?

El rostro de la anciana se tornó circunspecto. Su mirada austera vino a perturbar el espíritu de su interlocutor.

—A tu primera pregunta, te diré que sí: estamos pisando la ciudad perdida de Henoc. En cuanto a la segunda, sigo creyendo que estás ciego. No eres capaz de ver la realidad. ¡Fíjate bien! —le exhortó, apoyando una de sus manos en la roca donde estaba sentada y señalando con la otra la pirámide de Kefrén—. ¡Estas son Jakim y Boaz, los templos que construyeron Tubalcaín y sus hermanos, antes del Diluvio, para preservar a través de los años el conocimiento de Dios! Y ni siquiera te has dado cuenta.

Tras ese reproche, sintió lástima de él.

El bibliotecario, por su parte, se quedó en blanco. Jamás hubiera pensado que las pirámides llegaran a constituir un monumento a la Sabiduría, y mucho menos que formasen parte de la arquitectura bíblica. Entonces se acordó de la torre de Babel.

Pero, al margen de la leyenda, había algo que no encajaba.

—Si es cierto, como afirmas, que éstas son las columnas que describe el cantero... ¿Por qué las sitúa enterradas bajo el desierto, cuando en realidad no lo están? ¿Y por qué llamarlas columnas, si tienen forma piramidal?

Ella sonrió con malicia. Parecía disfrutar desmenuzando el sentido común de aquel hombre.

—Voy a intentar explicártelo —le dijo con voz firme—. Para ello voy a necesitar que me prestes uno de tus zapatos.

—¿Has dicho un zapato? —preguntó cada vez más perplejo. Empezaba a creer, realmente, que Balkis había perdido el juicio.

—Sí, por favor —le rogó, extendiendo una mano.

Leonardo accedió solo por curiosidad. Necesitaba saber qué era aquello tan importante que iba a mostrarle.

La mujer cogió con cuidado el calzado, poniéndolo sobre la arena tras alisar la superficie. A continuación dispuso los obeliscos a ambos lados de la puntera.

—Con un poco de imaginación, lo que ves aquí podría ser una catedral gótica —comenzó a explicarle—. Los obeliscos, en este caso, representarían las torres de los campanarios anexos a la nave central; o sea, tu zapato, aunque en realidad nos faltaría el transepto para que el ejemplo fuera totalmente descriptivo. Si te fijas bien, la estructura es semejante: un pilar de piedra coronado por una techumbre con forma piramidal; un chapitel. Para los masones templarios, que habían bebido de las fuentes ocultas en el Arca del Testimonio, las catedrales eran solo eso: imitaciones del verdadero templo donde antiguamente se custodiaba el Trono de Dios. Y lo cierto es

que no se equivocaban, ya que esa era la disposición geométrica del templo proyectado en honor del Gran Arquitecto y ejecutada por la descendencia de Caín... —Se detuvo un instante para encarar el rostro que tenía a pocos pasos—. ¡Bien! Imagínate ahora la meseta de Gizeh hace cuarenta mil años, antes de la última glaciación y del llamado Diluvio Universal. Esta comarca, árida y yerma, estaba cubierta de vegetación, y los animales salvajes campaban a sus anchas. Aquí surgió, entonces, la primera ciudad construida sobre la Tierra; la ciudad de Henoc. Sus antiguos pobladores constituían una raza muy distinta a la nuestra. En la Biblia se los denomina con el nombre de *Nefilim*, los hijos de Dios que tomaron para sí a las hijas de los hombres. Estos seres protohistóricos idearon el modo de comunicarse con el Gran Arquitecto gracias a la avanzada tecnología de la que eran custodios. Perfeccionaron un artilugio de factura desconocida, llamado *Electrum*, gracias al cual ampliaban la capacidad intelectual del cerebro hasta el punto de que todo aquel que se sentaba en el Arca del Testimonio absorbía la ciencia de Dios, convirtiéndose en un ser mitad humano, mitad divino. Los conocimientos adquiridos gracias al Arca se ocultaron en un templo de proporciones inimaginables, una obra tan descomunal que solo de pensarlo podría hacer que un hombre perdiese el juicio. Yabal, Yubal y Tubalcaín fueron sus arquitectos y constructores, y también los primeros en proteger el secreto de la Sabiduría. Y es bajo la inconmensurable construcción que ellos erigieron, donde se esconde ahora el Trono de Dios. Pero eso es algo que la humanidad desconoce, y solo porque es incapaz de asimilar la grandeza de su obra. Si observas bien las pirámides, verás que son imponentes. Su grandiosidad siempre ha sido motivo de especulación. ¡Cuánto más divagarían los arqueólogos si supiesen que solo son la punta del iceberg!

Leonardo Cárdenas sintió un escalofrío por toda la espalda. Las palabras de Balkis le trajeron a la memoria el sueño que tuvo la noche que asesinaron a Balboa. Recordó haber visionado la imagen de una catedral gigantesca de hielo sumergida bajo los frías aguas del Ártico, un templo de enormes sillares blancos a la deriva en la inmensidad del océano; construcción que solo dejaba asomar picudos elementos con forma de torres flotantes.

—¿Podrías explicarme eso? —preguntó aterrorizado, temiendo ser víctima de una broma irracional.

—Observa con atención... y juzga tú mismo.

Balkis excavó en la arena, enterrando por completo el zapato que le había prestado su acompañante. Luego hizo lo mismo con los obeliscos, empujándolos hacia abajo con fuerza hasta que solo pudieron verse dos pequeñas pirámides en mitad del desierto.

El bibliotecario de la casa de subastas Hiperión, cuyo cerebro comenzaba a comprender la verdad, alzó la mirada para contemplar la Gran Pirámide en todo su

esplendor. Acto seguido, llevó su inquieta mirada hacia la de Kefrén. Allí estaban, las edificaciones más enigmáticas de la Historia, observando la estupidez de unos hombres que las creían monumentales. Y lo cierto es que, tal y como dijera Balkis, imaginar algo así era imposible para la mente humana.

—¿Entonces...? —Apenas si tenía fuerza para hablar. Notó la boca pastosa.

—Sí, Leo —le dijo ella—. Aquí, bajo nuestros pies, se encuentra la verdadera y única morada de Dios: una catedral de dimensiones inconcebibles enterrada bajo las arenas del desierto, una edificación de la cual solo podemos ver sus chapiteles. Y en su interior, el Trono de Dios y el modo de establecer contacto con el saber cósmico del Universo.



## Capítulo 43

Tras la comida en el restaurante del hotel, a base de habas con limón, kofta, el típico kebas de carne y las croquetas de verduras trituradas, Cristina decidió pasear por las calles del viejo El Cairo, en compañía de Lilith, para ver si así digerían mejor los alimentos.

Estuvieron visitando el bazar de Wekalet El-Balah —célebre por sus telas—, la calle de Mohamed Alí, donde pudieron admirar toda clase de instrumentos musicales, y también disfrutar de una fascinante y única experiencia en el mercado de dromedarios. Finalizado el periplo turístico, un taxi las llevó hasta uno de los pocos lugares de la ciudad donde servían bebidas alcohólicas: el café Al-Horreja, en la Glorieta de Bab el Luq, donde degustaron la popular cerveza Stella —de baja graduación—, sentadas en la terraza una frente a otra.

La criptógrafa, llevada por su celo profesional, deleitó a la joven alemana con una disertación exhaustiva sobre los distintos métodos que utilizaba para descifrar conjuntos de palabras encriptadas. Le habló de la criptografía secreta y pública, de las propiedades de los algoritmos, así como de los modernos y sofisticados programas de descodificación que desarrollaban los países más avanzados del mundo. Lilith, dejándose seducir por la conversación, se atrevió a formular alguna que otra pregunta de interés. De esta forma, fue recopilando información que en un futuro podría serle de gran utilidad.

—Me pregunto si sabrías descifrar un criptograma de haber vivido en el Antiguo Egipto.

Ese reto no hizo más que potenciar la presunción de Cristina, por lo que se vio impelida a vanagloriarse de sus conocimientos.

—Da igual el pasado que el presente —le dijo de inmediato—. Los jeroglíficos constituidos por símbolos poseen el mismo significado a lo largo de la historia. Es el individuo quien determina su importancia descifrando el contenido. Pero no todos saben cómo hacer hablar a los hieroglifos.

—Si te refieres a mí, tienes razón. Soy bastante torpe con los enigmas —reconoció Lilith con cierto embarazo.

—No te mortifiques. Es mi trabajo y no el tuyo —repuso, comprensiva; entonces cayó en la cuenta de que apenas sabía nada de la vida de la joven que tenía ante sí—. Por cierto... ¿A qué te dedicas?

Comenzaba a atardecer, y el aire fresco de la tarde hizo que Cristina sintiera una oleada de escalofríos por todo su cuerpo.

—Mi profesión no es tan edificante ni misteriosa como la tuya... Lo cierto es que trabajo en un concesionario de coches. De ahí que pueda permitirme el lujo de tener un Corvette. Es prestado por la empresa.

Se la imaginó teniéndoselas que ver con clientes adinerados en busca de un icono de prestigio, con alma de motor, con el que presumir frente a sus amigos; siempre atenta, siempre amable con quienes llevaban una vida mejor que la suya. Debajo de toda aquella parafernalia gótica se escondía una joven cansada de experimentar los mismos momentos, alguien que necesitaba escapar de la rutina diaria llamando la atención del resto del mundo. Su estilo de vida solo era una pose que cobraba importancia en los momentos de asueto.

Por segunda vez en el mismo día, sintió lastima de ella.

Lilith, que aguardaba con inusitada paciencia el instante de darse a conocer, acarició la navaja automática que escondía en el bolsillo de su chaqueta. El contacto del acero consiguió devolverle el sentido común: aquel no era el momento ni el lugar.

Cristina Hiepes fue a hablar de nuevo, pero se abstuvo al descubrir que tenían visita. Miró por encima de su protegida, quien intuyó detrás de ella la presencia de los agentes secretos que las habían seguido hasta El Cairo. Nada más comprobar que era cierta su sospecha, la maquinaria de supervivencia se puso en movimiento.

Los hombres ocuparon sus asientos, a uno y otro lado de Cristina. Habían cambiado su estricta indumentaria por unas prendas más acordes con el clima del país; más ligeras y frescas. Llevaban camisas floreadas, sombreros Panamá y pantalones blancos de lino. Parecían tres pringados haciendo el idiota por las calles de El Cairo; eso fue lo que pensó Lilith.

Cristina los presentó, aunque ninguno de ellos abrió la boca para saludar, tan solo esa sonrisa taimada y recelosa que tantas veces había visto en algunos de sus compañeros de oficio: la muerte impresa en los labios. Hubo unos segundos de tensión, de significativo cruce de miradas entre los recién llegados y la criptógrafa. Por un momento, la joven germana tuvo la impresión de haber caído en una mortífera trampa de la que iba a ser complicado escapar. Entonces, el sujeto de la cicatriz bajo el párpado, de nombre Eric, le entregó a Cristina un lote de fotografías. En ellas pudo ver a Leonardo en compañía de una mujer vestida a la usanza árabe, sentados en la terraza de un café. Luego, le dijo en inglés que se trataba de la esposa de Khalib Ibn Allal, y también que el bibliotecario de Hiperión se hospedaba en el Nile Hilton.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Cristina, poniéndose en pie—. A partir de ahora no te separes de mí.

Sus últimas palabras iban dirigidas a Lilith; la cual, manteniendo su postura de joven inocente, trataba de idear una estrategia que la colocase al frente de la iniciativa de seguir a Cárdenas hasta el Arca de la Alianza. Para ello, habría de eliminar primero a quienes representaban una amenaza para su seguridad. Y tendría que encontrar el modo de hacerlo, justo en el momento indicado.

Tras pagar la cuenta, se dirigieron en grupo hacia la plaza Tahrir. Variopintos personajes llenaban el lugar como una colmena de zumbadoras abejas. Las calles

adyacentes vomitaban multitud de automóviles que tocaban el claxon de forma indiscriminada, totalmente arrítmica, como una melodía inspirada en el desconcierto y la anarquía. Sus ropas se impregnaron con los mil y un olores de los mercados vecinos. En el ambiente flotaba una nube iridiscente de polvo, provocado por las idas y venidas de autobuses preñados de pasajeros. Y, sin embargo, aquel cúmulo de acontecimientos rutinarios no afectó para nada la privilegiada mente de Lilith, sino todo lo contrario: le dio tiempo suficiente para pensar.

Finalmente llegaron a donde les aguardaba un automóvil de color blanco. Eric se sentó frente al volante mientras Cristina lo hacía a su lado. Otro de los agentes abrió la puerta trasera del coche, colocándose en un extremo. El tercero permanecía a espaldas de Lilith, obligando así a la joven a tener que sentarse en el centro. Entonces comprendió que era el momento de proceder a su eliminación, ya que de no hacerlo se arriesgaba a quedar atrapada entre ambos esbirros. Era posible que Cristina supiera la verdad y estuviera fingiendo, igual que ella; pues, por regla general, la CIA investigaba la vida de aquellas personas implicadas en un caso de relevancia. De ser cierta su sospecha, ya deberían saber que trabajaba para la firma Corpsson en calidad de asesina a sueldo.

Aprovechando los gritos e insultos de dos limpiabotas que discutían entre sí por atender a un cliente, cosa que llamó la atención del agente que tenía a su izquierda, sacó su navaja del bolsillo y con agilidad felina se la clavó en la garganta. La agresión hizo que el agente cayera de lado, junto a ella, convulsionando su cuerpo entre gemidos agonizantes. Cuando el resto del grupo se percató de lo ocurrido, Lilith ya había sacado su automática de detrás del pantalón y apuntaba fríamente la cabeza del sicario que quedaba acomodado en la parte de atrás del coche. Disparó a bocajarro, sin escrúpulos, logrando esparcir parte de su cerebro por la luna del cristal.

—¡Arranca! —bramó colérica, tras apoyar el arma en la nuca de Eric—. Si se te ocurre separar una sola mano del volante eres hombre muerto.

Cristina palideció al comprobar que había infravalorado a la joven. Nadie se movía de ese modo sin entrenamiento previo. Lilith, por extraño que le resultara, estaba acostumbrada a matar.

—¡Escuchadme bien! —exclamó de nuevo la mercenaria de la muerte, asumiendo el mando—. A partir de ahora haréis lo que os diga. Tú, sigue conduciendo —se dirigió al agente aún vivo—. En cuanto a ti... —le dijo a Cristina—. Vas a contarme todo lo que sabes, empezando por las maravillas del Arca.

Había tenido tiempo de sobra para reflexionar. De hecho, estaba cansado y lo único que deseaba era dormir doce horas seguidas sin que nadie viniese a perturbar su sueño. Pero sabía que no era posible. Pronto habría de acudir a la ineludible cita que tenía con el conocimiento.

Aplacó su ansiedad con una buena ducha y, a falta de *gin-tonic*, saboreó el zumo

de caña de azúcar bien frío que había mandado le subieran a su habitación. Luego fue hacia el armario y sacó el DVD y los papeles que guardaba en la caja fuerte. Tras dudar unos segundos, destruyó la grabación y la copia impresa del manuscrito de Iacobus, metiéndolo todo en una bolsa de plástico que arrojó a la papelera. Esperaba así que nadie pudiera ahondar nuevamente en los secretos de la logia. Ese había sido el deseo de Balkis al despedirse: evitar que muriese nadie más por culpa de un secreto milenario.

Como todavía le quedaba algo de tiempo, se echó en la cama con ánimo de descansar. A pesar del intento, le costaba trabajo olvidar la conversación que mantuvo con Balkis en la meseta de Cizeh. La historia que le contó acerca de un templo soterrado bajo las arenas del desierto resultaba inadmisibile.

En realidad, no existían pruebas que viniesen a corroborar aquel argumento tan novelesco. Decir que las pirámides eran la techumbre de dos obeliscos de titánicas proporciones, los cuales amparaban la nave de un santuario construido en el principio de los tiempos, era cosa de locos. Es más, estaba seguro de que habían sido levantadas sobre unos cimientos en cruz, previamente diseñados por los arquitectos egipcios, para que pudiesen soportar los millones de toneladas de peso; o eso fue lo que leyó hacía años en una revista científica.

No obstante, cuando Balkis le explicó el motivo por el cual ningún arqueólogo, o historiador, sería capaz de aceptar su historia, casi llegó a creerla. Según su interpretación de los hechos, hubo una vez una terrible inundación que asoló la Tierra en los albores de la humanidad, provocando grandes cambios en el planeta y la aniquilación total de unos seres prodigiosos que vivían en contacto directo con Dios. La ciudad donde se guardaba celosamente el compendio de la Sabiduría, en un Arca fabricada con una aleación de metales nobles denominada Electrum, fue arrasada y sepultada por un océano de lodo que, transcurridos miles de años de exposición al sol, a los fuertes vientos, y a los cambios de temperatura, acabó solidificándose de forma compacta hasta convertirse en una meseta rocosa cubierta de arena; tan solo sobrevivieron los piramidones de los obeliscos y una de las dos Esfinges que, esculpidas sobre ciclópeas murallas de piedra, daban la bienvenida a quienes, antaño, osaban entrar en la ciudad de Henoc.

A pesar de todo, seguía creyendo que todo ese fárrago de leyendas antediluvianas era fruto de la imaginación obsesiva de la logia, y que tal vez la historia fuera un pretexto que le hiciese olvidar, de momento, su relación con Claudia.

En aquel instante, alguien llamó a la puerta. No esperaba a nadie, por lo que se levantó y fue hacia el escritorio en busca del abrecartas. Lo sostuvo escondido en el hueco de la mano.

—¿Quién es? —preguntó tenso.

—Leo, soy yo... Salvador... —Escuchó al otro lado—. ¿Me dejas pasar?

Reconoció su voz. Guardó entonces el puntiagudo artefacto en el cajón de la mesita de noche. A continuación, abrió la puerta.

—He venido a acompañarte —le dijo nada más entrar—. Séphora me ha rogado que lo hiciese.

—¿Séphora...? —Cárdenas enarcó sus cejas, desconcertado.

—¡Ah, claro! Se me olvidaba que no conoces su verdadero nombre... —Cerró con cuidado—. Me refiero a Balkis. Dice que es mejor que te escolte hasta el Museo Arqueológico. Por lo visto, te andan buscando.

—Ya me ha contado lo de Cristina y Lilith. Está preocupada porque han acudido al despacho de Hiram en compañía de un conocido arqueólogo egipcio.

Lo invitó a sentarse en el único sillón que había en el dormitorio. Él lo hizo en el borde de la cama.

—Tú dirás...

—Descuida, todo está bajo control —aseguró el arquitecto. Después, añadió solemne—: Debemos confiar en el poder de los Custodios.

No quiso discutir lo que parecía ser un dogma de fe. Cambió el tercio de la conversación.

—¿Qué tal está Claudia?

No pudo evitarlo: formuló su pregunta con desesperado interés. Riera dudó unos segundos antes de contestar.

—Supongo que igual de nerviosa que una novia el día de su boda.

A Leonardo le gustó la comparación.

—Deduzco por tus palabras que no tenemos otra alternativa que seguir adelante con esta locura.

—Llámalo como quieras. Pero muchos, en tu lugar, lo considerarían un privilegio.

—¿Lo es también asesinar a gente inocente? —le espetó ásperamente.

Salvador aceptó el reproche con estoicismo. Le traían sin cuidado los medios que se pudieran utilizar para proteger el secreto. El juramento de la logia era un principio moral que debía defender aun a costa de su propia vida.

—Sé que no ha sido lo más inteligente —admitió con voz queda—, pero es mi responsabilidad preservar la Sabiduría de la ignorancia.

—Escucha... —Tragó saliva—. No sé qué clase de milagros esconde ese maldito artilugio. Pero creo que si es algo bueno, todos tenemos derecho a experimentarlo. Vuestra actitud me resulta bastante egoísta.

Riera suspiró como abatido. Se diría que las palabras del bibliotecario habían logrado su propósito de hacerlo reflexionar; pero no era así. En realidad, solo intentaba conservar la calma.

—¿Dejarías que un niño te operase de cataratas? ¿Subirías a un avión comercial

pilotado por un integrista islámico? —preguntó con marcado sarcasmo—. Tampoco yo me expondré a que unos sacrílegos profanen el nombre de Dios.

—Yo lo haré, y no soy especial —le recordó incisivo.

—Todavía no, pero lo serás. Balkis dice que estás preparado para ocupar el puesto de Hiram, y ella jamás se equivoca en sus predicciones.

—La admiras mucho, por lo que veo.

—No sabes cuánto... —Esta vez sí: Sholomo cayó en las redes de la nostalgia y su rostro se contrajo en una mueca de dolor y autocompasión—. Hace años, al inicio de mi preparación como *frater* de la logia, estuve locamente enamorado de ella —reconoció con voz quebrada, como si hablase consigo mismo—. Durante el cónclave de iniciados, a finales de los años sesenta, tuve la esperanza de resultar elegido para encarnar la figura de Hiram Abif porque deseaba vivir junto a Séphora el resto de mi vida. Sin embargo, aun después de ascender los peldaños de la Escala, enfrentarme a mis demonios, y sentarme en el *Kisé* del Testimonio, fui incapaz de descifrar el acertijo de la Sabiduría... Y todo por orgullo.

—Lo siento de veras. —Fue lo único que se le ocurrió decir al bibliotecario.

—Me apartaron del título y de la mujer que amaba. A cambio, se me concedió el honor de ostentar el cargo de Magíster de la logia... —Suspiró con largueza—. Es un auténtico infierno para quien debe proteger el secreto de Dios por encima de todo, incluso poner en peligro su alma. Si ordené que asesinaran al paleógrafo y a su amante, la directora de Hiperión, no me lo tengas en cuenta. Lo hice porque era mi obligación.

Leonardo guardó silencio. Sabía que si seguía vivo era porque Claudia jamás hubiese permitido que le hicieran daño. Y ese era un gesto de agradecer; por parte de ambos.

—Cuéntame... ¿En qué consiste el acertijo de la Sabiduría? —preguntó, procurando satisfacer su curiosidad y, al mismo tiempo, sacar al arquitecto de ese estado melancólico al que parecía entregarse con deleite.

Riera levantó la cabeza. Sus pupilas brillaban con inusitado esplendor. Echó a un lado su rostro, sonriendo como solo los canallas saben hacerlo.

—Es difícil de explicar.

—Podrías intentarlo —le sugirió.

—Lo haría si pudiese, pero las normas son estrictas. Nadie puede hablar con respecto a su experiencia, ni la voz puede expresar el sentimiento. Es algo demasiado íntimo para mancillarlo con palabras.

—¿Estás preparada?

—Adelante. Puedes pasar.

Balkis entró en silencio en la habitación. Claudia, vestida con una túnica roja y un manto azul, parecía una *madonna* extraída de un viejo cuadro renacentista. Tanta

solemnidad emocionó a la anciana.

—Es como ver mi imagen a través de los años —le confesó, reprimiendo las lágrimas—. Nada ha cambiado desde entonces.

—¡Me siento tan extraña! —reconoció Claudia—. Y, sin embargo, me reconforta saber que no estaré sola en este trance.

Balkis rodeó con sus brazos a la joven, estrechándola con afecto contra su pecho.

—No olvides mis instrucciones —susurró a su oído—. Todo cuanto tienes que hacer es guardar silencio y profundizar en tu interior. Lo que ocurra después dependerá de vosotros dos.

Claudia se retrajo. La miró a los ojos en busca de respuestas que, nerviosa, no encontró.

—Tengo miedo... —confesó con voz apenas audible—. Tengo miedo de echarlo todo a perder.

—Tranquila... —Balkis acarició sus mejillas—. Eres mujer, la Sabiduría está de tu parte. Tú y Leo descifraréis el código de entrada, así como el acertijo.

—¿Y después?

—Labrarás tu piedra y formarás parte del templo de Dios.

## Capítulo 44

Los vio salir del hotel y dirigirse al Museo Arqueológico. Reconoció de inmediato a Sholomo, cosa que no le sorprendió en absoluto. Era evidente que conocía a Leonardo Cárdenas, por lo que lo relacionó con ese arquitecto amigo suyo que respondía al nombre de Salvador Riera. Ambos debían ser la misma persona.

Su mano sostenía el arma corta de fuego con firmeza, presionando con el cañón la nuca del agente para recordarle que no dudaría en disparar al menor movimiento. Miró a Cristina de soslayo. Parecía hundida. El hecho de haberse equivocado con ella la iba destruyendo anímicamente poco a poco.

Nada de lo que le había contado referente al Arca le satisfacía tanto como observar su fracaso.

«¿Te creías muy importante... ¿Verdad que sí?», pensó Lilith con profundo desprecio.

Un fuerte aroma a sangre y pólvora aceleró los latidos de su corazón. Miró de reojo hacia la derecha. El fiambre que tenía a su lado seguía en la misma postura, y ahí seguiría durante un tiempo. Arrojarlo fuera del coche era una posibilidad, pero eso le daría tiempo a Eric, quien aprovecharía cualquier distracción para sorprenderla. Estaba segura de que en algún lugar escondía un arma; quizá bajo el asiento.

—¿Quién es el hombre que acompaña a Leo? —preguntó Cristina, esperando que la joven alemana fuera capaz de decírselo.

—Se llama Sholomo, y es el Gran Maestro de la orden masónica que me contrató para acabar con las vidas del paleógrafo y la directora de la casa de subastas. Aunque creo que su auténtico nombre es Salvador Riera, mi supuesto padre; a quien ibas a liberar de sus secuestradores.

No pudo evitarlo: se echó a reír.

—Así que fuiste tú —argumentó la criptógrafa entre dientes al comprender la verdad. Después elevó el tono de su crispada voz para decir—: Y yo creyéndote una joven frágil y asustadiza, cuando todo ha sido una farsa.

—No te hagas mala sangre. Es algo que suele suceder... —Había un deje de vanidad en su voz—. Mi mayor estrategia es mi aspecto inocente. Nunca esperan que la muerte tenga rostro de niña.

—¿Y qué piensas hacer con nosotros?

Guardó silencio. No tenía ganas de seguir hablando. Pero de una cosa sí estaba segura: debía deshacerse del agente lo antes posible; no en vano, le habían adiestrado para solventar las incidencias que pudieran poner en peligro su misión; y eso significaba que acabaría con ella si le daba la más mínima oportunidad.

Tendría que poner fin a esa amenaza latente.



Eran las 8:10 horas. El Museo Arqueológico acababa de cerrar sus puertas. En su interior, el silencio y la penumbra dominaban los espacios vacíos. A pesar de la oscuridad pudieron ver las siluetas de tres personas en el centro de la sala 23, al fondo de las colosales estatuas de Amothep III y su esposa Tiyi.

Los estaban esperando.

—Me alegro de verte otra vez, Leo... —Balkis se adelantó para saludarle—. Supongo que deseas hablar con Claudia.

Se giró para indicarle a la joven que se acercara. De entre las sombras surgió la figura de una mujer. Era ella, vestida con los colores masónicos. Representaba la pureza de la Sabiduría.

Cuando estuvieron uno frente al otro, Balkis regresó junto a Hiram; el arquitecto hizo lo mismo, apartándose de la pareja con el fin de permitirles un instante de intimidad.

—Estás guapísima —dijo el bibliotecario, cogiendo sus manos.

Claudia, lejos de ruborizarse, parecía afectada por la situación.

—Lamento que te hayas enterado de este modo, así como el haberte implicado en algo que quizá no desees hacer.

—Reconozco que es una situación bastante incómoda —admitió con franqueza—. Aunque supongo que, como me han hecho creer, no te viste involucrada en los asesinatos. Por favor, dime que no lo sabías.

—¡Pues claro que no! —exclamó indignada—. Me sorprendió tanto como a ti. Aún no le he perdonado a mi tío el que me utilizase para algo tan horrible. ¡Debes creerme! Les conté lo del manuscrito porque conocía la leyenda del cantero murciano y de su relación con la familia Fajardo. Eso fue todo. Jamás pensé que fuera a morir nadie.

Las lágrimas anegaron sus ojos. Leonardo las fue secando una a una.

—Respóndeme con sinceridad... ¿Sabías lo que decía el criptograma antes de que yo lo descifrara.

—No del todo —contestó, bajando la voz—. Verás... —Aspiró aire—. Días antes de su muerte fui a casa de Balboa, con la excusa de que hacía tiempo que no lo veíamos por el trabajo. Conocía la existencia del legajo porque tú mismo me lo habías contado, por lo que le pedí que me dejase ayudarlo en la traducción.

—¡Claro! Por eso sabías lo del cuento de Poe, y lo de como descifrar el manuscrito.

—En realidad, fue Balboa quien halló la clave —reconoció al instante—. Era muy bueno descodificando. Sin embargo, una vez traducido no quiso enseñármelo porque antes debía hablar contigo. Salvador ordenó entonces su muerte, además de tu vigilancia, obligado por los miembros más conservadores de la logia, quienes no deseaban que se propalase el secreto. Se supone que eras el único con quien había

hablado Jorge de su adquisición en Toledo, por lo que me pidieron que espicara tus movimientos a cambio de la promesa de permitirte seguir con vida.

—¿Qué le dijiste de mí? —Sentía mucha curiosidad.

—La tarde que enterramos a Balboa vi cómo te marchabas con Mercedes. Me resultó extraño, entre otras cosas porque te fuiste sin despedirte. Os seguí hasta las oficinas. Luego me escondí en el despacho contiguo, y escuché vuestra conversación. Sin valorar las consecuencias, llamé de inmediato a mi tío para contárselo todo. No sabía que la estaba condenando a muerte... ¡Lo siento! ¡De verdad que lo siento! — se lamentó con profunda tristeza—. Creo que fue una estupidez por mi parte.

—Yo aún sigo con vida... —Trató de animarla—. Y eso debería alegrarte.

—¡Y lo estoy! Pero si estás con vida es gracias a Balkis, ya que el Consejo, a mis espaldas, planeaba tu ejecución. Al saber de los crímenes proyectados por el comité de la logia, ordenó el cese de toda violencia. Lo cierto es que todos lamentamos mucho lo ocurrido.

No es que fueran a cambiar las cosas, pero la disculpa merecía su aceptación. Cárdenas trató de olvidar lo ocurrido pensando en lo que iba a suceder esa misma noche; aunque, dadas las circunstancias, necesitaba averiguar algo más del ritual de iniciación.

—Escucha, Claudia... Quiero que me digas de qué va todo esto —le rogó—. ¡Si supieras los disparates que he tenido que escuchar últimamente!

La aludida se puso de puntillas, acercando sus labios al oído de su pareja.

—Lo sé —dijo con suavidad—, y me temo que todo cuanto te han dicho es verdad. Pero no dejes que el pensamiento racional se imponga a la voluntad de creer. Tan solo, acéptalo. Lo único que nos queda es la fe.

—¿He de creer, entonces, que hablaré realmente con Dios?

—Sí; si es que somos capaces de vencer a nuestros demonios... —Lo besó dulcemente en la mejilla—. Y estoy segura de que juntos lo conseguiremos.

Con aquellas palabras, dio por finalizada la conversación. Luego se apartó de él y fue hacia los Custodios.

Había llegado la hora de la verdad.

## Capítulo 45

Cuando el automóvil llegó a la altura del puesto de guardia, hubo de detenerse frente al soldado que les cerraba el paso; su otro compañero los observaba detenidamente desde la garita. Se acercó al conductor con la linterna en una mano y con la otra acariciando la funda de su pistola. Hiram, a quien ya conocía por sus dilatadas investigaciones realizadas en la planicie, le entregó un permiso especial para visitar el interior de la Gran Pirámide. Iba firmado por Adel Hussein, director general de Gizeh, por lo que los dejó pasar tras desearle que la paz de Allah los acompañase. Tanto Khalib como Riera —que iba a su lado—, le devolvieron el saludo. Luego siguieron su camino hacia Keops.

Minutos después aparcó el coche en el arcén de la carretera y las luces se apagaron, dando paso a la oscuridad. Hiram se bajó del vehículo en compañía de Salvador. Los demás se quedaron dentro.

—Antes de entrar, quiero recordaros que la llave de la logia es vuestra única aliada —les recordó Balkis con cierta obstinación—. Y que solo conseguiréis vencer al caos provocado por el pensamiento si vuestras almas caminan seguras mientras ascendéis la Escala. Pero, sobre todo, no perdáis la calma a la hora de descifrar el acertijo. Hacedme caso y todo irá bien.

Dicho esto, abrió la puerta para que pudieran salir; Hiram y Sholomo los aguardaban fuera, juntos y en silencio, fueron hacia la zona norte de la pirámide. En ese lado estaba la oficina de Mansour Boraik, donde dormía el resto de la guardia a la espera del relevo, por lo que tendrían que ir con cuidado y hacer el menor ruido posible para no llamar la atención.

Leonardo tuvo un ataque de irracionalidad al ir acercándose a aquella gigantesca mole de piedra que tanto le obsesionaba. Cuanto más cerca se sentía de ella, más pequeña e insignificante le resultaba su vida. Era como si la pirámide fuese a devorarlo, a triturar sus recuerdos, incluso a engullir para siempre su alma. Nunca se había parado a pensar qué sentido tenía construir algo tan magnífico en una zona sumamente árida e inhóspita, donde el sol, los mosquitos y las crecidas del río serían sus únicos herederos. Debía haber algo más. Tal vez la logia tuviese razón y las pirámides fueran monumentos destinados a preservar la memoria de Dios a través de los años, y que el hombre no estuviese preparado para recibir ciertos conocimientos emparentados con la Sabiduría. De ser cierto, no terminaba de comprender el motivo de que lo hubiesen elegido precisamente a él. No tenía sentido, ni siquiera conocía las leyes y costumbres masónicas; a menos que las historias que había escuchado hasta ahora formasen parte de la instrucción del neófito. Reconoció haber aprendido lo suficiente como para asumir la labor de la logia, y eso era bastante significativo. Quizá, sin saberlo, formara ya parte de la hermandad.

Finalmente alcanzaron la primera hilada de sillares. La entrada más accesible era la abierta por Al-Mahmun, a diecisiete metros por encima del nivel del suelo. Sin embargo, Sholomo les explicó que debían ascender un poco más hasta llegar a la entrada original, pues debían seguir la antigua trayectoria de los iniciados. Con sumo cuidado, comenzaron a escalar los enormes bloques de piedra. Pero hubo un detalle que Leonardo no pasó por alto: tanto Balkis como Khalib los observaban desde abajo; no tenían intención de acompañarlos.

—¿No piensan subir? —La pregunta iba dirigida a Salvador, quien parecía acostumbrado a moverse con facilidad por las alturas al igual que un joven alpinista.

—No te preocupes por ellos —respondió el arquitecto, sin detenerse—. Llegarán al Salón del Trono antes que nosotros... Y no me preguntes cómo lo hacen. Para entender su magia hay que ser un Custodio de la Sabiduría, cargo que no tengo el privilegio de ostentar. Yo solo soy el Magíster de los Constructores.

El bibliotecario creyó entrever cierta amargura en el tono de su voz. No quiso criticar la postura, pero en el fondo no dejaba de ser irónico que los demás miembros de la logia se sintiesen decepcionados cuando ellos mismos ponían obstáculos al hecho de que fueran otros quienes se sentaran en el Trono de Dios. Ya tendría tiempo de opinar, si todo marchaba bien y era cierto lo que le habían prometido.

Cuando los hombres alcanzaron el nivel de entrada, Claudia ya estaba bajo los gigantescos bloques de granito —en forma piramidal— que descansaban sobre el dintel de la puerta.

—Ten cuidado al bajar —le advirtió Riera a su sobrina—. El canal descendente es demasiado bajo para ir de pie. Solo mide un metro de ancho por algo más de alto.

—¿Cómo me recuerda esto la cripta de la catedral de Murcia! ¿No es cierto, Salvador?

La observación de Leonardo, no exenta de sarcasmo, hizo que Riera esbozara una de sus típicas y socarronas sonrisas.

—Si entonces sentiste claustrofobia, espera a adentrarte en el interior de Keops —le dijo con gravedad—. Para tu información, te diré que habremos de descender en cuclillas ciento treinta metros de canal hasta llegar a la Cámara del Caos, teniendo sobre nuestras espaldas el peso de millones de toneladas de piedra. Será todo un desafío para quien, como tú, necesita de amplios espacios.

—Creo que podré soportarlo.

—Entonces, si estáis de acuerdo, será mejor que entremos. —Fue la práctica opinión de Claudia.

Aceptando la sugerencia como un deber, encendieron sus linternas y penetraron sin dilación en el reducido corredor de piedra, caminando a gatas por el entarimado de maderas transversales y barandillas a ambos lados del muro.

Frente a ellos, la oscuridad y el silencio que preceden a lo desconocido.

Para Abdelaziz, soldado raso del Ejército egipcio desde los dieciocho años de edad, custodiar unos monumentos con más de cuarenta siglos de antigüedad, que presuntamente fueron erigidos como tumbas de los reyes del pasado, no dejaba de ser una tarea desagradable a la que no estaba acostumbrado. Se definía como un hombre capaz de enfrentarse a todo, incluso a la peor de las muertes, pero existían ciertos temores ligados a la superstición que arrastraba desde la infancia y a los que le era imposible renunciar. Conocía de memoria las historias que corrían de boca en boca por las callejuelas del Fustat, el barrio que le vio nacer. Su abuela solía decirle que Abu-el-Hol<sup>[11]</sup> despertaría en un futuro de su letargo para liberarse de la prisión de piedra que le tenía prisionero, y que llegado ese instante el hombre le serviría de alimento. Por ello, cada noche que se enfrentaba al hechizo de la Esfinge sin más adarves que su fusil, se le erizaba el vello de la piel y sus dientes castañeteaban de forma alocada debido a la ansiedad. Era pánico lo que sentía. Hubiese dado la paga de un mes por estar a mil kilómetros de distancia, luchando en una guerra estúpida si fuese necesario. Cualquier cosa menos hacer la ronda nocturna.

Para alejar sus temores, decidió analizar la inesperada visita del director del Museo Arqueológico. No era precisamente la hora más apropiada para entrar en ninguna de las pirámides —pudiendo hacerlo de día—, como tampoco era lógico que lo acompañasen un grupo de desconocidos. Pero el hecho de llevar un pase especial, firmado por el mismísimo Adel Hussein, era razón suficiente para dejarle pasar sin tener que pedirle explicaciones. Además, sabía que aquel hombre adoraba su trabajo. Tal vez estuviera trabajando en secreto con algunos de sus colegas extranjeros.

Tuvo un ligero escalofrío. Lo achacó a la alta temperatura del ambiente, pues el desierto era especialmente gélido aquella noche. El ulular del viento, deslizándose con furor por la meseta, le trajo a la memoria la risa enloquecida de un alma en pena. Miró a su compañero, el cual se hallaba sentado en el interior de la garita leyendo el periódico. Pensó que allí dentro era como estar en otro mundo. Hassan tenía suerte de ser el yerno de un afamado ministro. No todos gozaban de una influencia tan notable y provechosa. Pero él, hijo de un simple tejedor de alfombras, cualquier prebenda que le otorgaran sus superiores debía ganársela siempre por méritos propios.

Dejó aparcados sus penosos pensamientos al observar cómo se iban acercando las luces de otro automóvil. Entonces, tuvo el presentimiento de que aquella noche iba a ser especial.

—Detén el coche a unos metros del puesto de guardia, y bájate con las manos en alto; donde pueda verlas.

Mientras le susurraba a Eric lo que debía hacer, Lilith introdujo la mano en el interior de su chaqueta y, con sigilo, sacó el silenciador de la pistola con el fin de enroscarlo al cañón de salida.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Cristina al intuir la maniobra de la joven alemana.

—Espera y verás —contestó glacial—. Pero te advierto que si tratas de huir será lo último que hagas con vida... —Frunció el ceño—. ¿Has comprendido?

La criptógrafa captó el mensaje. Era peligroso llevarle la contraria. Ya tendría tiempo de urdir un plan favorable a sus intereses.

El automóvil se detuvo a una distancia prudencial del retén establecido por el Ejército egipcio. Lilith presionó con fuerza la nuca del agente, obligándole a bajar ante la inminente llegada del soldado de guardia. Eric obedeció al instante, dispuesto a colaborar en todo lo posible por temor a acabar con una bala en la cabeza. La asesina a sueldo, por su parte, hizo lo mismo: se apeó de forma sincronizada, colocándose a espaldas de Eric; quien, estratégicamente, quedaba entre ella y el centinela.

Actuó con rapidez y profesionalidad, disparando en primer lugar al soldado que leía el periódico en la garita mientras agarraba por detrás la camisa del agente con el fin de protegerse. Abdelaziz, alertado por la violenta reacción de la joven, abrió fuego sin contemplaciones. Eric fue alcanzado en el cuello y en el pecho, ocasión que aprovechó Lilith para eliminar al castrense egipcio de un tiro certero en la frente.

Todo había acabado en breves segundos; parecía que casi antes de comenzar.

Ya más relajada, la joven fue hacia la ventanilla del coche e introdujo su cabeza en el interior.

—Conduce tú —le ordenó a Cristina, abriendo la puerta para sentarse en el lugar donde estaba la criptógrafa.

Esta se echó a un lado, atónita de ver la capacidad criminal de aquella criatura que en un principio había confundido con un ángel. Haciendo un esfuerzo para no perder los nervios, giró la llave y el coche arrancó de nuevo.

—Dirígete a la Gran Pirámide —le ordenó Lilith—. ¡Vamos! Larguémonos de aquí antes de que lleguen más soldados.

—Es posible que no hayan escuchado los disparos. Las oficinas donde duerme el relevo se encuentran en el lado norte de Keops.

—¿Cómo sabes tú eso? —Su voz demostraba asombro.

—Tengo amigos que me informan de todo... Amigos generosos capaces de pagar una fortuna por ser los dueños del Arca. Yo te los podría presentar, si tú quisieras.

La sugerencia llevaba implícita cierta colaboración entre ambas partes, pero Lilith, bastante más cerebral, no se dejó influenciar por el juego de Cristina; aunque no le dio del todo la espalda a la posibilidad de una falsa alianza. En cierto modo la necesitaba viva, pues llegado el momento le sería útil toda información referente a la reliquia; también la fuerza de sus brazos. Sacar el Arca de la pirámide, sin ayuda, le podría ocasionar un grave problema. Siempre podría acabar con ella finalizado el

trabajo previsto.

—Ya hablaremos de eso más adelante —le dijo como en un susurro—. Ahora, conduce.

La señorita Hiepes no quiso insistir; sabía que tarde o temprano acabarían asociándose. También ella había caído en la cuenta de que era prácticamente imposible para una persona trasladar un objeto tan pesado.

Poco después vieron el coche de Riera aparcado en el arcén, frente a la pirámide de Keops. La criptógrafa redujo la marcha hasta colocarse justo detrás. Apagó las luces, aguardando nuevas indicaciones por parte de Lilith.

—Veamos si lo entiendes —comenzó diciendo la joven—. Tú eres la única que puede llevarme hasta el Arca, así que no seas imprudente y actúa con inteligencia. Necesito saber que no vas a intentar nada en mi contra, o de lo contrario tendré que matarte.

Cristina aguantó el tipo con determinación. No le amedrentaron sus palabras, ni siquiera llegó a parpadear.

—Está claro que las dos queremos lo mismo, aunque por motivos diferentes. Por eso creo que la confianza debería ser mutua.

—De acuerdo —añadió la joven germana, abriendo la puerta del coche para salir — pero seré yo quien disponga qué hacer con la reliquia una vez que sea nuestra. ¡Ah! —exclamó, y añadió fríamente—: Y te recuerdo que sigo teniendo un arma.

La española asintió, reconociendo la primacía de su adversaria. No era ninguna estúpida. Un movimiento en falso y su vida sería historia.

Tras coger un par linternas de las mochilas, pertenecientes a los esbirros de la NSA, se dirigieron hacia la cara norte de la pirámide, empujadas por el fuerte viento que arremetía contra sus espaldas.

Un silencio tenaz las fue envolviendo mientras caminaban por la meseta, introversión que las condicionaba a la lucha interna del pensamiento. Cada cual, a su manera, trataba de reorganizar la situación para que la balanza declinase en su favor. Era cierto que debían aunar sus fuerzas para vencer al enemigo, pero solo de forma circunstancial. La afectación de ambas no podía ocultar el hecho de que seguían siendo adversarias, y que tarde o temprano una de las dos se pudriría bajo tierra mientras la otra iniciaría el camino hacia la gloria.

Tras una breve reflexión, Lilith llegó al convencimiento de que apenas sabía nada del Arca. Lo poco que le había contado Cristina, el tiempo que duró el trayecto, era una información bastante imprecisa. Necesitaba ahondar en los orígenes de aquella legendaria reliquia, tan recóndita como inescrutable desde tiempos inmemoriales.

—¿A qué se supone que nos enfrentamos? —preguntó interesada, mirando de soslayo a su compañera.

—Supongo que al mayor descubrimiento de la historia —alegó sería la pelirroja,

sin dejar por ello de caminar.

—Sabes a lo que me refiero —insistió la asesina a sueldo con cierto énfasis—. Y no esquives mis palabras cuando hablo, si no quieres que te corte la lengua como hice con los otros.

La criptógrafa lamentó haber sido tan descuidada. La astucia de aquella joven centroeuropea era algo que debía tener muy en cuenta. No debía ignorar ese detalle.

—¡Está bien! —Resopló—. ¿Qué deseas saber?

—Todo lo que puedas decirme que no esté escrito en los libros de historia.

—De acuerdo. —Se rindió finalmente—. Te contaré cuál es mi teoría... —Entonces se detuvo para mirarla fijamente a los ojos—. El Arca es en realidad un trono... Es el Trono donde se sentaba Moisés para establecer contacto directo con Dios.

—¿Lo crees en serio?

—Si te soy sincera, no estoy segura; aunque existen diversas historias en torno al Arca que ponen de manifiesto que su poder proviene de una civilización mucho más avanzada que la nuestra. Muchos opinan que se trata de un transmisor sónico de ondas, otros dicen que es un generador de energía que mantiene vivo el planeta.

Lilith sacudió la cabeza.

—Explícame eso —exigió, impaciente.

—Pues que al igual que el hombre utiliza ciertos amuletos para canalizar el bien a su favor, también la Tierra necesita de la magia que irradian las piedras. Y son los templos quienes hacen la función mediadora entre la Madre Naturaleza y la ciencia del Gran Arquitecto. De ahí que los templarios erigieran sus catedrales góticas por toda Europa, y que lo hicieran precisamente donde las fuerzas telúricas actúan de forma positiva sobre la Tierra.

—Hablas de nuestro planeta como algo vivo.

—Y lo está —afirmó Cristina, convencida—. La gravedad, los campos magnéticos, los movimientos sísmicos... Todo ello forma parte de su actividad como ser viviente. Y las pirámides de Keops y Kefrén, por decirlo de algún modo, vendrían a ser las dos aortas de un mismo corazón: el Arca.

—Ya, pero de misticismos no se vive... —Lilith estaba harta de escuchar sandeces—. A mí lo que me interesa es su lado destructor. He oído decir que los judíos la llevaban consigo a todas las batallas para que propiciara la victoria sobre el enemigo, y que un hombre murió solo por tocarla.

—La *Biblia* está llena de relatos semejantes, historias que asustarían al hombre más osado. Incluso en el *Apocalipsis* se cita su poder caótico: «Y se abrió el Santuario de Dios, y apareció el Arca de la Alianza. Entonces se produjeron relámpagos y fragor de truenos, y la tierra tembló». —Sonrió con cierta incredulidad—. Pero nada es cierto. El Arca, según creo, te permite comunicarte con Dios, que al



fin y al cabo no es otra cosa que una fuente de energía inagotable, un millón de veces más poderosa que la energía nuclear. De ahí la importancia de mantener oculta su ubicación al resto de los hombres.

—Eso quiere decir que quien posea el Arca podrá dirigir el destino de la humanidad —añadió la alemana, pensativa—, lo que le convertiría en la persona más poderosa del planeta.

—Me gusta tu definición. Aunque no debes olvidar que sentarse en el Trono de Dios está reservado a unos cuantos elegidos, quienes han de poseer cierta experiencia relacionada con la masonería y sus arcanos secretos. Y yo los tengo.

Aquello era cierto. Lilith valoró el hecho de que sin su ayuda resultaría imposible descifrar los misterios del Arca. Eran varias las incógnitas que podrían surgir en el interior de la pirámide, como jeroglíficos que solo una criptógrafa era capaz de traducir.

—¿Y qué me dices de las salas de la Gran Pirámide? —quiso saber la fría ejecutora de la Agencia Corpsson—. Según tengo entendido están vacías, incluso el sarcófago del Rey.

—¿Quieres saber dónde está escondida el Arca? —preguntó Cristina a su vez.

—Eso es —afirmó ceñuda—. Porque en alguna parte de esa mole de piedra... —Señaló a Keops con un índice— se halla oculto lo que hemos venido a buscar.

—Tienes razón, no hay nada de interés en las diversas salas de la pirámide, pero sí en los corredores que discurren debajo.

La pelirroja le hizo un ademán para que siguieran caminando. No era prudente quedarse allí cuando quedaba menos de una hora para el relevo de la guardia.

Poco después alcanzaron la primera hilada de piedras. Sin perder más tiempo, comenzaron a escalar subiendo de un bloque a otro; así, hasta alcanzar la entrada de Al-Mahmun. Cristina miró hacia arriba, donde se encontraba la puerta original. No dijo nada, pero le hizo un gesto a Lilith, dándole a entender su intención de ascender un poco más. La alemana asintió, dejándose conducir.

Finalmente lograron su objetivo: llegar hasta el enrejado que protegía la entrada a la siringa<sup>[12]</sup>; y estaba abierto. Eso quería decir que Leonardo Cárdenas y el resto se habían adentrado en su interior.

## Capítulo 46

Leonardo se encontraba de nuevo en una situación incómoda; o más bien angustiosa. Claudia reptaba delante de él y Salvador le venía a la zaga, circunstancia que agudizó su particular sentido de la claustrofobia, ya que era como estar encerrado en un ataúd. No quiso pensar en ello, de momento, y centró su atención en el intenso dolor que le subía desde las rodillas. A veces, debido a la pendiente, le costaba trabajo levantar las piernas y acababa golpeándose con las tablillas de madera clavadas al suelo del canal. De seguro que llevaba escoriada la piel, puesto que la tela del pantalón hacía varios metros que se había deshilachado. Entonces se olvidó del dolor físico para pasar de nuevo al psicológico, puesto que las paredes del túnel se estrechaban como un embudo al igual que en la cripta murciana de la capilla de los Vélez. Los últimos nueve metros se le hicieron interminables. No había llegado, y ya deseaba escapar de aquella ratonera decrepita que olía a excremento.

Estaba a punto de rendirse cuando vio que Claudia podía incorporarse hasta ponerse de pie. Las linternas iluminaron las paredes rocosas de una sala rectangular, completamente vacía, cuyo techo se podía tocar con las manos extendidas hacia arriba. Frente a ellos, en el otro extremo, se abría un canal igual de estrecho que por el que habían descendido. También pudieron ver un pozo, de unos dos metros de lado por tres de fondo, horadado en el suelo.

Le dijo Riera que era la Cámara del Caos.

—¿Se puede saber para qué hemos bajado, si aquí no hay nada de interés? —preguntó nervioso, y el eco de su voz vibró en la sala.

—Tranquilízate... —Fue el consejo de Claudia—. El ritual de iniciación es un acto de fe... —Entonces, al percibir cierto escepticismo en su rostro, su pareja añadió pragmática—: Eso fue lo que me dijeron.

—No hay mejor forma de definirlo —alegó Salvador Riera, iluminando a su alrededor con la linterna—. Aquí comienza la purificación del alma, en este lugar tan terrible que representa el Infierno y por el cual nos adentraremos hasta llegar a la Luz.

—Pues yo opino que deberíamos salir de aquí cuanto antes... —Cárdenas se sentía realmente mal—. Esta cámara da escalofríos.

—Intenta no pensar en ello... —Claudia se le acercó para acariciar sus mejillas—. Todos los que han recorrido este camino han regresado sanos y salvos.

A su tío se le escapó una carcajada.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la joven con cierta crispación, volviendo el rostro hacia él.

—Pues, que no es cierto lo que acabas de decir. Algunos jamás llegaron a finalizar el recorrido iniciático. Eso es algo que Balkis ha omitido por temor a que no

siguiestes adelante.

—¿Tú lo hiciste? ¿Llegaste hasta el Arca?

—Sí; en compañía de Séphora.

—¿Y qué ocurrió después? —Aquello era nuevo para Claudia, que por eso insistía.

—Que no pude finalizar el proceso de iniciación por culpa de mi ignorancia, por lo que no pude quedarme en Egipto como era mi intención. El acertijo del Trono fue la causa de no superar correctamente la prueba, y eso que pude sentarme en él junto a Séphora. Por ello, en vez de un Custodio fui designado a ocupar el cargo de Magíster; el hombre en quien recae la obligación de preservar el secreto de la logia, aun a costa de manchar sus manos de sangre. Creo que fui castigado por mi orgullo. Luego hubo un segundo intento, pero esta vez con Khalib encarnando el papel de Hiram... Y lo llevó a cabo con éxito. Claro, él siempre profesó la filosofía sufí; y eso le dio ventaja.

—¡Espera! Vuelve atrás —Leonardo dio unos pasos hacia Salvador—. Hace un instante has reconocido que no todos llegaron a la Sala del Trono. ¿Qué ocurrirá si fracasamos?

—Todo irá bien; no te preocupes. —Sholomo le dio la espalda, yendo hacia la pequeña abertura que se abría al otro lado de la cámara.

Leonardo, muy contrariado, fue tras él.

—¡Aguarda un momento! —exigió agriamente. Le sujetó por el hombro—. Todavía no has contestado a mi pregunta.

Riera se volvió para encarársele. Se lo veía enfurecido. Luego se tranquilizó, al descubrir que Claudia también aguardaba una respuesta.

—Antes de que lleguéis al Trono, se os presentará una encrucijada de la que dependerán vuestras vidas —les advirtió con gravedad—. En el corredor de las cuatro puertas, inscrita en los muros, hallaréis un acertijo de vital importancia: el misterio de la Sabiduría. Utilizad el latín para solucionar el enigma, y reorganizad el anagrama. Y tú, pequeña... —Miró a Claudia con decisión—. Recuerda aquella historia que una vez te conté de niña, una que hablaba de un individuo que construyó un jardín privado al que denominó el Parque del Portón de Roca. Os será de gran ayuda.

Sin esperar respuesta, Salvador les hizo una señal para que entrasen en el estrecho corredor.

—Pero, tito... He oído decir que este túnel finaliza unos metros más adelante —dijo Claudia al descubrir que ese era el camino que debían recorrer para alcanzar su objetivo.

—La piedra que bloquea el paso es en realidad una puerta basculante. Estará abierta para cuando lleguéis —les informó—. A partir de entonces es cosa vuestra encontrar el Salón del Trono.

—¡Esta sí que es buena! ¿No piensas acompañarnos? —Leonardo se sintió

traicionado al comprender que los abandonaba a su suerte.

—Balkis me dijo que esperase aquí. —Fue su única y seca respuesta.

—¿Esperar, qué? —preguntó Claudia, igual de molesta que su compañero.

—La llegada de los intrusos... —Señaló la boca del túnel descendente por donde habían bajado. De ella surgía un haz difuminado de luz que iba creciendo por momentos—. No hay tiempo que perder. Estarán aquí en cuestión de minutos.

Cristina fue la primera en alcanzar la Cámara del Caos, y su impresión fue la de haber aterrizado en su propia tumba. Frente a sus ojos pudo ver una sala de paredes enmohecidas, cuyo techo formaba un rectángulo perfecto. Le bastaron unos segundos para recorrerla visualmente en su totalidad. Fue entonces cuando lo vio, de pie junto a la oquedad que había al otro lado de la cámara, como si se tratase de un espectro en un mausoleo de piedra. Se quedó mirándolo fijamente, sin saber qué hacer o decir.

La entrada de Lilith consiguió devolverle la movilidad, echándose a un lado para evitar cualquier contacto con la joven.

—¡Vaya, mira a quién tenemos aquí! ¡Pero si es mi viejo amigo Sholomo! —exclamó Lilith al reconocer a Riera—. Por lo que veo, nuestros caminos vuelven a cruzarse.

Le apuntó con el arma para evitar sorpresas desagradables. Salvador alzó ligeramente los brazos, dándole a entender con el gesto que no ocultaba nada entre sus manos, solo la linterna.

—He de decir, sin embargo, que no es ningún placer volver a verte... —Esbozó una sonrisa forzada—. Jamás creí que pudieras conseguirlo.

—Ya ves... Soy implacable.

—Usted debe de ser la doctora Hiepes, supongo... —El arquitecto miró a Cristina con curiosidad—. Me gustaría saber cuál es su posición.

La aludida reflexionó antes de contestar. En realidad, no estaba en ninguno de los dos bandos. Ella misma era la tercera en discordia.

—En estos momentos mi posición es tan vulnerable como la suya. —Fue sincera en su concluyente respuesta—. Aunque espero tener la suerte de contemplar el Arca de la Alianza antes de morir.

—Creo que no va a ser posible —sentenció Riera—. Ningún sacrílego la verá jamás.

—Eso es que no me conoces —añadió Lilith—. ¡Bueno! Basta de palabrería. Dime donde están Leo y los otros. Y no me digas que estás solo, porque os hemos seguido desde el Museo Arqueológico.

Las pupilas de Salvador brillaron con especial intensidad en la oscuridad de la sala. En cierto modo era una provocación, un reto, un desafío a la muerte; mas no le importaba. Conocía de antemano su destino.

Ese fue uno de los sacrificios exigidos por Balkis: lavar su conciencia haciendo

justicia. Debía pagar por los errores cometidos.

—No te tengo miedo —le dijo serio—. Sé que antes o después tendrás la necesidad de quitarme de en medio.

—Es cierto —admitió la joven alemana—. Jamás te podré perdonar lo que le hiciste a Frida.

—No fue culpa mía, sino de tu curiosidad y ambición. Tú ya sabías que la logia no permite intromisiones de nadie ajeno a la hermandad. Cualquiera que indague en los secretos de la cámara callará para siempre... ¿O acaso no recuerdas la máxima de advertencia?

—Estás loco —siseó Lilith, colocando la pistola a escasos centímetros de la cabeza de Riera.

El arquitecto aguantó la provocación con extraordinaria sangre fría.

—Tienes dos opciones —le dijo glacial—. Una, vengar la pérdida de tu amiga y regresar por donde has venido; la otra es acabar conmigo y seguir adelante. Si eliges la primera, pensaré que eres inteligente. Si te decantas por la segunda alternativa, ten por seguro que, antes de que acabe la noche, nuestras almas arderán juntas en el infierno.

—Que así sea.

Sin pensarlo siquiera, la alemana apretó el gatillo, y el eco del disparo sonó en la cámara de forma reiterada y estrepitosa. El cuerpo sin vida de Salvador cayó al suelo en un postrer acto de inutilidad. Había sido víctima de su propia sentencia.

Lilith giró el rostro hacia Cristina, quien descubrió en su mirada algo que no sabía de ella hasta entonces: que era una psicópata compulsiva con clara tendencia al sadismo.

—Odio las fanfarronadas —afirmó sarcásticamente, y luego se echó a reír.

Aquello confirmó la teoría más siniestra de la criptógrafa.

Tal y como les prometiera Salvador Riera, la pared del fondo del canal resultó ser una puerta basculante de piedra; y estaba entreabierta. Claudia, siempre en primer lugar, la empujó suavemente con la mano. Le sorprendió la facilidad con que había girado, y también el hecho de que ningún arqueólogo sospechara de la existencia de aquella galería que continuaba varios metros más bajo la Gran Pirámide.

Siguieron adelante por un corredor bastante amplio, por el cual podían caminar totalmente erguidos. En algunos de los sillares que formaban las paredes, descubrieron una serie de petroglifos de naturaleza protohistórica que les fue imposible reconocer. No se parecían en nada a la escritura hierática del Antiguo Egipto, ni a ninguna otra conocida. Eran más bien ideogramas cabalísticos sin sentido. Varios de ellos le recordaron los signos del alfabeto hebreo.

—Es la escritura original —precisó Claudia al ver con qué atención las observaba su compañero—. Según mi tío, fue directamente revelada a los hombres por los

ángeles. Los antiguos habitantes de Henoc la llamaban *arsigot*; o lo que es igual, el idioma artístico de Dios. Siglos más tarde, los templarios bautizarían los conocimientos adquiridos, gracias a la sabiduría del Arca, con el nombre de arte gótico.

Al bibliotecario de la firma Hiperión ya nada le asombraba. Entonces se acordó de la disparatada comparación de la Viuda a los pies de Keops.

—Balkis me contó una extraña historia respecto a una catedral inimaginable enterrada bajo el desierto... —le confesó con voz queda—. ¿Tú sabes algo?

—Lo mismo que tú, pero no creo que sea cierta... —Negó con la cabeza y añadió con media sonrisa—: Es más bien una leyenda que corre entre los miembros veteranos de la logia.

Siguieron adentrándose por el pasadizo. Leonardo no dejaba de darle vueltas en la cabeza a una idea que arrastraba desde que Balkis enterrara en la arena los dos pequeños monolitos, un pensamiento directamente relacionado con la construcción de las catedrales y sus arquetipos.

—¿No crees que pueda ser verdad? —inquirió él de nuevo.

Claudia lo miró desconcertada.

—¿Te refieres a las columnas de Tubalcaín y el Santuario de la Sabiduría?

—Así es —respondió rápido—. Acabo de darme cuenta de que existe una relación entre el relato de Balkis y los modelos seguidos por los constructores de templos.

La joven frunció el ceño.

—No te sigo...

—Pues que la mayoría de los pórticos, desde la antigua Grecia, siguen el mismo patrón —le explicó en plan didáctico—. Sobre el dintel de entrada se puede ver un tímpano triangular apoyado sobre el friso y el alquitrabe, siendo este último sostenido por varias columnas. Aun hoy en día, pueden admirarse en los edificios más emblemáticos del mundo, desde el Vaticano a la Casa Blanca pasando por el Partenón de Atenas. Es como si en la memoria colectiva de los arquitectos, pasados y presentes, sobreviviera la idea de un templo original cuya disposición siguiera la misma directriz... —Se mordió un instante la lengua y continuó enfático—: ¿Y qué me dices de las torres campanario de las catedrales? ¿Acaso no se asemejan a los obeliscos del Antiguo Egipto?

Claudia tuvo que admitir que existía cierto paralelismo entre las líneas arquitectónicas de los edificios mencionados con la definición que conocía del Templo de Henoc.

—Es posible —dijo finalmente, sin darle mayor importancia. Dubitativa, arqueó las cejas.

—¡Por supuesto que sí! —reafirmó Leonardo—. Tales construcciones son un

atributo a las ciencias del pasado que hicieron posible el milagro de Gizeh.

—Si sigues pensando en eso perderás la concentración —le previno ella, ladeando luego la cabeza—. Lo mejor que puedes hacer, ahora, es encomendarte al silencio personal. Debes dejar que tu mente descanse... Detener el pensamiento interno.

—¿Eso es lo que te enseñaron?

—Es lo más aconsejable. —Fue sucinta en la respuesta.

Instantes después llegaron a una sala rectangular de unos cincuenta metros cuadrados. A derecha e izquierda se abrían dos pasadizos en los muros laterales, con un total de cuatro. Al acercarse a investigar, vieron que, en ambos, había escalones de piedra que descendían en la oscuridad. Iluminaron el interior con sus linternas. Varios metros más abajo se dibujaba una trayectoria semicircular, como si se tratase de una escalera de caracol.

Claudia llamó la atención de su compañero.

—¡Ven a ver esto! —Le hizo un gesto para que se acercara al muro frontal—. Aquí hay algo escrito.

El bibliotecario enfocó su linterna hacia donde señalaba Claudia. Grabado en la piedra pudo leer un extraño verso:

«Animal, plantam, petram sum;  
tibi meae alae tutelam daraverunt».

—¿Qué significa? —preguntó él.

—«Soy animal, vegetal y mineral; y bajo mis alas hallarás protección...». Es el código de entrada —contestó en tono confidencial—. Debemos resolver el acertijo de la Sabiduría para saber qué camino seguir.

—Supongo que te habrán dado algún tipo de referencias, o instrucciones. —Cárdenas esperaba que su pareja le dijese algo más concreto.

Pero la sobrina de Riera se encogió de hombros, negando repetidas veces con la cabeza.

—¡Estamos jodidos! —exclamó Leonardo al descubrir que su chica sabía lo mismo que él.

Entonces se acercó a una de las entradas al subterráneo. Llevado por la intuición, miró hacia arriba, esperando encontrar algún signo u objeto como en la sorprendente cripta de la catedral de Murcia. Allí no había ninguna campana, pero sí nuevas inscripciones labradas en la piedra. Sobre el arco de entrada pudo ver los símbolos planetarios del Sol y de Venus; con sus nombres, en latín, escritos debajo:

## «SOLIS-VENUS».

—¿Te has fijado? —inquirió, pensativo. Después señaló las marcas de cantería con la luz de su linterna.

Claudia ladeó su rostro en un intento por comprender aquello. Luego se acercó al pasadizo que había justo al lado, iluminando la parte alta del dintel. Vio otros dos petroglifos con sus respectivos epígrafes; en este caso, los de la Luna y la Tierra.

—Es increíble —susurró antes de darse la vuelta.

Avanzó con decisión hacia la pared de enfrente, volviendo a iluminar la zona que corría por encima de los arcos. Y allí estaban: Mercurio y Júpiter en uno; Marte y Saturno en otro, los astros conocidos en el medievo, así como los símbolos primordiales usados por los antiguos alquimistas.

—Me apuesto lo que quieras a que estas inscripciones esconden la respuesta al acertijo —afirmó con gravedad, y después miró a Cárdenas buscando apoyo.

—Pues deberíamos comenzar a estudiarlos... ¿No te parece? —propuso él.

En aquel instante escucharon el eco lejano de un disparo. Claudia palideció nada más sentir la detonación.

—¡Tito! —gritó, angustiada, yendo hacia el túnel en un desesperado acto por ayudarlo.

Leonardo la cogió a tiempo por el antebrazo, con firmeza.

—Es inútil. Ya no puedes hacer nada por él.

—¡No sabemos si está muerto! —contestó histérica. Seguía obcecada en su determinación de ir a buscarlo—. ¡Puede estar herido! ¡Incluso es posible que haya sido un disparo de advertencia!

—Escucha... —le dijo con suavidad—. Si regresamos, nos obligarán a conducirlos hasta el Arca. Salvador lo sabía, y por ello se quedó allí, para sacrificarse mientras nosotros cumplimos lo pactado... —Entonces, añadió con repentina vehemencia—: Somos su única esperanza. El secreto de la cámara depende de la decisión que tomemos.

A Claudia le sorprendió el hecho de que su novio y compañero hubiera cambiado de opinión. Creía que no le importaban nada los asuntos de la logia, pero se había equivocado, y eso la hizo reaccionar a tiempo. Leonardo tenía razón: debían encontrar la Sala del Trono antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué se te ocurre que hagamos? —preguntó abatida.

—Dímelo tú ahora... —Chasqueó la lengua antes de continuar—: Riera dijo algo de una historia que te contó hace años, y que tenía que ver con lo que íbamos a encontrarnos. Tú eres realmente quien debe conducir esta insólita aventura en que estamos metidos hasta las cejas, y no yo.

—Es cierto, lo había olvidado.



—¿Y bien...? ¿Puedes decirme de qué se trata?

—Pues de un lituano, llamado Leeds Kalnin, que vivió en Estados Unidos entre los años veinte y cuarenta. Mi tío me contó la historia muchas veces. Por lo visto, aquel hombre, sin ayuda de nadie, talló y movió más de mil toneladas de piedra. Con el paso de los años creó un jardín de extraordinaria belleza al que denominó «El Parque del Portón de Roca».

—Por favor, dime que es una pista fiable.

Claudia suspiró, y ya no supo qué decirle. La historia del viejo Kalnin no dejaba de ser sorprendente, pero nada más. Si aquélla era la única ayuda que iban a recibir, estaban realmente perdidos.

—La verdad, no lo sé —respondió con deprimente sinceridad.

—De acuerdo, comencemos de nuevo —le propuso Leonardo, tratando de conservar la calma—. Haremos lo que nos dijo Salvador. Utilizaremos el latín para la respuesta y reorganizaremos el anagrama.

Sin perder más tiempo, sacó su bloc de notas de detrás del pantalón y comenzó a escribir los nombres de los planetas en una hoja de papel; tal y como estaban inscritos:

MERCURIUS-IUPPITER  
SOLIS-VENUS  
MARTIS-SATURNI  
LUNA-TERRA

—Deberíamos intercambiar las letras para ver si forman una palabra o frase coherente... —Fue la meditada propuesta tras pasarle el bloc a ella—. Tu tío nos proporcionó el camino que debíamos seguir. De nosotros depende descifrar el enigma.

—Disponemos de poco tiempo —le recordó con tono apagado—. Es posible que hayan descubierto el pasadizo secreto.

Se refería a Lilith y compañía.

—¡Bien! Manos a la obra.

Dicho esto, Cárdenas volvió a escribir los nombres de los astros en otra hoja de papel. Así podrían intentarlo por separado.

Transcurrieron unos tensos minutos, y a pesar del intenso esfuerzo mental por combinar las palabras, les fue imposible hacerse con la respuesta. La presión a la que estaban siendo sometidos paralizaba sus pensamientos, ya que sabían que de un momento a otro podrían entrar en la sala y asesinarlos impunemente. La impotencia bloqueaba su sentido de la reflexión y les impedía pensar con claridad.

—Soy animal, vegetal y mineral; y bajo mis alas hallarás protección. —Se oía murmurar a Leonardo en voz baja, tratando de encontrar la solución en el propio acertijo.

Ella, por su parte, descubrió un pequeño detalle que no cuadraba: Saturno estaba mal escrito. No era *Saturni*, sino *Saturnus*. Pensaba decírselo a su compañero cuando recordó cierta parte de la historia del lituano que había pasado por alto, y precisamente era la que tenía que ver con los planetas. Por lo visto, existía un lugar en el Parque del Portón de Roca denominado «El Salón del Trono», el cual estaba flanqueado por las esculturas simbólicas de Marte y Saturno. ¿Era una coincidencia, sin más importancia, o quizá una respuesta al acertijo?

—Leo, centrémonos en Marte y Saturno. Tengo una corazonada —dijo Claudia con voz trémula, embargada por la emoción del descubrimiento.

Comenzaron con la palabra *MARTIS*, la cual desmembraron en letras independientes haciéndolas girar de un lado a otro; intercambiándolas como piezas de un puzzle.

Y he aquí que consiguieron ordenar la primera parte del anagrama: *MARTIS* se convirtió en *MATRIS*; es decir, la Madre.

—¡Cielo santo, lo hemos conseguido! —exclamó el bibliotecario, eufórico de alegría, pero con las manos sudadas por la tensión interior—. Ya podemos largarnos. Si lo hacemos antes de que lleguen, tendremos tres posibilidades entre cuatro de que se equivoquen de camino al seguirnos.

—¿No tienes curiosidad por saber cuál es la respuesta final al acertijo? —le preguntó ella, arisca—. Piensa que es posible que lo necesitemos en un futuro.

—No hace falta; ya lo sé... —Cogió su mano y tiró de ella con suavidad, obligándola a ir hacia la entrada con los signos de Marte y Saturno sobre el arco—. Te lo diré por el camino.

Claudia se dejó llevar por el enardecimiento de su compañero, bajando los peldaños de piedra lo más rápido que pudo. Después de girar varias veces la galería descendente, y tras asegurarse de que no podrían oír sus voces ni vislumbrar la luz de sus linternas, sintió la necesidad de preguntarle:

—¿Vas a decirme de una vez cuál es la respuesta al acertijo? —Arrugando el entrecejo, se detuvo un instante.

Leonardo saboreó con delectación su momento de gloria.

—Piensa un poco... —le dijo con suficiencia—. Ella es animal, vegetal y mineral, y bajo sus alas hallamos protección... —Se aclaró la voz—. Ella nos cuida, nos alimenta y nos da la vida; como una madre. Por lo tanto, *MARTIS SATURNI* no es otra cosa que *MATRIS NATURIS*; la Madre de la Naturaleza... La analogía más bella de la Sabiduría de cuantas he escuchado.

Para cuando las dos llegaron al corredor de las cuatro puertas, Claudia y

Leonardo ya habían desaparecido.

«Este lugar es de lo más inhóspito, pero a la vez maravillosamente enigmático», pensó Cristina al evaluar la sala donde se encontraban.

A Lilith, por el contrario, le importaba bien poco el descubrimiento de nuevas galerías bajo la meseta de Gizeh. Hubiese preferido encontrarse cara a cara con el bibliotecario y el resto de los masones, y arrancarles, tras un brutal interrogatorio, el camino que habría de seguir para encontrar el Arca. En cambio, ahora tendría que enfrentarse a la decisión de escoger entre uno de los pasadizos descendentes, con la particularidad de que podría equivocarse. Y aquello supondría un inquietante contratiempo que no entraba en sus planes.

Ante la problemática de decantarse por una de las cuatro entradas, dejó que fuese la experta quien averiguase cuál era la correcta.

—¡Tú! —espetó agriamente a Cristina, apuntando con su arma a la cabeza—. Dime qué camino hemos de coger.

El rostro pálido y pecoso de la doctora se tornó aún más blanco de lo habitual. Comprendió que era su turno. Debía jugar muy bien sus cartas si no quería perder la vida en el primer intento.

—Si me matas, nunca lo sabrás —la previno en voz baja—. Pero si tienes paciencia, te llevaré hasta el lugar donde se esconde el Arca... —Tragó saliva y continuó—: ¿Ves esas inscripciones sobre las diversas entradas...? —Las fue señalando con su linterna—. Creo que forman parte de un código secreto que a su vez se haya ligado a esa otra frase. —Iluminó el fondo de la galería, allá donde había escritas unas palabras en latín.

—¿Qué dice ahí? —quiso saber Lilith.

—«Soy animal, vegetal y mineral; y bajo mis alas hallarás protección». —¿Y qué diablos significa eso?

—Humm, creo que he leído antes esa frase; estoy segura —comentó concentrada—. Tal vez fue en un viejo libro de alquimia.

—Más te vale recordar. —La asesina a sueldo comenzaba a ponerse nerviosa.

—¡Espera, ya lo tengo! —La criptógrafa, eufórica, chasqueó los dedos—. Nicolás Valois, un nigromante del Renacimiento, hablando de la piedra filosofal, dijo: «Hay una piedra de gran virtud, y es llamada piedra y no es piedra, y es mineral, vegetal y animal». —Sigue... Te escucho.

Cristina se olvidó de Lilith por un instante. Fue de un lado a otro de la sala, iluminando y leyendo a la vez el nombre de los planetas inscritos en los dinteles de entrada. De vez en cuando se detenía para reflexionar, pero solo por espacio de unos segundos. Finalmente, se acercó al pasadizo cuyos petroglifos pertenecían a los planetas Mercurio y Júpiter.

—Es este; estoy segura. —Alzó el mentón, sin disimular su orgullo, al dirigirse a

la fría liquidadora de vidas, pues necesitaba juzgar por sí misma.

—Antes vas a explicarme en qué te has basado para tu elección. No estoy dispuesta a arriesgar.

—El Mercurio, según los alquimistas del medievo, es el principal ingrediente de la piedra filosofal —le dijo en tono mesurado—. Y si bien es cierto que el resto de los planetas también forman parte del glosario alquímico, Mercurio es el único dios que tiene alas, aunque sea en los pies. Por lo tanto, Mercurio y Júpiter es la mejor opción... —Se mordió un poco el labio superior e inquirió—: ¿No crees?

Lilith tuvo que admitirlo, ya que el detalle de las alas era decisivo. Se rindió ante la pericia de la criptógrafa. Su talento era digno de admiración. Después, dejándose llevar por la decisión de Cristina, le hizo un gesto para que fuera ella quien bajase en primer lugar. En ningún momento hubo deferencia en el trato: seguía apuntándole con su arma.

## Capítulo 47

Llevaban más de quince minutos descendiendo por el pasadizo, y aún no habían encontrado una salida. Hubo un momento en que Leonardo le propuso regresar, admitiendo que quizá se equivocaran de camino, pero Claudia se opuso al estar convencida de que habían resuelto el acertijo. Sin embargo, su esperanza se fue desvaneciendo según pasaba el tiempo y se hundían más y más en aquella mazmorra escalofriante de infinitos peldaños. Al temor y la incertidumbre había que sumar el decrepito aroma que exudaban los muros, un olor rancio que impregnaba todo el ambiente y el vestuario. El calor era sofocante, hasta el punto de hacer que las prendas se adhiriesen a la piel empapadas de sudor. La presión iba en aumento según bajaban las escaleras, ya que debían encontrarse en el punto crítico de descenso y el aire se hacía casi irrespirable. De hecho, estaban convencidos de que si no llegaban pronto a su destino sufrirían un ataque de ansiedad.

Para empeorar aún más la situación, descubrieron horrorizados que la luz de las linternas perdía intensidad y que no tenían pilas de recambio.

—¡Maldita sea! Jamás creí que el Arca estuviese escondida en el centro de la Tierra —se quejó el bibliotecario, desesperado ante el problema que se les avecinaba.

—Ahora no es el mejor momento para el reproche —razonó Claudia—. Debemos conservar la calma y soportar con entereza cualquier contratiempo.

—¿Pretendes seguir adelante con esto? —replicó. Estaba furioso—. Como ves, aquí abajo no hay ningún Trono de Dios... ¡Todo ha sido un engaño!

—Lo lamento, pero no pienso del mismo modo —parecía decepcionada, pues el carácter veleidoso de su compañero la sacaba de quicio—. Sé que debemos continuar; me lo dice el corazón. Por favor... —Cogió la mano de su pareja—. No abandones ahora que estamos tan cerca.

Cárdenas respiró profundamente. Ella, como siempre, tenía razón. Volver atrás no era la mejor alternativa.

Entonces, llevado por un impulso incontrolado, la aferró por la cintura y la atrajo hacia sí. Antes de que la joven comprendiera qué estaba sucediendo, su compañero le depositó un breve beso en la boca.

—Esto por si es lo último que hago en mi vida —le dijo con ternura.

Claudia sonrió, satisfecha. Leonardo podía ser encantador cuando se lo proponía. Como recompensa, fue ella quien, con pasión, sujetó por detrás su cabeza para besarlo de nuevo.

—Y esto por confiar en mí —le susurró al oído, una vez que sus labios hablaron de separarse al cabo de unos instantes para recordar.

Cárdenas pensaba decirle que era la mujer más maravillosa del mundo, cuando se dio cuenta de que su linterna había dejado de funcionar. La de Claudia emitía un leve

resplandor de color naranja, síntoma inequívoco de que las pilas estaban a punto de acabarse. Apenas les quedaban unos minutos antes de que se quedaran totalmente a oscuras.

—¡Mierda! —masculló Leonardo, que a duras penas contuvo una blasfemia—. Sin luz jamás llegaremos hasta la Sala del Trono.

—Será mejor que nos demos prisa... —Fue el práctico consejo de Claudia—. Puede que estemos cerca.

Bajaron lo más rápido posible, esperanzados en encontrar una salida a tiempo. La luminosidad iba perdiendo fuerza a un ritmo acelerado. Ya casi apenas podían ver las líneas de su cuerpo, y mucho menos los incontables peldaños por donde pisaban. La situación era crítica, tanto que incluso Claudia comenzó a perder la esperanza. Lo cierto es que ambos estaban ya aterrorizados.

Y entonces ocurrió lo que más temían: la linterna dejó de funcionar y la oscuridad se adueñó del pasadizo. Estaban atrapados en mitad de la nada, envueltos por las tinieblas de un mundo subterráneo milenario, ajeno y hostil.

Fue como si se encontraran a las puertas del infierno.

—Nos guiaremos por el tacto. —La voz del bibliotecario de Hiperión sonaba distinta, con algo menos de seguridad.

Ella guardó silencio, pero se echó a un lado hasta apoyarse en los humectantes muros de piedra. Con su otra mano buscó la de su pareja. Juntos, e inmersos en la penumbra, descendieron lentamente los escalones a la expectativa de un auténtico milagro.

Y he aquí que ocurrió algo increíble, inaudito, un suceso al que no dieron credibilidad hasta pasados unos minutos por temor a que fuese un sueño y acabaran despertándose: las piedras labradas de aquel angosto corredor desprendían una luz tenue y dorada que iluminó poco a poco el camino.

Impelidos por la curiosidad, acariciaron el muro para intentar comprender lo que estaba sucediendo. Sintieron cómo se les calentaban las palmas de las manos. Era un calor tibio que transmitía serenidad; una paz que condicionaba definitivamente su alterado estado anímico. La luz fluctuaba en ondas encrespadas que iban y venían, imitando el movimiento de la respiración. Además, el efecto óptico era insuperable. Era como estar acariciando un enorme ser vivo de piedra con conciencia propia, pues pronto tuvieron la impresión de que aquella cosa pretendía comunicarse con ellos a través del resplandor.

—No encuentro un razonamiento lógico para explicar esto —expuso Leonardo, siempre sin apartar sus manos de la pared—. Pero sea lo que sea, nos ha salvado la vida.

—Tales portentos no se manifiestan si no es por obra del Gran Arquitecto —dijo una voz conocida varios peldaños más abajo.

A Claudia se le escapó un agudo grito de sorpresa, aunque se tranquilizó al ver que eran Balkis y el bueno de Hiram.

—¡Lo hemos conseguido, Leo! —A la española se le saltaron las lágrimas debido a la emoción que le provocaba estar en presencia de los Custodios.

—Sí, cariño... —Balkis la abrazó con fuerza—. Habéis logrado llegar hasta donde solo unos pocos lo han hecho.

—Temíamos por vosotros. Por eso nos hemos adelantado a recibirlos —puntualizó Hiram—. Sentimos vuestra angustia ahí abajo, y Séphora decidió echaros una mano.

Señaló los peldaños que desaparecían más allá del pasadizo circular de piedra.

Leonardo estaba de lo más excitado. Tanto era así, que apenas podía expresar con palabras sus sentimientos y emociones, los cuales giraban en contrasentido dentro de su cabeza. Aspiró el viciado aire y dijo con voz queda:

—Jamás creí que dijera esto, pero me alegro de veros.

—¿Queda mucho para llegar? —preguntó Claudia, deseosa de finalizar el rito de iniciación.

Balkis le acarició el cabello, sonriendo a la vez que contestaba su lógica pregunta.

—Solo tenías que completar el círculo. Apenas quedan unos cuantos peldaños... ¡Ven! —Tiró de ella con suavidad—. Te lo mostraré ahora mismo.

La sobrina de Riera se dejó llevar, bajando los escalones tras mirar a Cárdenas en busca de su aprobación. Este le hizo un gesto de conformidad con una mano, yendo presto tras su compañera.

Pero Hiram lo retuvo un instante.

—Recuerda que la llave de la logia es fundamental para ascender la Escala —le dijo con gravedad—. Está en tus manos, y no en las de Claudia... Utilízadla correctamente. Y solo tú podías abrir la puerta a la Sabiduría y a las Artes.

Dicho esto, fue tras los pasos de Balkis. Leo tardó algo más en reaccionar. Intentaba averiguar qué había querido decir con aquellas palabras.

Recorrieron juntos el trayecto que los separaba de la salida, escasamente una docena de peldaños. Finalmente, vieron una abertura en la roca rematada con colosales dovelas de piedra formando un semicírculo. Más allá, una luz intensa iluminaba un paisaje cavernoso de estalactitas, rocas y arena; una luz que provenía de todas partes y que arrastraba sonidos celestiales. Un viento ligero y cálido les azotó el rostro una vez que dejaron atrás el pasadizo.

El espectáculo era maravilloso. Una gruta cuadrada de proporciones colosales se abría ante ellos como un maravilloso mundo inexplorado. Debía tener una longitud aproximada de unos ochocientos metros, por unos cien de alto. El techo estaba formado por un cielo de rocas de las que pendían puntiagudas formaciones. Por el contrario, el suelo era bastante arenoso, con algún que otro peñasco desperdigado por el terreno. Al fondo de la cueva se apreciaba un muro de enormes sillares aprisionado

entre toneladas de tierra, una construcción de factura primitiva con centenares de signos inscritos en las paredes de piedra. Tendría unos doscientos metros de largo, y luego se doblaba en dos esquinas a ambos lados formando un cuadrado sin completar; la cuarta faz de aquella construcción, que se elevaba hacia arriba como un exorbitante monolito, debía permanecer atrapada bajo muchas toneladas de tierra. Junto a la muralla había un pórtico de tímpano dorado que se alzaba hasta la techumbre rocosa; y pegado a este, la puerta por donde acababan de salir, que también formaba parte de otra construcción monolítica de idénticas proporciones, según pudo apreciar el bibliotecario con la boca abierta por tantas emociones seguidas.

Eran la base de las columnas de entrada al Santuario de Dios y a la Sala del Trono; los titánicos cimientos de las pirámides de Kefrén y Keops: un portento de la arquitectura antediluviana destinada a preservar el conocimiento y el antiguo arte de la construcción; o lo que es igual: el espíritu de la Sabiduría.

—¿No decías que íbamos por buen camino?

La pregunta de Lilith resultaba evidente: el corredor finalizaba en un muro de piedra caliza que las impedía avanzar, por lo que su única alternativa era la de volver a subir las escaleras y probar suerte con otra entrada.

—No lo entiendo... —reconoció Cristina, titubeante y pensando en voz alta—. Tal vez la frase encerrara otro significado, o puede que la solución estuviera en los propios petroglifos planetarios.

Lilith lamentó la equivocación, y el hecho de que Cárdenas y los demás pudieran habersele escapado. Calculó que no había tiempo que perder. Debían regresar cuanto antes a la cámara de las cuatro puertas y encontrar la correcta. Y así se lo hizo saber a Cristina.

—Subiremos de nuevo —le ordenó arisca—. Y esta vez procura no equivocarte, o te juro que acabo contigo.

No bromeaba, y eso la criptógrafa lo sabía muy bien. Tenía una sola oportunidad. Debía pensarlo bien antes de elegir.

Con el amargo sabor del fracaso adherido al paladar, regresaron de nuevo por donde habían venido. Cristina aprovechó el tiempo para reflexionar sobre el sentido de la frase. Hubiese jurado que el acertijo hacía referencia a Mercurio, aunque era evidente el error. Tendría que examinar a fondo cada una de las palabras. Quizá estuviesen intercambiadas y el enigma se hallara escondido tras un anagrama; ejemplo típico del hermetismo masón.

Lo tenía decidido: antes de entrar en otro pasadizo debía estar segura del todo. La paciencia de la joven alemana comenzaba a esfumarse. Si no le era útil, acabaría asesinándola. Y eso no formaba parte de su plan.

Como el descenso no fue excesivamente largo, alcanzaron la sala en cuestión de minutos. Pero cuál fue su sorpresa cuando vieron que la estancia había cambiado por



completo. En vez de encontrarse con cuatro puertas —incluida la que acababan de cruzar—, y el pasadizo oculto que conducía a la Cámara del Caos, descubrieron horrorizadas que eran ocho los corredores descendentes y que la única salida hacia el interior de la pirámide había desaparecido; y no solo eso, también la frase en la pared y las inscripciones astronómicas sobre los dinteles de entrada. Allí no había nada de lo que dejaron al marcharse. Estaban en una sala totalmente distinta.

—¿Qué es esto? —se preguntó Cristina, temerosa. No salía de su asombro.

—Dime que no estoy soñando... —dijo Lilith con voz serena. Mas luego perdió el control y se dejó llevar por la rabia al sentirse engañada—. ¡Maldita sea! ¡Dime que no es cierto lo que ven mis ojos!

De un fuerte empujón tiró a Cristina por tierra. A continuación, bajó el brazo que sujetaba el arma y disparó a bocajarro antes de que la agredida pudiese mediar palabra. La bala fue a estrellarse en el suelo —entre los muslos de la doctora, muy cerca de la entrepierna—, para rebotar luego hacia el techo.

—He fallado a propósito, pero dame un solo motivo más y la próxima vez te juro que daré en el blanco.

Entonces le tendió la mano para que se pusiera en pie.

—No, gracias... —La criptógrafa declinó el ofrecimiento cogiendo su linterna del suelo—. Ya puedo sola.

Se levantó sin mucho esfuerzo, limpiándose el polvo adherido a los pantalones.

—Necesito oírte decir que hay una explicación para todo esto, y que me vas a sacar de aquí lo antes posible.

Lilith aguardaba una respuesta satisfactoria, pero en el fondo sabía que no existía un razonamiento lógico que explicara lo sucedido.

—Lo único que podemos hacer es escoger entre uno de estos pasadizos y esperar que nos conduzca sin más hasta el Arca.

—¿Y si no? —quiso saber la asesina a sueldo—. ¿Y si está bloqueada como la anterior?

—Regresaremos de nuevo hasta aquí.

—Puede que para cuando lo hagamos, la cámara haya vuelto a cambiar y nos devuelva a la sala principal.

—Es una posibilidad —admitió Cristina.

—Otra es que nos encontremos en una cámara distinta.

—Correremos el riesgo... —Arrugó mucho la frente y objetó—: ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Tenía razón, y eso fue lo que más le dolió a Lilith: tener que aceptar su fracaso.

Escogieron una entrada al azar, aunque en realidad fue Lilith quien decidió finalmente. Estuvieron bajando durante varios minutos. En contra de todo pronóstico, el corredor no estaba bloqueado por ningún muro y al poco llegaron a una nueva sala.

En esta pudieron contar cinco puertas, y ninguna señalización o marcas de cantería. Aunque había un pequeño detalle que las diferenciaba del resto: los peldaños de los distintos pasadizos ascendían, en vez de bajar.

—¡Esto es de locos! —exclamó Cristina, echándose el cabello hacia atrás con ambas manos en un acto reflejo.

Lilith recorrió la estancia a zancadas, con el rostro congestionado por la rabia y la desesperación. Farfulló unas cuantas maldiciones en alemán, y alivió la rabia que sentía pateando de vez en cuando las paredes de piedra. Incluso hizo varios disparos al aire que resonaron, en sus oídos, como truenos en el silencio de la noche.

—¡Regresemos! —gritó, al borde ya de un ataque histérico—. ¡Volvamos de nuevo antes de que pierda el juicio!

Subieron nuevamente las escaleras por donde habían venido, desquiciadas ante la idea de quedarse atrapadas para siempre en aquel dédalo de corredores subterráneos. Pero el destino les tenía reservada una nueva sorpresa, y es que se encontraron con que un nuevo muro, surgido como por arte de magia, les impedía continuar. Aterrorizadas, no tuvieron más opción que bajar de nuevo. Y al hacerlo, se dieron cuenta de que era otra cámara distinta, con solo dos corredores: uno descendente y otro ascendente. La situación resultaba de lo más surrealista.

Con abandono e impotencia, Cristina apoyó la espalda en la pared para luego dejarse deslizar lentamente hasta el suelo. Miró lánguidamente a Lilith, la cual estaba tan pálida que parecía una yonqui con síndrome de abstinencia.

—Jamás saldremos de aquí —sentenció la criptógrafa en marcado tono fúnebre.

## Capítulo 48

La puerta del templo estaba abierta, y de ella surgía un rutilante esplendor que parecía nacer del centro de la Tierra. Boquiabiertos y alucinados, Leonardo Cárdenas y su compañera cruzaron el umbral junto a los Custodios.

Las líneas arquitectónicas interiores eran completamente idénticas a las catedrales construidas en el Renacimiento. Había una nave principal, escoltada por arcos formeros que se alineaban con precisión a ambos lados de las galerías, la cual estaba atravesada a su vez por otra nave transversal, algo menor, que se apreciaba más allá del crucero. Al fondo, entre la girola y el presbiterio, en vez del altar propiciatorio pudieron ver una plataforma escalonada de piedra con una base rectangular en lo alto; y, sobre ella, soñando con su propia inmortalidad, había un arca del color del sol en donde descansaban las figuras de dos ángeles que extendían sus alas hasta tocarse, formando un triángulo perfecto así como un cómodo respaldo. En realidad, más que un arca parecía un trono celestial para dos personas.

Se adentraron emocionados en la nave central admirando la iconografía pagana esculpida por encima de las arquerías; efigies de gárgolas, demonios y animales mitológicos, tales como unicornios, grifos, quimeras y esfinges. Por más que la luz intensa que manaba del Arca iluminase aquel prodigio de la arquitectura, los muros y columnas mantenían el ennegrecido color que proporciona la tierra y la humedad tras el paso de los años. En cuanto a la techumbre y la bóveda, se perdían en lo alto de aquel coloso de piedra que minoraba al hombre hasta el punto de convertirlo en una insignificante mota de polvo.

Leonardo no salía de su pasmo. Aquel lugar le producía escalofríos. Era como estar viviendo una pesadilla en la que pronto habrían de surgir horripilantes espectros de la oscuridad, seres del averno dispuestos a devorar su cuerpo y a esclavizar su alma para la eternidad. Por otro lado, estaba el bienestar que le infundía la presencia de aquella reliquia cuya antigüedad se perdía realmente en la memoria del tiempo. Las emociones se entremezclaban. El sentimiento dio paso a la incertidumbre que proporciona lo inexplicable, y después el pensamiento cayó en las redes de la locura y la sinrazón. Lo último que esperaba es que Dios se refugiase en los infiernos.

Balkis le susurró unas palabras al oído. Le rogaba silencio. Entonces Hiram se colocó entre él y Claudia, cogiendo las manos izquierda y derecha de ambos para unirlos como si fueran una sola. Al pronto se escuchó una voz lejana, que venía de todas partes, cuyas palabras se confundían con el acorde de una música celestial. La voz les dijo en secreto que las piedras encerraban las almas de los hombres que murieron tras haber adquirido el don de Dios, y que todas ellas eran en sí mismas parte de la Sabiduría creacional del Universo. De igual modo les confesó que las piedras estaban vivas, así como el reino animal y vegetal, pero que el hombre estaba

muerto; y que hasta que no se acogiera a las leyes del conocimiento su espíritu vagaría perdido por la Tierra.

La voz dejó de oírse una vez que se detuvieron frente a la Escala. Al verla más de cerca, Claudia y Leonardo se dieron cuenta de que el metal que recubría el Arca no era oro, sino la aleación de un metal totalmente desconocido. El resplandor que emitía oscilaba de un lugar a otro, expandiéndose para luego retraerse. Fluctuaba de forma aleatoria, como las piedras fosforescentes del último tramo del pasadizo.

—Se llama *Electrum*, también llamado *Orocalcum*, y es el metal perdido de las antiguas civilizaciones —explicó Balkis a sus espaldas, respondiendo a sus preguntas internas—. Sus átomos son capaces de transmitir la energía primigenia liberada tras el parto del Universo. El Trono te mostrará los misterios de Dios para que puedas sellar tu alianza con la Sabiduría. ¡Ve, no tengas miedo! Enfréntate a tus debilidades.

Cárdenas escuchaba a retazos las indicaciones de la Viuda. Era como si su cuerpo estuviese en trance, o adormecido por algún tipo de droga. Sus movimientos eran mecánicos y lentos, al igual que los de un autómatas programado para obedecer. Vio a Claudia en el otro extremo de la Escala, justo en el lado que caía frente a la girola. Observó, igualmente, que en cada uno de los albos y pulidos escalones estaba inscrito el símbolo astronómico de los planetas alquímicos; lo mismo que en el pedestal que hallaron bajo la capilla de los Vélez.

Los pies de su compañera ascendieron hasta colocarse en el primer peldaño, el que representaba al astro rey. Leonardo hizo lo mismo, y al instante desapareció todo lo que poco antes había a su alrededor. Ya no estaba en lo que fuera el templo de la ciudad perdida de Henoc, sino en casa de sus padres; y era el día de su decimosegundo aniversario.

«Los invitados acababan de llegar, en su mayor parte amigos del colegio en compañía de sus padres. Leonardo estaba molesto con su madre porque solo había encargado una tarta de cumpleaños; y no dos, como era su deseo. Por aquel entonces su cuerpo no bajaba de los sesenta kilos de peso, algo excesivo para un chico de su edad. Pero él no podía evitarlo, comer era una de sus diversiones favoritas. Le importaba un pimiento su obesidad.

»Como resultado de la negativa de comprar dos tartas, decidió atiborrarse a bocadillos y refrescos. Aquello no le satisfizo, por lo que se comió además media docena de pastelillos de crema. Para cuando llegó la hora de la tarta, discutió por el trozo más grande con uno de los chavales invitados. Su madre tuvo que disculparse, como siempre solía hacer cada vez que su hijo se dejaba llevar por su implacable apetito.

»Mas en aquella ocasión, tras finalizar la fiesta, se sintió indispuerto. Su estómago no pudo tolerar tal cantidad de comida y acabó vomitando todo lo que había ingerido. Un corte de digestión fue la causa de que tuvieran que llevarlo al

hospital más cercano. Recordó haber estado al borde de la muerte, y que juró no volver a comer de ese modo. Así fue como venció al pecado de la gula».

El bibliotecario regresó de nuevo a la Sala del Trono. La visión de una parte de su niñez le ocasionó un grave problema emocional. Sus sentimientos estaban ahora a flor de piel. Se sentía tan indefenso como cuando era un chiquillo introvertido que aliviaba la ansiedad comiendo de todo. Le resultaba patética su propia vida.

Claudia ascendió otro peldaño, y el pie de Leonardo se movió al unísono. Parecía que sus movimientos estaban sincronizados. Ahora le tocaba el turno al escalón representado por la Luna.

«Hacía calor, demasiado quizá. Dormía la siesta tumbado en el sofá de casa, esperando que llegase la noche para ir a la playa con los amigos. Aquel verano cumpliría dieciocho años de edad, y además había sacado unas notas excelentes en el examen de Selectividad; dos razones de peso para hacer de las vacaciones una cura de reposo. No había nada mejor que estar todo el día haciendo el vago.

»Alguien tocó el timbre de la puerta. Leonardo estaba solo en casa, ya que sus padres se habían marchado no hacía ni diez minutos, por lo que decidió ignorar al visitante inoportuno porque levantarse del sofá era un esfuerzo inútil que perturbaría su descanso. El timbre sonó de nuevo; y una vez más tras una larga pausa. Leo, por su parte, actuó con dejadez al permitir que se marchara después de esperar un buen rato. No le importó en absoluto. Pensó que sería alguna vecina buscando el consejo de su madre; o peor aún, un vendedor de enciclopedias.

»Al día siguiente se enteró, precisamente por uno de los vecinos, que un representante de una prestigiosa marca de tabaco había estado regalando entre los propietarios del edificio ciertos boletos para un sorteo millonario. Lo irónico del caso es que, tras celebrarse el sorteo, resultó ganador el contable que vivía en la puerta de al lado. Por lo visto, la tarde anterior había estado llamando al timbre de la puerta, pero al no haber nadie en casa de los Cárdenas el boleto fue a parar a manos de su vecino, quien se adjudicó la sustanciosa cantidad de diez millones de las antiguas pesetas.

»La impotencia y la rabia que sintió Leonardo aquel día le hizo ver la vida de otra manera. Jamás, desde entonces, volvió a caer en el supuesto encanto de la pereza».

Volver al presente le supuso un esfuerzo comparable al despertar de un bello sueño. Se le hizo un nudo en la garganta. Hacer examen de conciencia no era un trabajo agradable, porque de eso se trataba en realidad. La Escala era el medio que tenía Dios para eximir al hombre de los pecados a través del recuerdo.

Primero gula; luego pereza. Apostó su vida a que pronto habría de enfrentarse a otro de los pecados capitales.

Claudia y él ascendieron juntos un nuevo peldaño. Se trataba de Mercurio, antiguo dios del comercio.

«La noche que se casó Bruno Ayala, uno de sus mejores amigos de la universidad, fueron a cenar a un lujoso restaurante situado en la Manga del Mar Menor, muy cerca de Cabo Roig. Tras la celebración y el banquete, los novios decidieron sorprender a sus invitados llevándolos a tomar unas copas al casino. Y allí se marcharon todos con el aliciente de saber que una boda traía buena suerte, esperando que aquella fuese su *noche* y pudieran ganar algo de dinero jugando en las distintas mesas de apuestas.

»Leonardo estaba eufórico y totalmente descontrolado, debido al vino de la cena y al cava de los postres. En compañía de Carmelo, un bala perdida —prototipo de hijo de papá— que acababa de conocer en el convite, fue en busca de emociones fuertes que le hicieran recordar que seguía vivo a pesar de los exámenes finales de graduación y el desplante de Mónica, su novia en aquellos años. Se acercaron a la ruleta, donde los gritos enloquecidos de una inglesa, más arrugada que una nuez, atraían la atención de quienes pasaban por allí.

»Carmelo le incitó a que jugara una mano, cosa que no tuvo que repetirle. Dispuesto a todo, se apostó el dinero que llevaba a un solo número: el 18 negro. El *croupier* lanzó la bola, la cual giró enloquecida alrededor de la ruleta. Afortunadamente, el número cayó en la casilla escogida por Leonardo, y eso le hizo sentirse bien, confiado, dispuesto a comerse el mundo. Como había jugado fuerte, las ganancias resultaron considerables. Entonces, impelido por la codicia, decidió apostar todo al mismo número; ni siquiera escuchó la advertencia de su amigo, previniéndole sobre las escasas posibilidades que tenía de volver a ganar.

»A pesar de todo siguió adelante. Necesitaba creer en un milagro. La bola tenía que caer en la misma casilla para poder burlarse de todos los presentes. Y si eso ocurría, volvería a repetir la jugada; así, hasta que hiciese saltar la banca. En su mente alcoholizada no había otra idea que la de ganar tanto dinero como le fuera posible.

»La magia se desvaneció cuando la bola se detuvo en el 22 blanco. Su avaricia fue la culpable de que hiciese el ridículo ante los demás jugadores y perdiera, además, una pequeña fortuna».

Abrió los ojos. Estaba de nuevo en la sala, casi a mitad de camino del Trono. Algo, en su interior, comenzaba a fragmentarse en distintas porciones de conciencia: su alma se diluía como un puñado de arena a orillas del mar; se le escapaba su propio ser de entre los dedos.

Trató de retomar sus pensamientos antes de que pudiera olvidarse que una vez fue un hombre. Pero... ¿quién era Leonardo Cárdenas, en realidad? ¿Acaso un conjunto de amargas experiencias que lo alejaban, cada vez más, de una felicidad que le pertenecía por derecho, o quizá alguien que creyó dirigir su propia vida?

Lo único que sabía es que estaba a más de cien metros bajo tierra, en una ciudad subterránea cuyo origen se perdía en los anales de la Historia, y que Claudia se disponía a ascender hasta el cuarto peldaño; el gobernado por Venus, diosa del amor y la lujuria.

«Apenas llevaba una semana en la capital, y ya había conseguido trabajo en una casa de subastas de libros antiguos. Decidió ir a celebrarlo por todo lo alto, pero luego recordó que no conocía a nadie en Madrid, y el hecho de tomar unas cuantas copas a solas no terminaba de convencerlo demasiado. Se sentía frustrado, aunque no por eso desistió de la agradable idea de saborear un *gin-tonic*. Así que se plantó en la *whiskería* situada en el local de abajo del edificio donde vivía, dispuesto a correrse una buena juerga.

»A la primera copa ya le había tirado los tejos a la guapa camarera con acento sudamericano. A la tercera, su humor había pasado de picaresco a soez y sus insinuaciones eran cada vez más directas y ofensivas. La mirada penetrante del guardia de seguridad, junto a los buenos consejos de otros clientes, hicieron mella en su ánimo y no tuvo más remedio que abandonar el local a regañadientes. Pero lo que no lograron fue que desapareciera ese calor interno que comenzó a sentir en su vientre cuando, sin querer, vislumbró por el escote de la camarera parte de sus generosos pechos al agacharse a coger un vaso de debajo de la barra. Sintió el aguijón del deseo.

»Entonces, empujado por la acuciante necesidad de pasar la noche en compañía femenina, se dejó arrastrar hasta un burdel que había a las afueras. Allí dio rienda suelta a la lujuria en un desesperado acto de amor carnal; no con una, sino con dos principiantas del sexo, dos jóvenes y bellas ucranianas que apenas tendrían dieciocho años de edad, de piel marfileña, y a las que las mafias de su país, posiblemente, las estaban obligando a prostituirse.

»La noche que Leonardo abandonó el burdel, no solo había perdido quinientos euros sino también gran parte de su decencia y dignidad».

Volvió en sí al sentir que le faltaba el aire. La experiencia no le había dejado indiferente; es más, se sentía culpable y terriblemente avergonzado de su actitud. El arrepentimiento llegaba demasiado tarde, por lo que estuvo a punto de gritar su asco y su rabia. No obstante, algo le detuvo, y no supo si fue la voz de su conciencia o el hecho de ver que Claudia colocaba uno de sus pies en el peldaño de Marte.

«Era la primera vez que su madre lo llevaba al colegio. En realidad, se trataba de un parvulario que había cerca de su casa. Leonardo estaba malhumorado porque no quería dejar el entorno familiar que tanta seguridad le había ofrecido hasta ahora, y eso que habían prometido recogerlo al final de la mañana. Aun así, no era más que un

niño de cuatro años que odiaba separarse de su madre; y el hecho de que su padre lo obligara a ir, con el tópico pretexto de que era el único modo de hacerse un hombre, no hizo sino acrecentar su odio por todo lo que representaba la docencia.

»Lo condujeron a la fuerza, y lloró desconsoladamente al ver que se marchaba su madre y lo dejaba en manos de una anciana vestida de negro, de nombre Soledad, que era el vivo retrato de la bruja del cuento. El único consuelo que tuvo fue ver los rostros inocentes e inquietos de sus compañeros de clase. Para ellos también era el primer día.

»Llegó la hora del recreo, y Leonardo salió al patio con el propósito de comerse a solas el bocadillo que le habían preparado antes de salir de casa. Tomó asiento en un banco de piedra, junto a un enorme eucalipto. Y allí, lejos de las miradas de los demás niños, dejó que su mente le llevara de nuevo a su hogar, del que nunca debieron sacarle.

»Estaba tan absorto en sus pensamientos, que no vio cómo uno de los alumnos se allegaba hasta él por detrás para arrebatarse el almuerzo. Leonardo alzó la mirada y se encontró con un niño vestido con traje y pantalón corto, cuyos párpados y bolsas de ojos aparecían levemente amoratados. Lo observaba con cierta determinación, en silencio; ni tan siquiera pestañeaba. Le pidió por favor que le devolviera el bocadillo, pero el niño seguía escrutándole con fijeza como si no lo hubiese escuchado. Volvió a rogarle de nuevo, y fue inútil. O estaba sordo, o se reía de él. El que lo ignorara le enfureció. No estaba dispuesto a dejarse avasallar el primer día, y menos por un pasmarote escuálido con cara de rata.

»Se abalanzó sobre él llevado por la ira, aferrando el cuello de aquel desgraciado con sus pequeñas manos. Apretó con fuerza. Las mejillas del otro niño palidieron al instante. Leonardo estaba tan asustado que lo único que se le ocurrió hacer fue oprimir aún más su garganta. Entonces, vio cómo abría su boca y de ella surgía una lengua hinchada y ennegrecida, y eso le asustó. Le soltó en el momento justo, segundos antes de que fuera demasiado tarde.

»La profesora le castigó con severidad al enterarse de lo ocurrido, pero lo que más le dolió fue averiguar, cuando se lo explicaron, que el chico al que había agredido sufría una singular enfermedad que le impedía comunicarse con los demás. Era aurista.

»A partir de aquel instante, Leonardo manifestaría un complejo de culpabilidad que le habría de acompañar el resto de su vida».

Aquello fue un golpe bajo a su conciencia. Jamás hubiera pensado que su alma fuese tan violenta, pero al echar un vistazo atrás vio que su vida estaba salpicada de equivocaciones. Trató de llorar, pero no pudo. Quiso pedir perdón a quienes había ofendido o maltratado, mas la voz quedó aprisionada en su reseca garganta.

Alzó la mirada. Tenía la respuesta a sus plegarias a escasos peldaños de la



plataforma. El resplandor del Arca seguía fluctuando en diversas direcciones, como un mar dorado en el interior de un estanque de vidrio. Colocó uno de sus pies en el penúltimo escalón, el de Júpiter. Claudia subió con él.

«Apenas quedaba un mes para que Leonardo hiciese la Primera Comuni3n, y sus padres no habían decidido todavía cuál iba a ser el traje del niño. A fin de que fuera de su total complacencia, lo llevaron consigo a unos grandes almacenes para que escogiera el que más le gustase.

»Estuvieron toda la tarde recorriendo la sección de comuniones sin encontrar un atuendo que fuera de su agrado. Después de probarse varios conjuntos —sobre todo de marinero, que era la moda entonces—, vieron uno hecho a su medida cuyo precio se encontraba dentro de lo permitido por la economía de sus padres. Mientras estos detallaban con el dependiente la forma de pago, Leonardo se entretuvo vagando por entre las perchas donde se exhibían los trajes y los maniqués de niños, perfectamente vestidos de Primera Comuni3n.

»Se detuvo al escuchar una voz conocida tras el vestidor. Era Jaime, el chico de los Trueba, la familia más activa, estirada y pudiente del barrio. En la escuela, todos conocían a Jaime y su particular estilo. Siempre había sido el primero en todo, desde poner de moda las canicas de vidrio blanco a usar pantalones vaqueros. Era un pijo repelente; aun así, Leonardo siempre le tuvo envidia.

»Por lo visto, se había encaprichado de un traje de alf3rez, exclusivo y bastante caro, para hacer su Primera Comuni3n. El padre de Jaime, que parecía llegar tarde a alguna cita, le prometió regresar al día siguiente para hacer la oportuna reserva y tomarle las medidas, alegando que seguiría estando ah3 cuando volvieran porque ningún padre sería capaz de gastarse tanto dinero en un conjunto para un solo día. Luego se marcharon.

»Leonardo sintió una oleada irreprimible de celos devorándole las entrañas. Por un lado, estaba la prepotencia de los vecinos, quienes creían ser los únicos que podían darle a su hijo todos los caprichos, y por otro el propio Jaime, el cual se aprovechaba de su situación económica para dejar en ridículo a los demás niños. Y eso era algo que no estaba dispuesto a dejar que sucediera.

»Regresó a donde estaban sus padres antes de que formalizaran la compra. Habló primero con su madre, porque era a quien le tenía más confianza. Le dijo que había visto un traje precioso de Primera Comuni3n, y que era el que más le gustaba de todos. Fueron a comprobarlo, pero al ver su escandaloso precio trataron de convencerlo de que el otro también era bonito e igualmente práctico. Leonardo insistió a pesar de todo, ya que no estaba dispuesto a ceder. Incluso los amenazó con estar enfermo el día de la celebraci3n. Lloró con auténtico dolor, diciéndoles que si ese traje estaba en venta era porque alg3n padre lo quería para su hijo, y que si es que él era menos que otros niños.

»Su madre cedió ante semejante chantaje emocional, y aquello le costó una airada discusión con su esposo, quien creía que estaba malcriando al hijo y que tantas atenciones no serían buenas para su educación. A pesar de todo, Leonardo se salió con la suya.

»Sin embargo, el ansiado día de su Primera Comuni3n fue uno de los más amargos de su vida: sus padres estuvieron todo el día sin hablarse, mientras él vestía orgulloso el traje elegido por otro niño».

El tiempo transcurría con lentitud en aquella catedral grotesca de luctuosa iconografía. Era como si hubiese tardado una hora en ascender los seis primeros peldaños, cuando en realidad habían transcurrido unos cuantos segundos. «La vida es breve», se suele decir. Y ahora Cárdenas sabía por qué.

Su mirada se cruzó con la de Claudia, la cual inclinó su cabeza con sumisi3n. Trataba de decirle algo con aquel gesto, quizá advertirle de que el último escal3n había que ascenderlo con humildad, por lo que adoptó una postura más reverente y sencilla, mirando hacia abajo; igual que su compañera.

Les aguardaba el más peligroso de los siete peldaños: Saturno, símbolo primordial de la puerta de las tinieblas —para los alquimistas—, por la que debe pasar el hombre para nacer de nuevo en la luz de Dios.

«Leonardo acudió al hospital minutos después de conocer la noticia: su padre había sufrido un amago de infarto y estaba ingresado en la UCI. Era cierto que no se hablaban desde que decidiera estudiar Biblioteconomía —y no Medicina, como deseaba su progenitor—, pero dos años parecía demasiado tiempo para seguir adelante con la disputa. Así que, pensó, lo mejor sería olvidarlo todo y acudir en su ayuda. En aquellos momentos tan delicados su padre necesitaba del cariño de toda la familia.

»Halló a su madre en la sala de espera, junto a su tía Berta y una amiga de confianza. La besó en la mejilla, diciéndole al oído que haría todo lo posible por solventar sus diferencias con su padre para que estuviese tranquilo; pues, en su estado, lo último que necesitaba era sufrir un disgusto. Luego fue en busca del médico. Necesitaba saber cuál era la situaci3n actual.

»Tras hablar con el especialista, le permitieron verlo unos minutos antes de que le realizasen un nuevo *electro*. Le dejaron a solas con él, advirtiéndole de su estado. La mirada de Leonardo fue desde el gotero que pendía sobre la cama hasta la aguja clavada en la vena de su mano, y tuvo lástima de él. Comenzaron a hablar de cosas sin importancia, ya que para ambos era difícil entablar conversaci3n después de dos largos años sin dirigirse la palabra. Primeramente, Leonardo se interesó por su salud. Más tarde, su padre le preguntó si vivía bien con el dinero que le enviaba su madre todos los meses, y si estaba aprovechando los estudios. No le gustó el modo en que lo

dijo. Pensó que le echaba en cara que lo estuviese manteniendo y el haber desaprovechado la oportunidad de estudiar una carrera con futuro, y eso le irritó bastante. Él tenía su orgullo, y su vida no era peor que la de su padre.

»Leonardo conocía de memoria aquella escena. Ese fue el momento en que, llevado por la soberbia, le dijo que solo era un pobre contable que llevaba veinte años en la misma empresa, y que sus aspiraciones de ser alguien en la vida morirían con él, el día de su jubilación. Y le dijo también que se guardase su limosna, que ya trabajaría los fines de semana para costearse los estudios. Recordó haberse marchado del hospital sin tan siquiera despedirse de su madre; y sin pedirle perdón a su padre.

»Jamás tuvo oportunidad de hacerlo. Murió a los pocos días.

»Eso fue lo que ocurrió entonces. Sin embargo, en su visión, Leonardo dudaba entre responder o no. Vivió esa fracción de segundo como si fuese eterna. Tuvo tiempo de reflexionar, de pensar en todo aquello que quería decirle. Una parte de él estaba dispuesto a hacerle daño exponiendo su frustración, la que arrastraba desde la niñez; otra, le aconsejaba sabiamente que no abriera la boca.

»Su lucha interna duraba ya demasiado, y algo tenía que decir.

»Entonces se acordó de la llave de la logia, que alentaba al neófito a permanecer en silencio. También recordó las últimas frases del compendio filosófico escrito por Fulcanelli, en el que se le pedía al discípulo que fuese fiel a su voto de silencio. “CALLAR”: así finalizaba *El misterio de las catedrales*. ¿Era eso una advertencia?

»Leonardo tuvo una nueva oportunidad de cambiar el pasado, y la aprovechó. Miró a su padre a los ojos, y a pesar de que le costaba un gran esfuerzo reprimirse, decidió callar por respeto, tragándose su orgullo».

Estaba de nuevo en el Salón del Trono, en el séptimo peldaño de la Escala. Lo habían conseguido. Derrotar a la Soberbia era la última de las pruebas que debían superar, y tal vez la más arriesgada y turbulenta. Vencer el orgullo significaba triunfar sobre el resto de los pecados, ya que no había ofensa que uno hiciera a los demás o a sí mismo, donde no participara la soberbia. Al guardar silencio había utilizado la llave de la logia y se había convertido en un auténtico masón, en un hombre libre. Y se había redimido.

Frente a él estaba Claudia, y entre ambos el Arca. Se acercaron a ella con cierto temor, cogiéndose de la mano para transmitirse seguridad. Y entonces, con la certeza de estar a punto de vivir una experiencia sin parangón en la historia del hombre, tomaron asiento en el Trono de Dios.

Cuando uno reflexiona sumergido en la inconsciencia de la oscuridad y el silencio, le recorren el rostro las criaturas de sus propias pesadillas.

Lilith y Cristina habían perdido toda esperanza de salir con vida de aquel laberinto subterráneo. Las linternas habían dejado de funcionar desde hacía varias

horas. Su única esperanza era que Leonardo y su grupo se apiadasen de ellas y vinieran a rescatarlas, pero ni siquiera estaban seguras de que supiesen realmente dónde se encontraban. Lo intentaron todo: desde vociferar hasta la saciedad, a penetrar a oscuras por los diversos corredores en busca de una salida; aunque parecía imposible escapar de aquel laberinto. Así que, dándose por vencidas, decidieron sentarse en el suelo de la última sala a la que habían accedido, con el negro pensamiento puesto en morir con dignidad.

—Solo hay un modo de salir de aquí.

La voz de Lilith resonó en la oscuridad de la cámara como una sentencia. Cristina, que estaba al borde del llanto y la desesperación, apenas si tenía fuerza para hablar, pero levantó el ánimo al creer que la joven podía estar en lo cierto.

—Si eso es verdad... ¿cómo es posible que todavía estemos aquí?

La criptógrafa pudo escuchar la entrecortada respiración de su compañera, a su lado.

—Ese es el problema, que nos obcecamos en pensar que estamos atrapadas, cuando en realidad todo es circunstancial.

La respuesta de Lilith la sumió todavía más en la desesperación. Aquella chiflada había terminado por volverse loca del todo. Se apostó la vida a que, en vez de neuronas, por su cerebro corrían las musarañas; y le extrañó que alguien así, con un coeficiente intelectual tan bajo, hubiese sido capaz de desbaratar sus planes de dominio y eliminar a tres agentes especiales entrenados por la NSA.

No tuvo en cuenta su dilatada carrera criminal, y este precisamente fue su mayor error.

—Toma... Ya no la necesito... —Palpando en la oscuridad, Lilith cogió la mano de Cristina y depositó en ella su arma—. Ya no hay vencedor ni vencido. Solo quedamos tú y yo. Y la verdad, si hemos de morir que no exista diferencia entre nosotras.

Cristina cogió la pistola sin saber muy bien a qué venía aquel sorprendente gesto.

—¿Y qué hago yo con esto?

Sintió muy cerca el aliento de Lilith, la cual se le acercó hasta pegar sus labios en el lóbulo de su oreja.

—¿Has probado a metértela por el culo? —Tras la abrupta e inesperada respuesta, Lilith se echó a reír como una tarada. A continuación, le dijo en voz baja—: Vamos a iniciar un juego llamado supervivencia. Yo trataré de asesinarte, y tú tendrás que evitarlo.

Antes de que Cristina valorase lo que había querido decir, las manos de la alemana aferraron su cuello y comenzó a apretar con todas sus fuerza. Su primera reacción fue la de intentar liberarse, sujetando los dedos que oprimían su garganta, pero la pistola le impidió maniobrar correctamente. Cayó en la cuenta de que iba

armada, y que estaba en disposición de defenderse.

Sonrió satisfecha, por el supuesto error de Lilith, antes de colocar el arma en el estómago de su agresora y apretar el gatillo. El brutal impacto hizo que la joven saliese despedida hacia atrás.

Hubo unos segundos de silencio, en los cuales solo se percibía el olor a pólvora quemada y, además, se escuchaban los gemidos entrecortados de la moribunda.

—Eso... Eso ha estado bien, pequeña idiota —se oyó una voz trémula en mitad de la nada; la de Lilith—. ¿Crees que me has jodido? Pues te equivocas... Yo te he jodido a ti... —Se le escapó un gemido de dolor, pero continuó hablando a pesar del esfuerzo—: ¿Y sabes por qué? Sencillamente porque has hecho lo que yo jamás hubiera podido hacer... Porque es muy duro disparar contra una misma. ¿Sabes...? Pero tú no tendrás ese problema.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Cristina, quien no se había repuesto aún de la agresión.

—Querida... Esa era la última bala... Y la guardaba para mí... —Soltó una breve carcajada que acabó en un lamento de dolor: tenía parte de los intestinos fuera del vientre, y se los sujetaba fuertemente con ambas manos—. Tú, por el contrario, sufrirás el tormento de la sed y el hambre... Y eso es terrible, créeme... Saber que te estoy condenando al peor de los suplicios es un placer que me provoca un maravilloso orgasmo... Placer que espero disfrutes tanto como yo.

Cristina en ningún momento tenía pensado suicidarse, pero saber que había perdido su única oportunidad de poner fin al sufrimiento, acrecentó su cólera. Y entonces, impelida por la rabia, se arrastró hasta que pudo tocar su cuerpo con los dedos. Con brutal ensañamiento golpeó la cabeza de Lilith con la culata de la pistola. En unos segundos dejó de respirar.

Consumada su venganza, la criptógrafa gritó desesperada ante la idea de morir lentamente; gritó y maldijo hasta desgañitarse, sabiendo que su destino era inevitable. Pero allí abajo, tan cerca del infierno, nadie podía escuchar sus lamentaciones y juramentos.

## Capítulo 49

Y allí estaba, frente a ellos dos, la Sabiduría personificada: la ilustre y etérea imagen de una mujer vestida con una túnica escarlata y un manto azul celeste, una criatura de rostro angelical y belleza inmarcesible nacida de la esperanza del hombre. Levitaba a unos metros del suelo, en mitad de la sala, y un ligero viento hacía ondular su rica vestimenta. Sus cabellos despedían una cálida luz, blanca como la nieve, y sus ojos poseían el color del cielo en la mañana. Su cuerpo era traslúcido, al igual que un holograma cinematográfico: podían ver a través de ella las enormes columnas erigidas a la entrada del templo. Y les sonreía con tal dulzura que ninguno de los dos pudo evitar que fluyeran las lágrimas a sus ojos. Era el ser más hermoso que pudiera existir sobre la Tierra. Solo estar en su presencia bastaba para infundirles un inimaginable sentimiento de paz y bienestar.

Al poco escucharon una dulce melodía que llegaba de todas partes, hipnótica musiquilla que se escindía a su vez en otras composiciones de sonidos armónicos y concordantes. La música estaba viva, y los arpegios se habían convertido en pequeñas hadas que se desplazaban por el espacio infinito susurrando fórmulas matemáticas de ritmos perfectos. Tras lo cual, una lluvia iridiscente de corpúsculos dorados fueron a caer sobre la inmaculada figura de la mujer.

Y entonces se oyó una voz, suave y aterciopelada, que más bien parecía el canto de un ángel a las puertas del cielo.

Y la mujer, preguntó: —¿Quién soy yo?

Leonardo miró a su alrededor, esperando que alguien le apuntase la respuesta, pero se encontraba solo en la Cámara del Trono; Claudia y los Custodios habían desaparecido. Entonces comprendió que estaba en otro plano de la realidad, y que se trataba de una prueba que solo él debía superar; y nadie más. Tendría que descifrar un segundo acertijo de querer alcanzar los conocimientos ocultos de la logia y heredar el nombre de Hiram *Abif*. Todo lo que tenía que hacer era responder correctamente.

Se arriesgó con la contestación que le parecía más razonable.

—Eres la Sabiduría.

El espíritu de la mujer se turbó, y en sus ojos descubrió el desconsuelo y la consternación. Leonardo dio por hecho que se había equivocado. Era obvio, dada la reacción de aquel ser espiritual.

La increíble mujer insistió por segunda vez.

—¿Quién soy yo?

Bastante más cauto, el bibliotecario reflexionó unos minutos su respuesta. No quería volver a equivocarse. Estaba indeciso, pues no sabía si decantarse por la Madre Naturaleza o por la Virgen María, dado su aspecto —las informaciones que tenía sobre las apariciones marianas así lo atestiguaban—; aunque ninguna de las dos

le inspiraba confianza. Intuyó que la pregunta tenía un doble sentido. Había algo más, un sutil detalle oculto tras las palabras, un secreto tan evidente que jamás podría verlo aunque estuviese frente a él.

Aun así, apostó por una de las respuestas que se agolpaban en su cerebro; la que en realidad le había conducido hasta allí.

—Eres la Madre de la Naturaleza.

La mujer volvió a entristecerse, y casi se volatiliza en millares de fragmentos luminiscentes. Cárdenas, aterrorizado, rogó su permanencia en la sala musitando una oración. Deseaba tener una nueva oportunidad, aunque fuese la última. Y parece ser que alguien escuchó su plegaria, pues la mujer habló por tercera vez.

—¿Quién soy yo?

Trató de relajarse; estaba demasiado tenso para pensar con claridad. El que continuase en el Trono dependía de la respuesta, eso lo había asimilado, pero ignoraba cómo iba a repercutir todo aquello en su relación con Claudia. Tenía miedo de perderla para siempre. Temía que le sucediera lo mismo que a Salvador Riera. Perder a Claudia no entraba en el pacto formalizado con Balkis, aunque ya era demasiado tarde para echarse atrás. Debía superar la prueba al precio que fuese, y recuperar su vida anterior.

Se devanó el cerebro tratando de encontrar una solución al enigma. Retomó la idea de que el rito de iniciación encerraba un secreto y que las palabras debían tener otro significado. Era igual que una de esas preguntas ingeniosas cuya respuesta se menciona hábilmente de antemano. Y la cuestión era: ¿Quién debía contestar, él mismo o la mujer?; porque la interrogante podía atribuírsele a ambos. «¿Quién soy yo?». ¿Era acaso un nuevo examen de conciencia?

Leonardo contempló absorto la belleza sin igual de aquel rostro que le resultaba tan familiar como edificante. Ella, a su vez, lo observaba con expectación, esperando que pudiera reconocerla de entre el resto de las divinidades sacras y paganas. Y he aquí que recordó dónde estaba y lo que había venido a hacer. Aquella cámara mutilada por el tiempo, pero engrandecida gracias a su soberbia arquitectura, era un lugar de culto donde un puñado de hombres custodiaba el modo de comunicarse con Dios. Se hacía extraño el hecho de no haber contactado con Él tras superar la prueba de la Escala. Y ese era un detalle de crucial importancia.

Sin saber cómo, le vino a la memoria el fundamento primordial del sufismo —le había oído decir a Riera que Hiram profesaba dicha religión—, y recordó también un poema de Husayn al-Hallâqq, maestro sufí que tomó a Jesucristo como modelo y que, al igual que el Mesías, fue crucificado por blasfemo y por querer compararse a Dios. Dicho poema rezaba así:

«Yo, que he visto a mi Señor con el ojo del corazón, le pregunto: ¿Quién eres tú? Y Él me responde: ¡Tú!».

Una sensación febril y turbadora excitó su deseo de responder y rescató a la voz de su mazmorra de silencio. En su garganta se agolpaban las palabras. Y finalmente, tras dar por válida la respuesta del filósofo, contestó la pregunta que le formulara aquella criatura caída del cielo.

—Tú eres yo, mi Señor... Y eres mi Dios.

La mujer sonrió complacida. Era la respuesta que anhelaba escuchar.

Regresó de nuevo la dulce melodía de antes, y con ella la luz. Los sillares de los muros se iluminaron hasta adquirir la fuerza mayestática del sol, cobrando vida las oscuras inscripciones labradas en la roca desde hacía eones de años: miles de fórmulas alquímicas y ecuaciones divinas, intercaladas con número mágicos y signos gramaticales que su cerebro fue asimilando como una enorme computadora. Las mónadas jeroglíficas abandonaron su claustro de piedra para reagruparse alrededor de un universo de planetas que giraba enloquecido en mitad de la sala, bailando en el espacio al son de la música de las esferas. Su cuerpo se vio envuelto por una energía dorada de naturaleza voltaica que se le adhirió como una segunda piel. En ese instante fue capaz de comprender el auténtico significado de la vida, el porqué de la versátil naturaleza del hombre, el secreto de los grandes misterios y el enigma de la Creación. Por increíble que le resultara, podía contemplar todos los rincones de la Tierra y auscultar en las mentes de todos los seres que lloraban el vacío de sus vidas, y que estaban unidos entre sí como eslabones de una enorme cadena de piedra. Fue como si sintiera el latido del mundo en su propio corazón.

Estaba hablando con Dios.

Miró a su lado, y comprobó que Claudia se encontraba de nuevo con él. Llevaba un extraño tocado en la cabeza que le cubría los oídos, semejante al que usaban las sacerdotisas íberas en sus celebraciones paganas. La vio radiante, más atractiva y humana que nunca. Era una belleza espiritual que alejaba cualquier pensamiento obsceno, acercándola al misticismo de una virgen protectora. Y, además, le sonreía con dulzura.

Se cogieron de la mano, sellando así el pacto que los obligaba a custodiar el secreto de la cámara. Ellos sabían que Séphora y Khalib les habían cedido sus cargos y atributos, y que nunca más habrían de volver a verlos; pero eso era algo que no pareció importarles.

Letras, números, notas musicales, figuras geométricas y astros, giraban en torno a ellos alimentando el espíritu del saber y dotando a sus cerebros de una información tan privilegiada como divina. Entonces ocurrió que el conocimiento compilado en las Artes Liberales, tras su baile iniciático, poseyó sus almas y fragmentó sus conciencias en un millar de partículas que absorbieron la esencia primordial de Dios.

El Gran Arquitecto los había reconocido como Hijos de la Viuda; vástagos de su propia estirpe. Y he aquí que, en Su eterna bondad, les entregó como herencia a su



hija predilecta: la Sabiduría.

Jamás volverían a tener sed de otra cosa que no fuese ciencia, geometría y arte.



PATRICK ERICSON es , Alhama, Murcia, 1962. Seudónimo de José María Fernández-Luna Martínez, es gerente de una inmobiliaria; su interés por la literatura viene condicionado por su parentesco con Concha Fernández-Luna, la escritora lorquina de cuentos infantiles. Ha publicado *Baile de driadas* (novela) en 2000; y *De profundis* (poesía) en 2002. Asimismo ha colaborado con las revistas *Alhama mi pueblo* y *Águilas magazine*. Dos novelas aparecen en 2008 en breve espacio de tiempo, *Génesis, el Ritual Rosacruz* (Nowtilus) y *La escala masónica. El manuscrito de Toledo* (Viamagna). Viamagna, además, tiene publicada otra novela que salió en primavera del 2009: *El ocaso de las siete colinas*. En el 2010 Styria le publica *Objetivo: Adolf Hitler* y pronto aparece su siguiente novela, *La memoria de Lucifer*, en 2010 *Anochece en Irak*, y en el 2012, *Maleficum*.

# Notas

[1] Guilda es una asociación de personas que tienen un interés similar en un oficio, negocio o profesión, cuyo propósito es la ayuda mutua y la protección. El término es particularmente aplicado a dos tipos de asociaciones que florecieron en Europa durante la Edad Media, las guildas de los comerciantes y las guildas de los oficios. También se utiliza para referirse a los maestros canteros de una catedral (N. del A. <<

[2] ¡Buenas noches, querida! (N. del A.). <<

[3] Universidad Católica de Murcia (N. del A.).<<

[4] Prueba realizada por el autor:  $1000 / 111: 9,00900900900\dots$  (su frecuencia es de tres números: 900) •  $1000 / 222: 4,50450450450\dots$  (su frecuencia es de tres números: 450) •  $1000 / 333: 3,00300300300\dots$  (su frecuencia es de tres números: 300) •  $1000 / 444: 2,25225225225\dots$  (su frecuencia es de tres números: 225) •  $1000 / 555: 1,80180180180\dots$  (su frecuencia es de tres números: 180) •  $1000 / 666: 1,50150150150\dots$  (su frecuencia es de tres números: 150) •  $1000 / 777: 1,28700128700\dots$  (su frecuencia es de seis números, y no de tres: 128700) •  $1000 / 888: 1,126126126126\dots$  (su frecuencia es de tres números, pero el 1 inicial viene a ser la nota discordante: 1-126) •  $1000 / 999: 1,00100100100\dots$  (su frecuencia es de tres números: 100)<<

[5] National Security Agency. (N. del A.). <<



[6] Centro Nacional de Inteligencia (N. del A.). <<

[7] Encárgate de él... Que parezca un accidente. (N. del A.)<<

[8] El misterio de las catedrales. Fulcanelli. (N. del A.). <<

[9] Keops. (N. del A.). <<

[10] Pipas de agua (N. del A.).<<

[11] El padre del terror. Así llaman los egipcios a la Esfinge (N. del A.).<<

[12] Galería tortuosa. (N. del A.). <<